



El séptimo círculo

# Victor Canning

El esquema Rainbird



Lectulandia

¿Quién es el secuestrador que se oculta bajo el sobrenombre de Trader? ¿Dónde está y cuándo dará el próximo golpe?

Bush y Grandison, del Departamento de Policía, con tenaz persistencia, lo están rastreando con la ayuda de una computadora.

Mientras tanto, ¿dónde vive Edward Shoebridge, el hijo de la hermana muerta de Miss Rainbird? Blanche Tyler, la sensual medium y George Lumley, su terrenal ayudante, lo buscan por todos los medios a su alcance. Una novela de gran suspenso, en la que Victor Canning maneja con maestría el desarrollo de una doble intriga que finaliza con una tremenda e irónica estocada.

Lectulandia

Victor Canning

# El esquema Rainbird

El séptimo círculo - 307

ePub r1.0

Titivillus 27.01.2019

Título original: *The Rainbird Pattern*

Victor Canning, 1972

Traducción: Kicsi Schwarcz

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

El esquema Rainbird

Portadilla

Noticia

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Otros títulos publicados

Contratapa

Sobre el autor

Notas

# EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES  
Y ADOLFO BIOY CASARES.**





## NOTICIA

*Victor Canning nació en Plymouth en 1911. Publicó su primera novela —Mr. Finchley Discovers his England— en 1934.*

*Antes de la guerra fue redactor del “Daily Mail”. Es autor de numerosos cuentos y series que han sido publicados en los principales diarios y revistas de Inglaterra y Estados Unidos. Sus novelas han sido igualmente señalizadas y su obra titulada The House of the Seven Flies fue llevada al cine. Entre sus éxitos más notables podemos citar Queen’s Pawn<sup>[1]</sup>, The Melting Man<sup>[2]</sup>, Firecrest<sup>[3]</sup> y The Kingsford Mark<sup>[4]</sup>*

*Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al Tercer Batallón anglo-escocés y fue miembro de la Royal Artillery.*

*Victor Canning está casado, tiene dos hijas y vive en su casa de campo de Kent.*



*PARA DIANA, CON AMOR*



## UNO

SOBRE la baja mesa central del *hall*, había un jarrón chato lleno de jacintos, flores rígidas, heráldicas, artificiales. Junto a aquél había una bolsa de gamuza, un lente de joyero y un par de excelentes balanzas. Bush pensó que dentro de poco, vendría alguien, de la fría noche de marzo, y revisaría el contenido de la bolsa. Quienquiera que fuera vendría en auto. Eran ya las dos de la mañana. Afuera, los reflectores inundaban la calle de acceso al edificio del comedor de los oficiales del Centro de las Fuerzas de Aeronáutica, con una placentera luz cetrina. El helicóptero, despojado de la radio, estaba esperando a unos cien metros en el campo de fútbol. El piloto estaría allí sentado, echándose aliento caliente a las frías manos, con orden de seguir absolutamente las instrucciones; una desviación en las órdenes dadas, un irresistible arrebato de heroísmo y sería liquidado.

Bush caminó, rodeando la mesa, hacia la chimenea y encendió un cigarrillo. Sobre la repisa había un retrato de la reina. La chimenea estaba disimulada por un gran abanico de decorativo papel verde. Notó que uno de los pliegues bajos había sido chamuscado por algún cigarrillo tirado por descuido. Bush había sido entrenado para fijarse en cosas que después almacenaba en la memoria hasta que fueran necesarias. Era un hombre gordinflón, firmemente plantado en sus treinta años, de pelo marrón que se iba raleando, tez rojiza que nunca tomaba color tostado. Su habitual expresión era suave, hasta bondadosa, y estaba lejos de concordar con su verdadera naturaleza. Era un hombre agradable, cuando quería serlo. Pero era sólo una de sus artimañas. Podía llegar a ser toda clase de hombres, de acuerdo a las instrucciones que tuviera que seguir.

Contemplaba el jarrón de jacintos. La última vez había estado lleno de crisantemos. Las hojas inferiores de dos de las plantas habían estado plagadas de moscas verdes. La última vez había sido una mujer la que había llegado de la noche, con impermeable, la cara envuelta hasta los ojos con un echarpe de seda. Esta vez, Bush sentía que sería un hombre. La primera vez, y ahora nuevamente, la clave utilizada había sido el nombre “Trader” y la prensa siempre se había referido a los “Secuestros de Trader”. El pensamiento de la publicidad, deliberadamente instigada por “Trader”, enfurecían a Bush. El primer secuestro había tenido éxito y la mujer había quedado en libertad. De todos modos, si la hubieran agarrado, rompiendo el pacto acordado y corriendo el riesgo de que la amenaza establecida no fuera llevada a cabo, estaba seguro de que le hubieran sacado poco. Esta vez el hombre saldría por

vanidad, por orgullo masculino, o un placer de empresario por conocer su propia creación.

Grandison estaba en el *hall* de entrada, cerca de la puerta. Estaba estudiando un mapa enmarcado, de la escuela y sus áreas de entrenamiento. Bush sabía que cada detalle del mapa estaba siendo absorbido sin esfuerzo programado en su mente de jefe. Grandison se dio vuelta y se acercó.

Era un gran pirata (una pata de palo y un parche negro sobre un ojo, era todo lo que faltaba). En lugar del parche usaba un monóculo, la cuerda de seda roja en una curva sobre la solapa del grueso saco de *tweed*. Su volumen era enorme pero nunca desmañado. Era de pelo y barba negros, y su ancha cara estaba arrugada por el tiempo y cicatrizada por la experiencia de cincuenta años de vida dura, violenta y gozosa. Ahora estaba amable. Cuando quería podía hacer transpirar a los asesores privados. Tenía el favor de aquéllos que tenían importancia. Había comido cada quince días, con uno de los primeros ministros bajo cuyas órdenes había servido.

—La historia que está por repetirse a sí misma —dijo Bush.

—Tiene que ser así —asintió Grandison—. La repetición es reproducción. La reproducción es supervivencia, Sabrá, por supuesto, que esta vez será el hombre, ¿no?

—Sí.

—¿Cuál será su apuesta para la tercera vez?

—¿La tercera?

Grandison movió su párpado y el monóculo cayó sobre su pecho.

—Tendría que haber llegado tan lejos como eso, Bush. —Hizo un cabeceo hacia la bolsa de gamuza—. La última vez y ésta... todos preliminares. “Trader” mismo había mandado una carta a la prensa cada vez (jugando a la máxima publicidad hasta un punto). ¿Y para qué? ¿Sólo por un puñado de diamantes cada vez? ¿De veinte mil libras de valor? Demasiado modesto. Nadie juega a esta clase de juegos por ese dinero. Naturalmente, usted se habrá dado cuenta que tiene que haber una tercera vez.

—Francamente, no. —Nadie del Departamento llamaba a Grandison “señor”. Era una orden de él.

—Entonces debería haberlo hecho. —La voz era de buen talante—. Cuando terminemos con este pequeño lote, colóquese un almohadón debajo del trasero y elabóreme el plan lógico. —Se sonrió y volvió a ubicarse el monóculo—. Si está bien, lo mandaré a las minas de sal. ¿Quiere un consejo?

—Bueno, yo...

—“Bueno”, una palabra inútil. El suspiro humano. El gruñido de la dilación. Diga simplemente “sí” o “no”.

—Sí.

—La publicidad, el poder de la prensa, la opinión pública. —Miró fijo más allá de Bush, hacia el retrato de la reina—. Fascinante. Utilice simplemente armas de otra

gente y sus insignificantes temores con respecto a sus propios *status*, y el mundo estará a sus pies.

El teléfono del escritorio de recepción del *hall* de entrada, sonó. Fue contestado por el superior inmediato de Bush, el delegado mayor del departamento, Sangwill, los anteojos de aro de asta, echados atrás sobre la frente, un cigarrillo ubicado en el costado de la boca.

—¿Sí? —Escuchó, entrando los labios, haciendo un suave dibujo sobre el escritorio, con la mano libre—. Muy bien. Detengan el auto allí a la salida.

Bush se sonrió. Todos sabían que el auto debía ser detenido al llegar al portón. No era que fuera útil. A Sangwill, le gustaba reforzar lo obvio. Era por eso que la mayor parte de las veces se sentaba sobre un almohadón. Rond-de-cuir. Burócrata. Un hombre agradable y suave este Sangwill; el tipo de hombre que tenía que tener todo Departamento.

Sangwill se volvió a ellos.

—Ahora suben. Por lo que dijeron, prepárense para reírse. —Suspiró y se bajó los anteojos.

A través de la puerta, mitad de vidrio, del *hall* de entrada, Bush vio el auto que estacionaba. Era un auto alquilado, la placa anunciadora de la firma, una media luna iluminada sobre el techo. El resplandor de los faros delanteros cayó en un bajo destello. Grandison ladeó la cabeza hacia la puerta y Bush salió.

Noche de marzo. Soplaban un fuerte viento del Oeste, sacudiendo las desnudas ramas de la glicina del frente del edificio. Ninguna nube. Las estrellas como fragmentos de diamantes. La luna en su primer cuarto.

El hombre que salió del auto irrumpió en la noche con su disfraz y su pantomima.

El conductor del auto, un brazo enganchado sobre la puerta de su lado, observó sonriendo para cubrir su inquietud, y gritó con voz ronca.

—¿Quiere que espere, muchacho?

Bush contestó por el visitante.

—No.

Retendrían al conductor junto al portón. Lo exprimirían todo lo que pudieran para sacarle algo, y no ayudaría en nada. El visitante observó el auto que se iba, luego se dio vuelta y subió los escalones.

Bush tomó nota, detalle por detalle (uno sesenta o setenta, de constitución esbelta, de movimientos ágiles). Todo estaba claro debajo del fuerte resplandor de la luz que había sobre la puerta; zapatos negros, lustrados descuidadamente, pantalones de franela gris y un impermeable suelto, de delantera simple. Le sobresalían un echarpe negro (del tipo que usan alrededor del cuello los golfistas y los pescadores, contra la lluvia) bien ajustado a la garganta. Encima, coronando todo, llevaba la careta (una máscara de *papier-maché*, una tosca nariz bulbosa, pintada de rojo, cara carnavalesca de gordos cachetes, grotesca, con oscuros bigotes caídos) un rostro vulgar, socarrón, de retardado mental. Bush no demostró sorpresa. Dio un paso a un lado, abrió la

puerta empujándola, y el hombre entró. Un elástico de unos centímetros, sujetado a los costados de la máscara, estirado sobre la nuca del hombre. El pelo que se veía era rubio y largo. Podía ser una peluca. Bush tomó nota para tratar de constatar el color de los pelos de las muñecas, cuando el visitante sacó las manos de los bolsillos. Llevaría guantes, por supuesto, pero podrían ser lo bastante cortos como para revelar algo.

Entrando de la frescura del aire de la noche, el dulce, rico olor a jacintos era fuerte en el *hall* de entrada. Grandison estaba en el extremo más alejado de la mesa baja, el monóculo atornillado al ojo. No cambió nada en su cara. La fantasía no era ninguna cosa extraña en sus vidas. Sangwill estaba parado debajo del retrato de la reina. Hubo un movimiento hacia arriba de sus pálidas cejas, detrás de los gruesos aros de los anteojos. Un padre cansado de chistes consintiendo otra jugarreta de la familia. El visitante sacó la mano derecha del bolsillo. La izquierda quedó donde estaba, y con ella, Bush lo sabía, habría una automática.

Grandison dijo:

—Se ha perdido a la Eva de All Hallow por unos meses. —Agitó un largo índice hacia la bolsa de gamuza. El visitante no dijo nada. La mano izquierda salió del bolsillo sosteniendo una automática. La colocó al borde del jarrón con jacintos, donde estaba más a mano que a unos centímetros por debajo de la mesa. Lo hizo, limpiamente, no movió ni una flor ni ninguna hoja. Estas casi escondían el arma, de modo que Bush no la pudo identificar. Tal vez una de las cámaras ocultas pudiera pescarla y por un momento estuvo tentado de mirar hacia arriba, hacia el decorado cielo raso, para constatar el enfoque.

El hombre llevaba largos guantes negros de algodón que llegaban más arriba de la altura de las mangas del impermeable. Levantó la bolsa de gamuza, soltó las cuerdas y volteó los diamantes sobre la mesa. Eran, como había sido especificado, sin tallar, blanco azulados. No parecían gran cosa. El tallado y el pulido los volvería a la vida. Se los podía vender, sin lugar a dudas, en cientos de mercados diferentes. El visitante desparramó las piedras con un dedo enguantado. Recogió una, la hizo rodar despreocupadamente por la mano, acunándola en la negra palma, y luego la deslizó nuevamente junto a las otras. Lentamente volvió a colocar los diamantes en la bolsa.

Grandison dijo:

—Su confianza en nosotros es halagüeña.

El hombre no contestó nada. Todos ellos sabían que de él no saldría ni una palabra, como no había salido ninguna tampoco de la mujer. Ningún breve “sí”, “no” o “tal vez”, para que lo captaran las cintas, y que podría dar una fraccionada vibración vocal de algún acento, nacional o de alguna región, o el solo eco de la clase social. Se podría poner un detalle así en la computadora de Sangwill, con una fermentada colección de otros hechos, y saldrían unos cientos de muestras que se podrían seguir y podrían también llevar a una extraordinaria identificación. Ni siquiera en el helicóptero hablaría este hombre. Haría lo que había hecho la mujer la

primera vez, sacaría un lápiz y un anotador y escribiría las instrucciones en letras de imprenta, no dejando nunca que el piloto tuviera el anotador en la mano, y llevándoselo con él al terminar el viaje. Este hombre podía fallar sólo por sus propios errores. No estaba cometiendo ninguno. Su seguridad estaba en el poder de la muerte que tenía sobre otro hombre... un hombre esperando ahora, en algún lugar, la liberación. No tendría ninguna razón para utilizar este poder. Los hombres que estaban por encima de Grandison lo habían decidido.

Si la decisión hubiera sido dejada solamente a Grandison, hubiera sido diferente. La muerte de otra gente era un lugar común. El pensamiento de la suya propia no era de gran interés para él. En cuanto fuera ordenada, llegaría. Bush conocía bien su filosofía. Juntar amenazas con acometidas y mandar mensajes de condolencia a las familias de inocentes víctimas. No hay sanidad en ninguna comunidad, ni verdadera seguridad, desde el momento que se conocen los imperativos de alguna tiranía, grande o pequeña. El mundo había llegado a aprender que era mejor morir que ser deshonrado, que el mal no podía ser borrado ni por la oración ni por la paga. Sólo el sacrificio de una vida o de vidas, podría hacer que la vida fuera segura, y el vivir seguro o ser sacrificado, era la suerte del sorteo. Anti-cristiano, por supuesto. Pero para Grandison mismo, y para Sangwill y los otros del Departamento, el cristianismo había sido relegado hacía tiempo a nota de pie de página, en el primer mundial de entrenamiento. Los hombres lo habían superado. Había servido a sus propósitos como el agregado del pulgar y los demás dedos. La vida requería más cosas ahora, le gustara o no a uno, que la simple habilidad de recoger bananas de un árbol en la selva. Ahora existía una clase de selva diferente, que envolvía a todo el mundo.

Bush observó cómo la bolsa de gamuza entraba en el bolsillo derecho. La automática fue recogida y entró al otro bolsillo. Ignorándolos, el hombre caminó hacia la puerta. La abrió empujándola con el hombro y la sostuvo, esperando. Bush salió pasando por delante de él, como una vez había salido pasando por delante de la mujer.

Bajaron por una calle inundada de luz, doblaron por un pasaje medio oscuro con los negros garabatos de las sombras de los arbustos sin hojas. Bush caminaba delante, entrando a la cancha de fútbol donde esperaba el helicóptero. Unos minutos más tarde el motor se puso en marcha. Sus hélices achataron los altos pastos de la cancha mientras se mecía suavemente y luego se levantaba y se dirigía al Este. Las luces de navegación parpadearon hasta que llegó a los mil metros de altura y luego se apagaron.

Bush volvió al *hall*. En su ausencia había sido traída una bandeja de bebidas que descansaba sobre la mesa. Grandison se había dejado caer en un sillón de cuero negro, más allá de la chimenea. Un gran vaso de nítido *whisky* estaba posado cerca de él en una mesa de arrimo. Estaba profundamente hundido en el sillón, leyendo un pequeño libro encuadernado en cuero, con esquineras doradas. A cualquier lugar que fuera, siempre había un libro en su bolsillo. Se había apartado de ellos ahora porque

por dos, tres o más horas no tenía nada que hacer. Sangwill, con un largo, flojo *whisky* con agua a su lado, estaba en el mostrador de recepción, hablando por el teléfono que se comunicaba con el portón, gruñendo de tanto en tanto y tomando neta con la mano libre.

Bush se sirvió un *whisky* con soda, Sangwill estaría poniéndose al tanto de los detalles del conductor. La placa del techo del auto decía Riverdale Motor Hire-Reading. Su visitante, sospechaba Bush, había salido de la estación o había aparecido por la esquina de alguna calle, había llamado el auto y había entrado a él... No siguió haciendo más conjeturas. Sangwill lo pescaría todo y nada de eso serviría. Se buscó un sillón, se hundió en él, tomó un largo sorbo de su bebida y luego miró fijo al cielo raso y comenzó a pensar en la tercera vez. Era concienzudo, ambicioso y afortunado. Cada año que pasaba se encontraba elevando más sus objetivos.

George Lumley estaba de pie junto a la ventana baja del dormitorio de su cabaña y se agachó un poco para mirar a través de aquélla. La lluvia caía como varillas de escalera. Un loco viento del Oeste castigaba continuamente los viejos olmos, al costado de la huella del campo. Observó un puñado de cuervos empujados y succionados por el viento, encima de los árboles. Un remolino de papel quemado que se diseminaba por el cielo gris. Poético. Se sentía bien y vivo. El sexo por la mañana temprano siempre le producía eso. A Blanche no. Ella simplemente volvía a caer flojamente. Tres profundos suspiros y se desconectaba por una hora más con los ojos cerrados.

Volvió al dormitorio y la miró. Tendría que conseguir una cama más grande. Era una durmiente diagonal. Pescar una en algún remate, de algún lugar. Un monstruo de caoba en el que uno pudiera despatarrarse. Ella podría entonces dormir en diagonal u horizontal. En todas las direcciones de la brújula. El problema estaba en que nunca conseguirían subirla por las escaleras. Mujer floja, pensó. Todo lo de Blanche se aflojaba hermosamente. Excepto su mente. Por Dios, tenía que concederle eso. Se inclinó sobre ella y besó su pezón derecho, luego suavemente metió la suave masa del pecho nuevamente bajo la protección de su verde camisón de seda. Ella soltó un pequeño sonido, un quejido de cachorro, y se sonrió entre sueños.

Bajó las empinadas e incómodas escaleras. Cuando viera dinero pondría un funicular. Albert dormía sobre la esterilla al final de la escalera. No hubo ningún movimiento al pasar por encima del indescriptible animal negro y blanco, del tamaño de una botella de cuarto litro. Gran perro guardián, Albert. Un ladrón tendría que saltarle encima para tener problemas. Tipo astuto ese Albert también. Todo lo que hay que hacer es mover ocasionalmente la cola y lamer una mano y se lo alberga, se lo alimenta y se lo mima por el resto de su vida. Como yo con Blanche. Sí, pero eso era sólo temporariamente. Siempre lo había sido. Eso no era problema.

Silbó por lo bajo y entró a la cocina. Su dominio. George Lumley, gastrónomo (hervir de más un huevo y quemar tostadas). Otro Escolffier, eso era él. ¡Qué salsa! Se rió fuerte de su propio pobre chiste y comenzó las tareas domésticas.

Era un hombre grande, desmañado, que aceptaba tener cerca de cuarenta años, y que estaba seguro de que tenía los mejores años de su vida por delante. El éxito para George estaba siempre a la vuelta de la esquina. La forma que tomaría el éxito, cambiaba constantemente, tentándolo como un espejismo. La única manera en que podría apresararlo, sería cuando tuviera dinero. Verdadero dinero. No la insignificante remesa que recibía: por medio de los abogados, de una familia que le había dejado de escribir hacía tiempo, un proceso que había comenzado hacía años, cuando se lo había pescado en “flagrante delito” con la joven celadora en la escuela pública en tercer año, y lo habían echado.

Algunas veces, después de uno o dos tragos, George trataría de recordar detalladamente, pero nunca podía hacerlo. ¿Rubia o morocha? Sólo Dios lo sabía. Todo lo que recordaba en realidad vívidamente era que no había sido nada demasiado bueno. Complaciente pero torpe, como un padrillo novato, apareado por primera vez con una yegua. No importa. Se avecinaban tiempos buenos. Lo había leído en su horóscopo del “Daily Mail” de ayer.

Mientras esperaba que se calentara el café, enchufó la afeitadora eléctrica y se afeitó y canturreó una tonada para sí mismo. Como Pooh, pensó. ¿Habría existido realmente un tiempo en que su madre le habría leído eso? Ella no había sido tan dura como las otras, pero había sido bastante dura. De todos modos, no tenía ninguna posibilidad frente al viejo. Todavía vivo, el viejo. Y todavía pateando. La afeitada terminó, se examinó la cara en el espejo de la cocina.

Suave como la cola de un bebé, pensó. Sólo unas pocas venas irrumpían aquí y allá. Una cara blanda, cálida, cordial. Una cara en la que se podía confiar. Se sonrió y aprovechó la oportunidad para examinarse los dientes, Parejos, normales, sanos. Difícilmente una hilera de perlas. Estaba atrasado en la limpieza del sarro que tenía que hacerse, pero eso tendría que esperar hasta que pagara la última cuenta del dentista. Se dio vuelta y pescó la cafetera antes de que se derramara. Café, tostadas y mermelada. No la clase de desayuno que Blanche recibía en su propia casa. Dos huevos, tres rebanadas de panceta y una salchicha al costado. Pero ella sabía qué esperar allí. Nunca se casaría con él. Era demasiado inconstante para eso. De todos modos, él no quería casarse. Lo había probado una vez, gracias. Desastroso. Gracias a Dios, otro tipo se había ilusionado y se la había sacado de las manos. Tipo agradable. Gerente de una imprenta en Wakefield. Debió estar loco.

Miró afuera por la ventana de la cocina, el desprolijo fondo de la cabaña. Una larga pajarera de alambre tejido, corría a un lado de aquél. No había señales de los pájaros, loros, faisanes ornamentales, pájaros descarriados o imperfectos, sus hermanos con plumas. Estaban todos cobijados en su cobertizo. George, el hombre pájaro. Se iba a hacer una fortuna criando y alimentando... había sido dos años atrás.



¡Qué fracaso! Sin embargo, era agradable tener algunos pájaros alrededor. ¿Qué era la vida sin color?

Agarró la lata de alimentos para perros y a abrirla. Entró Albert, caminando tieso.

George dijo:

—¿Con hambre?

Albert movió su corta cola.

—No hasta que no traigas el maldito diario. El diario. ¿Comprendiste?

Albert, siguiendo la rutina duramente aprendida, salió de la cocina y fue por el angosto *hall* de entrada. Volvió desde el felpudo de la puerta, con el diario. Estaba húmedo y arrugado por la lluvia que había traspasado la bolsa del muchacho que repartía los diarios. Albert lo dejó a los pies de George.

—Oh, noble amo, le ruego acepte este tributo —se mofó George. Mientras se agachaba para recoger el diario estrujó las orejas del perro. ¿Qué haría el hombre sin un perro, pensó? El mayor amigo del hombre, pero nunca bueno para un pechazo.

Mientras hacía tres tandas de tostadas, se apoyó contra la piletta de la cocina y miró el diario; las tiras cómicas primero, luego la página de deportes, y luego la bolsa de valores para asegurarse que los pocos valores que tenía, estuvieran en su habitual estado debilitado. Terminó con una rápida recorrida por las noticias generales. Blanche leía el diario meticulosamente de punta a punta y a veces estaba un día atrasada. George podía sacarle toda la carne al hueso en seis minutos y quemar tres tandas de tostadas mientras lo hacía.

Lo único que realmente le interesaba esa mañana era el final del asunto de “Trader” (el Honorable James Archer, miembro del gabinete de oposición del partido laborista, había sido secuestrado dos semanas antes y había sido restituido ya a su ansiosa familia y al adorable partido de oposición mediante un rescate de veinte mil libras, pagados en diamantes en bruto). Había un fantasioso artículo sobre ello, escrito por un periodista al que obviamente no se le habían dado muchos detalles de los hechos. Leyendo entre líneas, estaba claro que la policía no sabía nada de todo el asunto. Por segunda vez consecutiva el hombre se había burlado de ellos, y los diarios y el público no lo iban a olvidar. George sólo estaba interesado en el aspecto monetario. Llevar a cabo acciones peligrosas como esas, por tan poca plata, le parecía extraño.

Cargó el desayuno en una bandeja y trepó torpemente las escaleras. Blanche estaba sentada en la cama, el pelo colorado cepillado hacia atrás, una chaqueta de manga corta sobre los anchos y hermosos hombros, y una chispa alegre en los ojos verdes. Mirándola George se dijo, y no por primera vez, que era una magnífica mujer, una Madre Ceres, una fuente de placeres... treinta y cinco años y un valor de ochenta libras y algo más, de cálido, lechoso feminismo. Wagneriana. La había conocido hacía dos años y habían sido buenos uno para con el otro.

George colocó la bandeja sobre la cama cerca de ella y dijo:

—Odiosa mañana. Marzo sigue irrumpiendo como un León. George irrumpe como un camarero. Buenos días, mi amor. ¿O ya lo dije antes?

—Me parece recordar que sí, de una forma u otra. —La voz de Blanche era tan llena y madura como su figura y había en ella una mundanidad de feria, de salón de bar y de gritona muchedumbre de carreras de caballos. Ella continuó—: Saca ese perro sarnoso de aquí.

—Está bien, amor. Él sabe que sólo se le permite estar en el umbral de la puerta.

Albert se sentó al comienzo de las escaleras y los observó. George le puso manteca y mermelada a las tostadas de Blanche y le preparó el café como le gustaba. Lo hacía con ternura y devoción. Hacía cosas por Blanche con gusto... la mayoría de las cosas, no todas y podía ver una de las “no todas”, que se avecinaba en ese momento. Siempre se daba cuenta por la forma en que ella miraba fijo repentinamente, pasándolo por alto, exactamente como lo hacía cuando entraba en su toque profesional, ojos brillantes, absortos, a tono con el infinito. Ya no era más Blanche Tyler, la buena y juguetona compañera, sino Madame Blanche. MADAME BLANCHE TYLER. “Clarividencia, lectura postal, citas privadas, grupos, visitas a círculos familiares, curaciones”. 39 Maidaan Road, Salisbury, Wilts.

Sin mirarlo, un pedazo de tostada en la mano, como algún símbolo sagrado, dijo:

—Se me acaba de aparecer un sueño.

—¿El qué?

—El nombre. Venía de Henry. No era él en persona. Pero era su voz. Y había esa magnífica nube azul con una gran estrella brillando en el medio.

—Déjate de eso, Blanche. —Después de todo ese tiempo, George siempre se contrariaba un poco cuando ella empezaba con esas cosas. No era que él pensara que fuera todo falso. No, había ciertas cosas de las que no se podía decir eso. Como las curaciones, entre otras. Tenía un par de manos que podían quitar un dolor de cabeza o un poco de vieja fibrosis, como por arte magia. Y él había visto y oído algunas otras cosas para las que no tenía ninguna respuesta.

Blanche levantó un poco más la tostada, saludando las alturas, y dijo con voz vibrante, en éxtasis.

—¡Se llamará El Templo de Astrodel!

Habiendo hecho el anuncio, volvió a la torre inmediatamente. Mordió la tostada y le sonrió cálidamente mientras comenzaba a masticar.

—Me llevas tres calles de ventaja —dijo George—. ¿Qué diablos es eso del templo?

—Mi templo, estúpido. George ¡eres un zonzo a veces! Te lo conté todo la semana pasada.

—A mí no.

Blanche lo consideró, y luego dijo:

—No, por supuesto que no. Fue a Mrs. Cockson. Mi Dios, si tuviera una parte de su dinero lo podría levantar ya Pero es muy tacaña, sin embargo. No me sorprende.

Tiene un áurea muy pobre.

George se sirvió un poco de café, encendió un cigarrillo y se sentó sobre la cama, al lado de ella.

—¿Vas a construir un templo? ¿Como Salomón?

—Tú puedes reírte, pero yo no me río. Un templo, una iglesia de espiritismo. El Templo de Astrodel.

—Es un nombre un poco extraño, ¿no querida?

—Salió de la nube azul.

George se rió entre dientes.

—Lástima que no fuera una cosa un poco más sustancial. Como, digamos, el dinero para construirlo. Tengo un amigo que es constructor. Me daría una comisión si le consigo el contrato.

—El dinero ya vendrá —dijo Blanche firmemente—. Henry lo ha prometido. — Se inclinó hacia y le tomó la mano—. Sabes George, eres un hombre muy bueno. No sólo bueno para mí, cuando tengo que relajarme después del esfuerzo de lo etéreo, sino un buen hombre. Tienes una maravillosa áurea.

—Ya lo has dicho anteriormente. ¿Cuánto vale en efectivo?

Blanche lo ignoró.

—Es una áurea complaciente, bondadosa, sedante y refinada. Me llega como un cálido resplandor de ámbar sólo levemente teñido por una suave ondulación de llama roja en los bordes. Muy extraño.

—Parece muy incómodo andar caminando con ella por ahí.

—Querido George. —Le besó la mano.

—No me engañes. Tú quieres algo.

Ella asintió y tomó un segundo pedazo de tostada.

—Quiero el dinero para mi proyecto, mi templo, y algún día pronto... sí, pronto, lo voy a tener, amor. Entretanto, ¿quisieras hacer alguno de tus trabajos para mí?

—Oh, Blanche, otra vez no.

—Sólo por esta vez.

—Por favor.

George se encogió de hombros. El problema con Blanche era que, en la medida que le concernía a él, era la mujer más dura del mundo para negársele. Algunas veces se preguntaba si valdría la pena enamorarse de ella en la esperanza de que eso pudiera cambiar las cosas. Si fuera su mujer, realmente él podría decir que no alguna vez.

—Este es mi buen George. Te pagaré veinte esta vez.

George extendió la mano, la palma hacia arriba.

—Diez libras ya y hacemos trato, más las expensas.

Blanche se inclinó y tomó su cartera que estaba debajo de una pila de ropa, sobre la silla, junto a la cama. Tomó un rollo gordo de billetes de cinco libras y separó dos que colocó en la mano de él.

Con los ojos que le daban vuelta, George dijo:

—Siempre estás cargada.

—Trabajo duro para ello, llevando curación y consuelo. Mi verdadero interés, George, es mi trabajo. Está siempre delante de mí como una estrella que brilla. El dinero es incidental. Tu problema es lo opuesto.

George se sonrió.

—Eres una vieja farsante.

—Sólo en parte, y tú lo sabes, sólo que no lo quieres admitir. Y, amor, permíteme decirte que si tuvieras la paciencia de quedarte sentado quieto por media hora, sin perder el tiempo en encender la televisión, o en ir a buscar una cerveza o en llevarme a la cama, te lo explicaría.

—Lo que tú digas. Me puse a tus órdenes hace dos años en el salón del bar Red Lion. —Le hizo una burlona reverencia—. ¿Ha frotado la lámpara, señora? Soy su complacido sirviente. ¿Quién o qué es esta vez?

—Ella es una tal Miss Grace Rainbird. Reed Court. Chilbolton. Tiene alrededor de setenta años y Dios sabe lo rica que es. Chilbolton no queda tan lejos, George. ¿Podrías hacer esto hoy?

—Pero hoy íbamos a pasar el día juntos.

—Puedes hacer las averiguaciones preliminares y estar de vuelta para las seis. Eso nos dejará toda la noche libre para la cama. Mientras estés afuera, limpiaré este de casa que tienes. Pero lleva a Albert contigo. No quiero que se ande haciendo pis por todas partes.

—¿Y qué pasa con el áurea de él? Debe ser mala, ¿no?

Pero Blanche se había desconectado. Miró fijo pasándolo por alto; un resplandor beatífico en su enorme, hermosa cara. Levantando los brazos, para que la chaqueta se deslizara por los hombros y los pechos majestuosamente hinchados, por encima del camión corto, entonó:

—El Templo de Astrodel... El Templo de Astrodel...

George suspiró y se puso de pie. No había nada que hacer más que vestirse y salir. Lástima, porque algunas veces después del desayuno volvía a la cama y se entretenían uno con el otro en un amplio recorrido de placeres, hasta que fuera el momento de pensar en los tragos antes del almuerzo.

La cabaña de George, construida en piedra, con techo de paja y muy incómoda, a pesar de la ostentosa electricidad y el tanque séptimo de drenaje, quedaba a unos 9 kilómetros al Sur de Salisbury. Estaba al final de un precario camino, flanqueado a ambos lados por una hilera de altos olmos, y bastante cerca del Hampshire Avon. George la había comprado durante un raro período de prosperidad, diez años atrás. El techo de paja pronto necesitaría ser renovado. Algunas veces deseaba que llegara a ese punto, y se preguntaba alegremente cómo diablos podría conseguir algo semejante a mil libras para el trabajo. Pensó en esto en ese momento, mientras

manejaba, cortando el salvaje ventarrón de Marzo. La pesada lluvia estaría goteando a través del cielo raso del pequeño cuarto libre, y se había olvidado de advertirle a Blanche que colocara un balde debajo de la gotera.

Con Albert enroscado en el asiento a su lado, George pensó en Blanche. Era una chica inteligente. Inteligente y a veces molesta. Él no era demasiado sagaz con respecto a todo ese asunto de espiritismo y de médiums, pero desde que había conocido a Blanche había recogido una buena cantidad de conocimientos y unos cuantos trucos del oficio. Su propio punto de vista personal era, que si había una vida después de la muerte, esperaba que incluyera algunos de los grandes placeres de ésta. En cuanto a la supervivencia humana sólo podía imaginar que había un ablandamiento del cerebro, condicionado a él. La mayoría de los mensajes que le llegaban a Blanche ya fuera directamente o a través de su control “Henry” eran bastante triviales. Uno hubiera pensado que alguien como Sir Oliver Lodge o Sir Arthur Conan Doyle o Benvenuto Cellini aparecería con algún razonamiento autorizado sobre las condiciones de vida y de trabajo, y todos los asuntos relevantes. En general era pura charlatanería. Una vez “Henry” había retransmitido un mensaje a través de Blanche, de George Washington para Mrs. Cookson. Mrs. Cookson estaba marginalmente relacionada con la familia Washington. Washington insistía en que Mrs. Cookson no se preocupaba por algo que era el mayor problema de su vida en ese momento, el problema no había sido establecido. Pero los dos, George y Blanche sabían que durante años, la rica viuda había estado tratando de decidir si se volvía a casar, y tenía media docena de pretendientes para elegir. Todo el asunto, decía George Washington, se resolvería felizmente a fin de año. Un asunto insignificante para provenir de un hombre importante. De todos modos a Mrs. Cookson le agradó. Tenía que ser verdad ¿no es así?, teniendo en cuenta el hombre de quién venía.

George se sonrió para sus adentros, dejó caer una mano libre sobre la cabeza de Albert y se la rascó. Chica inteligente, Blanche. Conquistársela a Mrs. Cookson que contribuiría generosamente para la construcción de su templo. ¿Astrodel? ¿Qué clase de nombre era ese? Y ahora Miss Grace Rainbird... una solterona pudiente. Esta era nueva. Tenía que ser, o él no estaría luchando contra la lluvia por la ruta Salisbury-Stockbridge, hacia Chilbolton. Blanche, si tenía la ocasión, siempre quería tener algunos datos preliminares cuando tomaba una cliente nueva... Ella lo justificaba diciendo que la ponía más en *rapport* con la persona, el hecho de tener una idea de algunas de sus circunstancias.

Con cualquiera que llegara de la calle, en frío, había cierta timidez de parte del mundo de los espíritus, para darse libremente... Se rió entredientes. Sería la misma vieja rutina. Una pequeña vuelta por el pueblo. El bueno de George haciendo esas cosas. Soltar algunas lenguas en la cantina. Conversar con el propietario del garaje. Desparramar pequeños anzuelos en la oficina de correos y en el almacén del pueblo. Revisar la iglesia y el cementerio. Era maravilloso lo que se podía conseguir allí, si una familia había vivido alguna cantidad de tiempo en el mismo lugar. Oh, se sabía

todos los trucos. Y la gente simpatizaba con él, lo que era bastante justo porque era un alma cordial y gregaria y todos los tragos que tomaba salían de las expensas. Comenzó a silbar. La vida era buena. Esa era la única manera de verla. Algún día su barco entraría con dificultad al puerto.

Chilbolton estaba a unas millas al Norte de Stockbridge en el valle del río Test. Era un pueblo alargado, irregular, con cabañas rosadas y blancas, de techo de paja, y algunas casas más sólidas. Todo limpio y prolijo y con una mirada uno se daba cuenta de que allí había dinero. George se metió en su rutina.

Primero buscó Reed Court. Estaba bien fuera del pueblo. No pudo ver desde el camino porque estaba dentro de su propio terreno y estaba oculta por un alto terraplén de árboles. George subió por el camino de pedregullo que llevaba al frente de la casa, dio la vuelta lentamente y volvió a salir. Sólo le llevó unos segundos, pero era un observador rápido y sabía lo que buscaba. Desde Reed Court volvió al pueblo y estacionó delante de Abbot's Mitre. Cuatro tragos más tarde, su informe sobre Mrs. Grace Rainbird se estaba formando satisfactoriamente. De la cantina fue al garaje para cargar nafta, compró cigarrillos en el almacén del pueblo, se saltó la oficina de correos porque todo andaba bien y luego fue a la iglesia que estaba al final del pueblo.

La iglesia no le impresionó tanto como Reed Court. Era una construcción más bien sombría, de piedra, con una aguja de madera, de aspecto insignificante, colocada arriba en una esquina. La veleta que había en el techo llevaba la fecha 1897. No precisamente el período más floreciente de refinamiento de la arquitectura inglesa. Caminó por el cementerio con Albert que le seguía los pasos Bien conservado. Algunos lindos castaños, grandes pinos viejos y al fondo una serie de praderas que llegaban hasta el río. George sabía apreciar la belleza. Aunque la iglesia no le había impresionado, Chilbolton era claramente un lugar donde uno se podía retirar, teniendo en cuenta que se tuviera dinero, y vivir una vida de calma y contemplación. El sepulturero se enojó porque Albert había entrado al cementerio, George se metió a Albert debajo del brazo. Calmó al viejo, y sostuvieron una saludable charla. George hablando ininterrumpidamente con afabilidad, en su buen tono de voz, un hombre grandote, agradable, bien vestido, un caballero a las claras, para el ojo inexperto, George contento, con cuatro vasos de Guinness en la barriga y enamorado del mundo. Cuanto más sabía de la familia Rainbird, más envidiaba lo que habían tenido y lo que tenían todavía. Sin amargura, pensó que si no hubiera sido por esa celadora del colegio y un considerable número de otras cosas después de eso, podría haber competido con posibilidad de triunfar en un tipo de vida como la de los Rainbird. Mucho más modesta, por supuesto, pero aun así un pequeño paraíso y posesiones para envolverse como con un suave, sedoso capullo.

Había vuelto a la cabaña justo cuando estaba oscureciendo. Blanche no estaba allí. Había dejado una nota diciendo que había ido a Salisbury para comprarle algunas

cosas. George nunca se volvía a proveer hasta que iba al armario a buscar algo y descubría que no lo tenía.

Se quedó sentado con un *whisky* con soda y comenzó a hacer anotaciones de las averiguaciones que había hecho para Blanche. Hasta allí eran unas fáciles veinte libras. Pero si quería más, tendría que recibir más dinero y el precio no siempre era renegociable. No era que le importara. Casi estaba enamorado de Blanche. Era buena con él, y se había acordado de colocar un balde debajo de la gotera del techo.

Mientras George estaba sentado con su *whisky*, en la cabaña, Bush, también estaba sentado con una bebida similar, repasando los dos informes que había preparado para Grandison. Estaba trabajando en su casa, un pequeño departamento cerca de Chelsea Bridge, con una restringida vista del Támesis y un pequeño rincón de la Tate Gallery. Su mujer estaba en Norfolk, en casa de sus padres. A menudo se quedaba con ellos. Su padre era un general retirado. Uh día, Bush lo sabía, ella se le acercaría y le pediría el divorcio. Si él lo hubiera querido hubiera descubierto fácilmente quién era, alguien que no eran los padres, el que la atraía tan a menudo a Norfolk. Su casamiento había sido un error, con un comienzo ambicioso; ahora subsistía como una maleza azotada por el otoño, esperando la primera helada cruda de invierno para ser cortada. El amor que podía haber existido, había declinado rápidamente. Bush no le tenía lástima a su mujer. Había revelado necesidades físicas y sociales que no significaban nada para él. Bush tenía sólo un amor, una entidad gemela encerrada, que era él mismo y su trabajo. Con respecto a su verdadero trabajo, su mujer no sabía nada. Para ella él era algo en el ministerio de Relaciones Exteriores. Aunque estuviera registrado entre el personal de la Unidad de Investigación de Control de Armamento y Desarme, no trabajaba allí y había estado dentro del lugar, sólo una media docena de veces. Algo parecido era aplicado a Sangwill. Estaba anotado como funcionario ejecutivo en el departamento de Establecimiento y Organización. Grandison no estaba registrado en ningún lado, pero sus oficinas estaban en Birdcage Walk, no lejos de Wellington Barracks, y con una agradable vista al St. James's Park y su lago. A sus órdenes trabajaban allí, Sangwill y Bush y una docena de otras personas, hombres y mujeres, toda gente aplicada, tranquila y poco notoria, que había sido elegida por Grandison personalmente.

Bush repasó su primer informe. Era un análisis de hechos de los dos secuestros de Trader, que habían tenido lugar en los últimos diez y ocho meses. Una comparación de los dos secuestros, ambos de prominentes figuras políticas, revelaban muy poco de la verdadera información o de algún avance de parte del Departamento. Había una gran masa de hechos policiales sin coordinación. La policía no le tenía simpatía al Departamento porque se le montaba a la cabeza, utilizando un poder que provenía directamente del primer ministro. Oficialmente, ellos no tenían ningún conocimiento de ello. Pero en términos prácticos, lo sabían y estaban resentidos. Había una

rivalidad entre ellos que ocasionalmente causaba cataclismos volcánicos casi a nivel de gabinete. Pero no se negaba la lógica detrás de la formación secreta del Departamento. Era anónima, inidentificable, y podía utilizar métodos y tomar actitudes en el país y en el exterior que ningún departamento de policía podía arriesgar, aunque pudiera estar muy tentado a veces de hacerlo. La justificación de su existencia, residía en el desenvolvimiento altamente organizado de la mayoría de los delitos modernos, que reclamaban una fuerza opositora desinhibida, desembarazada de la ética convencional de la policía. Durante los últimos ocho años había logrado muchos éxitos silenciosos e inexorables, que nunca habían tenido ninguna publicidad.

El segundo informe de Bush era el plan que le había pedido Grandison.

Ha habido dos secuestros de Trader. Organizados por una persona, con no más de dos o tres personas involucradas. Se han pedido rescates moderados. Las víctimas, prominentes personalidades (hombres) políticas. Se ha asegurado la máxima publicidad por los mensajes de Trader a la prensa. Aquella ha perturbado a la policía y al gobierno, llevando a una dura crítica de esta y otras instituciones, y también de prominentes individuos del campo político, de seguridad y de la policía. El esquema de estos dos secuestros lleva a las siguientes proyecciones:

a) El próximo rescate es la operación principal. Los otros dos han sido llevados a cabo para establecer el clima adecuado.

b) La próxima víctima será alguien ubicado mucho más alto que ninguno de los otros dos.

c) No se dará ninguna publicidad. Trader insistirá en un completo secreto, excepto, digamos, un escrito entregado a la prensa, que diga que la víctima está enferma, confinada a la cama, para cubrir cualquier publicidad embarazosa.

d) La autoridad aceptará esa condición para proteger a la víctima y, más especialmente, las reputaciones de las personalidades gubernamentales y de la policía. Estas reputaciones están ya en peligro por el creciente enojo público por la forma en que Trader ya ha hecho de la autoridad, un objeto de risa.

e) El rescate pedido será alto. ¿Medio millón o un cuarto de millón de libras?

f) Si no se paga, la víctima será asesinada. La lectura de la de Trader y el esquema de los dos últimos secuestros hacen que esto sea claro. Trader no está jugando.

g) La víctima será de tal importancia, que el gobierno y la policía, en mi opinión, acordará los términos y pagarán la suma, y todo el asunto no llegará nunca a conocimiento público.



h) Trader llevará a cabo su secuestro final en los próximos meses. Cuánto más pronto ocurra tanto más ansioso será el deseo de la autoridad porque todo quede tapado.

i) Si Trader tiene éxito se retirará de la escena de los secuestros.

j) Por el momento no tenemos información de ninguna clase, que muestre algún indicio de pista que conduzca a Trader.

¿Quién no se retiraría con un millón para vivir? Pensaba cómo estaría Grandison en su entrevista de mañana. Grandison era impredecible. Podía decir que había que quedarse sentado y dejar que ocurriera el tercer secuestro, o que tendrían que salir todos a buscar a Trader antes de que pudiera actuar nuevamente. Ya se habría trazado su propio plan, y lo habría discutido con sus superiores y ya tendría sus instrucciones. Personalmente, Bush esperaba que se les hubiera dicho que buscaran ya a Trader. En algún lugar de la cantidad de informaciones que tenían, ya sabían que seguramente tenía que haber algo, no importaba lo ínfimo que fuera, que les daría una pista. Estaba ahora parado junto a la ventana con su trago, observando la sección del río enmarcada entre árboles y construcciones. La corriente estaba subiendo, un torrente marrón y vigoroso con grandes ráfagas de lluvia de marzo, barriendo su superficie. Si pudiera encontrar algo, si pudiera conseguir a Trader, Grandison se lo reconocería y lo haría saber a sus superiores. Era un hombre tan generoso como eso... Conseguir a Trader y poder escalar alto. No necesariamente en este híbrido Departamento. Había otras esferas. Doradas... Vio a la mujer subir los escalones con la cara envuelta en el echarpe. Vio que subía el hombre, grotescamente enmascarado, y fervientemente esperó que Grandison no tuviera instrucciones de cerrarles el caso. Quería seguir adelante.



## DOS

ERA una mañana tranquila, suave. Los ventarrones de los últimos dos días se habían ido. Desde la punta del enorme cedro, del otro lado de la calle, un mirlo terminaba su breve recital. A través de las ventanas de su cuarto de estar, Miss Rainbird observó las sombras de las nubes, que se movían lentamente por los verdes prados, tachonados por largas extensiones de tempranos narcisos. La primavera volvía otra vez. Seguiría volviendo y los seres humanos seguirían andando, y ella con ellos, por un puñado de años más. Era un pensamiento suelto y no tenía ninguna significación personal para ella. A los setenta y tres años hacía tiempo que había dejado de importarle la muerte. La mayoría de sus facultades estaban todavía en condiciones. Lamentarse y preocuparse era para los débiles. No se podía imaginar tampoco que esa Madame Blanche, que estaba sentada frente a ella, se entregara a las lamentaciones y a la preocupación. La mujer parecía irradiar alegría y vida. Era lo que Sholto (que había sido vulgar a veces) hubiera llamado “un pedazo de mujer tetona”. De treinta y cinco años, casi resplandeciente de vitalidad, no podía imaginarse nada menos parecido a una médium o a alguien concerniente al mundo espiritual. Sholto la hubiera mirado admirativamente y hubiera palmeado suavemente sus finas manos, como aplaudiendo, por la espléndida visión. Ella no le tenía simpatía a Sholto, pero por lo menos no había tenido nada de hipócrita. Decía y hacía abiertamente lo que tenía que decir y hacer. Ese era también el problema. No se lo había podido apartar de lo que tenía necesidad de hacer.

Miss Rainbird, que no estaba siempre al tanto de su propia franqueza, dijo formalmente:

—Tengo que aclararle algunas cosas, ponérselas muy en claro, Madame... Blanche.

—Es mejor que ya mismo me llame Miss Tyler. Lo otro es “profesional”. —Se sonrió, sabiendo que aquí tenía que tomar las cosas con calma. Esta niña mayor era tan punzante como una aguja—. Todavía no hemos llegado a esa etapa. En realidad creo que ya está medio decidida a pensar que ha cometido un error. Esa Mrs. Cookson tal vez la haya presionado para convencerla, ¿no?

Rainbird lo consideró. Grandota y tetona podía ser, pero esta mujer tenía sesos... comprensión, también. Se impresionó brevemente.

—Podría ser así, sí. Sin embargo, me gustaría, como le dije, poner algunas cosas en claro. Tengo una desconfianza instintiva por la... la filosofía que usted representa.

Aunque soy una cristiana practicante, sólo es una actuación convencional. De corazón soy agnóstica. Y sí, estoy comenzando a lamentarme de haberle pedido que viniera.

Blanche asintió.

—No me sorprende, Miss Rainbird. Una cantidad de personas comienzan de esa forma. Si lo desea, me iré ya. Pero antes de hacerlo, y estoy segura que apreciará esto, me gustaría decirle que... bueno, es a la recíproca. Me doy cuenta en seguida si puedo ser de ayuda para la gente. Si veo que no... entonces me voy. No soy una improvisada que pide sus honorarios. Mi vocación es ayudar a la gente. A algunos, después de un tiempo muy breve, me doy cuenta que no los puedo ayudar. Usted podría ser uno de ellos, Miss Rainbird. Todavía no lo sé. —Lo dijo con un buen tono de voz; la voz para las casas y la gente como esa. La voz y las formas aceptables de discurso habían venido hacía años, de lecciones de alocución, un buen oído, y un cuidado instintivo para el uso de las palabras. Pero no eran naturales. Blanche había nacido en una carreta de feria, en Nottingham. Sola con George o con amigos íntimos, le gustaba relajarse.

Observando la leve expresión de sorpresa en la cara de Miss Rainbird, se dio cuenta que no se le permitiría irse. Eran todas iguales. Querían algo (y ella podía y quería auténticamente darles algo), pero siempre ponían barreras al principio. Tal vez para esconder su propia turbación hasta que se acostumbraban a la idea.

Repentinamente, Miss Rainbird se encontró simpatizando con esta mujer. No había ninguna aparente gazmoñería en ella. Hablaba sinceramente y no se intimidaba. Aunque había querido ser mucho menos directa, se encontró diciendo:

—¿Cree usted profunda y sinceramente en su... su vocación?

—Por supuesto. Mi vocación está llena de... bueno, personas dudosas. Los improvisados sólo tienen interés en el dinero. Lea cualquier trabajo autorizado sobre investigación física, y encontrará suficientes pruebas del ardid y la impostura. Si hubiera querido ser una improvisada, me hubiera buscado alguna otra profesión, Miss Rainbird. Pero resulta que tengo un don, un don precioso. No para hacer aparecer espíritus o hacer flotar trompetas de plata por un cuarto oscuro, yo no hago eso. Simplemente he nacido con una: pequeña facultad extra para la comunicación y, mucho más importante, para la comprensión de la personalidad humana y su naturaleza eterna. —Era un discurso estudiado, pero ella creía realmente en él. George podía tomarle el pelo, muy bien, ella se ayudaba un poco de tanto en tanto para que las cosas marcharan, pero más allá de eso... bueno, le gustara o no, estaba allí y tenía que hacerlo.

—Pero esa ayuda que usted da, Miss Tyler, está relacionada con el mundo de los espíritus, ¿no?

En gran parte, sí. Pero el mundo de los espíritus cubre todas las esferas de la vida. Nosotros, en un sentido, somos espíritus, espíritus atados a la tierra. Algunas veces la gente llega a mí, no porque quieran saber de sus seres queridos que han muerto, sino

porque tienen sus propios problemas. No estoy segura por el momento, Miss Rainbird, de lo que se imagina usted que necesita de mí como ayuda. Pero yo sería una persona estúpida para no darme cuenta de que tiene esperanzas de algo. Mi presencia en esta casa, a su pedido, lo hace evidente. Permítame decirle, Miss Rainbird, que si quiere que mire fijo una bola de cristal, no lo haré.

La leve insinuación de una reprimenda o de una advertencia, agudizó una natural tendencia a la irascibilidad que tenía Miss Rainbird. Era una autócrata, acostumbrada a ser obedecida y, si había que imponer condiciones, lo hacía. Así que entonces dijo:

—Pero ¿está segura de que esto es lo que hizo para Miss Cookson? Sé que es una persona más bien impresionable. En muchos sentidos una tonta completa. Pero me dice que usted se conectó con George Washington por medio de ella. Ahora, seguramente esto es ridículo, aun siendo ella pariente lejana de la familia de él, ¿no?

Blanche se sonrió. Ya la había hecho engranar a la niña grande. Miss Rainbird había esperado alguien que dijera: “Sí, señora... No, no señora”. Miss Rainbird, si se le presentaba la ocasión, podía ser una bravucona. Bueno, ¿y qué? Que vengan todas. Todo lo que hay que hacer es mantener el buen tono de voz, sonreír, y nunca dejarles ganar ventaja.

—Miss Rainbird, como será usted la primera en admitirlo, sin duda, Mrs. Cookson es una persona muy diferente a usted. Es básicamente un alma simple. Pero su necesidad de apoyo es tan fuerte como la de cualquiera. Debo explicar que aquellos que han muerto, no pierden sus características humanas. Mi control (un hombre realmente bastante notable, llamado Henry) es una persona con sentido del humor y también una persona que respeta a los hombres y mujeres de grandes proezas. Naturalmente no molestaría a una persona como George Washington con un pequeño problema como el de Mrs. Cookson. Todo lo que quiere saber ella es cuál de los tres o cuatro hombres se casará con ella, si se casa con alguno. Pero necesitaba esa ayuda y la consiguió por medio de Henry, que hizo lo que hacen tantas de las buenas per que han muerto. Simplemente colocó otra vez el problema en la falda de Mrs. Cookson, de diferente forma. Ella tendrá que decirlo por sí misma. Los espíritus no se comunican con nosotros para hacer que la vida aquí sea un lecho de rosas, Miss Rainbird. Todos tenemos que lidiar con nuestros propios problemas humanos. Mrs. Cookson hará su propia decisión antes de fin de año. Ella pensará que George Washington la ayudó. Bueno, no hay nada de malo en ello. Lo hizo, a través de Henry. George Washington tiene cosas más importantes que hacer en su nueva vida. Blanche se rió entredientes, con un sonido rico y terreno.

Miss Rainbird se encontró también riendo entredientes.

—Pero, Miss Tyler, si uno admitiera su existencia, ¿qué clase de consejos o ayuda dan ellos?

—Existen realmente, Miss Rainbird. Principalmente les dan a los que han dejado atrás, el consuelo de saber que hay otra vida después de la muerte y el consuelo de

comunicarse con ellos. Y a veces ayudan en los problemas terrenales, cuando las personas interesadas no están en condiciones de ayudarse a sí mismas.

—Ya veo. ¿Y usted puede pedir ayuda para ellos a voluntad?

—No, no puedo. Pero puedo intentarlo. Algunas veces sucede y otras no. Somos niños para ellos. En este mundo, Miss Rainbird, por más que los padres quieran a sus hijos, no dejan todo lo que están haciendo para contestar a su llamado. A menos que sea algo alarmante.

—¿Podría intentarlo aquí y ahora? Quiero decir, tiene usted necesidad de efectos o condiciones especiales. ¿Un cuarto oscuro, gente que se tome de las manos y ese tipo de cosas?

Blanche se rió.

—No, no necesito efectos especiales. A veces ayudan cuando hacemos trabajo de grupo. Pero, de todos modos, no lo puedo intentar aquí y ahora. Está directamente fuera de cuestión.

—Pero ¿por qué?

—Porque, Miss Rainbird, usted tiene que querer que yo haga la prueba de ayudarla. ¿Cómo, puedo hacerlo, cuando por el momento usted está muy lejos de decidir si tratarme seriamente? Usted es una mujer muy inteligente, práctica. Vive en un mundo que está social y económicamente muy por encima del mío: Madame Tyler, la médium. No se tiene que sentir ofendida si le digo que sé que debe haberse reído mucho respecto a la sola idea de semejante tontería como la que usted imagina que es lo que hago yo. No puede imaginarse qué fue lo que la atrapó para permitir que Mrs. Cookson la persuadiera de una entrevista conmigo. —Blanche se puso de pie. Este era el momento, y había conocido cientos similares a ese—. Creo que lo mejor es que lo piense algunos días más y que luego me haga saber su decisión. Usted es escéptica con respecto a todo esto. Eso no me importa. No sabe si quiere hacer la prueba. Yo no puedo ayudarla hasta que sinceramente usted tenga esperanzas de que yo pueda ayudarla y esté dispuesta a aceptar la desilusión si no pudiera hacerlo.

—Usted es realmente una persona poco común, Miss Tyler. —Aunque el tono de voz de Miss Rainbird era mordaz, por debajo había un tono de admiración. Blanche lo pescó y lo anotó a su favor. Volvería a ir allí, lo sabía.

—¿Sería usted tan amable de hacerme saber en unos días lo que decida, Miss Rainbird? Entretanto, si la tranquiliza, le puedo decir que no tendrá ninguno de esos sueños perturbadores, no, por lo menos por algunas noches.

Controlándose, sin demostrar ningún signo de sorpresa, Miss Rainbird dijo:

—Qué raro que me diga eso.

—Yo no lo dije, Miss Rainbird. Simplemente lo transmití. La etérea presencia de Henry ha estado en este cuarto durante los últimos minutos y me lo ha estado diciendo. Lo que significa, por supuesto, que alguien me ha pedido que pase el mensaje.

Cuando Blanche se fue, Miss Rainbird se sirvió un vaso de sherry seco y se sentó con él en su sillón preferido junto a la ventana. Era una mujer pequeña, pulcra. Había sido linda en un tiempo, pero ahora tenía las mejillas magras, la piel de la cara arrugada y tensa, sin curvas o suavidad sobre la estructura de los huesos. Tenía el pelo gris y los ojos grandes y marrones. Había una cualidad de elfo en ella, un elfo avejentado, un hada gastada por el tiempo, una pequeña dama vieja que estaba acostumbrada a hacer su voluntad y muy raramente a verse frustrada. Y en ese momento estaba completamente desconcertada por Blanche. Era verdad que Ida Cookson, una tonta como nunca hubo otra, la había persuadido de ver a Madame Blanche. Pero eso había surgido originalmente, porque siempre le tomaba el pelo a Ida sobre su fe en el espiritismo. Sólo cuando habían comenzado los sueños, empezó a pensar por primera vez en ello y aun entonces, no seriamente. En realidad, mirando hacia atrás, encontraba difícil de decir cuándo y porqué había tomado la decisión. Los sueños eran bastante comunes y había una explicación perfectamente lógica para los de ella. Especialmente los referidos a Harriet, la perturbaban y la trastornaban. Pasarían o podría convivir con ellos. Realmente no podía comprender porqué, finalmente había concertado una entrevista con Madame Blanche. La mujer hablaba bien, con sólo una levísima insinuación de su verdadera clase social en el eco de su discurso. Era entretenida y no crucificaba el inglés de la reina. Pero lo que era y de dónde venía era demasiado evidente. Ida le había contado algo de la vida anterior de Madame Blanche. Todo esto, haciendo justicia, no tenía tomarlo en cuenta. Pero no iban a engañar. Madame Blanche, estaba segura, la había tratado según un acercamiento de rutina para personas de su naturaleza. La mujer era de ingenio agudo, inteligente y rápida para adaptarse. Pero ¿cómo había podido enterarse de sus sueños? Nadie excepto ella misma lo sabía. La mujer no habría podido recoger la información de ninguna otra persona.

Miss Rainbird estaba sentada con sus pensamientos, y su sherry seco, los ojos ausentes sobre el jardinero que estaba rastrillando el cantero de rosas. Harriet era una tonta, por supuesto. Siempre lo había sido. Ella y Sholto se habían ido. Si había algo de verdad en la posibilidad de comunicarse con el otro mundo, entonces Sholto era el que contestaría, y esa sería la última cosa que probablemente haría. Sholto nunca había vuelto sobre algo que hubiera dicho o hecho. Un obstinado bruto. Sin embargo, se sonrió para consigo misma, tal vez debería probarlo. Harriet podría saber más, ahora que había “pasado al otro mundo”. Sería una ironía si Harriet lo pudiera hacer, con Sholto al lado, incapaz de detenerla... No, todo el asunto era una tontería. ¿Cómo diablos había adivinado Madame Blanche que estaba teniendo malos sueños? Harriet que gemía todas las noches frotándose las manos y hablando de “lo que había que hacer para la familia”. ¡Harriet que había causado todos los problemas, en primer lugar, por ser una criatura tan pusilánime! Aunque la había querido, realmente la había querido profundamente, tenía que decirlo, Harriet verdaderamente había sido una persona bastante inútil. Sin agallas, sin nervios... esos grandes ojos azules

siempre llenándose de lágrimas. ¿Porqué ese tonto del jardinero estaba rastrillando el cantero antes de podar? Se estiró y tocó el timbre para llamar a Syton, el mucamo.

Manejando de vuelta a Stockbridge para recoger a George, Blanche estaba plazeramente encantada consigo misma. Miss Rainbird la llamaría. La cosa que más la atraparía a la vieja gansa, era el desafío. Ella había demostrado, tanto como le había expresado, que no estaba dispuesta a enfrentar nada nuevo. Una vieja chismosa estirada como Miss Rainbird, no iba a aceptar esa agachada de cabeza. George había hecho un buen trabajo. Para empezar con ello, de todos modos. La mayor parte había provenido de la iglesia y del sepulturero. Había media docena de lápidas en el cementerio. Las dos últimas eran para Harriet Rainbird y Sholto Harold Rainbird. Sholto había sido el único hermano, soltero, y había muerto a la edad de setenta y seis, hacía dos años. Harriet Rainbird había muerto a la edad de sesenta y cinco, dos años antes que su hermano. Sus padres estaban enterrados en el mismo cementerio. Tres hijos, todos nacidos con cucharas de plata en la boca. Reed Court, una gran mansión de campo, había pertenecido a la familia hacía mucho tiempo. En un tiempo los Rainbird habían sido grandes propietarios de tierras. Ahora tenían sólo unas hectáreas alrededor de Reed Court, pero evidentemente no se había perdido dinero en el proceso. Todo, dentro y alrededor de Reed Court, indicaba opulencia; los jardines bien mantenidos, la casa bien reparada, un mucamo, dos sirvientas, un jardinero, un chico, un chofer, y un Rolls-Royce y una pequeña camioneta en el garaje. Qué grande era George para averiguar cosas. Tipo inteligente... demasiado inteligente algunas veces para su propio bien. Haragán, también, si no se lo pinchaba mucho. Pero agradable. Si ella lo hubiera podido reformar un poco, se hubiera casado con él. Pero como estaba, no gracias. Tenía otras cosas en vista... y estas podrían estar en camino, a causa de esta mujer Rainbird. Todo el dinero del mundo, la hija del medio, probablemente dominada por ese Sholto (habían dicho uno o dos cosas sobre él en la cantina) y luego había heredado todo, cuando el tirano solterón había muerto. Miss Rainbird tenía libertad ahora, pensaba Blanche. Sería generosa si se hacía realmente algo por ella... algo grande, algo que significara todo el mundo para ella.

Y eso era lo que le había dicho Henry, tendido allí en la cama, después que George se había ido a Chilbolton. Él había estado llenando el cuarto y ella había abierto su mente y espíritu hacia él y todo había sido transmitido. Exactamente como había sucedido en el cuarto de Reed Court hacía un ratito. Lo de los sueños. Ella no era ninguna tonta. Henry no facilitaba siempre las cosas. Algunas veces llegaba tan claro como una campana, hablando directamente a través de ella. La anciana niña tenía pequeñas bolsas oscuras, debajo de los ojos, de dormir mal. En otro sentido tenía aspecto de estar bien de salud como una pulga. Nada de malo en su salud, nada malo en sus circunstancias, un poco amarreta, sin embargo, podía haber ofrecido un sherry, viendo que eran las once y media de una soleada mañana, de modo que probablemente andaría durmiendo mal por los sueños. Y justo entonces, Henry había dicho claramente: “Muy acertada vieja amiga. Malos sueños. Dile que yo se lo

arreglaré por unas noches”. Algunas veces Henry sonaba igualito a George. Gran chistoso este Henry. Lo hacía a propósito para tomarle el pelo a ella. Pero Henry, antes de morir, había sido un capacitado ingeniero de ferrocarriles del siglo XIX. Había trabajado con alguien llamado Brunel. Ella lo había buscado en un libro que tenía, y allí estaba. Y lo que es más, había unas palabras sobre su asistente de trabajo, Henry Rees Morton. Su Henry.

La anciana niña había ocultado su sorpresa cuando ella le había hablado de sus sueños. Había visto mucha gente poner cara de piedra cuando había dicho algo que los sacudía. Especialmente esa clase de gente. El tipo de personas de, no-crea-que-usted-me-puede-engañar-Madame Blanche, todo-hecho-por-medio-de-espejos-y-husmeando por allí para conseguir chismes. Bueno, ¿porqué no? Henry y los otros sólo entraban cuando realmente se los necesitaba. ¿Malos sueños? ¿Qué clase de malos sueños tendría Miss Rainbird? Era una solterona y también lo había sido Harriet. Probablemente pensó que cada hombre estaba detrás de su dinero. Y el viejo Sholto. Soltero, también. Pero miraba a las chicas. Probablemente decidió que podía tener todas las que quería sin los problemas del matrimonio. ¿En qué había estado soñando? Henry lo sabría. Pero no rompería una confidencia. Tendría que saber que Miss Rainbird quería que fuera revelado, antes de que llegara él. Un perfecto caballero. Debió haber sido así aquí abajo, y naturalmente la fineza de espíritu había pasado con él al otro mundo.

De todos modos, no cabía duda de una cosa. Henry había aclarado que por intermedio de la pudiente Miss Rainbird, ella iba a tener el templo de Astrodel... una espléndida, verdadera iglesia. Mi Dios, no como algunos lugares repulsivos a los que iba a veces, metidos entre la cantina y los baños públicos, y tan sucios por dentro como una casa de tolerancia de tercer orden. No era de sorprender que tuvieran malos resultados o que los fabricaran un poco. ¿Para qué querría volver a lugares así, la persona que había pasado a la brillante gloria de la otra orilla? El templo de Astrodel, una llamarada de púrpura y oro y bien dotado. No contando con la colecta de un corazón melancólico después del servicio.

George estaba esperando en el salón del bar del hotel Grosvenor en Stockbridge, sentado con un vaso de cerveza. La saludó con su gran sonrisa y le dio un gran abrazo. Agradable, grande, cálido George.

Le trajo un vaso de cerveza y ella se sacó el sombrero y sacudió su roja cabellera. Se había vestido sobriamente para Miss Rainbird. Ninguno de los colores brillantes que le gustaban. Pero el sencillo vestido marrón y el saco también marrón, apenas amortiguaban el esplendor y el fructífero ardor de su abundante cuerpo. Rubens la hubiera desvestido de prisa, los ojos llenos de lágrimas de alegría.

—Bueno, ¿cómo anduvo? —dijo George.

—Adelantamos algo.

George parpadeó.

—¿La enganchaste?



—No me gusta ese tipo de palabras.

—Engreída. Etiqueta profesional. A mí no me engañas, amor. Estás adentro, o por lo menos lo estarás pronto. Bien para ti. Bueno, tendrás que decir que te hice un buen trabajo.

Blanche terminó su cerveza, saboreándola en un largo trago. Dejó el vaso y dijo:

—El trabajo no está terminado, Georgie-amor. Consígueme otra de éstas y te diré lo que quiero que hagas.

George gimió.

—Cristo, no.

—Cristo, sí. Y no blasfemes.

Había tres de ellos en el cuarto. Las cortinas corridas contra la noche. Afuera estaba soplando un fuerte viento Noroeste, con un ocasional chaparrón de lluvia. De tanto en tanto una ráfaga hacía tabletear las ventanas. La tormenta barría el Hyde Park, encrespando y perturbando a los pájaros que se habían acomodado para dormir, y rompía con una ruidosa turbulencia contra el macizo bloque, a la orilla del río. Grandison podía oírlo: viento y lluvia, y le gustaba el sonido. Se detenía de tanto en tanto en su conversación, no para reunir palabras para un nuevo párrafo, sino sólo para pescar el sonido del viento. El viento era poder, poder indisoluble. Podía dar vuelta un barco de pasajeros. Le gustaba el poder. Desvergonzadamente. Pero no hacía ostentación de eso, a menos que se viera forzado. Era un hombre arrogante también. Pero nunca lo demostraba. Se movilizó un poco por el vacío, casi monástico cuarto, mientras hablaba, y las medallas y ornamentos de su traje de gala hacían un pequeño sonido metálico de tanto en tanto. Después de irse de allí, tenía que ir a un banquete ofrecido por la Oficina de Relaciones Exteriores, a un africano, cabeza de estado educado en Oxford, cuyo padre por razones tribales y a menudo personales, había llevado a muchos seres humanos al sacrificio. Muchas de las actividades que eran coordinadas en este cuarto tenían el mismo propósito. *Plus ça change...*

Sangwill y Bush observaban y escuchaban.

—El plan que hemos confeccionado... —Eso era ser generoso con Bush— ha sido examinado, considerado, discutido, y toda la otra jerga oficial. Desechado y pateado, y aceptado. De allí en adelante cada uno tuvo que decir algo y luego todo fue archivado y nuevamente repetido por el Gran Hombre en persona. El tercer secuestro no debe tener lugar, porque si ocurriera, ellos tendrían que aceptar todos los términos por el bien de... bueno, no tengo necesidad de deletrearlo. Bastante simplemente, y esto va para usted, Bush, porque se lo dejo en sus manos. Trader tiene que ser atrapado vivo. Búsquelo a él y a los que estén con él y lidiaremos con ellos. —Se sonrió, se rascó la barba y agregó—: Muy calladamente, muy extraoficialmente, y sostenidamente. Y dicho sea de paso, creo que su plan está un poco equivocado en un punto. Presiento que no tendrá seis meses para hacerlo. Más probablemente serán

tres, a lo sumo. Trader no tiene necesidad de estirarlo. Cuanto más cerca esté el tercer golpe de los otros, mejor desde su punto de vista. Reforzará su pedido de secreto absoluto. ¿De acuerdo?

—Sí. —La mente de Bush ya estaba corriendo adelante. Esto era lo que quería.

—Sangwill le dará todo lo que necesite. Hay dos cosas a las que tendría que prestar especial atención. Las pruebas que parecen no tener importancia cuando recién se recogen, pueden resultar más que útiles seis meses después. La otra cosa es que un examen ordenado con calma, a menudo arroja pequeños hechos o descubre lapsus menores de la memoria, que no aparecen en la superficie, en la interrogación inmediatamente después del examen. La mente humana no es digna de confianza en su recolección de datos y a menudo rechaza o hasta oculta pequeños detalles, por la prioridad que siente que debe ser conferida a los detalles mayores y, como parecería, a los hechos más convincentes. Estoy seguro que usted ya no es consciente de esto, pero siento un placer particular en recalcarlo.

Bush se sonrió ante esto. La última frase había sido una característica forma de disculpa en el caso de haber planteado puntos innecesarios.

Más tarde en su cuarto, Bush se dio cuenta de que del primer punto había estado bien consciente. El segundo no se le había ocurrido, aunque podía haberse ocurrido más tarde. Levantó el receptor y llamó a Sangwill y le pidió que concertara entrevistas para el día siguiente, para ver nuevamente a los dos hombres que habían sido secuestrados. Ya los había visto individualmente una vez. Esta vez los quería ver juntos.

Miró el reloj. Eran las siete. Llamó a la oficina principal y pidió que le subieran café y sandwiches y luego se volvió al atado de seis carpetas, de tapas anaranjadas, que contenían un informe completo de todas las averiguaciones que habían sido hechas por la policía y su Departamento, en los casos de secuestro.

Para medianoche había revisado las carpetas meticulosamente y había hecho una lista de puntos que justificaban una investigación más amplia. Grabó una cinta marcando los puntos y solicitando que se le pidiera a Scotland Yard que lidiara con tres de ellos. De los otros se ocuparía él.

Los tres puntos para Scotland Yard eran:

1. Que se revise las listas de miembros del Golf Club Crowborough Beacon y del Golf Club Tiverton, de los tres últimos años, y que se anote los nombres de cualquier hombre o mujer que sea o haya sido miembro de cada club.

2. Que se haga una revisión similar de los libros de visitantes de los clubs y una anotación de todos los nombres que aparecieran en cada una.

3. Que se haga circular una foto de la máscara de carnaval usada por Trader, por todas las fábricas de artículos de fantasía del país, para una posible identificación. Si se la identificara, se haga una lista de ventas por menor y entregas al exterior.

Los puntos para él mismo eran:

1. ¿El sonido de corridas y el pequeño timbrazo?

2. Límite de radio de viajes por tren o por auto. Desde Newbury y Reading después del llamado telefónico. Dos horas el primero. Una hora el segundo.

3. ¿Agua?

Caminó hasta su departamento por las solitarias calles nocturnas, se dio un baño y fue a la cama. A la mañana siguiente había una carta de su mujer en el buzón. Le escribía para decirle que no volvería más junto a él. Estaba dispuesta, en la forma que él quisiera, ya que podía tener algún efecto en su *status* profesional y proyectos futuros, a darle un motivo para el divorcio o permitirle a él que lo diera. La metió en el bolsillo bastante poco conmovido por ella. En algún momento pensaría en ello y se lo haría saber. Por el momento había otras cosas en su mente.

Miss Rainbird se despertó la segunda mañana consecutiva, sin haber soñado. Era una sensación de alivio y se dijo a sí misma sensatamente, que tenía que haber sido muy estúpida de dejarse llevar por cualquier clase de estado de ánimo a causa de ellos. Todos tenían sueños extraños a veces. Lo que había que hacer era ignorarlos. No podía comprender cómo había permitido que Ida Cookson la persuadiera de ver a esa desprolija Madame Blanche.

Cuando la mucama le llevó el té de desayuno y corrió las cortinas sobre una centelleante mañana, le pidió que le dijera al chofer que tuviera listo el Rolls-Royce para las nueve y media. Iba a viajar a Londres. Iba a dedicar un par de horas para hacer compras en Harrods. Todavía era un extraño placer poder volver al final del día y no ser objeto de una malhumorada inquisición de parte de Sholto, sobre dónde había estado y cuánto dinero había gastado exactamente y en qué. Sholto realmente se había puesto imposible los últimos años. Fue una bendición cuando, muy borracho, se había caído por la escalera principal y se había matado.

Esa mañana George salió para Chilbolton lamentando que el tiempo fuera tan bueno. Si uno estaba parado en los escalones frente a una puerta, con la lluvia que le azotaba, o un viento frío que le corría por el interior de los pantalones, se podía encontrar más de una persona que lo invitara a pasar adentro para tomar una taza de té que generalmente llevaba a algún chisme. Siempre le divertía ver cómo le gustaba hablar a la gente. Era la soledad. Cualquiera persona con la cual poder charlar por media hora. Uno daba vueltas con su anotador de aspecto importante. Estaba haciendo una encuesta para una gran firma de publicidad y asesoramiento de avisos, de Londres. La mitad no sabía de qué estaba hablando uno. ¿Qué diario recibe? ¿Y revistas? Oh, sí. Usted es recién la segunda persona que he visitado esta mañana, señora. Una publicación de alto nivel. ¿Y qué me puede decir de los chicos y el resto de la familia? Ahí iba todo afuera. ¿Qué hace su marido?, era un perforador de pozos de

petróleo, con suerte. Se sabía lo que hacía o dejaba de hacer y lo que debería hacer, y sus dolencias y el completo cuadro familiar.

—Y, Albert —dijo, estirándose y rascándose la cabeza al perro—, en algún lugar de la línea uno se topa con alguna vieja trucha que ha trabajado en Reed Court. Algún viejo recolector de basura, o algún viejo con tos, tomador de cerveza, que le dará a uno todo el libro del juicio final de escándalos y chismes de cada uno del pueblo. Y, Albert, sólo porque soy bueno para ello, no creas que lo disfruto. Algunos son realmente desagradables. Adoran pasar un chisme malicioso. Hay que tener cuidado, también, con algunas de las mujeres, Albert. Un tipo buen mozo como yo. No es cosa de divertirse. Recuerdas la celadora del colegio. ¿Cómo diablos se llamaba? Tenía que ser yo el que pescaran, y cuarto en la cola, por lo que decían. Caramba, el viento y la lluvia. Deseaba realmente que lloviera un poco.

Comenzó a silbar. No tenía preocupación en el mundo por la que no pudiera hacer algo.

Esa noche, los dos hombres que habían sido secuestrados, fueron a ver a Bush al cuarto de visitas del Departamento. Aunque ambos eran miembros del Parlamento, no tenían ninguna concepción de la verdadera función del Departamento. Para ellos era simplemente una discreta rama del Ministerio del Interior, que se especializaba en trabajos en coordinación con las fuerzas policiales del país y, a menos que fuera invitado, nadie tenía el coraje de hacer preguntas sobre ello. Todo lo que decían en el cuarto era grabado abiertamente.

Richard Pakefield era un miembro del ala derecha del partido laborista. Era un viejo estudiante de Eton, de casi cuarenta años. Un hombre vehemente, excitable, inquieto, que desbordaba de ideas poco prácticas, un hombre alto, de grandes ojos que, a pesar de la pipa, daba la impresión de un estudiante precoz, demasiado crecido.

La noche del secuestro había decidido caminar de vuelta al hotel, después de una reunión política en la que había dirigido la palabra, en Southampton. Estaba cruzando el oscuro patio de adelante del hotel, cuando alguien lo había llamado por su nombre desde un grupo de autos estacionados. Se había acercado para descubrir una mujer sentada al volante, la ventanilla abierta. Todo lo que recordaba de ella era que llevaba un saco oscuro con gran cuello subido hasta la cara. El pelo (no usaba sombrero) era corto y parecía ser rubia o castaño clara. Al inclinarse él para preguntarle qué quería, alguien, presumía que un hombre, se le había acercado por detrás. Había sentido un dolor agudo en la parte superior del brazo izquierdo, y se había desmayado antes de poder enderezarse. El auto, un Rover 2000, robado, fue encontrado abandonado a la mañana siguiente, en un atajo de la carretera Southampton-Winchester, a unas tres millas al Norte de Southampton. El auto pertenecía a un viajante de comercio que estaba parando en un hotel, y que dormía profundamente cuando los secuestradores se apropiaron de su vehículo, de modo que su pérdida no fue denunciada hasta la

mañana siguiente. Cuando Pakefield había vuelto en sí estaba en los cuartos donde debía pasar el resto de su tiempo hasta la noche de su liberación.

A la segunda víctima, el honorable James Archer, le había sucedido una cosa bastante parecida. Archer era uno de los altos miembros del cuerpo diplomático del partido laborista. Era un hombre de sesenta años, sagaz, mundano, de conversación franca, que había comenzado su vida en una mina de Yorkshire. Era observador e inteligente y había sido anteriormente ministro del gabinete. Estaba pasando un fin de semana en lo de unos amigos en el campo, cerca de High Wycombe. A menudo se quedaba con ellos y casi siempre tenía la costumbre de dar una vuelta de cinco minutos por el jardín, para respirar un poco de aire fresco antes de irse a la cama. En un determinado momento vio un auto estacionado fuera del camino debajo de la sombra de un árbol, la ventanilla se había bajado y la mujer que lo conducía le había hecho un cabeceo. Más sabio que Pakefield, se había quedado donde estaba y había preguntado desde allí en voz alta, qué quería. Antes de que ella pudiera contestar, escuchó un leve sonido detrás de él y comenzó a darse vuelta. Fue agarrado por detrás, tuvo una rápida visión de una cara enmascarada, y luego sintió la punzada de dolor en la espalda y se había desmayado rápidamente. Estaba convencido de que su asaltante había sido un hombre. Aunque no grande, era un hombre fuerte, pues había sido agarrado y sostenido por un brazo de una fuerza, que estaba seguro que ninguna mujer podía tener. En cuanto a la mujer del auto, tenía la cabeza descubierta y, juraba con certeza que no era ni rubia ni de pelo claro. Este era o castaño oscuro o negro. El auto, un Volvo, había sido encontrado abandonado a la mañana siguiente, en una calle poco transitada, que cruzaba un bosque cerca de Maidenhead. Había sido robado de la playa de estacionamiento del personal del hospital High Wycombe y pertenecía a un joven médico que estaba de guardia esa noche, de modo que su pérdida no fue denunciada hasta la mañana siguiente. Las huellas digitales de los dos autos no habían arrojado resultados útiles. Claramente el hombre y la mujer en cuestión usaban guantes, y habían operado en los autos robados, seguros, sabiendo que no habría llamados policiales de denuncia contra ellos. Igualmente cada vez, habían ido hasta su auto y habían hecho un traspaso de sus víctimas.

Los dos hombres habían recobrado el conocimiento en el mismo lugar. Sus descripciones de éste y de sus rutinas, concordaban. Había dos cuartos sin ventanas. El cuarto exterior era un *living* con una mesa de madera y dos sillas, una era una barata silla recta, de mesa de comedor, y la otra una cómoda silla tapizada en cuero. El cuarto interior, más chico, tenía un catre de campaña con la ropa de cama correspondiente. Detrás de una cortina había un lavabo, con un lavatorio del que salía agua caliente y fría. Había un pequeño espejo encima de éste con un enchufe para máquina de afeitar. Se los proveyó de una afeitadora, una Philips. La iluminación de ambos cuartos era por tubos fluorescentes, en el cielo raso, los que podían operar con libertad. Había conductos de ventilación cerca del cielo raso en ambos cuartos y, si los hombres necesitaban calor, había un calefactor en cada cuarto, que podían

encender o apagar. En el *living*, empotrado en la pared, había un sistema de altoparlantes que podían controlar. Por estos recibían sus instrucciones. Cuando se les estaba por traer la comida, tenían que retirarse a su dormitorio y cerrar la puerta. No había aparente cerradura en la puerta, pero ambos habían descubierto que una vez dentro, no se podía abrir. Pakefield, examinándola cuando estaba abierta, había visto que en tres lugares, a lo largo del batiente, sobre el borde de la manija de la puerta, había tres pasadores que se movían obviamente desde el control eléctrico fuera de los cuartos, y que calzaban dentro de tres cavidades en el borde de la puerta misma. Alguien se había tomado muchas molestias. Bush lo había sabido desde hacía tiempo; para extremar las seguridades, alguien nunca daba un paso impensado. La voz que les daba instrucciones por el altoparlante era masculina, pero siempre tenía algún tipo de disturbio electrónico detrás, algunas veces al punto de hacer que fuera difícil saber lo que estaba diciendo.

La puerta del *living* que daba al mundo exterior, era de alguna madera sólida, sin manija por dentro. Empotrado en la mitad superior había un espejo cuadrado de sesenta centímetros. Ambos hombres pronto habían adivinado que era una ventana de vidrio de una sola dirección, a través de la que podían ser observados desde afuera. Pakefield había tratado de romper este espejo con la silla pero sólo había conseguido romper ésta, la que fue reemplazada sin ningún comentario. Eran bien alimentados y tenían una selección de revistas para leer, aunque nunca fueron renovadas.

Nunca se los proveyó de diarios de ninguna clase y nunca se les dio información relativa a su secuestro, aunque ambos se dieron cuenta de que debían ser retenidos por alguna clase de rescate. Estaban en una feliz ignorancia del hecho de que pendiera sobre ellos una sentencia de muerte si el rescate no fuera pagado en un cierto límite de tiempo.

La noche de su liberación, el procedimiento había sido el mismo para los dos hombres. Se les había informado por el altoparlante que se los iba a liberar, pero si en cualquier forma se negaran a seguir las instrucciones que se les dieran en ese momento, entonces la liberación sería cancelada. El más leve intento de bravata, simplemente prolongaría su estadía. Naturalmente ambos habían hecho lo que se les había pedido. Se les dijo que sacaran una frazada negra de su cama y que se envolvieran con ella fuertemente la cabeza y luego se pararan en medio del *living*. Se les tomó el brazo derecho, luego siguió el pinchazo de una aguja hipodérmica y perdieron el conocimiento... Cuando los recogieron con el helicóptero, ambos hombres estaban en un estado muy sedado. (Un examen de sangre que se le hizo a Archer, que faltó en el caso de Pakefield) había demostrado que la droga utilizada era una combinación muy especial de theopentona de sodio y chlorpromezathina, que generalmente no estaba a disposición del público. El helicóptero que recogió a Pakefield había aterrizado al lado de la primera cancha de golf del Tiverton Golf Club de Devon. Muy cerca había una carretera. Archier había sido recogido en la cancha de golf número doce del Crowborough Beacon Golf Club de Sussex, y a lo largo de

esta corría una carretera protegida por árboles. Los hombres drogados, con las manos atadas, estuvieron esperando en tierra a quince metros del lugar de aterrizaje del helicóptero. Los dos, la chica la primera vez, y el hombre la segunda, le habían señalado el hombre al piloto y luego, cubriéndolo con la automática, habían retrocedido, alejándose en la noche, y dejando que el piloto hiciera el resto. Todo el proceso, en cuanto se refiere a los secuestradores, se habían terminado en unos pocos segundos. El piloto, instruido después de su experiencia de la primera vez, había esperado unos minutos en la esperanza de oír un auto que se alejara. Entonces recogería su carga y los seguiría para tratar de establecer su identidad. Pero no había habido ningún sonido. El hombre había desaparecido en la noche. (Esto no había sido ninguna sorpresa para Bush y Grandison. El secuestrador debió darse cuenta del riesgo del helicóptero, y tomó las precauciones necesarias).

Escuchando las cintas de los interrogatorios anteriores, que eran pasadas en ese momento, Bush estaba profesionalmente lleno de admiración por la sagacidad e inteligencia que había detrás de los dos secuestros. No sólo se habían estudiado las víctimas en detalle y se habían hecho arreglos para que tuvieran poco que contar cuando quedaran en libertad, sino que el plan, había involucrado un riesgo, el tipo de riesgo, estaba seguro, que el hombre que estaba detrás de todo, correría encantado. El riesgo, el imprevisto desliz de circunstancias que llevarían al desastre, siempre tenía que existir. Pero más que esto, y eso era lo que él quería, en algún punto o en otro, tenía que haber algo a lo que la mente, su mente, se pudiera asir y el más leve eco de sonido o el giro de algún pequeño detalle, darle la pista que necesitaba, y que estaba determinado a tener, porque tenía la intención de pescar a Trader por razones puramente profesionales y ambiciosas.

Cuando terminaron las cintas, Bush dijo:

—Bueno, caballeros, ahí está. Siento haberlos hechos pasar por esto otra vez, pero como se les ha dicho confidencialmente, estamos bien seguros de que este Trader puede actuar nuevamente. Ningún hombre pone en marcha este tipo de operaciones sólo por cuarenta mil libras.

—Es un montón de dinero, muchachos —dijo Archer—. Pregúnteselo a mi Unión. Les costó reunir mis veinte mil. Los podríamos haber utilizado para otras cosas. —Comenzó a prepararse un cigarrillo.

—Es el principio, no el dinero —dijo Pakefield—. Por lo que respecta a mi familia, no significó mucho. Pero ese no es el punto principal. Cuando se hacen correr riesgos a hombres prominentes, y por la misma naturaleza de sus obligaciones lo son, entonces...

Bush, suspirando interiormente, interrumpió:

—Sí, bueno señor ése no es precisamente el asunto por el momento. Usted ha escuchado las cintas. Lo que ha estado pensando mi Departamento es que ahora, estudiadas y recordadas en una atmósfera más calma, existe la posibilidad de que hubiera algo, no importa lo pequeño que sea, que posiblemente haya sido pasado por

alto, y que pueda ayudarnos. Lo que me gustaría hacer, es plantearles algunas preguntas que nos podrían llevar a algún lugar. Si al hacer esto se remueve algo nuevo en su memoria, les estaré muy agradecido si me lo dicen. No importa lo insignificante que sea, no importa cuán vagamente lo recuerden. No necesariamente hechos, una idea, una impresión.

—Adelante, muchacho —dijo Archer.

Pakefield, volviendo a encender la pipa, asintió con la cabeza.

Bush dijo:

—Gracias. La primera entonces. ¿Dirían ustedes que el agua que utilizaban era dura, blanda o cómo?

—Blanda —dijo Pakefield—. Muy positivamente. Es interesante, ¿no? Si se establecen las zonas de aguas blandas del país y entonces...

—Detective, el muchacho —dijo Archer—, aquí Mr. Bush sabe eso. Atengámonos sólo a las respuestas y dejémosle a él las deducciones, muchacho. Podrás tener ganas de jugar a los detectives, pero yo quiero terminar con esto y volver a casa. El agua era blanda, muchacho. —Asintió con un cabeceo en dirección a Bush.

—¿Recuerdan qué tipo de jabón se les dio?

—Era amarillento, había sido usado antes, de modo que no llevaba ningún nombre —dijo Pakefield—. No me gustó el olor.

—Era el jabón de Coaltar de Wright —dijo Archer—. Lo conozco de toda la vida, desde chico. Mi madre solía fregarme con él.

Bush dijo:

—Esos cuartos. Estaban obviamente adaptados para ese propósito. ¿Dirían ustedes que las instalaciones eran el resultado de un trabajo profesional o de un esfuerzo de ellos mismos?

—De ellos mismos —dijo Pakefield—. Los cables de las luces y de los altoparlantes corrían al descubierto por las paredes y el cielo raso. La división que hacía el dormitorio, había sido colocada bastante burdamente. Todo marchaba, todo era bastante funcional... —Bush suspiró interiormente otra vez. Diga lo que quiera decir de una vez y déjelo así, pensó... pero no había ningún intento de refinamiento.

—Ustedes dicen los dos que a veces se les daba vino blanco con las comidas. ¿No tienen idea de qué vino era?

—Sólo vino blanco —dijo Archer—. Bastante seco.

Pakefield se reclinó en su sillón, se sacó la pipa de la boca y miró fijo el cielo raso.

—No veo en qué puede ayudar, saber qué vino era. Pero, de todos modos, se podía dudar poco sobre ello. Yo diría que era un Pouilly Fuissé 1966. La comida era indiferente como ya lo he dicho antes. Yo diría que su hombre, desde el punto de vista culinario...



—Oh, yo no sé —interrumpió Archer—. Yo comí un muy buen pescado con papas. Y un Budín Yorkshire, una vez, que era pasable.

—Acabo de pensar en algo —dijo Pakefield—. Esa puerta principal con el espejo. Creo que había algo fuera de ella. Como otra puerta. Desde el dormitorio, cuando uno estaba esperando la comida, se oía una especie de sonido que retumbaba, antes del sonido de la puerta principal al abrirse. Y a veces estando sentado en el cuarto principal se oía ese sonido y no creo que fuera imaginación, había un cambio en la calidad de la luz que había detrás, o que pasaba por el espejo. Yo diría, como conjetura, que estábamos en algún sótano y que la entrada a nuestro lugar estaba disimulada en alguna forma. Alguna falsa pared que se corría en el caso de alguna visita inesperada o inspección. Este hombre, lo sabemos, no había dejado nada librado al azar. En algún lugar debe estar llevando una vida aparentemente normal y...

—¿De qué estaban hechas las paredes de los cuartos?, —preguntó Bush.

—De lajas de piedra —dijo Pakefield.

—¿No tiene idea qué clase de piedras eran?

—No, yo...

—Piedras calcáreas, muchacho —dijo Archer—. Eso sí que lo sé. Y habían estado allí hacía mucho tiempo. Si era un sótano, entonces no pertenece a ninguna casa moderna. Y eso me hace pensar en otra cosa. Ese lavabo y lavatorio. No había problemas de drenaje. El agua salía bastante rápido. Si estábamos en un sótano, entonces había un muy buen declive. La casa podía haber estado en una loma.

Pakefield dijo:

—Acabo de pensar en algo. Después de todo, lo que nos ha pedido es una especie de resumen total. Cualquier pequeño detalle, aun aparentemente insignificante. Bueno, éste entra dentro de esa categoría. No lo he mencionado antes porque recién ha vuelto a mi memoria. Le podrá sorprender saber que soy un poco sentimentalista. Me gustan los recuerdos. Salgo de vacaciones y me gusta traer algo de vuelta... bueno, pensé lo mismo de este lugar. Si salgo, me dije a mí mismo, me gustaría tener algo, algo que pudiera enmarcar para mi estudio o colocar sobre la chimenea. De modo que robé una de las cucharas. Los cubiertos y la porcelana como usted sabrá, eran simples, mercadería barata.

Bush interrumpió:

—¿Se la sacaron, señor?

—Sí, la tenía en el bolsillo cuando me drogaron para salir. No estaba allí cuando volví de vuelta a casa.

Archer se rió entredientes.

—Eso le pasó a mi pluma. La encontré en el piso del cuarto principal un día después que me trajeran la comida. La metí en el bolsillo como recuerdo. Como a Dickie, me sucedió que cuando volví no estaba.

—¿Qué clase de pluma era, señor?

—Era una pluma pequeña del cuello de algún pájaro. Tenía palomas cuando era chico. No podría decir de qué pájaro provenía ésta, sin embargo. Era de color marrón grisáceo. De todos modos desapareció.

—Evidentemente nos registraron después de drogarnos —dijo Pakefield—. Lástima lo de la cuchara, se da cuenta, es el tipo de cosas que a uno le gustaría tener para los hijos.

—Dígame señor —le dijo Bush a Pakefield—. Usted dijo anteriormente que pensó que oía algo por el sistema de intercomunicación. ¿Podríamos detenernos un poco más en eso?

—Bueno, sí. Era evidentemente un sistema dual. Por el parlante del fondo venía esa cinta musical. Diría que hecha en casa, tipo música funcional. Durante el día y a la noche temprano, si se hacía funcionar, generalmente estaba puesta. El parlante más alto estaba muerto hasta que lo encendían. Se oía el clic y entonces algunas veces pasaban varios segundos antes de que el hombre, siempre el hombre, hablara. Un día pasó esto. El hombre empezó a hablar, lo de siempre con respecto a la comida que iba a ser traída y a que yo fuera al dormitorio, y entonces hubo una interrupción. Sólo por unos segundos, sin embargo. Lo oí emitir un sonido de enojo... no, más bien de exasperación. Como el que se emitiría al espantar una avispa. Y hubo ese pequeño tintineo y con una especie de agitación en el aire. Luego paró y siguió hablando...

—Si tuviera que dar una explicación de eso, señor, ¿qué diría?

—Bueno... yo hubiera pensado que tiró algo, algo como una gran pila de papeles, y algún pequeño objeto de vidrio. Algo que estaba sobre el escritorio o la mesa.

—Originariamente usted dijo que sonaba a tintineo.

—Bueno, era así en cierta forma.

Bush dijo:

—¿Alguno de ustedes oyó alguna vez algún otro sonido? No por el parlante. ¿Digamos, el sonido de tránsito de autos o de aeroplanos?

Los dos hombres sacudieron la cabeza. Luego Archer dijo:

—Los platos siempre eran buenos y calientes cuando nos daban comida cocinada. Venía en una bandeja descubierta, de modo que la cocina no debía estar muy lejos.

—¿No recuerdan nada del viaje hacia o desde ese lugar?

Ninguno de ellos podía recordar nada de los viajes. No había ninguna marca o etiqueta del fabricante, en ninguna de las ropas de la casa. Se les servía las comidas con simples servilletas blancas de papel.

Cuando se fueron, pasó la cinta de la conversación que tuvo con ellos. No había esperado nada de importancia de parte de ellos, y no lo había recibido. No se sentía desilusionado. En su trabajo se mantiene las emociones a un nivel parejo. Nada de alegría, nada de pena, sólo la dura realidad. La casa, si es que era una casa, podía estar en una zona de piedra calcárea con los cuartos para los secuestrados, en el sótano. Eso significaba una casa bastante grande. Los ruidos del tránsito cercano o los de los aviones se oirían apenas, de noche. A menos que los cuartos del sótano

estuvieran aislados acústicamente, podía significar que el lugar era en algún punto del campo... casi seguramente sería así porque Trader no habría querido tener vecinos cerca. La casa podía estar en una loma o en una colina. El sonido de agitación del aire. ¿El viento, papeles que se caían? ¿El tintineo? ¿Un adorno que se caía, un vaso que vibró, alguna pequeña campana que sonó?

Se paró y caminó lentamente por el cuarto. Este iba a ser uno de esos duros trabajos de fricción. Casi seguramente habría sido utilizada una de esas camionetas cerradas. Los autos robados eran seguros, sólo para unas millas. Más allá de éstas el riesgo era demasiado grande. Tendría que volver a sus mapas y sus horarios. Trader había ido hacia el Norte desde Southampton y hacia el Sudeste desde High Wycombe. Eso no era de significación. Trader nunca utilizaría rutas directas, pero aun así no podía independizarse de los lugares, el tiempo y la distancia. Tiverton estaba en Devon y Crowborough en Sussex, a unas buenas millas de distancia. Se sirvió un trago y consideró la pluma. ¿Arrastrada hacia adentro por el viento cuando se abrió la puerta para llevar la comida? ¿O pegada a alguna suela de bota o zapato embarrado y traída hacia adentro? ¿De la cocina? Muy poca gente pelaba aves en la cocina, en estos días. O podría ser si se tratara de una granja. Naturalmente. Trader había registrado los hombres antes de partir. Encontrar la cuchara y sacársela era obvio. Pero la pluma. ¿Porqué llevar eso? ¿Por principio? Los hombres debían irse como habían entrado. La cuchara, sí. Podía concebirse que ofreciera alguna pista. Pero ¿por qué la pluma, una pequeña pluma marrón grisácea de un poco más de dos centímetros y medio de largo? Si no hubiera significado nada, Trader no se hubiera molestado por ella. El hecho de que se hubiera preocupado, significaba que no quería que saliera de allí. Las presunciones tenían que ser, o que se atenía simplemente a un principio, o que sentía que la pluma podía en algún momento tener algún significado... digamos en manos de algún ornitólogo especializado. Y ¿de dónde diablos habían conseguido esa theopentona-chloropromezathina de sodio? Si había sido (su mente volvía a ello repentinamente) una pluma de gallina, pato, o pavo no le hubiera ayudado a nadie. Pero tomemos el caso extremo, si había sido una pluma de un pájaro raro, y podía ser identificado por un ornitólogo, entonces podía ayudar. Trader era o cauteloso por principio, o podía ser dueño o tener contacto con algún pájaro o pájaros que no serían clasificados como comunes.



## TRES

DURANTE tres noches el sueño de Miss Rainbird estuvo despejado de pesadillas inquietantes. La cuarta noche Harriet volvió. Al día siguiente, mientras Miss Rainbird estaba alimentando el faisán del pequeño lago, en los jardines de Reed Court, decidió mandar buscar a Madame Blanche. Aunque interiormente todavía no aceptaba que Madame Blanche pudiera ayudarla, se esforzaba en ser lo suficientemente abierta de mente como para permitirse la experiencia de una prueba. Pero estaba decidida a no ser engañada, y a no resultar de ese modo una fácil fuente de dinero para alguna charlatana.

Madame Blanche llegó a las seis esa misma tarde y fue introducida a la sala por Syton. Las cortinas estaban corridas ya para la noche y sobre la mesa estaban dispuestos un botellón de sherry y galletitas de cóctel. Madame Blanche, Miss Rainbird lo notó, estaba vestida menos sobriamente que en su primera visita. Llevaba un vestido color ciruela con zapatos haciendo juego, y tenía un largo collar de perlas artificiales alrededor del cuello que le caía sobre el amplio pecho. Miss Rainbird le había dicho por teléfono que los sueños habían vuelto. No había entrado en detalles. Para empezar, estaba muy decidida a no ayudar a esa mujer de ninguna manera. Ante todo quería tener alguna demostración positiva de que Madame Blanche poseía realmente por lo menos algunos de los poderes que Mrs. Cockson le atribuía.

Mientras le ofrecía a Blanche un vaso de sherry, que fue aceptado, le dijo muy francamente.

—El sueño es uno de los que se repiten muy a menudo. No estoy dispuesta a decir por el momento más que, concierne a alguien que está muerto y estaba muy cerca de mí. Si yo entrara a explicar ciertas circunstancias de nuestra relación, la podría llevar a usted, y perdóneme por decir esto, a conjeturas, y a la posible formación de una hipótesis que pudiera incluirla equivocadamente. No le importará que adopte esta actitud, ¿no?

Blanche tomó un sorbo de su sherry y se sonrió. La mujer podría haber sido una directora de colegio de mujeres. Hablaba como una de ellas. Pero eso no le preocupaba. Los gitanos, los feriantes, los que leían la bola de cristal y, en la antigüedad, los actores, no estaban entrenados para las casas de familia, y no eran de fiar. Las Miss Rainbird de este mundo levantaban barreras que podían ser derribadas rápidamente llegado el momento. Dijo:

—Todo lo que quiero saber, Miss Rainbird, es que usted realmente piensa de corazón que la puedo ayudar en cierta forma. No le pido que me crea. Sólo le pido que sea justa, y que me juzgue por los resultados. Con bastante franqueza es posible que no pueda ayudarla a cruzar.

—¿Cruzar?

—Hacia esta persona.

—Ya veo.

—Sin embargo, podemos intentarlo, ¿no?

—¿Aquí y ahora?

—Es por eso que me ha pedido que venga, Miss Rainbird.

—Sí, por supuesto. —Por un momento Miss Rainbird sintió una pérdida de confianza, y con ella la leve sensación de que estaba siendo injusta con esa mujer, la que recibió su declarado escepticismo, casi hostilidad, con buen talante y comprensión.

—Todo lo que pido —dijo Blanche—, es que no se desconcierte al principio. Hacer el contacto es un esfuerzo violento. Si llego a gemir o parezco, bueno, estar sufriendo, por favor no se preocupe y, sea lo que sea que haga, no me toque. Estoy segura que Mrs. Cookson le habrá explicado algo del procedimiento.

—Sí, lo ha hecho.

—Entonces vamos a hacer un intento, ¿le parece?

Al ver la expresión de la cara de Miss Rainbird, Blanche se rió.

—No se muestre sorprendida. No estoy siendo atrevida. Este es un don que tengo, como todos los demás. La vista es un milagro, así también el oído. Todo es parte de la vida. Y este don físico es parte de la vida, de esta vida y de la más grande del más allá. Son todo una. Yo sólo veo un poco más y oigo un poco más también que la mayoría de la gente. Ahora, lo que quisiera que haga es que se quede bien sentada en su sillón y relaje el cuerpo y luego que se olvide y piense en esa persona. Piense amable y cálidamente en ella. Dicho sea de paso, tendría que decirle que algunas veces cuando vuelvo a estar aquí, no recuerdo lo que ha sucedido o lo que se ha dicho. Y si no me lo quiere decir, no tiene porqué hacerlo. Naturalmente, si es algo que puede decir sin turbarse, me gustaría saberlo porque eso ayuda para las sesiones posteriores. ¿De acuerdo? ¿Estamos listas?

Lentamente Miss Rainbird se sonrió y emitió una pequeña risita. Cuando se reía, pensó Blanche, se veía algo más que la linda chica que había sido en algún tiempo. Debajo, estaba segura de que no era una vieja mala. Para todo el dinero y posición que tenía, la vida no había sido del todo buena con ella desde el punto de vista de la diversión y el juego. Debió de haberse casado y debió tener hijos, ser castigada regularmente por el marido y recibir la gran patada de los hijos que se hicieran hombres y la cuestionaran. Sólo la gente delicada, como ella, podía seriamente negarse la mayor parte de esto.

Blanche dijo:

—Así está mejor. Ahora recuéstese en el respaldo y déjese ir.

Miss Rainbird se recostó hacia atrás y cerró los ojos por un momento, conciliando sus pensamientos, y tratando de llevarlos hacia Harriet. Perversamente descubrió que su mente estaba repentinamente llena del recuerdo de Sholto. Todo había provenido de él, de su sentido de familia y su buen nombre. Harriet había sido masilla en sus manos. Sintió una pequeña agitación de enojo al pensar que no había sabido nada de ello hasta dos años después, cuando Harriet se lo contó. Los ojos todavía cerrados, escuchó la voz de Madame Blanche.

—Hay enojo dentro de usted. Sáquelo. Me confunde y me detiene.

Abriendo los ojos, Miss Rainbird vio que Madame Blanche estaba sentada casi formalmente, hasta rígida, erguida en su sillón. Las manos habían ido al largo collar de perlas y lo tomaba con los puños levemente apretados. Tenía la cabeza levemente levantada y los ojos cerrados.

—Disculpe —dijo Miss Rainbird.

Madame Blanche se sonrió.

El enojo es una alta pared negra sin entrada. El amor es la entrada. De nosotros hacia ellos y de ellos hacia nosotros.

Miss Rainbird inexplicablemente tuvo una rápida imagen mental de los muchos portones de hierro forjado, elaboradamente labrados que llevaban, de los cerrados jardines de Reed Court, a lo largo de una extensión de césped, hacia el borde del lago ornamental donde había estado esa mañana. Vio a Harriet bajar al lago, el vestido azul de popelín rozando el césped bañado de sol, el sombrero de paja colgando de la cinta, en la mano. Harriet a los diez y nueve años, la leve brisa de verano levantando los descarriados mechones de su pelo rubio. El recuerdo le agradó. Casi como si Madame Blanche estuviera compartiendo el agradable recuerdo con ella, la vio sonreír.

Madame Blanche respiraba profundamente como si estuviera llenándose las narices con el perfume de algún jardín secreto. Luego lentamente dejó caer las perlas y levantó las manos hacia las sienes, los dedos suavizando el ceño, y suspiró profundamente. Las manos dejaron la frente y bajaron para tomar los extremos de los brazos del sillón. Los movimientos de las manos retuvieron la atención de Miss Rainbird y lentamente se dio cuenta de que no estaban descansando fácilmente, sino que se agarraban fuertemente del sillón, tan fuertemente que podía ver cómo se le blanqueaban los nudillos. Madame Blanche comenzó a respirar rápidamente, su cuerpo se iba poniendo tenso como si estuviera poseída por alguna fuerza interior. Por un momento Miss Rainbird estuvo asustada. No por Madame Blanche sino por ella misma, por estar en esa posición, por haberse permitido considerar aun por un momento que había alguna necesidad de ese ridículo experimento. Harriet estaba muerta. Sólo un recuerdo para ella ahora. Y Sholto estaba muerto y un recuerdo mucho menos agradable. Sólo ella vivía y no había nadie que le ordenara esta charada... Ni siquiera Harriet en sus sueños.

Madame Blanche dijo con una voz inesperadamente fuerte:

—Hay alguien aquí. No cerca, no voluntariamente. No, no una persona... —Se interrumpió y un largo, extraño quejido casi animal, salió lentamente de ella. Casi brevemente, gritó—. No, hay dos. Pero muy distantes... lejos, lejos al final de una gran vista, pero los puedo ver. Un hombre anciano y una mujer mayor. —Hizo una pausa y luego dijo vivamente—. ¿Henry? ¿Estás tú también allí? Sí, estás, ahora te veo. —Se rió alegremente—. Bienvenido, amor. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué se quedan tan lejos?

Miss Rainbird, fascinada por el súbito cambio en la manera y el tono de Madame Blanche cuando saludó y habló con Henry, la observó atentamente. Sus manos descansaban ahora y el cuerpo se había hundido blandamente contra el tapizado respaldo del sillón. Era una gran mujer blanda, vulgarmente linda.

Madame Blanche emitió una risa baja y dijo, con un tono de voz un poco más vulgar.

—Vamos, Henry, no te pongas difícil tú también. No será uno de tus malos días, ¿no amor? Dime qué les molesta. ¿Por qué no se acercan?

Estuvo en silencio por un momento y luego junto con un rápido sacudón del cuerpo, Madame Blanche comenzó a hablar nuevamente, pero ahora la voz había cambiado. Era la voz, de un hombre, no profunda, pero firme, una voz deliberadamente sin emoción, sólo tocada por algún acento. Miss Rainbird sintió que se le paraban los pelos de la nuca mientras escuchaba.

La voz dijo:

—Siempre hay perdón aquí. Tiene que haberlo. El bosque que es cortado deja una cicatriz en la colina. Pero los árboles vuelven a crecer y la colina es lo que era antes.

Madame Blanche se rió entredientes.

—Tengo aquí a alguien, Henry, que necesita ayuda. ¿No puedes dejar la poesía para otra vez? ¿Por qué se quedan tan lejos?

Henry dijo:

—Ella sabe por qué se quedan lejos. No vendrán, aunque haya ahora paz y perdón entre ellos, a menos que sepan que ella realmente los necesita. No tiene que ofenderse, pero hay un egoísmo en ella que los mantiene alejados.

La cabeza de Madame Blanche se movió bruscamente hacia Miss Rainbird.

—¿Es verdad eso, Miss Rainbird?

Chasqueada, Miss Rainbird dijo insolentemente:

—Todos los seres humanos son egoístas. Es típico de la clase de excusa que Sholto... —Se interrumpió rápidamente. Madame Blanche la había impresionado contra su voluntad, pero no tenía la menor intención de dar ninguna información. Ciertamente no en esta etapa.

Madame Blanche se sonrió y dijo.

—Tenemos que tener paciencia, Henry, Miss Rainbird no es creyente. No podemos esperar eso ya.

Henry, con un tono de voz apacible, casi casual, dijo:

—Con algunos sólo puede ser fe ciega. Con otros, el aumento de fe es la lucha de una flor descarriada que florece fuera de estación. La dama que está contigo tendrá que abrigar su escepticismo con amor. La fe florecerá.

Con un poco de impaciencia, Madame Blanche dijo.

—Has estado andando con demasiados poetas por allí arriba, Henry. Eres un ingeniero, ¿recuerdas? De modo que dilo con simpleza.

Una risa de hombre llegó a través de Madame Blanche.

—Pregúntale si sabe quiénes son.

Madame Blanche se volvió a Miss Rainbird.

—¿Los conoce usted?

Miss Rainbird, poniéndose más cómoda en esas circunstancias, dijo:

—Sé quiénes podrían ser. Pero evidentemente no puedo saber quiénes son.

Madame Blanche dijo:

—Ahí tienes tu respuesta, Henry.

—Es lo que esperaba. Pero dile que el egoísmo humano es más débil que el amor a la justicia. Ella lo sabe. Es por eso que vino hacia ti. Dile que los dos quieren ver que se haga justicia, pero no pueden hacer nada hasta que ella esté dispuesta. Dile que la familia del Hombre es la única verdadera familia.

Madame Blanche se volvió a Miss Rainbird.

—¿Entiende usted lo que quiere decirle Henry?

—Sí, por supuesto. Todas las perogrulladas me son familiares...

Henry se rió a través de Madame Blanche, y el rápido cambio de tonos de voz del femenino al masculino, rompió con la momentánea despreocupación de Miss Rainbird y le dio escalofríos. Repentinamente se sintió ansiosa de que terminara esta pantomima.

Madame Blanche, la decepción en la voz, dijo:

—¿Por qué se van, Henry? Se vuelven.

Henry dijo solemnemente:

—Se los ha echado, Blanche. Nosotros tenemos amor y comprensión. Tenemos poderes que nos permiten llegar nuevamente a la antigua vida. Pero no tenemos poder para cambiar el corazón humano. Como ingeniero, yo podría mandar agua por cañerías desde mil millas de distancia, y hacer que florezca un desierto. Pero ni yo, ni ninguna otra persona de aquí, puede llevarles la fe a ustedes de allí abajo, como si llegara de la fricción de un fósforo al darse vuelta la llavecita de toma de gas.

Madame Blanche se rió entredientes.

—Estás atrasado, Henry. Tenemos electricidad ahora.

—Los viejos hábitos del pensamiento, difícilmente mueren. Así también los prejuicios mantenidos por mucho tiempo —contestó Henry.

Miss Rainbird vio que los hombros de Madame Blanche se estremecían lentamente como si hubiera pasado un viento helado a través de ella.



Madame Blanche dijo.

—El hombre se ha ido, Henry. ¿Por qué se demora la mujer?

—El amor le hace arrastrar los pasos, Blanche. Dos amores. Un amor que dio y uno que mató.

Madame Blanche dijo a Miss Rainbird.

—¿Entiende eso?

Con un tono de voz bajo, Miss Rainbird contestó:

—Creo que podría entenderlo. —Luego dejando caer repentinamente la cabeza, siguió en un tono de voz entrecortado—. Pídale que le diga... que le diga... ¡Oh, no...! ¡Oh, no! —Estaba luchando para retener el llanto, luchando fuertemente, una parte de ella queriendo abandonarse y la otra reprochándose con fuerza, casi enojada, el ser tan estúpida.

Henry dijo quedamente:

—El desierto del corazón, florecerá de las lágrimas. Adiós, Blanche... Adiós...

—Adiós, Henry. —La voz de Madame Blanche se hizo un eco detrás de la de Henry.

Miss Rainbird se quedó sentada y recobró su compostura. Cuando levantó la vista. Madame Blanche, estaba recostada cómodamente hacia atrás, en su sillón, los ojos cerrados. Sus manos fueron hacia arriba lentamente y agarraron las perlas. Se quedó así sentada, los ojos cerrados, por un largo rato hasta que Miss Rainbird, sus propias emociones ahora aquietadas, pensó que se había dormido.

—¿Está usted bien, Madame Blanche?

Blanche abrió lentamente los ojos y sonrió. Respiró largamente y dijo:

—¡Mi Dios! ¿Qué pasó? Me siento como si me hubieran dado vuelta. Oh, Dios... ¿Le molesto si...? —Sus ojos fueron hacia la pequeña mesa con el botellón de sherry que estaba sobre una bandeja de plata.

—Por supuesto. —Miss Rainbird se levantó y sirvió sherry para las dos. Por unos momentos se quedaron sentadas y bebieron y luego Miss Rainbird dijo—. ¿Recuerda usted lo que pasó?

Blanche sacudió la cabeza.

—No. Sólo sé que debe haber estado Henry. Siempre me deja así cuando ha estado realmente conmovido por algo. —Se rió—. Honestamente, algunas veces miro para ver si me ha hecho algún magullón. Es un hombre franco, duro para decir las cosas, aunque a veces se pone un poco extravagante al hablar:

—¿No recuerda nada de la conversación?

—No, Miss Rainbird, no recuerdo nada. Algunas veces, en realidad muy a menudo, sí recuerdo. Pero hay veces que Henry me deja afuera. Es muy discreto. ¿Le ayudó en algo?

Miss Rainbird terminó su bebida y miró a Blanche. Había estado impresionada, pero no era una vieja crédula. Estaba bastante dispuesta a admitir que podía haber un fenómeno en el mundo del que ella no supiera nada. “Más cosas en el cielo y sobre la

tierra”, Horacio... Pero antes de que aceptara cualquier cosa nueva, tenía que ser demostrada más allá de la duda. Pero la mente y la memoria todavía funcionaban en ese estado, como lo hacían en el sueño, aunque en diferente plano. Y no era ignorante de la posibilidad de la telepatía. Existía una impresionante colección de libros de investigación, para sustentarlo. Algunas personas tenían el misterioso don de sentir los pensamientos o los estados emocionales de los otros. Y algunas personas que tenían esos dones, ella lo sabía, no estaban exentos de suministrarlos sin engaños.

Muy deliberadamente dijo:

—Tiene que haber habido algunas cosas sobre mí y mi familia, Madame Blanche, de las que se haya enterado usted por Mrs. Cookson.

—Bueno, por supuesto —se sonrió Blanche—. A veces no es posible evitar que Mrs. Cookson cuente cosas. Me dijo quién era usted y que tenía un hermano mayor y una hermana que habían muerto. Me dijo también que usted quería mucho a su hermana y... bueno... no tanto a su hermano. Eso es todo, Miss Rainbird.

Ésta lo consideró. Ida Cookson era una charlatana habitual. Pero teniendo en cuenta todas las cosas, era poco para la charlatanería. La reputación de Sholto era bien conocida. El asunto de Harriet era un secreto de familia muy bien guardado. Ida Cookson no podía saber nada de esto. Y ciertamente nadie excepto ella misma, podía haber estado enterado de las apariciones de Harriet en sus sueños. Dos personas que estaban paradas muy lejos... al fondo de un paisaje celestial, no cabía duda. Y no se acercarían más, no se comunicarían con ella, a menos que ya hubiera decidido que era su deber, no importaba lo que pudiera costarle de dificultades e incomodidades, dedicarse a los deseos lacrimógenos, histriónicos de Harriet. Si ésta hubiera hecho valer sus derechos como ser humano, años y años atrás, nunca hubiera habido ningún engaño, ninguna regordeta Madame Blanche, sentada frente a ella con una envolvente sonrisa en la cara. No recordaba nada. Qué tontería. Había hecho una... bueno, sí, una muy, muy buena actuación, basada en las más meras sobras de conocimiento y, le concedería esto a la mujer, un sólido conocimiento de la psicología humana. Y su Henry, un tedioso tonto como nunca había oído otro igual.

Miss Rainbird se levantó, demostrando claramente que la sesión estaba terminada y dijo:

—Bueno, gracias por haber venido, Madame Blanche. Como sabrá ya no soy una mujer que teme decir Sí o No. Debo decir francamente que por el momento no sé lo que siento. —Comenzó a caminar hacia la puerta del cuarto mientras. Blanche se levantaba—. Necesito tiempo para pensar un poco. No es, quiero que entienda esto, una cuestión de mi fe, o en otro sentido, de usted o sus poderes. Tengo que decidir personalmente si seguiré adelante, lo que no tiene nada que ver con usted. Le haré saber, y si esta resultara ser nuestra última entrevista, Madame Blanche, me ocuparé, por supuesto de que sea adecuadamente remunerada. —Tocó el timbre tres veces, una señal para Syton de que la visita se iba.

Afablemente Blanche dijo.

—Está muy bien, Miss Rainbird. Si ésta es la última vez, no necesito ningún dinero. Sabe... una especie de prueba gratis por siete días y sin compromisos. Puedo adivinar cómo se siente. Todo es desconcertante y extraño y su mente está llena de dudas sobre usted misma y sobre mí. Si no tengo noticias tuyas, lo comprenderé y no me sentiré de ninguna manera rechazada. Mi problema es encontrar suficiente tiempo para ayudar a aquellos que me necesitan.

Mientras Miss Rainbird abría la puerta del cuarto, apareció Syton. Blanche salió y el mucamo la ayudó a ponerse el tapado. Luego con una sonrisa para Miss Rainbird, comenzó a seguirlo por el *hall* de entrada, pasando por delante del pie de la larga escalera de balaustrada de madera de roble que corría hacia la planta baja. Al pie de aquella, Madame Blanche se detuvo repentinamente. Era casi como si alguna mano invisible hubiera salido hacia adelante y se hubiera plantado firmemente contra su pecho, bloqueando movimientos ulteriores. Se quedó parada inmóvil por un momento, luego lentamente se dio vuelta hacia Miss Rainbird, y dijo.

—Algo terrible ha pasado aquí. Lo siento. —Los hombros se sacudieron con un rápido espasmo estremecedor y siguió adelante, detrás de Syton. Cuando éste volvió de acompañar a Blanche, Miss Rainbird se había retirado a su sala de estar.

Fue directamente a su botellón y se sirvió otro sherry. Estaba llena de perturbaciones. Normalmente no hubiera soñado con tomar tanto sherry por su cuenta. Los excesos de Sholto habían reformado firmemente su natural hábito de moderación.

¡Qué mujer extraordinaria! ¿Cómo pudo sentir algo? Sólo ella y el doctor Harry habían sabido que Sholto se había caído borracho por las escaleras. Aunque Sholto estaba muerto, no se había roto ningún hueso, ni se había golpeado en lo más mínimo, pero la impresión de caerse, había sido demasiado para su corazón. El doctor Harvey, su médico durante cuarenta años, por el buen nombre de la familia y para evitar los chismes del pueblo, había certificado muerte por infarto. Aun en la muerte, Sholto seguía perturbándola cuando pensaba en él. Y ahora esa tonta de Harriet lo estaba ayudando y era cómplice de él. ¿Cómo se atrevían a decir que había un egoísmo en ella que los mantenía alejados? Ella no era egoísta. Sólo quería que la dejaran en paz para disfrutar los pocos años que le quedaban de vida, en una tranquilidad que le había llegado recién, demasiado tarde. Ciertamente no quería tener a ningún otro hombre allí... y toda la conversación que significaría en el pueblo, fa charlatanería y los ojos puestos sobre ella... sobre ellos. Y lo más desalentador de todo, ¿qué tipo de hombre llegaría a ser él, con Harriet como madre? Y el padre un descuidado, que no servía para nada, que había sido muerto mientras conducía un tanque en el desierto egipcio, durante la guerra. No, podían quedarse al fondo de su largo paisaje celestial, todos ellos. Estaban muertos y ella estaba viva, y quería esa casa para ella.

George se despertó durante la noche y se dio cuenta enseguida, que ella estaba allí. Estaba tendida sin moverse y le sonrió. ¡Qué chica! Una vez que estaba dormido, podía pasar un ejército por el cuarto y él no lo oiría. Fiel Albert, también. El mejor y más soñoliento amigo del hombre. Ella estaba despierta, lo sabía. Pero no hubiera soñado despertarlo hasta que él emergiera a la superficie, naturalmente. Podía imaginarse lo que había pasado. Al volver tarde a su casa de Salisbury, había necesitado repentinamente compañía. La compañía de él. La impulsiva Blanche queriendo cambiar el espíritu del mundo. Henry no era ningún sustituto de la carne y la sangre. Podía conocer el misterio de la vida, entonarse con la música de las esferas, pero Henry no era George. Él, George, era el mundo, el abrigado, embrollado, mundo de no-saber-nunca-dónde-se estará-mañana. Personalmente, si el mundo siguiente no era más o menos una réplica de éste, con algunas mejoras, no quería saber nada de él. El sólo despertarse ahora, como lo había hecho a menudo en el pasado, y encontrar esa cálida mujer junto a él, valía más que mil años de estar sentado en una nube viajera, escuchando los himnos y la estreñida música de las arpas.

Se estiró y la tocó. La mano de ella se cerró en la de él y la oyó suspirar. Después de un momento ella le soltó la mano y él la dejó vagar por los contornos familiares, y los ricos pilares de las colinas y valles que eran su territorio. Algún día tenía que conseguir una casa más grande. Él y Blanche estaban hechos para los amplios espacios. Gente grande, amantes titánicos. Encantador. Lo único que faltaría para hacerlo absolutamente perfecto serían diez mil libras por año, libres de impuestos. Mientras él le deslizaba lentamente el camisón hacia abajo, Blanche volvió a suspirar y sus labios encontraron los de él al acercársele.

Meciéndose por el descuidado jardín, descuartizándolo para encontrar ratones y ratas de agua, el silencioso espectro blanco de una lechuza de granero, se acomodó suavemente cerca de la ventana con cortinas y oyó el chillido de resortes de cama. Mucho más tarde, volviendo de un súbito ataque por la pradera húmeda, la lechuza planeó junto a la ventana y había silencio.

Saliendo de la euforia, George dijo.

—¿Está bien?

Perezosamente Blanche contestó.

—Tendrías que patentarlo, amor. Harías una fortuna. Algunas veces es todo música, otras todo color, como esta noche. Una gran llamarada en forma de abanico, color púrpura con luces perladas dentro.

—Las cosas no anduvieron demasiado bien con Miss Rainbird, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque estás aquí. Has venido a George para consolarte. Siempre en oferta, y especialmente para ti. Ni siquiera el viejo Henry lo puede igualar.

—Deja a Henry fuera de esto.

—Con gusto... Tres sería un tumulto. ¿Qué pasó con ella?

—Pasó por la fase dos, casi como un copiador. Me llamará por teléfono pasado mañana, cuando se tranquilice y haya tenido otro sueño. ¿Por qué no me dijiste cómo murió el hermano?

—Quién, ¿el viejo roba-culos?

—Sí.

—Te lo dije. —Movi6 una pierna y la hizo descansar diagonal y c6modamente, atravesando los amplios muslos de ella.

—No. Dijiste que se hab6a muerto de un infarto.

—S6.

—Pudo haber sido as6, pero como consecuencia de una ca6da por las escaleras del *hall* de entrada. Lo pude sentir como un gran alarido, al pasar por all6. ¿No sab6as eso?

—Por supuesto, te lo dije. Una de las charlatanas viejas, dijo algo de eso. Era s6lo un rumor. Tengo que hab6rtelo dicho.

—No importa, pero no me lo dijiste. Tendr6as que decirme todo, George. No importa lo insignificante que sea. No me lo dijiste.

—Bueno, tal vez no lo hice. A veces se me escapa algo.

—El m6dico de la familia tiene que haberlo ocultado. El viejo debe haberse emborrachado y tuvo un tropez6n. Ning6n esc6ndalo como ese era permitido. Esa es una de sus grandes cosas, aunque nunca la menciona. La familia Rainbird. Orgullo y buen nombre. Ella est6 muy bien.

A trav6s del contacto de su cuerpo con el de ella, pudo sentir que 6sta se estremec6a repentinamente.

—¿Qu6 pasa, amor?

—Fue una de esas sesiones. No s6 por qu6 Henry me lo hace. Sabe que no me importa mucho. No me gusta cuando no recuerdo nada despu6s.

George se ri6 entredientes.

—Bueno, Henry podr6 no darte nada que recuerdes despu6s. Pero no podr6s decir eso de m6. —Desliz6 la mano y le acarici6 el pecho izquierdo. Ella se qued6 tendida por un largo rato, recibiendo la lenta caricia y luego, al o6r que 6l se mov6a y se acercaba, le dijo.

—¿No volver6s a empezar?

George presion6 la nariz contra el costado de la mejilla de ella y dijo.

—¿Por qu6 no, amor? Esta vez ser6 una llama perlada, con rayas p6rpura y espero que Henry se muerda las u6as de la frustraci6n.

Aunque Bush era un hombre ambicioso, estaba lejos de ser optimista. La esperanza de descubrir por accidente algo que lo ayudara en su trabajo sobre el asunto Trader, nunca se le ocurri6. Todo lo que lograra, vendr6a de la investigaci6n de y a partir de los hechos conocidos. Pero si no era optimista podr6a sentir f6cilmente la frustraci6n.

Y esta vivía con él ahora. Había trabajado en sus mapas y sus horarios y tenía que admitir que la deducción que había hecho, distaba mucho de ser firme. En realidad si la hubiera presentado un subordinado, la hubiera ridiculizado severamente.

Estaba ahora sentado en su escritorio, observando los caminantes de la hora del almuerzo en el parque, y el movimiento de las aves en el lago. No quería almorzar. La frustración le había quitado el apetito, que no era muy bueno ni siquiera en los mejores momentos.

Sobre el mapa de Inglaterra que tenía delante, había dibujado un rectángulo. La esquina izquierda superior estaba colocada en un punto del Oeste de Cardiff en Gales, y la de la derecha estaba en Woolwich, al Este de Londres. Las perpendiculares que caían desde esos puntos, pasaban, al Oeste, por Tiverton, y al Este por Crowborough, y enmarcado entre ellas, en una línea de base que corría justo al Sur de la isla de Wight, prácticamente todo el Sur de Inglaterra. ¡Incluido Londres! Lo miró y frunció la cara de disgusto. En algún lugar de la zona probablemente, aunque tenía poca fe en la suposición, habían sido retenidos los dos miembros secuestrados del Parlamento. En algún lugar de esa zona podía existir una casa de campo, en alguna especie de loma o colina, una casa posiblemente construida con piedra calcárea (lo que lo limitaba, sin mucho consuelo, a las zonas como las de las colinas de Mendip y Costwold y otras, posiblemente. La piedra calcárea había sido utilizada frecuentemente para construir, bien afuera de las zonas de esta piedra). En algún lugar de la zona había una casa donde el agua era blanda pero no necesitaba ser blanda naturalmente. Podía estar en una zona de aguas duras, en una casa equipada con un artefacto para ablandar el agua. En algún lugar de esa zona había una casa en la que una pluma había volado o había sido arrastrada en un zapato hasta un sótano. Conociendo algo de la escrupulosa naturaleza de Trader, la pluma podría o pertenecer a algún ave común, doméstica, o a un pájaro mucho más insólito. O, por lo que sabía, podía haber salido de un plumero o de un colchón. En algún lugar de la enorme pila de heno de la zona que había marcado, había una aguja, y dentro de una hora debía presentarse en una reunión de alto nivel de Scotland Yard, donde nadie del Departamento recibía una acogida cálida, aunque se les daría una estricta cooperación, para explicar la situación y pedir que se pidiera en seguida información a nivel de la policía local... sobre cualquier casa que reuniera esas condiciones. El corazón se le hundió mientras pensaba en las miradas, las sonrisas ladeadas, las levantadas de ojos al cielo, cuando expusiera todo. Alguien diría algo de ancianas con loros, jubilados con canarios y duques reales con hectáreas de lagos provistos de aves de adorno, casas ancestrales con parques salvajes y aficionados a las palomas, en callejuelas. Haría el papel del tonto. No había escapatoria a esto. Se enojó ante el pensamiento. No era ningún tonto pero aparentaría serlo. Estaba frente a una pared en blanco. Estuvo tentado de tomar el teléfono y llamar a Grandison, que estaba en París en una reunión de la Interpol, y proponerle que fuera cancelada la reunión con Scotland Yard. Pero sabía lo que diría Grandison, adivinando la verdadera razón de

su pedido. “Si es todo lo que tiene, entonces es todo lo que le puede dar para que trabajen. Si lo hace quedar como un tonto, entonces así será. Sólo un verdadero tonto no haría nada”. Y luego en un tono de voz tranquilo, algún dulce, pero sintiendo la frustración de él, “Los grandes robles crecen de las pequeñas bellotas”.

A través de la ventana vio dos chicas de oficina que pasaban, con minifaldas, piernas de amazonas, en el frío aire de marzo, y detrás de ellas un joven de *jeans* y saco orlado de cuero, pelo largo lacio que le caía por los hombros, y ante la visión, su enojo se levantó inexplicablemente. Un descarado, malditamente inútil lote... desvergonzado y grotesco. Y entonces le vino a la mente la macabra imagen de la máscara que había usado Trader. Scotland Yard se tropezaría con esto. Era un artículo de venta popular y el maldito Mr. Trader debió saberlo, que podía ser conseguido en docenas de negocios de Londres y en docenas de negocios más, del Sur de Inglaterra.

Se levantó y fue al lavabo que estaba al fondo del cuarto y se sirvió un trago. Se sirvió la medida habitual y luego, casi sin darse cuenta de que lo había hecho, la duplicó.



## CUATRO

EN SU reciente visita a Chilbolton, George, haciendo encuestas para obtener la información sobre los hábitos de lectura locales, había descubierto una mina de oro con forma humana. Era Mrs. Gradidge que parecía Matusalén pero que en realidad tenía sesenta y nueve años. De pelo gris, nariz grotesca, era una charlatana, un personaje astuto, que recibía el “Daily Mirror” en días de semana, el “News of the World” los domingos, y un semanario llamado “Saturday Titbits”. Y los chismes eran el alimento de la anciana Mrs. Gradidge. No había cortina que se corriera durante el día, ni chica del pueblo que se atrasara una menstruación, ni rumor de escándalo o chisme, o susurro de alguna contienda de familias o susurro de alguien atrasado con las cuotas del televisor o del auto, que se le perdiera, aunque raramente se movía de su cabaña de techo de paja, donde se pasaba la mayor parte del día sentada, trabajando en las fundas de *patchwork* para los brazos del sillón, detrás de un gran florero de rosas artificiales, junto a su ventana. Era una mujer de mente sucia, desagradable, y medraba alegremente en la vida de los otros. Se dedicó a George, chismeando y abriendo su boca con dientes postizos mal colocados, y le dijo que ella había sido una gran cosa para los muchachos, en su tiempo, y que la oportunidad es una cosa fina, y que podía nombrar algunos del pueblo, que ahora no le darían su tiempo, pero que habían olvidado que hubo una época en que no era suficientemente rápido el momento de poder llevarla sola al granero. George retuvo su asco y actuó de príncipe encantador y correctamente reclamó su recompensa.

Su marido, muerto hacía tiempo y felizmente, se imaginó George, había sido guardabosque en Freed Court con los Rainbird. Mrs. Gradidge había trabajado por temporadas como ayudante de cocina y luego como ayudante ocasional. Lo que no sabía ella, lo sabía su marido. En la lucha de las clases, era tan natural para ella escuchar detrás de una puerta, o darle una mirada a una carta dejada sobre un escritorio, como lo era para su marido escurrirse al alcance del oído de sus caballeros en un almuerzo al fresco, de alguna reunión de tiro, o quedarse parado con algún andrajoso camouflage de saco y breeches en alguna cabalgata por los bosques, y observar la naturaleza humana igualar las tácticas y métodos de cortejar y hacer el amor, de los animales, pescados y pájaros que conocía tan bien.

Por ella, George se enteró de los métodos de Sholto con las sirvientas, visitantes, y matronas del condado. Sholto no había insistido en los *droits de seigneur*, pero se los conferían a menudo. Y había bebido con dedicada constancia desde las diez de la



mañana hasta que caía dormido a la noche. George, haciendo tostadas en su cocina mientras recordaba a Mrs. Gradidge, estaba muy seguro de que le había contado a Blanche de la caída del viejo muchacho, borracho por las escaleras. ¿No lo había hecho? Bueno, ciertamente había tenido la intención de hacerlo. Podía haberse escapado, de todos modos, en la cantidad de cosas que le había contado. Dios, qué vieja bruja apestante era Mrs. Gradidge. Esperaba sólo, que Blanche no quisiera más averiguaciones que lo llevaran nuevamente allí.

La veta más rica para explotar era la referida a la hermana menor, Harriet. Por la conversación de Mrs. Gradidge, no había sido difícil para George, armar la historia, llenando los huecos con su propia fértil imaginación.

Ambas hermanas eran de buen aspecto, hasta hermosas, pero mientras Grace Rainbird había sido chiquita y como un pajarito, su hermana había sido una mujer alta, más bien desaprovechada que, en contraste con el aplomo de Grace, parecía de una timidez patológica y una gran falta de confianza en sí misma. Por el tiempo en que Harriet tuvo treinta años (Mrs. Gradidge era fantástica para las fechas, podía recordar los días y circunstancias de años atrás) se suponía en general que ninguna de las hermanas se casaría nunca. Grace, la que era mordaz y crítica, ahuyentaba a la mayoría de los hombres y los que casi le gustaban, adivinaba o se convencía a sí misma de que estaban detrás de su dinero. La timidez y falta de confianza en sí misma de Harriet, eran barreras infranqueables para cualquier romance. Las pocas ocasiones en que hubo algún indicio de algún hombre decidido (movido por el dinero o por él amor) que se fijara en ella, entonces Sholto, sabiendo y valorando la importancia de dos mujeres, capaces de mantener la casa en orden, y dispuestas a darle amplia oportunidad para su bebida y asuntos amorosos, en seguida ejercía su influencia, en un frío estallido de desaprobación, para matar cualquier relación. Sholto era un bravucón egoísta con una burda y muy superficial bonhomía.

Pero, tres años antes de la segunda guerra mundial, Sholto fue llevado de urgencia a un hospital, con una dolencia de riñones que lo tuvo allí durante tres semanas. Y durante esas semanas la madre naturaleza vio su oportunidad, e hizo una de sus malditas jugarretas. Grace y Harriet fueron a un baile de caridad en una cercana guarnición militar, libres de la custodia de Sholto. Grace pasó una velada sumamente agradable. Harriet fue llevada a comer por un joven oficial de tanques, un irlandés un poco cerrado y, presionada a beber más vino que de costumbre, lentamente se encontró desinhibida, y disfrutando de la vida, y fue seducida en el asiento posterior del auto del oficial, mientras Grace estaba bailando. Harriet mantuvo el secreto ante Grace, embriagada por el descubrimiento del nuevo y extraño placer, y durante las tres semanas siguientes, se encontró con su *beau* en los bosques junto al río, desconocido para Grace, pero no para el viejo Gradidge, que tenía un sexto sentido para cualquier cosa que se acoplara, a cuatrocientos metros a la redonda de donde estaba. El día antes de que Sholto volviera, el oficial fue destinado con su escuadrón al Medio Oriente. Harriet nunca oyó nada de él ni lo volvió a ver. No le dijo nada a

Grace, pero cuando fue personalmente evidente lo que le iba a suceder, le contó a Sholto en privado, quien, indudablemente asegurándose que Grace no estuviera en la casa, se enfureció y rápidamente la mandó para una larga visita a la casa de un íntimo amigo de su confianza, en Northumberland. Allí, en el tiempo debido, tuvo un niño y lo crió durante veinticuatro horas y luego se lo quitaron y nunca lo volvió a ver, ni supo dónde había ido, ni con quién.

Pasaron muchos años antes de que le contara a Grace su secreto. Para entonces, el oficial irlandés fue fatalmente herido en un encuentro de tanques, en las afueras de Tobruk.

Esta fue la historia que contó Mrs. Gradidge, y que George había transmitido servicialmente a Blanche. Mrs. Gradidge gozó mucho en señalar que, mientras unos pocos en el pueblo, sabían perfectamente lo que había pasado en Court Reed y en Northumberland, ni Sholto ni Miss Grace Rainbird tuvieron la menor sospecha de que el secreto que se guardaba en el seno de su familia, hacía tiempo que había ido a parar al exterior.

Y, Mrs. Gradidge, había insinuado, que había otras cosas que se podían contar, si a uno le interesaba. No era que ella lo haría, porque no le gustaban los chismes ni el escándalo. Algunas veces, por ejemplo, los dos amantes habían utilizado la vieja cabaña de Gradidge, donde guardaba las cañas para techar, y no habían sido los primeros. George, que había tenido suficiente, escapó al Abbot's Mitre, donde tomó tres rápidos *whiskys* para sacarse el mal gusto de la boca.

Ahora, comiendo su tostada con mermelada y bebiendo el café y pensando en Harriet, y sus sucias averiguaciones para Blanche, sintió un fuerte desagrado por todo el asunto. Algo había andado mal con sus astros. Seguramente ese tipo de trabajo estaba destinado a alguna otra persona. Alguien que se pudiera reír y chismear con las Mrs. Gradidge que había en el mundo, y disfrutarlo. Algún maldito tonto allí arriba, había mezclado todas las tarjetas, y él había sido designado erróneamente para esta porción, aquí abajo. Si tenía que tener un extraño tipo de vida, le hubiera gustado algo más romántico y masculino... No le hubiera importado tener la parte del oficial de tanques irlandés, todo, excepto la parte de su muerte, o ser un agente secreto, educado, y con un cultivado gusto por las bellezas continentales, que coleccionara viejas porcelanas y netsukes, sean lo que fueran éstas. Se vio respetando heroínas en desgracia, para ser adecuadamente recompensado más tarde; socorriendo a los pobres y débiles, luchando contra la tiranía, y confundiendo la villanía.

Miró hacia abajo, donde Albert estaba tirado sobre la alfombra, y dijo tajantemente.

—¿Qué estás haciendo?

Albert estaba mascando el "Daily Mail" que había traído. George lo rescató, y mientras lo sacudía débilmente para que volviera a su forma, tomó una decisión. Tenía que reorganizar su vida. Tenía talento, buen aspecto, e inteligencia, y una cierta integridad. Al diablo con todo esta pavada que lo rodeaba. La gente como Mrs.

Gradidge lo enfermaban. Y en menor medida, la gente como Blanche lo ponían inquieto. No sabía si ella era todo falsedad, o parte, o simplemente completa y tranquilamente loca con respecto a ese aspecto psíquico. De todos modos, él no estaba, no en ese momento ciertamente, para ir a engañar a viejas y sacarles cheques, para ninguna idea podrida, como construir un templo de Astrodel. ¿Quién se creía que era Blanche, la hija de Salomón? Y ese asqueroso Henry. ¿Dónde había soñado a ese? Probablemente había leído sobre él en el *Libro para niños de los Ferrocarriles Británicos* o algo así. No, había hecho bastante por ella. Amigos sí, podían quedar amigos, buenos amigos, pero no iba a soportar nada más de ese tipo de francachela. Se iría a Salisbury, daría una tranquila vuelta por la Catedral y pensaría en una nueva vida. ¿Qué mejor lugar? Luego almorzaría en el Red Lion y después iría a ver a Blanche y le contaría. Tal vez la pudiera convencer de ir en busca del nuevo trozo de vida... tal vez.

Lo miró a Albert y dijo:

—Las cosas van a ser muy diferentes por aquí, de ahora en adelante. —Albert levantó una ceja gris y movió la cola.

Mientras George estaba tomando el desayuno y planeando una reorganización de su vida, Mrs. Rainbird estaba tomando el desayuno, enfrentándolo con un apetito indiferente y sintiéndose entumecida y cansada por una muy perturbadora noche. Harriet había vuelto a ella en sueños y había sido muy persistente. Era curioso, a veces venía como una mujer joven, a veces como una anciana. Entre las dos, Miss Rainbird se sentía muy confundida en su sueño. Pero no era confusión lo que quería Harriet. “Busca a mi hijo, Búscalos y llévalos a la familia”. “Es un Rainbird”. A menudo cuando decía “¡Es un Rainbird!”, tenía una horripilante resonancia en la voz.

Había sido una muy mala noche, con Harriet dando vueltas y resonando por ahí, como una mala actriz de un drama barato. ¡Encuentra a mi hijo, ciertamente! Traerlo de vuelta a Reed Court para que todo sea de él cuando ella muera. Diez contra uno que si lo encontrara, resultaría ser algo bastante inaceptable. Y traerlo de vuelta, significaba que toda la historia se haría pública en el pueblo y el distrito. No era que ella fuera tan tonta de pensar que no había algunos alrededor, que tuvieran alguna idea de lo que había pasado. Qué tonta había sido Harriet. No por enamorarse, si eso era lo que había sido más bien que una pasión física, sino por actuar como una estúpida chica de pueblo. Utilizando la cabaña del bosque, ¿alguna vez alguien ha oído una indiscreción semejante? Y por qué no se había asegurado de que... bueno, cualquier hombre decente a medias hubiera tomado precauciones. ¿Cómo sería el hijo de este hombre? Una mala persona sin duda. Bueno, bueno... eso no era justo. Y por lo menos, si se lo pudiera encontrar, no tendría que darse a conocer. Podría vigilarlo discretamente y si estuviera completamente fuera de cuestión, podía tranquilamente

olvidar todo el asunto. Se le podría hacer algún regalo anónimo tal vez, hacer algo que la dejara a Harriet tranquila y satisfecha.

Con un poco de sobresalto, se dio cuenta repentinamente, que estaba pensando en Harriet como si estuviera viva y como en una fuerza que debía ser apaciguada. Era bastante extraño eso.

Encendió el primero de los cuatro cigarrillos que se permitía por día, volvió a llenar la taza de café, y lentamente fue posesionada por el pensamiento de que ella era una mujer sola. No tenía verdaderos amigos en el mundo. Relaciones, sí. Mujeres tontas como Mrs. Cookson, y hombres sensibles como su médico, su abogado y su agente de bolsa. Ningún amigo. Nadie con quién hablar francamente. Sostuvo el pensamiento por un rato, deliberadamente, considerándolo y considerándose en relación a él y luego tomó una decisión.

Llamó a Syton y cuando éste vino, dijo:

—Syton, quiero el auto dentro de media hora. Voy a ir a Salisbury.

Bush tomó el desayuno en su departamento; un vaso de jugo de toronja sin endulzar, “corn flakes”, y leche sin azúcar, y luego una manzana, importada, la que terminó a medias, porque era como comer una mezcla aromatizada de lana y algodón. Estaba de mal humor y, alejado de la mirada pública, estaba dispuesto a gratificarse. Bien deliberadamente levantó la media manzana y la tiró por el aire para estrellarla de tal forma que quedó hecha puré, contra la puerta de la heladera.

La acción no lo alivió. El recuerdo de la reunión de ayer en Scotland Yard todavía estaba vivo. Lo habían ridiculizado, gentilmente y con un placer agradablemente contenido; el comisario asistente, dos delegados del comisario asistente, y dos jefes. El ayudante de Grandison, del Departamento (el hechicero Bush con todos los otros desgraciados, el que estaba sentado por encima de ellos preguntándoles, alguien, con un tono de voz exageradamente dulce había utilizado la frase, “¿descubrir de qué colchón del Sur de Inglaterra había salido la pluma que nadie tenía!”). Había habido cosas peores y más válidas. Por primera vez desde que trabajaba para Grandison, lo habían hecho aparecer como un tonto. Todos se dieron cuenta que estaba nervioso y les había encantado, con la misma pasión con que odiaban al Departamento. Cuando había dicho que, aunque las líneas de la investigación eran reconocidamente muy tenues, en vista de la seriedad del asunto, no era cuestión de lavarse las manos de todo el tedioso asunto, algún hombre de ingenio había preguntado, “¿con agua dura o blanda?”.

El pensamiento de ese particular momento lo hacía agitarse nuevamente, ahora con rabia. No importaba que fueran a hacer todo lo que pudieran. Tenían que hacerlo. Estaban todos íntimamente convencidos, que no resultaría nada de ello. Estaban todos encantados. Él les había animado, una aburrida e invernal tarde de marzo.

Fue a la sala de estar y se sentó en su escritorio. La frustración, lo hacía retorcerse como la víbora que trata de sacarse la piel. Le escribió una carta a su mujer en un tenor frío y árido, diciéndole que no tenía intención de darle ninguna prueba para el divorcio, y menos intención de proceder contra ella, por cualquier prueba que ella pudiera suministrar. Si no estaba dispuesta a volver junto a él, podía quedarse sentada esperando el período de cinco años de separación, hasta poder conseguir el divorcio y volver a casarse. Que sufra, pensó. No quería que volviera, pero existía la posibilidad de que sin ataduras matrimoniales, sus nuevos amores se enfriaran y ella pudiera seguir viviendo en el limbo hasta que encontrara un reemplazante.

Una vez hecha la carta y estampillada en su sobre, se quedó sentado mirándola fijo. En algún lugar, Trader estaría preparando su tercer asalto, callada, eficientemente y con una certeza tan cercana, como la que podía esperar cualquier hombre, de que sería un éxito. Y él, Bush, estaba completamente bloqueado. Cuando llegara a su oficina esa mañana, llegarían los informes del golf club, esperando ser examinados y analizados cuidadosamente. La esperanza de obtener alguna ayuda de ellos era mínima.

Miss Rainbird había hablado por teléfono a Blanche para asegurarse de que estaría libre, antes de partir para Salisbury. La casa de Blanche quedaba en una tranquila, próspera zona residencial, al Noroeste del pueblo, sobre terreno elevado. Estaba situada en una esquina y de las ventanas altas, Blanche podía ver más allá de los campos de deportes, el verde montículo de Old Sarum y el distante valle del río Avon. Bien a la izquierda, la delgada punta de la aguja de la catedral, se levantaba por encima del montón de edificios del pueblo. A la noche, una luz roja brillaba desde la punta de la aguja como señal para los aviones.

Miss Rainbird estaba sentada en la sala de estar del frente. Había esperado encontrar un cuarto con toques del colorido fulgor que marcaba la ropa de Madame Blanche. Llevaba en ese momento, a las once de la mañana, un largo atuendo púrpura, de profundo escote en V. Atado a la cintura, tenía un largo echarpe de seda rojo. Hoy las perlas le envolvían la garganta en una cadena cerrada, y su pelo rojo, colgaba suelto hasta los hombros (hermoso pelo, pensó Miss Rainbird, bien cepillado y obviamente bien cuidado) dándole un extraño aspecto de chica. El cuarto mismo, sin embargo, estaba discretamente bien amueblado. Los dos cuadros eran unas muy buenas acuarelas de vistas del viejo Salisbury.

Blanche se quedó sentada, escuchando a Miss Rainbird. Los modales de la anciana habían cambiado completamente. Esto no era ninguna sorpresa para ella. Había visto cambios similares en mujeres, muchas veces antes. Con bastante franqueza, Miss Rainbird le había hecho la descripción de sus sueños referentes a Harriet, y luego había continuado, explicándole el asunto amoroso de Harriet y los pasos que había dado Sholto para lidiar con él. Aunque Harriet estuviera muerta,

Blanche sintió lástima por ella. Podía ver cómo había sido todo. Mantenido bajo control durante años y luego algún retoño de oficial que lo daba todo vuelta. Sholto parecía ser un desgraciado.

Miss Rainbird dijo:

—Ahora me doy cuenta de que mis sueños eran el resultado de un choque de conciencia dentro de mí. El hijo de Harriet (si todavía vive) debe ser un hombre de unos treinta años ya. Lo que es más, es un Rainbird. Y lo que es todavía más importante, mi pariente más cercano. Todo lo que tengo debería quedar para él. Francamente, Madame Blanche, no era una idea que recibí de buen grado. No la idea de dejarle todo, sino la de encontrarlo, y en cierto grado esencial tal vez tener que meterlo en la vida de Reed Court, lo que significaría tener que dar explicaciones en el distrito y que la historia de la desgracia de Harriet se hiciera conocida.

Blanche asintió comprensivamente.

—Usted no quiso alterar su vida agradablemente ordenada. Muy natural. Pero ahora, ha decidido que tiene que enfrentar eso, por su conciencia, ¿no?

—Sí, ciertamente. Es por eso que estoy aquí.

—¿Ha pensado en esto? Puede ser que no necesite de mi ayuda. Todo lo que tiene que hacer es contratar a un detective privado para que lo rastree.

—Naturalmente, he pensado eso. Pero hay una o dos cosas que lo hacen imposible. Por más discreto que sea el detective tendrá que hacer averiguaciones. Algunas en el pueblo. No soy tan tonta de imaginar que algunas personas no tuvieron alguna sospecha de lo que pasó. La gente no necesita saberlo con seguridad. Colocan dos más dos y luego adivinan. El pensamiento de que mis amigos y la gente del pueblo llegue a saber que lo ando buscando, no es agradable. Y, de todos modos, aún si yo pudiera superar mi aversión hacia esto, hay un problema mucho más difícil. Cuando murió Sholto, revisé todos sus papeles privados, en la esperanza de encontrar alguna pista de lo que había arreglado para el chico.

—¿Y no encontró nada?

—Así es. Si hubo papeles los habrá destruido. Mi hermano era un torpe y extraño hombre, pero tenía un casi exagerado cuidado por el nombre de la familia. Su único objetivo era sacar en seguida al chico de la vida de Harriet y reestablecer el *status* en Reed Court. Nunca la perdonó a Harriet, por supuesto.

Blanche se sonrió.

—Estoy segura de que lo ha hecho ahora. ¿Habló usted alguna vez con él de esto?

—No, en realidad no. Traté de hacerlo una vez, pero rápidamente me di cuenta de que no diría nada.

—¿Qué hay de esos amigos en Northumberland? ¿Saben algo?

—Sólo una vive ahora. La visité hace poco y saqué el tema. Pero no sabía nada. Harriet fue a un dispensario local, como mujer casada. Después del nacimiento del chico, Sholto y una enfermera lo recogieron a los dos días y se lo llevaron. Fue una cosa monstruosamente cruel la que se le hizo a Harriet, pero Sholto la hizo. No fue

cuestión de oponérsele. Harriet no era así. Cómo podría algún detective privado tener esperanzas de hacer algo, cuando no hay ningún punto por dónde empezar... al menos...

Blanche dijo.

—Usted quiere decir al menos aquí, en forma física, material, ¿no? Es por eso que ha venido y me ha contado todo ésto, ¿no Miss Rainbird?

—Francamente sí.

—Pero usted todavía no cree que se pueda hacer, ¿no? Miss Rainbird vaciló, y luego dijo:

—¿Cómo puedo saberlo? Francamente es duro romper con los prejuicios de una vida. Pero si puede hacerse discretamente entonces me gustaría probarlo. Quiero probarlo. —Se sonrió repentinamente—. No disfruto de las incursiones de Harriet gimiendo en mis sueños, Madame Blanche. Me gusta dormir bien de noche. Si el chico, ahora hombre pudiera ser encontrado, estoy dispuesta a aceptarlo y a cumplir mi deber para con él. A menos, por supuesto, que demuestre ser completamente inaceptable.

—Bueno —Blanche se levantó—, es mejor que empecemos, ¿no? Veamos lo que tiene que decir Henry sobre todo esto.

Viendo la mirada de sorpresa de Miss Rainbird, Blanche le tocó suavemente la espalda.

—Tiene que acostumbrarse a mi actitud con respecto a estas cosas, Miss Rainbird. Para mí es simplemente parte de mi vida. El don que tengo le puede parecer maravilloso, extraño, hasta aterrador. Pero no hay nada inusual en ello. Todas las personas de este mundo lo tienen, la habilidad de meterse más allá del cuerpo, en otra vida. Sólo unos pocos de nosotros lo desarrollamos, porque para hacer esto hay que tener creencia y fe. Henry es tan real para mí como usted que está sentada allí. Nos hablamos como seres humanos, nos reímos, chacoteamos, discutimos y demás cosas. Lo que haremos ahora es tener una pequeña conversación con él y veremos qué tiene para decirnos. Está aquí ya hace un rato.

Reprimiendo un impulso de mirar por el cuarto, Miss Rainbird dijo:

—¿Cómo puede saber usted eso?

Blanche se sonrió y echó hacia atrás un mechón de su largo pelo.

—Porque lo puedo oler, Miss Rainbird. —Se rió tontamente—. Bueno, no me mire nuevamente con esa cara de sorpresa. Si usted estuviera allí sentada con los ojos vendados y los oídos taponados y entrara a este cuarto una mujer que tuviera un fuerte perfume, usted se daría cuenta de que alguien ha entrado al cuarto. Algunas veces con Henry son sólo sus vibraciones etéreas, algunas otras es su aura muy clara en mi visión física, y otras veces es un aroma. Cuando es eso último, es una especie de cálido, sabroso olor a humo de madera. Masculino y de aire libre.

Blanche fue hacia la ventana y corrió un par de cortinas interiores transparentes, diciendo:

—Hago esto porque la casa se ve de enfrente. No necesitamos oscuridad, pero sí privacidad. Un día... cuando tenga el dinero, construiré un apropiado lugar de ministerio y guía. Me gusta imaginármelo como un templo... un templo de comunicaciones, donde el amor y el consuelo y consejo puedan pasar de los mundos del más allá, a este mundo.

Siguiendo un impulso, Miss Rainbird dijo:

—Madame Blanche, realmente es usted una mujer muy extraordinaria.

En la media luz del cuarto Blanche sacudió la cabeza.

—No. Usted es la mujer extraordinaria, Miss Rainbird. Yo soy una mujer común, que utilizo todos los dones que Dios le dio. Usted tiene los mismos dones, todos los seres humanos los tienen, pero por alguna extraña razón no los consideran, y los dejan en el fondo de sus medias de Navidad, en su deleite y avidez por lo que parecen regalos más grandes y más espléndidos. Ahora, hagamos exactamente lo mismo que hicimos antes. Quédese allí sentada y relájese, y veremos lo que tiene para decirnos el viejo Henry. Espero sólo que hoy no esté demasiado poético.

Miss Rainbird se quedó sentada en su sillón. Estaba, se dijo a sí misma, realmente relajada esta vez. Había dado otro paso, había tomado una decisión. No estaba totalmente entregada. No iba a tirar por la borda su sentido común, pero sabía que había un poder y comprensión que venía de Madame Blanche, que no había encontrado nunca anteriormente en nadie. En cierta forma, era tranquilizador abdicar, en parte, de la propia dependencia y firme autoridad... abandonarse a otra persona.

Observó a Madame Blanche que se recostaba hacia atrás en su sillón, los ojos cerrados. Por un momento sus dedos tocaron ligeramente las perlas de su cuello y luego cayeron sobre su echarpe de seda rojo. Tomó los extremos sueltos del lazo y los sostuvo suavemente. Por un rato respiró profundamente, los hombros y el pecho que se elevaban al tomar el aire. Luego la respiración se aquietó, pareció detenerse del todo, de modo que quedó allí sentada como una figura de cera, los músculos de la cara tan relajados que la boca quedó colgando un poco abierta, y Miss Rainbird pudo ver la humedad de la saliva en la parte interior del labio inferior.

Abruptamente, Madame Blanche dijo en voz alta:

—¿Henry?

Hubo un largo silencio, y luego dijo casi de mal humor:

—Henry, ¡no me hagas esto! Hay alguien aquí que necesita ayuda. Sabes quién es.

Hubo otro silencio y luego comenzó a hablar, sosteniendo una conversación con alguien cuyas palabras no eran escuchadas.

—Sí, sí, ya veo... ¿Imágenes? Pero serían tanto mejor las palabras... Sí, lo veo claramente. Una mujer joven y un hombre a orillas del río. La mujer es rubia y lleva un sombrero de paja. Y el hombre lleva uniforme. —Estuvo en silencio por un rato y luego dijo rápidamente—. Sí, veo el niño... Mi Dios, Henry, está todo confundido. — Se rió—. Como cualquier chico. Pero ¿qué es eso que tiene en la muñeca, Henry?...



Sí, hay algo, hay algo en su mano. No puedo ver claramente qué es... Oh, Henry, esto es como mirar un álbum de familia, sin explicaciones. Y las imágenes... apenas si puedo dilucidar algunas. Oh, esto es lindo. Me gusta. El bebé en brazos de una mujer. Ella parece feliz y el bebé está sonriente. ¿Esa es Harriet? No parece ella... No, no pensé que fuera ella. Era rubia... ¡Oh! —Su exasperación fue clara—. ¿Por qué estás así hoy, Henry? Por favor, ella quiere saber lo que le pasó al chico. ¿Dónde está ahora? Sólo tienes que traerlos aquí... Preguntarles. ¿Por qué no?... Bueno, si no puedes, no puedes, y yo no voy a intimidarte. Pero si no van a venir por el momento, tú debes saber algo... Entonces, dime. ¿Es feliz actualmente?... ¿Sí? Bueno, si comprendo eso. No es la primera vez tampoco que haya sucedido esto con otras personas. Pero me lo tendrías que haber dicho antes en cambio de haber estado pasando todas esas imágenes... Sí, por supuesto que ella comprenderá... Sí, sí... síii... síii... —La voz de Madame Blanche fue desvaneciéndose en un tono de voz cantarínamente amodorrado.

Miss Rainbird la observó. Estaba recostada en su sillón, respirando parejamente como si estuviera dormida. Después de un rato abrió los ojos lentamente y luego con un enérgico movimiento del cuerpo se despertó.

Blanche miró resplandecientemente a Miss Rainbird.

—Bueno —dijo con alegría—, eso es lo que pasa algunas veces. Pesqué a Henry en uno de sus malos días. —Se levantó y fue hacia una mesa baja, diciendo—. No sé qué le pasará a usted, Miss Rainbird, pero yo necesito un poco de algo. ¿Qué le parece?

Miss Rainbird asintió y observó mientras Blanche servía sherry para las dos.

—No comprendo —dijo Miss Rainbird.

Blanche le entregó un vaso de sherry.

—Es simple. Es como conseguir una mala línea telefónica. Henry es siempre muy educado en eso. Dice que es culpa de él, pero no lo es, es culpa mía.

—¿Recuerda lo que pasó esta vez?

—Sí. Sí lo recuerdo.

—Tal vez me lo pueda explicar.

—Trataré, pero a veces a la persona nueva no le parece digno de fe. Lo importante es... ¿Cómo lo explico? ¿Se da cuenta? La gente de allí no están en un estado final. No hay nada estático en sus vidas. Están evolucionando durante todo el tiempo. Pasa un largo tiempo antes de que haya una completa comprensión del Gran Misterio. Tienen poderes, pero no absolutamente todos los poderes. Por lo menos, no para empezar. Es por eso que la gente de inclinación científica o muy escéptica pregunta por qué los mensajes que llegan, no nos contestan realmente todas las preguntas sobre la vida después de la muerte. La contestación es que, la mayoría de los que han pasado al otro mundo, todavía no han alcanzado el conocimiento total. La mayoría de la gente de la tierra no podrían explicar técnicamente cómo funcionan la televisión y el radar. Lo mismo se aplica allí. Y allí arriba nuestros seres queridos son

muy susceptibles también a los estados de ánimo y a la atmósfera. Es por eso que la comunicación fue mala hoy. Su hermano y hermana la asocian a usted con Reed Court. Al verla aquí se retiran. Creo que tal vez en el futuro yo debería ir a su casa.

—Si usted cree que eso ayudará.

—Sí. Todo lo que pudo conseguir hoy Henry fue una especie de vistazo al álbum familiar. El chico de Harriet, ahora un hombre, está vivo y feliz.

—Entonces ¿por qué la estúpida de Harriet no dice simplemente dónde está? —preguntó Miss Rainbird mordazmente.

Blanche se rió.

—Bueno, bueno, eso no es justo. Ya le dije que no tienen poderes absolutos. Algunas cosas las saben y otras las tienen que descubrir. Y algunas veces aunque lo hagan, Henry no las transmite.

—¿Por qué no?

—Me sorprende que pregunte eso. ¿Le da usted su recompensa a un chico, antes de que haya hecho su pequeña tarea? No quiero decir esto para lastimarla de ningún modo, pero francamente presiento que Henry no está seguro de usted. Tal vez pesque vibraciones escépticas de parte suya. Tal vez no esté convencido de su sinceridad. Tal vez Harriet y Sholto sientan lo mismo. Harriet, a través de Henry no la puede ayudar ya que ella quiere que usted la ayude si hay una barrera de descreimiento entre ustedes.

—Todo suena muy complicado e ilógico.

—Es otro mundo, Miss Rainbird.

Miss Rainbird tuvo que admitir la fuerza de este argumento, aunque no pudo evitar sentir que Madame Blanche le estaba dando una charla de vendedor muy hábil. Hubiera estado más convencida de ésto si no hubiera sido por una cosa.

—¿Recuerda la imagen del chico?

—Oh, sí. Estaba todo sucio y desprolijo. Como cualquier chico que ha andado divirtiéndose durante el día.

—Usted dijo que tenía algo en la mano o en la muñeca. ¿No pudo ver lo que era?

—No, no pude. Era una imagen muy confusa.

—¿Era grande o chico?

—Más bien alargado. Pensé al principio que podía ser una paleta de tenis de mesa.

Miss Rainbird dijo que le hablaría por teléfono en unos días para hacerle saber si le gustaría otra sesión en Reed Court. Pero mientras la llevaban a su casa, una pequeña figura perdida en el asiento de atrás del Rolls Royce, no tenía ninguna duda de que querría que Madame Blanche continuara ayudándola. Aunque había decidido no decir nada de eso ese día, Madame Blanche la había impresionado con la descripción del chico. Cuando había descrito a Harriet y al oficial caminando junto al río, había tenido una vívida imagen de la escena. Con ella le había vuelto a la memoria un pequeño fragmento de un detalle que Harriet le había contado cuando le

había hablado de su *affaire* amoroso. El oficial irlandés estaba apasionadamente interesado en la caza con halcón y (así había dicho Harriet) en una de sus visitas había llevado con él un halcón amaestrado. Habían caminado a lo largo del río con el ave para cazar pájaros. El hijo podía haber heredado la misma pasión. Estaba segura de que la cosa que tenía en la muñeca había sido alguna especie de halcón.

Como había descrito Madame Blanche al chico, ella lo había visto vívidamente en su imaginación. Un desprolijo escolar, que llevaba un halcón. ¡Qué descripción tan extraordinaria!



## CINCO

LA LUZ de la tarde se estaba yendo. El sol ya estaba bajo, escondido detrás de las nubes que se habían amontonado en lo alto, al Oeste. Al Norte, a 18 km de distancia, claramente en el aire helado, Martín Shoebridge pudo ver el gris destello del mar con la alta cuña de Steep Holm que se elevaba desde el agua, rocosa y con la cima verde. Más afuera estaba la forma más baja y gruesa de Flat Holm. Dentro de una hora más se encendería allí afuera la luz que marcaba la desembocadura del río Severn. En otras dos horas estaría camino al colegio, terminadas las vacaciones. Aunque lo que más le gustaba era estar en casa, el pensamiento del colegio no le preocupaba. Tomaba las cosas como venían, gustándole algunas, aceptando estrictamente otras.

Subió firmemente la larga loma de piedra calcárea, de las colinas, el setter dorado junto a sus talones, el encapuchado halcón en su enguantado puño, la crujiente sensación del pasto helado, comido por las ovejas, bajo sus pies, y su vieja bolsa de lona golpeándole suavemente contra el costado. Sus ojos observaban y valoraban cada movimiento y cambio de luz, los oídos percibían todos los sonidos por encima del bajo susurro de la brisa del Noreste. Esto era lo que le gustaba, estar solo con el halcón y el perro. Le gustaba sobre todo porque también había sido lo que le había gustado a su padre. Ellos lo comprendían todo sin hablar. Estar solo, consigo mismo.

En la cima, el viento sopló con más fuerza en su cara y encrespó las plumas azulaceras de las alas del halcón. En el valle, debajo de él, percibió caminos, pueblos y granjas, y el melancólico brillo de los lagos Blagdon y Chew Valley. Había pescado truchas allí a menudo con su padre. Le gustaba, pero más le encantaba pescar en los pequeños arroyos de las salvajes montañas Welsh. A mitad de camino bajando la loma de la colina, había un grupo de altas hayas. Tenía tiempo de practicar por la mitad superior antes de volver a casa. A cincuenta metros del borde de los árboles, se detuvo. Soltó las abrazaderas que había detrás de la capucha del halcón, (con la mano libre y los dientes) y lo dejó ir. Amaestraba y utilizaba las aves según sus propias reglas. Su padre era el purista, no él. Lo vio alejarse volando bajo y luego elevarse la larga cola y alas cortas, hacia la primera rama alta de un distante árbol. Se posó, y el perro detrás de él gimió. Lo hizo callar tocándole el húmedo hocico. No le gustaban las reglas de los demás. Había que encontrar la manera propia de hacer las cosas. Si perdía aves haciéndolas volar en un fuerte ventarrón, las perdía, pero nunca llevaban cadenas especiales para que quedaran atrapadas en postes o alambres. Volaban hacia la libertad.

Se metió entre los árboles sin dirigirle una mirada al halcón. Éste seguiría de árbol en árbol y él oiría el pequeño, agudo sonido de su campana. Mandó el perro adelante que buscara en los arbustos y malezas, y los altos prados de pasto color marrón del invierno, y las ortigas muertas que ocultaban las ramitas caídas de las hayas.

A unos quince metros, el perro sostenía un conejo y el chico gritó. ¡Hooo Haaa!; no para poner en acción al perro sino porque le gustaba gritar. El halcón ya había pasado delante de él, bajando rápidamente entre los árboles, batiendo fuertemente las alas, retorciéndose y dando vueltas y luego precipitándose en un corto descenso hacia el conejo, pegándose a él, de modo que por unos metros rodaron juntos piel y plumas.

Hizo volver al perro y se adelantó. El conejo estaba casi muerto, las garras de las patas largas del halcón, estrangulándolo. Volvió el halcón a su muñeca, lo recompensó con un pequeño trozo de carne de su bolsa, y luego levantó el conejo por las patas de atrás y le golpeó la cabeza contra el tronco de un árbol, para terminar con él. Lo metió en el bolsillo de la bolsa y volvió a echar a volar al halcón. Éste se elevó delante de él hacia un árbol, y él volvió a avanzar con el perro.

Trabajaron a la deriva, bajando por la loma y entre los árboles. Agarraron otro conejo, flaco por el invierno, perdieron una paloma de bosque que desapareció rápidamente, después de buscar comida entre las ramitas de haya, y levantó una urraca de un arbusto, para matarla en un rápido y corto descenso que mandó las negras plumas volando al aire. No tenía ninguna sensación con respecto a la matanza, no pensaba razones como que, los conejos alimentarían a los otros pájaros en las pajareras, o que la urraca era una ladrona de nidos. Él y el halcón estaban cazando. Era una perfección de acción que contenía un placer que nunca disminuía. Hacían lo que era natural que hicieran, el ave, el animal y el hombre. Cada vez que el halcón saltaba a su muñeca por su recompensa después de una matanza, él conocía su propia recompensa por los días y semanas de paciencia y entrenamiento que lo habían llevado a ese momento. Había tenido mejores aves, y las tendría nuevamente, pero por el momento esta era la única.

Desde el alejado límite del bosque lo llamó para que bajara y volvió, balanceándose alrededor de él dos veces en un apretado círculo, lo que siempre era su costumbre, y luego asentándose en la muñeca para recibir su recompensa de carne. La cubrió, y los tres dejaron el bosque y siguieron por la bajada de la colina, trepando gradualmente hacia la larga y alta giba de las colinas y hacia la huella que llevaba a la casa.

Una hora más tarde, comido y vestido para la escuela, se quedó parado junto al auto y se despidió de su padre. Generalmente su padre y su madrastra lo llevaba en auto los 90 kilómetros de vuelta al colegio. Ese día lo llevó la madrastra. Su tenía que trabajar. Martín lo comprendió y sonrió cuando hizo el acostumbrado chiste sobre las puertas de la prisión que se volvían a abrir. Simpatizaba con su madrastra, pero su padre era la única persona en el mundo a quien quería. Entró al auto y el setter dio un

salto a la parte de atrás para acompañarla en el viaje de vuelta. La madrastra encendió la radio y él se recostó en el asiento para pensar en sus hurones. Tendría que conseguir un lugar nuevo para tenerlos porque su tutor se los había prohibido. Tendría que buscar alguna granja o cabaña que los aceptara. Los llevaría a casa al final del período lectivo. Quería probar al halcón con ellos en algunas de las zonas de madrigueras de las colinas. Eso significaba que tendría que acostumbrarlo, sino los mataría... Tendría que ir a las pajareras con él. En una jaula cercana a la de ellos, para que se acostumbrara a verlos...

Edward Shoebridge vio desaparecer las luces posteriores del auto en la vuelta del camino y volvió a entrar a la casa. Cerró con llave la puerta principal y fue por el ancho y largo *hall* de entrada hacia una pequeña puerta de roble que había al final, que se abría a un tramo de escalones de piedra. Inmediatamente al pie de los escalones, a su izquierda, estaba la puerta de su estudio. Entró y cerró con llave la puerta.

Era un gran cuarto. Parte de la pared del fondo estaba ocupada por una pantalla de proyección. A la izquierda un banco bajo que corría a todo lo largo de la pared. Por detrás, en de su extensión, había un sistema de estantes, de fabricación casera. La pared de la derecha estaba ocupada por anaqueles para libros y el extremo más cercano estaba ocupado por un juego de armarios. Detrás de estos se ocultaba una puerta que llevaba a un sistema de sótanos secretos que había debajo de la casa.

Shoebridge estaba sentado al lado de la estantería y encendió el proyector. Pasó quince minutos de película sin ilación, deteniéndolo en un único cuadro ocasionalmente, mientras tomaba notas en un anotador que tenía a su lado. Toda la película había sido tomada desde un lugar oculto, en su mayor parte desde la parte de atrás de un auto o desde la protección de algún lugar natural. Había sido tomada algunas veces desde una distancia cercana y ocasionalmente, a través de lentes telescópicos. En casi todas las tomas el sujeto era el mismo hombre, un hombre mayor de unos sesenta y cinco años, de aspecto distinguido, un hombre con la autoridad grabada en sus modales, la cara marcada por la inteligencia y el entendimiento. Cuando terminó la película, Shoebridge sacó un mapa oficial de Inglaterra, en escala de uno a mil, y una hoja de papel transparente con horarios y kilometrajes marcados. Fijó una hoja de papel transparente sobre el mapa y, trabajando prolijamente y sin prisa, comenzó a marcar una serie de rutas. Aunque estaba absorbido por su trabajo nunca se perdía completamente en él. Alguna parte de él quedaba siempre desligada, consciente de lo que lo rodeaba y alerta para percibir el más mínimo sonido o señal de lo desacostumbrado. No fumaba. Sus dedos estaban libres de nicotina. Tenía el pelo rubio, ojos azules, y su cuerpo de estatura mediana era fuerte y finamente musculoso debajo de su sencilla ropa. Aunque estaba en la mitad de sus treinta años, podía correr con facilidad la cresta de 35 kilómetros de largo de la pradera en que vivía. Tenía una indiferencia, deliberadamente adquirida, por el dolor o los apetitos del cuerpo, reconociendo sólo al intelecto como su amo.

Sus amistades personales se reducían a dos personas, su hijo y su segunda mujer. Se había sentido aliviado cuando había muerto su primera mujer, cuando el chico tenía tres años. Utilizaba poco la mayor parte de la civilización que conocía a su alrededor. En dos semanas iba a dar su último paso para liberarse, alejándose de ella lo más posible. Nada lo iba a detener. Si significaba apoderarse de la vida humana, lo haría. Era el más peligroso de todos los seres humanos, un hombre inteligente con una inexorable obsesión por huir. Un soñador que ansiaba un paraíso terreno, y estaba dispuesto a encontrarlo. Si cualquier extraño hubiera podido saber esto y lo hubiera llamado loco, él hubiera estado de acuerdo, diciendo que prefería vivir de acuerdo a los términos de su propia locura y rechazar la otra locura que el mundo llamaba civilización. Lo que nunca hubiera aceptado era, que ésta era meramente otra variante entre las distorsiones de la psiquis humana, que mantenía llenas las prisiones de cada país del mundo. Ni siquiera la persona que se mostraba en sus películas, con toda la sabiduría y compasión bajo su comando, podía haber convencido a Shoebridge de esto.

Había habido diez personas en los últimos cinco años que habían sido miembros en algún momento, de los dos clubs, el Tiverton Golf Club y el Crowborough Beacon Golf Club. Cuatro de ellas eran mujeres.

Había habido sesenta y ocho personas en el mismo período, no miembros de los clubs, que habían estado como invitados en ambos. Veintiocho eran mujeres.

Las direcciones de los miembros de los dos clubs de golf estaban disponibles. Las de los invitados sólo a veces. En algunas estaba indicada la ciudad, pero más a menudo el nombre del club de golf del que eran miembros regulares.

Bush pasó la información a Sangwill de modo que pudiera destacar parte del personal para llevar a cabo una vigilancia de todos los miembros y de la mayoría de los invitados que pudieran ser rastreados. Un completo chequeo, Bush lo sabía, llevaría semanas. Dio instrucciones para que le pasaran un informe diario de la marcha de la investigación.

Almorzó en la cantina del Departamento e hizo las palabras cruzadas del “Daily Telegraph”.

George almorzó en el Red Lion, pan y queso y pickles, sentado en el bar. Había pasado una mañana muy agradable, considerando su nueva vida, mientras caminaba por la Catedral y sus recintos.

Había decidido entrar en el comercio. La idea se le había ocurrido mientras estaba reflexionando delante de la tumba de Sir John de Montacute, que había luchado en la batalla de Crecy y había muerto en 1390. La efigie del digno caballero yacía casi desdibujada por la acción del tiempo, la espada rota y sus pies descansando sobre un

león al que le faltaba la cola. La cuadriga alada del Tiempo, pensó George, ya lo estaba dejando rápidamente también a él, en la podredumbre y el desmoronamiento.

Le llegó como una revelación. Había cientos de casas que se levantaban por el lugar. Allí, en Winchester, en Southampton, y en todas las ciudades de alrededor. Y las casas nuevas necesitaban tener jardines, jardines que tendrían que ser hechos de la nada, la mayoría de ellos. Se haría jardinero paisajista y haría contratos de trabajo con los pequeños propietarios que estuvieran demasiado ocupados o fueran demasiado perezosos para atacar el suelo virgen. Necesitaría una camioneta, equipo, y un muchacho fuerte para ayudarlo. Tal vez más tarde tomaría más hombres, compraría más camionetas... se expandiría, se haría un verdadero empresario con ello. Por el momento tendría que poner el hombro junto con el muchacho. Eso le haría bien. Desentumecerse un poco después de tanto tiempo, y volver a estar en forma.

Haciendo los cálculos en la parte de atrás de un sobre, en el bar, estimó que podía poner todo el asunto en marcha por quinientas libras. Camioneta de segunda mano, equipo de segunda mano, no tomarse ninguna retribución para él (siempre estaba su pensión de por medio) y operar desde su cabaña. Buen lugar ese. Tenía una buena: extensión de jardín, Una calamidad en ese momento, pero cuando las cosas realmente se encaminaran, podría abrir un centro de jardines allí. A sólo unos pocos kilómetros de Salisbury, en una buena ruta. Haría una casa. Todo lo que necesitaba eran quinientas libras para empezar. Tenía algunas cosas que podría vender. Digamos doscientas libras. Todo lo que quería eran otras trescientas. Seguramente eso no sería difícil. Blanche le podría adelantar eso sin movérselo un pelo. No sabía, sin embargo. Algunas veces podía ser curiosa en cuanto al dinero. Bueno, si ella no lo hacía, habría otras personas. En la parte de atrás del sobre comenzó a hacer una lista de amigos que podrían ser buenos para préstamos. Escribió cinco nombres, los consideró, y tachó cuatro. Consideró el quinto por un rato y finalmente lo tachó. Cinco libras, tal vez, pero no trescientas. Sin deprimirse compró un par de salchichas, fue al auto y se las dio a Albert mientras manejaba hacia la casa de Blanche. Tendría que ser ella. Por un momento consideró la sabiduría de esperar hasta que ella hiciera una nueva visita a la cabaña. Pescarla en el estado de ánimo apropiado... No, mejor resolverlo de una vez. No tenía sentido perder tiempo. De todos modos, ya venía la primavera. Ese era el mejor momento para empezar con el negocio de los jardines. Silbaba mientras andaba pensando en el color que pintaría la camioneta, viendo el cartel que llevaría al costado, ¿Jardines Lumley? ¿G. Lumley, Contratista de Jardines?

Cuando llegó a la casa de Blanche fue para descubrir que estaba ocupada con un par de clientes. Entró a la cocina para esperar que se desocupara y conversar con su anciana madre. La madre de Blanche había vivido con ella durante años y aunque la anciana era lo suficientemente amplia de mentalidad, ella era la razón esgrimida por Blanche por la que George nunca debía quedarse a pasar la noche en la casa, ésto, y el hecho también de que Blanche sintiera esas fuertes vibraciones sensuales, que trastornaría la atmósfera etérea tan necesaria de tener cuando la iban a visitar sus



clientes. Personalmente George sentía que era para evitar las habladurías del vecindario.

Mrs. Tyler había nacido de padres, mitad feriantes, mitad gitanos. Mantenía la casa de Blanche inmaculada, una trabajadora llena de vitalidad a los sesenta y ocho años, pero todavía añoraba la libertad de los caminos y las ferias, y la felicidad de dormir con cuatro ruedas en las esquinas de su casa y la vieja yegua acollarada afuera. Le preparó una taza de café y mientras la tomaba, George puso una moneda de cincuenta centavos sobre la mesa y extendió la mano. Era un ritual cada vez que la encontraba sola en la cocina. George nunca dejó de asombrarse de la variedad de vidas futuras que le esperaban, de acuerdo a Mrs. Tyler.

Ese día, porque estaba pensando en su empresa de jardines, apenas si la escuchó parlotear sus acostumbradas predicciones. Se iría, de viaje. Cruzaría el mar y conocería a un extraño, alto, de tez oscura que le daría consejo... mal consejo. Debía mantenerse alejado de los caballos. Sólo le podrían traer mala suerte. (George odiaba los caballos, de todos modos, y si se acercaba a un metro de alguno, le daba fiebre de heno, y la vieja lo sabía). Veía una gran felicidad para él, muchos chicos, pero uno de ellos moriría joven. George encendió un cigarrillo y dejó que la anciana dama siguiera zumbando. Haría publicidad en los diarios locales, estimularía a sus amigos del Red Lion para que lo recomendaran. Mañana recolectaría algunos catálogos sobre equipos mecánicos y otros implementos. Tendría que buscar algún vivero que lo proveyera de plantas, arbustos, árboles. Tendría que existir una comisión para él en ésto, por supuesto. A través de su ensoñación le llegó algo que estaba diciendo la anciana, atrapando a medias su atención.

—¿Qué decía, ma? —dijo.

Mrs. Tyler rezongó:

—La mitad de lo que digo no lo está escuchando.

—Sí, usted sabe que escucho. No largo cincuenta centavos así no más. ¿Qué era eso de una “aventura”?

—Dije que está por empezar una nueva aventura, algo diferente.

—Bueno, en vista de que no tengo ninguna aventura por el momento, tendría que ser de otro modo, ¿no? ¿Qué tipo de aventura?

—Algo de visitar casas. Gente muy ocupada.

—¿No diga? ¿Cobrador de alquileres, tal vez? ¿O vendedor de seguros? No, gracias, ma.

—Y manténgase alejado de los lugares altos. No me gusta el aspecto de la línea del corazón; está allí justo debajo del Monte de la Luna. Los lugares altos, vigílelos.

—¿Qué tipo de lugares altos? ¿Como el Lord Mayor Banauet o el Monte Everest?

—Usted podrá burlarse.

—Bueno, mi mano está igual que la semana pasada. ¿Por qué no me lo dijo entonces? Le diré algo, ¿no ve algunas flores o jardines en mi mano? ¿O una linda camioneta amarilla con inscripciones verdes?

La anciana lo miró con una mirada marchita, dejó caer la mano y metió el dinero en el bolsillo. Luego, los ojos fijos en él, dijo después de un rato:

—Puedo ver la camioneta. Pero no es de colores brillantes. Es oscura, casi negra, y usted está sentado en ella deseando no estar.

George se rió.

—Podría ser. La camioneta de la policía. —Mientras hablaba, oyó que se abría la puerta principal, y se dio cuenta de que Blanche estaba haciendo salir a sus clientes. Dejó a Mrs. Tyler y fue al *hall* de entrada para encontrarse con Blanche. La condujo a la sala de estar, la colocó en una silla, se inclinó adelante, la besó, y dijo—: Quédate allí sentada y escucha. Voy a rehacer mi vida, mi amor. Y todo lo que necesito son quinientas libras. Estrictamente en calidad de préstamo, con intereses. O, digamos, cuatrocientos como mínimo. Ahora, lo que tengo en mente es esto.

Con entusiasmo George le delineó su proyecto y Blanche lo escuchó pacientemente. Le gustaba cuando era simplemente George. Le gustaba más todavía cuando tenía alguna idea salvaje en marcha y hablaba de ella. Se podía ver el chico detrás del hombre. Se podía ver, y estar agradablemente abrigada con amor y ternura, la patética fe en algo, que nunca sería más que un sueño. Querido, viejo George, nunca iba a cambiar. Mientras tuviera la cabaña y su pensión sería siempre el mismo. Momentáneamente, pensó ella, si consigo tener este Templo de Astrodel, podría casarme con él. Cuidar de él... No, no funcionaría. Tenía que ser una sacerdotisa. No quedaría bien con un marido que anduviera dando vueltas por el lugar. George, a un costado, discretamente alejado, sí. Pero no como marido.

George terminó.

—¿Qué dices? He calculado que desde el comienzo recogeré una ganancia total de alrededor de cuarenta a sesenta libras por mes. Eso cubrirá rápidamente el equipo y los intereses del préstamo. Después de esto el cielo es el límite. —La volvió a besar y ella se dio cuenta de que había comido pickles en algún bar. Probablemente el Red Lion. Si se lo quería ver a George entre las doce y la una y media, era allí donde estaría—. Simplemente dame un cheque, linda, y estoy en marcha.

Blanche lo consideró durante un rato en silencio, vio el límite de la duda, y la sombra de la posible decepción, que le tocaban la cara, y sintió florecer toda su ternura por él.

—Pásame la cartera —dijo.

George se la dio, tomándola de la mesa.

Ella sacó la libreta de cheques y la lapicera e hizo un cheque y se lo entregó.

George vio que era por quinientas libras. También vio porque estaba acostumbrado a escudriñar los cheques cuidadosamente, ya que él también hacía esas pequeñas trampas que los anulaban, cuando se veía obligado, que no estaba firmado.

Al volver los ojos a ella, fue un momento desagradable para Blanche. Deseaba sinceramente no haber tenido necesidad de utilizar semejante artimaña. Pero tenía

que pensar en el Templo de Astrodel y no quería verse envuelta con nada extraño. Sólo George la podía ayudar.

—George, amor. Puedes tener quinientas libras como regalo, no como préstamo. Pero antes tienes que hacer algo para mí. Algo para lo que eres bueno, algo que no le pediría a otro hombre.

George, poniéndose un aire de sincera bonhomía para cubrir su decepción (¡Oh, la conocía a su Blanche por dentro!) dijo:

—Tú ya tienes aquello para lo que dices que soy bueno, amor. No tienes que pedírselo a ningún otro hombre.

—No es eso lo que quiero decir, George. Y además no me gusta ese tipo de conversación en este cuarto. Este es un lugar...

—Muy bien Blanche. Muy bien. ¿De qué se trata?

—Quiero que me hagas un trabajo más en el asunto de esa Miss Rainbird.

—¡Oh, no! ¡Eso no!

—Es un acto cristiano el que te pido, George. La mujer está sufriendo. Quiero llevarle alegría a su vida.

—Yo quiero llevar alegría a la mía, también. Arreglando pequeños jardines suburbanos. Plantando, sembrando, sacando malezas. Canteros de piedra y senderos de gramilla.

—Lo puedes hacer. Creo que es maravilloso y tendrás mucho éxito. Pero si quieres que te dé quinientas libras (y no sé a qué otra persona podrías recurrir) entonces tienes que hacerme algún trabajo más.

George no estaba dispuesto a rendirse sin luchar.

—Está contra mi naturaleza, Blanche. Husmear por allí para conseguir chismes.

—No son chismes. Sólo simples actos de caridad. Miss Rainbird tiene más de setenta años. Quiero que el resto de sus días en esta tierra, sean felices.

Enojado, George dijo:

—No veo por qué. Siempre dices que el de allí arriba, es un lugar mucho mejor. No, sólo quieres tener tu Templo de Astro-lo-que-sea. Bueno, que el modesto George que tienes, mueva su gordo trasero y haga el trabajo que le pides.

Blanche suspiró.

—George, tu áurea se ha puesto muy oscura —se sonrió—. Eres como un chico de mal genio que quiere recibir sus regalos antes de Navidad. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Ahora, seamos sensatos.

George se encogió de hombros.

—Lo siento, Blanche. Pero realmente... Diablos. ¡No voy a ir más en busca de las Mrs. Gradidge que haya en este mundo!

—Tampoco yo, George. Son todas almas perdidas. Pero pueden ser útiles. Y piensa en Miss Rainbird, y en poder ayudarla. Será una cosa agradable de hacer. Y no te llevará mucho tiempo. Una semana, dos como mucho. Todo lo que tienes que hacer es rastrear a su sobrino, el hijo de su hermana Harriet. Sólo descubrir dónde está. Y

cuando lo hayas hecho... —ella señaló el cheque que tenía él en la mano— bueno, tendrás lo que quieres. Una maravillosa vida nueva y una ocupación, que llevará color y belleza a cientos de personas. ¿Sí?

George estuvo en silencio por un rato. Luego repentinamente se sonrió.

—Eres una gran chica, Blanche. Podrías convencer a un ángel de que dejara sus alas. Muy bien. Lo haré.

—Gracias George. Te agradezco desde el fondo de mi corazón. —Blanche se estiró hacia adelante y le sacó el cheque.

—¡Eh! —protestó George—. Eso es mío.

—Sí, George. Pero yo lo cuidaré por un tiempo para que no te tientes de falsificar mi firma y cobrarlo.

—¡Cómo si siquiera hubiera soñado hacerlo! —Se interrumpió, se rió entredientes, y siguió—: Bueno... Tal vez lo haría, viendo el color que tiene mi áurea en este momento.

A la mañana siguiente George volvió a ver Mrs. Gradidge. La excusa para su segundo acercamiento le había dado un poco de trabajo, pero no demasiado. Había tenido suficiente experiencia en buscar excusas para sí mismo en la vida, y la contestación a ésta no tardó en llegar. Ya le había advertido a Blanche que los gastos del trabajo podían ser más altos de lo normal. Como todavía estaba un poco enojado por el convenio que ella le había hecho, había decidido agregar el diez por ciento a todos los gastos que le cobrara. Podía llegar a comprarse una camioneta nueva en cambio de la de segunda mano.

Mrs. Gradidge se sorprendió de verlo, pero la sorpresa se debilitó al preguntarle él alegremente si todavía tenía un poco de ese excelente té, y ponerle al mismo tiempo un billete de diez libras sobre la mesa, al lado del tejido de ella y del “Saturday Titbits”.

Mientras Mrs. Gradidge le daba una mirada al dinero con ojos brillantes, él dijo:

—Hay otros diez si me puede ayudar. Pero usted tiene que comprender que todo esto es confidencial. Sólo entre usted y yo.

—¿Qué tiene que ver todo esto con revistas y diarios, joven? —dijo Mrs. Gradidge.

—Nada. Eso fue sólo una... bueno, una manera de llegar a conocerla. En realidad soy una especie de agente de investigaciones.

—¿Un qué?

—Una especie de detective.

—Aquí... yo no quiero tener ningún problema con ese tipo de cosas.

—No hay problema. Todo lo contrario, Mrs. Gradidge. Ahora, por qué no hace un rico té para los dos y le contaré todo.

A lo largo de tres tazas del fuerte y penetrante té ella se lo contó, y tuvo que admitirse a sí mismo que lo hizo bien. Cuando quería, podía hablar como si hubiera besado la piedra de Blarney<sup>[5]</sup>. Y la mantuvo bien provista de cigarrillos y tuvo con ella una deferencia adulona, que la convirtió en una cálida y dispuesta confidente. El joven oficial que había engendrado el bebé de Harriet se había llamado Megan. Miss Rainbird le había revelado esto a Blanche. Él, George, estaba contratado por la familia (una familia irlandesa pudiente, así dijo George) la que hacía tiempo estaba tratando de rastrear al chico. Ahora un hombre, por supuesto. El joven Megan, antes de morir a causa de las heridas que había recibido en la batalla de tanques, le había confesado a un sacerdote católico que le estaba dando la absolución, que había seducido una chica inocente de muy buena familia y que le había engendrado un hijo. Era su máspreciado deseo, que su familia se hiciera cargo del niño y lo hicieran un Megan. Desafortunadamente, el oficial había muerto antes de poder decirle al sacerdote el nombre de la chica.

—Pobre muchacho —dijo Mrs. Gradidge.

George estuvo de acuerdo y siguió explicando que la familia había tratado hacía años de encontrar al niño, pero no habían tenido éxito. El asunto había sido abandonado. Pero el año anterior, el padre de Megan, ahora un hombre muy anciano, con pocos años de vida por delante, había empezado a sentirse más y más preocupado por el pensamiento de que los últimos deseos de su hijo no habían sido satisfechos.

—Son muy estrictos para esa clase de cosas los católicos —dijo Mrs. Gradidge—. No es que yo esté de acuerdo con eso de besarse y abrazarse toda la semana y luego ir a confesarse y volver a empezar con la pizarra limpia. Sin embargo, es muy cómodo para algunos.

George asintió comprensivamente. Explicó que su firma había sido contratada para intentar otra vez más rastrear al chico. Y habían tenido suerte. Habían encontrado un viejo amigo de Megan del ejército, que había estado enterado de lo de Harriet y Megan. Así que naturalmente... Bueno, aquí estaba él. Pero (era un golpe maestro que se le había ocurrido esa mañana mientras hacía las tostadas del desayuno) cuando le había informado al anciano Mr. Megan, casi moribundo y deseando ver a su nieto, lo que Sholto Rainbird había hecho con el niño, el anciano se había puesto pálido. No quería tener nada que ver con ningún sobreviviente de la familia Rainbird. Sólo quería al muchacho, bueno, hombre ahora, y los Rainbird no tenían que saber nada de ello.

El nieto era un Megan y tenía que ser encontrado. En Irlanda le esperaban dinero y un gran latifundio.

Mrs. Gradidge suspiró.

—Es como una novela ¿no? Encantadora, realmente. Ese anciano queriendo ver a su nieto antes de morir.

George estuvo de acuerdo. Era una verdadera historia de amor y él la había fabricado para la vieja bruja. Y ahora (y ni un soplo de esto debía escaparse, nunca)

quería que Mrs. Gradidge le contara todo lo que sabía, todo. El más mínimo detalle podía ser importante. Piense sólo en la alegría que le daría al corazón de un anciano, si lo ayudaba a encontrar a su nieto, y (sabía que esto la conmovería) sería una lección para gente como Miss Rainbird que sólo arreglan sus vidas con egoísmo, nunca con un pensamiento para los otros. Y, también, estaba seguro de que, si tenían éxito, el anciano se enteraría de la ayuda de ella y seguramente era el tipo de persona que le demostraría su gratitud. Él lo había conocido en el castillo de Irlanda y era muy, muy generoso. El verdadero tipo mejor de irlandés.

Ella se lo tragó. Anzuelo, línea y plomada. Y, George pensó mientras la escuchaba, que nunca había que pensar que se podía vivir en un pueblo y guardar secretos. La gente como Mrs. Gradidge, y el viejo Gradidge, su marido muerto, no necesitaban de ninguna clarividencia de Blanche. Observaban y juntaban dos más dos y podían vislumbrar la llegada de los acontecimientos, antes que sucedieran. Mrs. Gradidge le dio todos los detalles de lo que sabía, y juró por Dios que nadie del pueblo se enteraría de la pesquisa de George. Este tenía sus dudas con respecto a esto, pero no estaba preocupado. Si alguna vez llegara a oídos de Miss Rainbird (lo que dudaba) llevaría años.

Antes de dejar el pueblo fue al cementerio para constatar uno de los detalles de Mrs. Gradidge. Al fondo de aquél, cerca del límite con las praderas del río, había una pequeña y simple lápida. Registraba la muerte en 1937, de Edward Shoebridge, de seis meses de edad, único hijo de Martha y Ronald Shoebridge, con la inscripción: “Padecen los pequeños por venir a mí, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Al día siguiente George (y Albert) fueron a Weston-super-Mare en auto, pensando disfrutar de un día junto al mar y a la estimulante brisa del Canal de Bristol, que corría por los llanos, si llegaba a estar baja la marea.

Y tarde, esa tarde, Blanche fue a Reed Court, por haber sido citada, ya informada de todo lo que George había recogido hasta ese momento. Mientras subía, consideraba el momento exacto, en futuras entrevistas con Miss Rainbird (siempre asumiendo que George siguiera descubriendo información) en el que introduciría insinuaciones de Sholto y Harriet, que sugerirían que Blanche merecía mucho más que su paga, que sus grandes dones merecían una recompensa adecuada, ciertamente no una recompensa común. Tendría que vigilar a la anciana en esto. Esperaría y tomaría el hilo de Henry. Él quería el templo tanto como ella, y sabría cuál era el momento.

Miss Rainbird, Blanche lo notó enseguida, estaba distinta. Como si le hubiera sobrevenido algún cambio alentador. Tenía más color en las mejillas y usaba un lápiz de labios diferente, y la pollera de terciopelo marrón con el saco haciendo juego, sobre una blusa color crema, le sentaban. Debió haber sido una joven muy linda. Era

sorprendente que no se hubiera casado, pensó. Se la veía fresca y descansada. Seguramente no había tenido pesadillas las últimas noches.

Sin rodeos, Miss Rainbird le dijo a Blanche exactamente lo que quería. Quería encontrar al hijo de Harriet y hacer todo lo más posible por él y, para lograr este fin, se ponía en manos de Blanche. De ahora en adelante no tendría segundas intenciones al pensar dónde residían sus deberes. Blanche, encantada interiormente, tomó las noticias sobriamente. Una vez que le llegaran totalmente sería fácil lidiar con ellas y ayudarlas.

—Bueno, estoy segura de que del otro lado estarán contentos de saber esto. Veremos si tienen algo que decir. Pero le advertiré, Miss Rainbird, que me sorprendería mucho si esta vez o las próximas vinieran directamente y le dieran el nombre y dónde encontrarlo. Pueden no saberlo todavía. Recuerde que han pasado más de treinta años desde que le fuera sacado a su hermana. Pero le puedo asegurar que no puede estar muerto, sino ella nunca se le hubiera aparecido.

Miss Rainbird dijo tranquilamente:

—Pero ¿porqué no pueden salir ellos directamente con esa información?

—Porque no la sabrán. ¿Cuánta gente hay en el mundo, Mrs. Rainbird? Millones y millones. Su hermana y su hermano sabrán cosas que usted no sabe, pero todavía tienen que encontrarlo. Mirando hacia abajo esta tierra, ¿se puede imaginar, aun con sus poderes, lo difícil que debe ser? La gente que ha pasado al otro mundo encuentra a sus seres queridos y a los que han tenido cerca en sus vidas bastante fácilmente a causa de las etéreas ondas espirituales de simpatía que hay entre ellos. Pero ¿cómo encontrar a un extraño en una multitud, cuando no se sabe qué aspecto tiene, y él no sabe (como sospecho que debe ser en este caso) nada de usted? Pero no se preocupe, se pondrán a trabajar en ello y tendrán la ayuda de Henry. ¿Le parece que veamos cuál es la situación?

Miss Rainbird asintió. Por un momento estuvo tentada de cuestionar la lógica de las observaciones de Madame Blanche, pero se había refrenado. Se había colocado en manos de ella. Era un convenio que sentía que estaba ligado ahora al honor... por lo menos por un tiempo.

Miss Rainbird sintió una nueva excitación en su interior mientras observaba a Madame Blanche reclinarsse en el sillón y comenzar a pasar por lo que era ahora una familiar transformación. Observando el esfuerzo en la cara de la mujer, el cambio en la respiración y el movimiento de sus manos sobre las perlas, recordó su sobresalto al pie de la escalera donde se había caído Sholto, y vio en su imaginación un chico con un ave sobre la muñeca o mano... Interiormente rezó para que no fuera engañada. Sería una tonta si no abriera su entendimiento lo suficiente como para aceptar una forma de vida y de comunicación extraterrestre.

En un tono de voz bajo, pesado, Madame Blanche, dijo:

—¿Eres tú Henry?

—Sí. Soy yo. Blanche. —Las palabras llegaron en la voz del hombre, a través de Madame Blanche, la misma voz que Miss Rainbird había oído anteriormente.

—Mi Dios, Henry. No te veo muy a menudo con esa radiante sonrisa en la cara. Normalmente eres un verdadero viejo serio.

—Me sonrío —dijo Henry—, porque estoy feliz. ¿No lo sientes por todo tu alrededor? Me llega a través de ti, Blanche, de tu amiga, Miss Rainbird. Su mente está en paz, hay una cálida tranquilidad en su corazón, y sabe dónde está su sendero. Dile que estamos todos felices por ella.

Madame Blanche le dijo a Miss Rainbird:

—¿Oye eso Miss Rainbird?

—Sí, Madame Blanche —contestó ésta aunque en una pequeña porción de su mente, no estaba segura de si le gustaba que se refirieran a ella como la amiga de Madame Blanche.

Para su sorpresa, Madame Blanche dijo:

—No debes llamar a Miss Rainbird mi amiga, Henry. Soy su guía. La amistad sólo puede ser declarada cuando no puede ser negada.

Henry soltó una pequeña risa.

—Desde aquí, Blanche, las pequeñas distinciones sociales de ustedes nos divierten. Pero se harán amigas.

—Tal vez, Henry. Pero tenemos otras cosas en qué pensar en este momento. ¿Por qué has cerrado el panorama repentinamente, Henry? Estás parado en las sombras.

—Porque La Palabra es todopoderosa, Blanche. No hay necesidad de luz para darle significado.

—¿Quieres decir que no vendrán?

—No, no vendrán, Blanche. Esta vez no. La verdadera medida del amor de Miss Rainbird por ellos reside ahora en lo que haga por su cuenta. Sus afanes serán la medida de su sinceridad. Ellos ayudarán cuando ella los necesite pero no habrá milagros repentinos. Los milagros verdaderos son simples actos de fe y los deseos largamente perseguidos de nuestros seres queridos.

Madame Blanche se rió.

—Eso es un poco confuso, Henry. Lo que quieres decir es que no están seguros ellos mismos, pero transmitirán a Miss Rainbird lo que saben y lo que sabrán, en futuras revelaciones.

—Eso es verdad, Blanche. Te darás cuenta —su voz se puso solemne— ninguno de ellos está en La Claridad Superior. Muchas cosas todavía les son negadas. Pero llegarán. Eventualmente todos llegan a la Claridad Superior. Hasta entonces tienen sus dificultades. Pero Miss Rainbird no se tiene que decepcionar. Si va hacia ellos, la ayudarán.

—¡Henry! —el tono de Madame Blanche fue firme—. No empieces a hablar enigmáticamente. ¿Cómo podrá ir hacia ellos?



—Al lugar donde descansan, Blanche. No lejos de allí, encontrará el nombre del chico, pero éste no está muerto. En la primavera ella ha colocado los macizos allí y en el verano ha rociado el pasto con la pureza de las blancas rosas. “Padecen los pequeños por venir a mí, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Pregúntale si sabe lo que quiere decir.

A pesar del calor del cuarto, Miss Rainbird sintió que le temblaba el cuerpo con un espasmo de frío.

Madame Blanche le preguntó:

—¿Entiende, Miss Rainbird?

La garganta repentinamente seca, Miss Rainbird dijo:

—Sí, sí... lo referente a las flores, sí. Pero el chico está muerto. Lo ha estado durante...

Henry dijo agudamente:

—Uno muere y otro vive. Un cuerpo perece pero un nombre vive, Blanche. ¿Ves el hombre, Blanche?

Con una irritación que sorprendió a Miss Rainbird, Blanche dijo:

—No veo nada, Henry.

—Trata.

Miss Rainbird vio que las manos de Blanche subían hacia la frente y vio el leve temblor de sus dedos al apretarlos fuertemente contra la piel.

Lentamente soltó un pequeño, casi lloriqueante grito y luego dijo:

—Sí, ya veo, Henry.

—Dile a Miss Rainbird lo que ves.

—Se mueve todo el tiempo, y hay algo a su lado... Ah, sí, así está mejor. —Se rió abruptamente—. Es un auto, Henry. Parece un poco pasado de moda.

—El auto no importa. Háblale a Miss Rainbird del hombre.

—Está de uniforme, Henry. Una especie de color oscuro... parecido al chocolate. Y tiene polainas de cuero. Caramba, qué elegante. No tiene más de treinta años. Y el auto es blanco, todo blanco...

—Pregúntale a Miss Rainbird de qué color es su pelo, Blanche. Se ha sacado la gorra. Tú lo puedes ver. Pregúntale.

Con una aspereza que vino del recuerdo de acontecimientos sucedidos hace tiempo, Miss Rainbird dijo:

—Si es el que creo que debe ser, su pelo tiene que ser negro azabache.

Madame Blanche, con una nota de angustia en la voz, gritó:

—¿Qué está pasando Henry? La imagen ha desaparecido y tú te estás yendo. ¡Henry... Henry!

Casi en un susurro, la voz de Henry contestó:

—Como la nube tormentosa esconde el sol y oscurece la belleza de las flores y los campos, así el enojo en el corazón humano echa afuera el amor y la comprensión... El amor, no el enojo, ilumina el camino del verdadero entendimiento... Su voz se desvaneció y se fue.

Miss Rainbird se quedó allí sentada, sabiendo que había sido muy fuertemente reprendida y la injusticia (como ella lo sentía) alimentó el resurgimiento de su propia fuerte personalidad. ¡Claridad Superior ciertamente! Bueno, si existía semejante cosa, no se sorprendía de que Harriet, y especialmente Sholto, no la hubieran alcanzado todavía. Y no sentirse encolerizada ante el pensamiento de ese hombre Shoebridge, era un imposible. Era verdad, ella colocaba flores a veces en la tumba del chico, pero eso era porque no había nadie en el pueblo que lo hiciera. Un simple acto de ternura cuando lo hacía, por Sholto y Harriet. Todo el asunto era una tontería. Esa Madame Blanche recostada en ese momento, los ojos cerrados, simulando estar exhausta, era simplemente una tramposa inteligente. Sencillamente ella no podía seguir adelante con esto. Era un insulto a su propia inteligencia. La mujer conseguía información de algún lugar y simplemente se la hacía tragar a ella. Harriet estaba muerta. Lo que hubiera sucedido en el pasado de Harriet estaba muerto y no se podía hacer nada por ello.

Mientras todavía tenía ese pensamiento, la voz de Harriet le llegó claramente.

—Tippy, querida... me estás haciendo muy desdichada... —Pero las palabras llegaron a través de los labios de Madame Blanche—. Desdichada por ti, Tippy, querida... Desdichada por ti.

Miss Rainbird tuvo la sensación de tener un enorme *shock*, un frío que la castigaba. Miró fijo la cara de Madame Blanche, enorme y hermosa a su vulgar modo. Había sido la voz de Harriet. Oh, Dios... ¿el oído le estaría haciendo jugarretas? Tippy... ¿cómo podría saber esa mujer que ese era el sobrenombre que le daba Harriet a ella?

Blanche abrió lentamente los ojos, se incorporó y lanzó un pequeño respiro de alivio mientras le sonreía a Miss Rainbird.

—Ufff —dijo—, Henry me ha vuelto a dejar molida. Estoy exhausta. —Sus ojos se movieron hacia el botellón de sherry.

Miss Rainbird ignorando la sugerencia por el momento, dijo:

—¿Lo recuerda todo?

—Sí, esta vez por supuesto.

—¿Recuerda la última cosa que se dijo?

—Claramente. Henry volvió a ponerse poético. El amor, no el enojo, ilumina el camino del verdadero entendimiento... Y él tiene razón, Miss Rainbird. Yo sé que usted no puede evitar pequeñas recaídas de tanto en tanto. Es simplemente humano. Pero siempre les es duro paciente con respecto a ello.

Miss Rainbird no dijo nada. Se levantó y fue a servir sherry para las dos. ¿Qué tenía que pensar de esta mujer, qué tenía que pensar?

George y Blanche estaban tomando cerveza en la cocina de la casa de ésta en Salisbury. Mrs. Tyler se había ido hacía rato a la cama. Albert estaba durmiendo en el auto de George, que estaba estacionado afuera. Blanche no permitía que entrara a la casa. Los perros terrenales y etéreos no tenían una clasificación muy alta para ella. Era de noche tarde y las ocasionales ráfagas de viento sacudían la ventana de la cocina. George tenía sobre la mesa delante de él, un anotador de tapas coloradas. Lo había comprado el día después de su primera visita a Mrs. Gradidge, para conservar todas sus anotaciones sobre Miss Rainbird y sus asuntos. Aunque tenía una memoria razonable, había aprendido hacía tiempo, que a menos que hiciera anotaciones en seguida después de cualquier entrevista, tenía tendencia a olvidar alguno que otro pequeño detalle. Y los pequeños detalles eran a menudo más importantes para Blanche que los grandes.

Remitiéndose al anotador de tanto en tanto, le estaba haciendo a Blanche el esbozo de todos los hechos que había recogido en Chilbolton y más recientemente en Weston-super-Mare.

Ronald Shoebridge había sido el chofer de Sholto en Reed Court. Era también algo más que un chofer. Cuando su amo quería beber en compañía, Shoebridge a menudo lo complacía, y lo complacía también en otros sentidos, especialmente cuando Sholto utilizaba el auto para sus ataques amorosos por el campo. Shoebridge no era un hombre del lugar. Había venido de Londres, con su mujer Martha. Su confidente más íntimo en Chilbolton había sido Gradidge, el que viajaba en el auto cuando Sholto iba de caza y de pesca. Dos meses (Mrs. Gradidge le había dado en realidad el día y la hora) antes de que naciera el niño de Harriet, Mrs. Shoebridge había perdido un bebé de seis meses, un varón, llamado Edward. Una semana antes de que naciera el chico de Harriet, Ronald Shoebridge había dejado su empleo en lo de Sholto Rainbird. A su amigo Gradidge le había confiado que tenía algún dinero que le habían dejado y se iba a mudar para instalar su propio garaje. No había dicho dónde. Pero un año más tarde (movido por la vanidad, se imaginó George) le había escrito a Gradidge desde Weston-super-Mare y le había dicho que tenía el garaje allí, y que le iba bien, y le anunciaba que su mujer había tenido otro hijo. Este último hecho les había intrigado a los Gradidge porque Martha Shoebridge le había dicho a Mrs. Gradidge (después del nacimiento de su hijo, Edward) que había habido complicaciones, y que el doctor había dicho que era dudoso que pudiera tener alguna vez otro hijo.

Los Gradidge que siempre estaban husmeando detrás de los hechos, desconfiando de la apariencia de verdad, habían llegado a la conclusión de que a Ronald Shoebridge se le había dejado tanto dinero como a ellos, pero que Sholto Rainbird lo había instalado en el garaje bien lejos de Chilbolton, bajo la condición de que él y su mujer se hicieran cargo del bebé de Harriet y lo presentaran al mundo como propio, y probablemente con la condición de que nunca se le contara al chico la verdad de su

origen. Ronald Shoebridge era el tipo de hombre que cumpliría cualquier trato mientras se le pagara lo suficiente.

George dijo:

—Encontré el garaje, amor. Simplemente lo busqué en la guía telefónica. Shoebridge Garajes Ltd. El originario, en Weston, otro en Bridgewater y otro en Wells. Shoebridge tuvo que entrar al ejército durante la guerra pero su mujer dirigió el primer lugar con la ayuda de un administrador, que estaba por encima de la edad para entrar al ejército. Después de la guerra, realmente se vio muy ocupado y las cosas le anduvieron bien... —Exactamente, pensó, como le iría a él cuando cumpliera con todo este husmear por alrededor, y pudiera ponerse a trabajar en los jardines—. Eventualmente vendió con una buena ganancia y fue a Brighton. Había un buen muchacho, jefe de depósito del garaje de Weston, que había trabajado allí originariamente con Shoebridge. No había oído hablar de éste último durante años y se imaginaba que estaría muerto porque por años había recibido siempre por lo menos una tarjeta de Navidad. De todos modos, sabía que Shoebridge se había ido a Brighton con alguna idea de instalar un hotel, colocando allí un administrador y tornándose las cosas con calma. Tengo su dirección de Brighton.

—¿Y qué pasó con el chico? —preguntó Blanche.

—Exactamente lo que tú y los Gradidge pensaron. Lo llamaron Edward. Probablemente utilizaron el certificado de nacimiento de su propio hijo muerto. Sólo habría una diferencia de edad de ocho meses. Eso no se notaría cuando tuviera diez u once años. Fue a una pequeña escuela privada donde estuvo un poco atrasado al principio, pero no les preocupó. Era un chico despierto, de todos modos. Bueno para el deporte, y loco por el campo, los pájaros y las flores y todo eso. Los Shoebridge vivieron arriba del garaje para empezar, y luego tuvieron una pequeña casa en el campo.

Comenzó a pasar las hojas de su anotador.

—Tendrás que ir a Brighton, George.

Ya lo sé, amor. Mañana. Quiero terminar con esto. Ahora, ¿qué más tengo en el libro de las palabras? No quiero dejar escapar nada que puedas pasarle al querido Henry...

—George, ¡ya basta de eso!

—Sírvenos otra cerveza y déjame pasar la noche aquí y nunca más mencionaré su nombre. —Le hizo una guiñada mientras ella le servía otra cerveza—. Oh, sí. El chico. Tenía pelo rubio y ojos azules. De mal genio a veces. Un buque del antiguo irlandés, diría yo. Tenía catorce años cuando los Shoebridge dejaron Weston, y estuvo lejos en el colegio. Certificado de nacimiento, cumpliría catorce años. Mrs. Shoebridge tenía ambiciones para él y también Shoebridge. Martha Shoebridge cuando estaba en Chilbolton solía coser para los Rainbird. Garaje cerca de la costa. ¿Qué es ésto? Oh, sí, esto es viejo, se trata de los sobrenombres de las chicas.

—Nunca me lo dijiste. George, ese es el tipo de cosas que quiero. Ayuda tanto para establecer una cálida comunicación.

—Estoy seguro de habértelo dicho. Tu Miss Rainbird era Tippy, y Harriet era llamada Flappy.

—Seguro que no me lo dijiste. Ahora, asegúrate de que no haya algo más. Quiero saberlo todo. ¿Qué tipo de costuras hacía Martha Shoebridge para los Rainbird?

—Ayudaba en el cuarto de ropa blanca. Diablos, gracioso vivir en una casa con cuarto de ropa blanca. Les ayudaba a hacer los dobladillos ya remendar las sábanas. Las cortaba por la mitad cuando estaban gastadas y las daba vuelta. El viejo Sholto cuidaba de los gastos de la casa. —Dio vuelta más páginas—. No, no hay nada más que no te haya dicho. Excepto mis gastos, pero los reservaré para cuando esté cumplido todo el trabajo. —Levantó el vaso en dirección a ella, bebió y dijo: Bueno. ¿Y qué hay de ello? ¿Me quedo a pasar la noche y les doy de qué hablar a los vecinos?

Blanche, mirando más allá de él, sacudió la cabeza y dijo:

—¿Sabes lo que creo que llevaba el chico? Creo que llevaba un ave. Sí. Algún pobre pájaro que había rescatado.

—Estás mucho más allá de mí, Blanche. ¿Quieres decir que has visto a ese muchacho?

—Tan claramente cómo te veo a ti.

—Luego debe haber tenido una escopeta. Loco por la caza, de acuerdo al viejo cuidador del depósito.

Los ojos de Blanche subieron nuevamente hacia él.

—¿Por qué no me cuentas eso?

—Oh, Blanche. No puedo acordarme de todo. ¿Tienes idea de la forma de hablar de esta gente? Una vez que empiezan, no los puedes parar. Mira, he estado pensando, tiene que haber una salida rápida para esto. Te resultará a ti y a mí. El chico es un hombre ahora. No hay razón para que haya cambiado de nombre. Si no lo descubro mañana en Brighton, todo lo que tenemos que hacer es poner un aviso en uno de los diarios: “News of the World” o alguno así. Número de casilla de correo y por favor que Edward Shoebridge, hijo de Ronald y Martha Shoebridge, del que se tuvo últimas noticias en Brighton en tal y tal fecha, comuniqué su paradero y se enterará de algo su provecho. ¿Sí?

Muy firmemente Blanche dijo:

—No.

—¿Por qué no?

—Usa tu cabeza, George. Para empezar Miss Rainbird podría verlo. Para este momento ella ya se da cuenta, a menos que sea estúpida (lo que no es) que el chico fue enviado afuera con los Shoebridge.

—No es el tipo de mujer que lea el “News of the World”. Una palangana dominical llena de sexo y deportes.

—Alguna otra persona puede llegar a verlo y mencionárselo. Una de sus amigas. “¿Shoebridge? ¿No era ese el nombre del que era el chofer de Sholto?”. ¿Te imaginas? Pero no es sólo eso, ella quiere que lo encuentre sin que él se entere. Amor, podría resultar ser el tipo menos emprendedor del mundo, para el dinero de los Rainbird. En ese caso (y la conozco) se olvidará tranquilamente de todo el asunto. Todo lo que quiere por el momento es una buena excusa para no hacer nada con respecto a ello. Tú no lo creerás, pero aparte del punto de vista del Templo de Astrodel, me está empezando a caer simpática la anciana. No voy a hacer que le arruinen la vida. Si Edward Shoebridge no vale nada, entonces se le dirá que está muerto y ella podrá vivir y morir en paz.

George se sonrió.

—Eres una mujer artera, ¿no? De las dos formas sales ganando. ¿Por qué no te dedicas al verdadero delito, Blanche?

Blanche dijo rígidamente:

—George Lumley, esto lo cargaré a las cuatro botellas de cerveza y todas las otras bebidas que sin duda habrás tomado antes de venir aquí. Ahora, vete de casa. Mañana, Brighton para ti. Y si por casualidad lo rastreas a Edward Shoebridge, mantente bien alejado de él hasta que yo no te diga lo contrario.

George se encogió de hombros.

—Muy bien, mi querida, tú eres el jefe.

De las diez personas que en un momento u otro habían sido miembros de los dos clubs, el Tiverton y el Crowborough Beacon Golf Club, cuatro de los hombres y dos de las mujeres, habían muerto. Esto hacía que quedaran cuatro hombres y dos mujeres. De las dos mujeres, una estaba en Rhodesia donde había vivido con su marido durante los dos últimos años, y la otra (una solterona de cincuenta y cuatro años) vivía en Crowborough todavía, y evidentemente, desde el punto de vista de Bush, no era sospechosa después que hubo leído el informe sobre ella. De los cuatro hombres, uno vivía en Tiverton todavía y tenía setenta y cinco años y había sido pastor de la Iglesia de Inglaterra, otro era un hombre de cuarenta años que vivía en Crowborough, era miembro de la Bolsa de Valores, estaba casado y tenía cuatro hijos, todos menores de diez y ocho años. (Bush, decidido a no dejar piedra sobre piedra, lo había hecho vigilar, pero sabía en su fuero íntimo, que no sacaría nada de él). Otro hombre era dueño de un barco que transportaba petróleo y que en ese momento estaba a mitad de camino entre Londres y Bahrein y que había estado, durante los períodos de los dos secuestros, también en el mar. El cuarto era un hombre de treinta años bien cumplidos, de escasos pero independientes medios, que vivía solo en una casa de campo de Wiltshire donde mantenía una colección de pájaros extranjeros, la mayoría faisanes dorados y orientales y papagayos australianos. Su nombre era George Lumley.





## SEIS

Miss Rainbird estaba en su pequeño cuarto de estar, pensando en Madame Blanche, que acababa irse, y en la sesión que habían tenido. Era un alivio para ella descubrir que podía suspender la fe y el descreimiento. Estaba contenta de poder quedarse sentada y escuchar y, siempre que se le pidiera, darle contestaciones y hacerle preguntas. Podía mantenerse desligada ahora, lo sabía, hasta que llegara el momento en que se hiciera una elección en su interior entre la fe y el descreimiento, de la misma manera en que el presente estado de ánimo se había presionado repentinamente de ella.

Mientras la sesión (no le convencía aceptar que sus encuentros con Madame Blanche fueran sesiones de espiritismo) había sido una sesión de éxito, le había resultado bastante irritante que se le hubiera aparecido sólo Sholto a Madame Blanche, para hablarle a través de Henry. No estaba contenta de que Sholto se hiciera cargo de las cosas. Había sido un elemento muy perturbador en su vida. Tenía que estar muy lejos todavía de la Claridad Superior, y no podía descartar la posibilidad de que hubiera quedado una buena veta de su original carácter disoluto.

Tomó el teléfono y discó el número de información de guía. Sholto había dicho que el chico había sido adoptado por el matrimonio Shoebridge, y que le había dado a Mr. Shoebridge (nunca le había gustado éste, había siempre algo de rastrero, pensó, en sus ojos y su mirada) una suma importante para que se mudara e instalara un negocio. Sholto dijo que pensaba que el hombre se había decidido por el negocio de garajes, pero que no estaba seguro, porque una vez que la transacción fue hecha y pagado el dinero no quiso saber más de la existencia de los Shoebridge. Y en ese punto, Sholto se había callado la boca, deslizándose otra vez hacia abajo por su largo, brillante paisaje, y lejos del alcance, aun de Henry. Típico de Sholto, lavarse las manos de todo el asunto. Pero afortunadamente había aparecido Harriet. No en forma etérea, pero mostrando las fotos de su álbum, como anteriormente. Había habido fotografías de un garaje, de una ciudad en la costa del mar, una extensión de muelle, y luego otras de un chico pequeño y una cabaña en el campo. Lindas fotos, tal como las describió Madame Blanche, tuvo que admitir Miss Rainbird (Por amor a Dios, ¿por qué demoraba tanto en conseguir con Informaciones? ¡Ese estúpido tono zumbón aburrido en el tímpano de uno!). Un chico nadando en el río, buscando nidos de pájaros, jugando con un perro, y finalmente, una de todo el grupo familiar parado en la plataforma de un ferrocarril, el equipaje a su alrededor, obviamente saliendo de



vacaciones, y al fondo el gran cartel con el nombre de la estación. La voz de Blanche volvió a ella. “No lo puedo ver claramente. Es Weston-algo... Oh, cuánta gente apiñada. Ah... ahora lo veo. El hombre se ha agachado para levantar una valija. Es Weston-super-Mare”.

El sonido de llamada se detuvo y la voz del operador dijo:

—Informaciones. ¿En qué puedo serle útil?

Miss Rainbird pidió que le dieran el número de Shoebridge Garages Ltd., de Weston-super-Mare. La foto de álbum que Blanche había descrito había mostrado un garaje moderno.

Unos minutos más tarde, le daban el número. Lo anotó en la libreta de teléfonos, lo miró y se preguntó qué diablos haría con él, si en realidad tenía que hacer algo. El rastro se había debilitado en Weston... Las fotos habían desaparecido, Harriet se había ido rápidamente y Blanche había vuelto, recordando todo y diciendo que sólo podían tener esperanzas de que hubiera más información la próxima vez. Por el momento, decidió Miss Rainbird, lo más sabio de su parte sería no hacer nada. El sistema de esperar y ver qué pasaba, no era generalmente de su agrado, pero por el momento se contentaría con eso.

Las investigaciones en Brighton le llevaron mucho tiempo a George ese día, y le reportaron un poco más de información, pero nada que se acercara a lo suficiente, lo sabía, para los propósitos de Blanche. Había comenzado con un poco de suerte y luego se había chocado contra una pared aparentemente en blanco. La dirección que le dieron de los Shoebridge, en Brighton era una casa aislada ubicada en un pequeño camino que estaba a unos doscientos metros de la costa sobre el lado Hove del pueblo. Era una casa alta, de frente angosto, de tres pisos, bien mantenida, la pintura verde bastante nueva, los accesorios de bronce de la puerta principal, bien lustrados. Una mujer abrió la puerta y George pidió ver al dueño o al ocupante. Le llevó unos minutos de seducción y adulonería, conseguir cooperación, pero finalmente se lo introdujo a una sala de estar.

Sentado en un sillón junto a la chimenea estaba el propietario, un anciano caballero de ochenta años bien cumplidos. Tenía un libro en la falda y los diarios estaban desparramados por el sillón. Sobre la pequeña mesa a su lado, había un teléfono, y del otro lado de la chimenea, había un gran televisor. Era un tal Mr. Hanson, un carnicero retirado, que había tenido en un tiempo negocio en la ciudad. Era el carnicero más flaco que George había visto jamás y (la información le fue dada en seguida, de buena voluntad) sufría mucho de reumatismo y se pasaba la mayoría de los días leyendo, viendo televisión y estudiando las carreras, para hacer sus apuestas telefónicas. George le dijo que trabajaba para una firma de agentes de Salfobury y que estaban tratando de rastrear a la familia Shoebridge, en conexión con un pequeño legado que había surgido de la muerte de un pariente lejano. Mr. Hanson

que estaba solo y recibía con agrado compañía, no hizo ningún intento por verificar las credenciales de George. Le dijo que había conocido a la familia Shoebridge bastante bien. Después de su llegada de Weston-super-Mare, habían vivido en la casa (la que Shoebridge había comprado), durante dos años, mientras buscaban un hotel adecuado para comprar. Habían comprado uno bastante grande en la costa, y él y su familia habían vivido en una suite en la parte alta del mismo. Todo el tiempo que estuvieron allí, él, Mr. Hanson, había provisto de carne al pueblo, y había llegado a conocerlos bien. En realidad, cuando Shoebridge había puesto la casa en venta, él la había comprado y había convertido los dos últimos pisos en un departamento, y él vivía en el piso de abajo.

El hotel de Shoebridge se llamó el Argenta y Shoebridge lo había arreglado y lo había convertido en un lugar de éxito. Siete años más tarde lo vendió y se había mudado a Brighton. Mr. Hanson no tenía idea de dónde había ido o lo que le había pasado a la familia. Ninguna persona del hotel Argenta tampoco fue capaz de ayudar a George, porque dos años atrás había sido demolido y se había construido un edificio de departamentos en el lugar. Shoebridge, dijo él, era un buen comerciante. Lo había conocido bien. Los dos eran miembros del Club Conservador y los dos eran rotarios. Evidentemente había hecho una buena ganancia con la venta del garaje de Weston-super-Mare, y sospechaba, una mejor con la venta del hotel. Además sabía que Shoebridge había invertido sabiamente en propiedades dentro del distrito y siempre había sido rápido para sacarles provecho cuando sentía que se habían valorizado suficientemente. No era de quedarse en algo demasiado tiempo y luego descubrir que había perdido el barco. Dónde estaban todos ahora, no tenía la menor idea. Probablemente estarían muertos, excepto el muchacho, por supuesto. Ya tendría sus buenos treinta años.

—¿Cómo era el muchacho? —preguntó George.

—Oh, era muy bueno. Un poco salvaje a veces, me parece. Vivir en un hotel no es bueno para un chico. Como se imaginará se ven tipos raros en los hoteles.

—¿Qué hizo cuando terminó el colegio?

—Trabajaba un poco para su padre, aprendiendo el negocio. Luego se fue para hacer el mismo tipo de cosa. Primero Londres, creo. Y luego en el exterior. No sé realmente. Yo lo tenía por un muchacho bastante bueno, Pero había otros que decían que era un desgraciado cuando estaba de mal talante. Le gustaban las chicas. Hubo problemas una o dos veces en el Argenta. Yo me enteraba de todo, se imagina, por el personal de cocina, cuando entregaba la mercadería. No importaba lo que pasara en el hotel, las noticias terminaban en las cocinas. Tengo idea que metió una chica en dificultades y se casó con ella muy joven. Probablemente obligado a hacerlo. Alguna persona del Argenta (después que Shoebridge lo vendió) lo encontró en Londres por casualidad. Creo que fue así. La memoria me engaña a esta altura.

—¿A dónde iba al colegio?

—Iba al Lancing College. No queda lejos. Sobre la costa. El viejo Shoebridge pensó que era mejor para el chico estar pupilo y no andar dando vueltas por el hotel. Ellos tal vez puedan ayudarlo, por supuesto.

—¿Cómo?

—Bueno, ¿no tienen acaso asociaciones de ex alumnos? Se mantienen en contacto con ellos y todo ese tipo de cosas. Podrían tener su dirección.

George se sonrió.

—Usted debería haber sido detective, Mr. Hanson.

El viejo asintió.

—Lo he sido en mi tiempo. Usted da crédito en un negocio y hay que ser capaz de encontrar el tipo suelto o los dos, que se le van dejando una cuenta gorda. Algunos se escapan, por supuesto, pero eso es sólo porque no hay tiempo o no se los puede perseguir. ¡Nadie puede desaparecer así! —Hizo chasquear los dedos—. No en esta época. Adónde uno va deja algún rastro o algo por el estilo. Oh, yo podría contarle algunas de las tretas de las que utilizan para llegar a eso, todo por una cuenta que deben de tres libras.

Y lo hizo, durante la media hora que siguió, con *whisky* con agua, que fue traído para los dos, por la mujer que tenía por horas y que le había abierto la puerta a George. Éste se quedó encantado con él, no por caridad, ni por agradecimiento por la ayuda que le había prestado, sino por el *whisky*.

Luego, esa tarde, George y Albert fueron a Lancing y George vio al tesorero del colegio. Él y Edward Shoebridge eran casi de la misma edad. Explicó que era amigo de Shoebridge del negocio de hotelería en el Sur de Francia, y que estaba de vacaciones en Brighton. Le había perdido la pista a Shoebridge y quería verse con él. El tesorero fue útil y, por la información que le dieron, George decidió que era mejor pasar la noche en Brighton y seguir con las averiguaciones al día siguiente. No tenía muchas ganas, y tampoco Albert, pero no había otra posibilidad. Quería terminar ese asunto para Blanche rápido, y ponerse a trabajar en su jardinería. La camioneta, decidió, iba a ser verde y a cada lado tendría pintada la cabeza de un enorme girasol de centro negro, con el nombre de la firma alrededor, Lumley Sunshine Ltd. El papel de la correspondencia que usaría, exhibiría el mismo motivo. No podía esperar.

Mientras George estaba buscando a Edward Shoebridge, Bush estaba buscando el mismo hombre. Los informes de la policía local de todas partes de la zona designada del Sur de Inglaterra, comenzaban a llegar y alimentaban la computadora de Sangwill. Algunas de las fuerzas locales hacían su trabajo conscientemente, hasta donde las presiones de otro trabajo y la dotación de hombres se lo permitieran. Algunas lo hacían menos conscientemente. Algunos jefes de policías reticentes, se pusieron furiosos y no hicieron nada por el momento, contentándose con esperar una fuerte advertencia de Scotland Yard. Aquí y allá, un agente de policía, en bicicleta o

motocicleta, resistiéndose a la perspectiva de una recorrida invernal, simplemente se quedaba sentado y hacía una especie de lista de su zona, de memoria. Los informes que ya habían llegado ascendían a cientos. Sus procesamientos eran un trabajo lento para la computadora, y las menores o mayores averiguaciones iluminadas por ellos, todavía más lentas. Bush estaba buscando una aguja en un pajar. Hizo lo único que podía hacer por el momento, que era concentrarse en los pocos nombres que surgieron de los dos clubs de golf. Hizo esto por mera meticulosa rutina, y no porque presintiera que había la más mínima posibilidad de que surgiera alguna buena pista.

Fue por esa razón que mientras George estaba camino a Brighton, un miembro de la Wiltshire C.I.D., fue instruido para que diera un vistazo por su casa.

El hombre, con todos los papeles y documentación, para demostrar que era un agente de seguros que estaba haciendo encuestas para nuevos negocios, fue en auto a la cabaña de George, dos horas después de que éste hubiera partido para Brighton. A pesar de haber notado que el cobertizo donde George guardaba el auto, estaba vacío, tocó el timbre. No hubo respuesta. Caminó por el jardín y la pequeña zona de césped. Los pájaros de George estaban en su larga área alambrada. Los recipientes de alimentos y agua, estaban llenos. Una bandada de cotorras australianas, azul pálido, verdes y amarillas, revoloteaban y se posaban entre las ramas secas que George había arreglado como perchas, y un faisán macho que se estaba poniendo albino, estaba sentado de mal humor en un rincón, ignorando el incesante pasaje de un lado a otro, de un beligerante faisán dorado lugar estaba descuidado en partes, había ortigas y malezas. Al pequeño jardín alrededor de la casa evidentemente no se le prestaba la más mínima atención. La cabaña tenía techo de paja, y pronto tendría que ser vuelta a techar. La estructura en sí misma era de bloques de piedra, pero si la piedra era calcárea, el hombre no pudo decirlo. Parte de la pared del jardín estaba construida con el mismo material. Decidió llevar consigo un pedazo para que decidieran los expertos. De una cosa estaba seguro, sin embargo, la casa no podía tener sótano. El río estaba a menos de cien metros de distancia. Cualquier excavación debajo de la casa, daría con el nivel del agua enseguida, y el hombre pudo ver que habría problemas para el drenaje ya que casi no había ningún declive. A su modo de ver, ese lugar y su propietario posiblemente no podrían saldar cualquier cuenta que hubiera que saldar.

Volvió a la puerta principal y tocó otra vez el timbre. Cuando no hubo todavía respuesta, probó con el picaporte y la puerta se abrió. Suspiró. A pesar de toda la publicidad de la policía, la gente todavía se iba y dejaba la casa abierta, para que entrara un ratero.

Entró a la cabaña e hizo un rápido examen de todos los cuartos y verificó si en realidad no había sótano. Sus ejercitados ojos le dijeron mucho sobre George Lumley. Ya sabía, por una conversación que había tenido con el jefe de policía local, de la relación de George con Blanche Tyler. La policía de Salisbury sabía, también, que George a veces hacía algún trabajo “confidencial” para ella, pero nunca había habido

quejas de los clientes de Blanche. Mientras tomaba nota estaba pensando en la ley 1951, de Médiums Fraudulentos que había abolido la ley 1735 sobre Brujería. Por ella, cualquier persona que con intención de engañar, pretendiera actuar como médium espiritista o ejercer cualquier poder telepático, clarividencia u otros poderes similares, o, ejercer los poderes antedichos, utilizando cualquier recurso fraudulento, sería culpable de delito. El problema era que, todos los procedimientos tenían que ser por o con el consentimiento del Director de Acusaciones Públicas. Generalmente eran todas cosas menores y la policía raramente se molestaba por ello. Sin embargo... se le había pedido que averiguara todo lo que pudiera y presintió que le debía prestar más atención a eso. El jefe local la había descrito a Blanche “como una mujer llena de vida que mantendría a cualquier hombre ocupado, en la cama”. Si se presentara la necesidad le daría un vistazo. Tal vez le pudiera decir si él podría llegar alguna vez a ser detective-inspector.

Pasando por la cocina al salir, trató de cortar la gota de agua fría de la canilla, sin lograrlo. George Lumley, pensó, era un hombre sin habilidad manual.

Ese día, también, Edward Shoebridge fue solo en auto a unos 90 km de su casa, al Sudeste, hacia el pequeño pueblo de Dorchester, el lugar natal de Thomas Hardy. Llevó un cronómetro con él. Pasó algún rato observando desde una distancia, una casa de campo que quedaba al Este del pueblo, y luego todavía más rato, andando con el auto por los caminos vecinos y las calles laterales. Era la tercera de esas visitas que había hecho, bien espaciadas, durante los últimos dos meses. No tomaba notas de ninguna clase. Todo lo que necesitaría saber lo tenía en la cabeza. Y las películas que había tomado hacía tiempo y que recientemente había pasado, estaban destruidas.

Volviendo a su casa se sintió satisfecho de que todo estuviera listo. No había otra cosa que hacer sino esperar que llegara el día de actuar. La próxima vez no habría publicidad. Por dos veces, al no tratar de interrumpir las noticias, sino en realidad provocándolas, había hecho que la policía apareciera como tonta. Scotland Yard y el ministerio del Interior y muchas personalidades públicas, todos habían sido objeto de pasadas críticas de parte de la prensa. Esta vez podía insistir, sin correr peligro, en que todo el asunto quedara silenciado, ya que sabía que tendría la cooperación de las autoridades. También tendría, lo sabía, su enemistad y enojo, y esto provocaría un mayor esfuerzo todavía, en buscarlo.

La próxima vez que él o su mujer entraran al *hall* del Centro de Aeronáutica en Middle Wallop, en Hampshire, estaría la misma gente allí. A Grandison lo conocía de nombre. Era una figura públicamente reconocible. Los otros dos eran rostros; el hombre de alrededor de su misma edad, cara regordeta, boca marcada por una amarga cólera, y el de más edad, los anteojos levantados sobre la frente como un empleado con los ojos cansados. Y habría medio millón en piedras sobre la mesa. Si provocaban cualquier problema, su cautivo moriría. Ellos lo sabían. Se les darían las

órdenes a todos los implicados, pero siempre podía existir un hombre que rompiera con una orden, que se corriera el riesgo, algún tonto sin cabeza, que quisiera ser un héroe. Las probabilidades en contra eran muchas, pero las consideró, y durante todo el camino de vuelta a su casa, su mente estuvo indagando todas las precauciones que podría tomar contra un momento de tontería individual. Todo riesgo que pudiera prever debía ser tenido en cuenta. Bajo la luz que iba desapareciendo rápidamente, vio un halcón que se balanceaba por el borde de un grupo de árboles al lado del camino, y planear bajo entre los troncos de los árboles, a la caza de algún pájaro pequeño. En una rápida mirada reconoció que era un macho. Pensó en su mujer esperándolo. Ella quería lo que quería él, había alimentado el deseo en él, antes de que él mismo lo hubiera conocido. Había ido la primera vez, no para probarle que no podía fallar (siempre podía suceder esto en las vueltas de la suerte) sino para colocarse ella en ese riesgo, de modo tal que si fallaba, él todavía estaría libre para intentarlo nuevamente.

George se levantó tarde y cansado. Había conseguido un cuarto en un hotel de la costa, en Brighton, y el fuerte viento del mar había hecho sonar y había sacudido su ventana durante toda la noche. Albert había objetado dormir sobre un almohadón en el pequeño sillón, y dos veces había saltado a los pies de la cama y había sido echado. La tercera vez, George lo había dejado. Él mismo estuvo inquieto a causa de una comida muy sustanciosa y estuvo tendido despierto durante horas, deseando haber llevado algún polvo digestivo, y pensando en los jardines de Lumley Sunshine. Cuando finalmente se durmió, se quedó dormido hasta tarde, y se despertó para descubrir que Albert había levantado la pata contra un armario. Antes de ir a bañarse, había limpiado, y le había dicho a Albert lo que pensaba de él.

La mañana siguió marchando mal. En el desayuno pidió café y le dieron té. Los huevos demasiado hervidos pero no le importó porque le gustaban las yemas bien cocidas. El tocino no era bastante gordo y el “Daily Mail” se había acabado y tuvo que conformarse con el “Daily Express”, lo que lo hizo sentir como un hombre perdido. Llevó a Albert a la cocina para que le dieran un plato de sobras del desayuno y el muchacho de la cocina dijo:

—¿Qué clase de perro es este? —George, normalmente el primero en admitir o hasta señalar que Albert no tenía ninguna belleza ni pedigrí, se ofendió por esto. Pensó en contestar que Albert era un perro especial del que había sólo cinco en Inglaterra y que costaba un par de cientos de libras viejas, pero no quiso hacer el esfuerzo. Era uno de esos días, lo reconocía, en que no llegaría a estar en su mejor momento hasta que no1 hubiera tomado un par de cuartillos de Guinness o dos fuertes *gins*. Había días así. Aun el pensamiento de Lumley’s Sunshine Gardens le proporcionó poco consuelo mientras salía a buscar la dirección que le habían dado en el Lancing College.

Edward Shoebridge se había borrado hacía tiempo como miembro de la asociación de ex alumnos. Todo lo que pudieron hacer, fue darle la dirección que Shoebridge había dado, hasta siete años después de haber dejado el colegio, Green Posts, Smallfield, cerca de Blyndebourne. George encontró esta última con facilidad, quedaba a menos de media hora yendo hacia el Norte de Brighton. Le llevó otra media hora encontrar Smallfield, y luego quince minutos, encontrar Green Posts. Era una casa pequeña de tejas coloradas y ladrillos, en una calle lateral. Un cerco de arbusto corría alrededor del jardín, que era bastante grande y estaba bien mantenido.

En el momento que se abrió la puerta después de haber golpeado, George supo que la mañana se iba a animar. Una mirada a la mujer que lo enfrentó le dijo qué tenía esperar. Conocía el tipo. A las once de la mañana pudo pescar el olor dulzón a *gin*, de su aliento. ¡Si Blanche supiera, pensó, las cosas que hacía por ella! Y, si él conocía a las mujeres, allí le ofrecerían cosas que sería sabio de su parte rechazar. No era que la perspectiva de un buen *gin* fuera desagradable. Pero no más.

Era una mujer abundante, de pelo oscuro, cara flácida, unos cuarenta años. Llevaba una blusa de seda blanca, con volados en las mangas y sobre la pechera, y una pollera negra que le quedaba bastante tirante sobre las caderas y a la que un pequeño tajo en un costado no la aflojaba para nada, aunque cada vez que lo movía mostraba un sustancioso pedazo de muslo y medio. Era el perfecto “finale”, pensó George, para el té en vez de café, el “Daily Express” en cambio del “Daily Mails” y los huevos que se escapaban por el plato en cambio de quedarse quietos cuando se los cortaba. Debía haber llevado a Albert adentro y no haberlo dejado en el auto; él por lo menos podía haber dejado una tarjeta de visita en defensa propia. Sin que pasara un minuto le había dado a George su nombre y era invitado a pasar...

Mrs. Angers, Lydia Angers. Prácticamente cada cantina del mundo, se dijo a sí mismo, tenía algún tipo de cliente regular como Lydia Angers. En un momento más se reiría y sería una risa que él había oído en cientos de bares. Apenas había empezado él con su historia de que estaba buscando a un amigo que había conocido en el negocio de hotelería, un tal Edward Shoebridge, cuando una enorme mano tomó su sombrero. Fue introducido al *hall* el que estaba decorado por distintos cuadros de rosas, colgados descuidadamente. Un reloj de péndulo estaba apuntalado en una de sus esquinas por tres ejemplares de “National Geographic Magazine”. Con poco tiempo para observar más, fue acompañado al salón con sus sillones de chintz, un enorme sofá, una alfombra rosa muy gastada cerca de la chimenea, y un aparato de televisión que tenía tres monos de bronce encima. Un pequeño escritorio estaba inundado de papeles, y había un florero con crisantemos medio marchitos, sobre un enorme aparador que estaba lleno de botellas, botellones y vasos, no todos limpios.

George apenas evitó que lo sentaran en el sofá, y se instaló en un sillón, un profundo e incómodo hueco de resortes rotos.

Sí, ella y su marido habían conocido bien a Edward Shoebridge. Su marido mejor que ella, por supuesto, ya que estuvieron juntos en el colegio, y ¿le gustaría tomar

algo o prefiere una taza de té? Cuando dijo café, Mrs. Angers no hizo ningún movimiento para traerlo. Se sirvió junto al aparador un vaso de *gin* con agua y, sin aparentar haber oído nada de lo que había dicho George, le preparó uno a él también.

George sostuvo el vaso y suspiró interiormente. Había encontrado nuevamente uno de los seres solos, otro ejemplar del gran Clan Gradidge, mejor educada, mejor arreglada, pero sin embargo la misma soledad. Encendió un cigarrillo mentolado y George se dio cuenta qué era lo que había olido desde el momento que había entrado al cuarto. No tuvo más necesidad que lanzar alguna rápida pregunta ocasional, sonreír cuando ella hacía algún movimiento de coquetería o alguna observación, y hundirse más profundamente en la seguridad del sillón.

Su marido estaba en el negocio de accesorios y adornos de hoteles, en Londres. Worth and Freen Ltd. Muy ocupado. Raramente llegaba al campo y tenía un pequeño departamento en la ciudad, George no necesitó que le contaran nada sobre Mrs. Angers. (Pudo imaginarse toda la situación). A ella no la podían arrastrar a Londres por nada del mundo. Adoraba el campo... el jardín y la casa y cantidades de amigos por alrededor. ¿Edward Shoebridge? Bueno, era curioso. El padre y la madre de él habían sido propietarios en un tiempo de esa casa. Se habían mudado allí de Brighton. Andy (George notó correctamente que era su marido) lo había ido a visitar a menudo allí. Él y Edward eran grandes amigos. No, estaba segura de que no sabía dónde estaba ahora. En realidad, le hubiera gustado saberlo. Siempre hablaba de los buenos tiempos que solían pasar él y Edward. Habían estado juntos en el negocio de hotelería un tiempo. En París, pensaba. ¿O era en Stuttgart? Cuando los viejos Shoebridge murieron, ella murió un año después que él. Destrozada. Y ambos fueron enterrados en el cementerio local, Edward había seguido manteniendo el lugar durante unos años. A veces lo alquilaba. Ella y Andy lo habían habitado durante un año, una vez. Es por eso que Andy se lo había comprado hacía diez años. Pensó que sería un buen lugar para ella ya que no le gustaba la duda y él tenía que estar afuera tanto tiempo... Era una casa grande, mucho más grande de lo que parecía de afuera. Se la mostraría enseguida. ¿Realmente quería tomar café? Se sirvió otro *gin* y tomó el vaso de George y lo volvió a llenar, a lo que éste no puso objeción ninguna, pero se juró a sí mismo que no sería conducido a ninguna vuelta por la casa. Una vez arriba, ella era el tipo de mujer, que cuando le gustaba un hombre, no tendría problemas en utilizar la fuerza.

Tres veces le preguntó si estaba seguro de que no se habían conocido en algún lugar antes y discutió los posibles lugares, hasta que George la volvió a llevar al tema que tenían pendiente, deseando que se instalara en algún lugar en cambio de moverse de un lado a otro, proporcionándole generosas exposiciones del vasto, palpitante muslo, a través del tajo de la pollera. Decidió que a ella le gustaba estar de pie para tomarse menos tiempo para llegar al aparador, o para tomarse ventaja con los tipos más susceptibles que él mismo. Si hubiera muchas así cuando empezara con Sunshine Gardens, no sabía si podría seguir adelante. Tal vez tendría que pensar en otra cosa.



En realidad, confiándole un secreto, a ella no le había gustado realmente mucho ni se habían llevado demasiado bien con Edward Shoebridge. (Casi seguramente que no había podido estimularlo para que se arrimara a ella, decidió George). Un tipo de hombre raro. Reservado. Oh, inteligente, brillante. Hizo una cantidad de dinero. Bueno, lo suficiente. Se imagina, un buen confort y todo eso. Un poco frío, nunca llegó a ser un tipo cálido. Realmente, algunas veces, uno sentía que estaba a kilómetros de distancia en algún mundo de ensueño propio. Un pescado frío... no había alegría en él. No se sorprendía que su matrimonio hubiera andado mal. Alguna persona del negocio de hotelería, había dicho Andy. Recepcionista o algo parecido. Después que nació el chico (no, no podía recordar si era un chico o una chica) ella anduvo con otros hombres. No le reportó ningún bien. Él simplemente la dejó y se llevó el chico y Andy dijo que había oído que ella se había muerto en un accidente de auto cuando el chico tenía alrededor de tres años. No, para ser bien franca, a ella no le había gustado para nada. No era que lo viera demasiado. Andy solía verlo en la ciudad después que la casa fue de ellos, y entonces simplemente desapareció. Andy (qué lástima que no estuviera allí, uno de los mejores) tenía locura con Shoebridge. Directamente desde que se conocieron en el colegio. Veneración por el héroe. Sólo un caso de veneración por el héroe.

Se encaminó hacia el aparador, aunque el vaso estaba lleno hasta la mitad, lo llenó hasta arriba y luego abrió un cajón y sacó un enorme y viejo álbum de fotografías. Volvió y se sentó en el sofá.

Le dio unos golpecitos al almohadón que tenía al lado.

—Venga y mire estas fotografías, Andy era loco por la fotografía. Ahora no. No tiene tiempo. —Le dio un golpe más fuerte al almohadón—. Vamos. Hay mucho de Eddie Shoebridge aquí.

Como un hombre que va al cepo, George se trasladó al sofá, y dijo mirando su reloj pulsera:

—No debería tomarle mucho más tiempo. Usted ha sido muy amable ya y yo...

Ella lo palmeó en la espalda, sonriendo, los labios húmedos, los ojos bien abiertos, los pezones de sus pechos, incontinentes, mostrándose claramente a través de su blusa de seda.

—No se haga problema. Siempre dispuesta a ayudar a un amigo a encontrar un amigo. ¿No cree usted que la amistad es la cosa más gratificante del mundo? Yo lo creo. No como el amor. Eso puede ser complicado. Pero la amistad pura y la comprensión... —puso una mano sobre la rodilla de él... eso es algo que vale lo que pesa, en rubíes.

En defensa propia, George asintió mostrando estar de acuerdo y deliberadamente terminó su *gin*. Ella le tomó el vaso vacío y fue a llenarlo nuevamente. Cuando volvió, George tenía el gran álbum abierto y extendido sobre las rodillas. Caricias menores las tendría y podría soportar, pero por lo menos su virtud tenía alguna magra protección.

Ella se inclinó un poco hacia él y dijo:

—Ahora, déjeme elegir las de Eddie. Estoy segura de que le van a interesar.

Con el calor de su muslo presionando contra la pierna de él, empezó a mostrarle las fotografías, la voz que se le quebraba de tanto en tanto en una risita chispeante por el *gin*. George, ardiente y aprensivo (¿porqué era siempre este tipo de mujer, enrostrando sus mercaderías en el frente del negocio, sin ninguna pretensión de presentarlas artísticamente, que las misiones de Blanche le descubrían?) trató de abarcar las fotos de Shoebridge y los comentarios de ella, mientras construía un formal sistema de defensas contra sus ataques. Se apoyó y se refregó contra él como un gran gato que olía a *gin*, mientras hablaba y se reía por su cuenta a través de las páginas del álbum. “Esta soy yo. Sí, realmente. ¿Lo creería usted? Dios, ¡mire ese vestido! Usted no pensaría que llevábamos semejantes cosas. Ah, ahora, me gusta esta. Andy y yo en la playa solos. Un poco mal de su parte haberla tomado, ¿no cree?”. Y una o dos veces se recostó contra el sofá en su deleite, el pecho levantándose debajo de un espumoso merengue de volados, los ojos nadando incitadores hasta que lo tuvo a George pensando en las posibilidades que tenía en contra de que jamás lo dejaran salir de la casa, sin cometer adulterio. No era que tuviera nada en contra del adulterio en el lugar que correspondía. Las últimas páginas del álbum estaban llegando a su fin y George pensó con envidia en Albert, durmiendo pacíficamente en la parte de atrás del auto. Lo podía vislumbrar todo. Ella cerraría al álbum, lo dejaría caer al suelo, haría alguna observación jocosa y se tendería de espaldas en el sofá, los brazos levantados recibéndolo, el cuerpo retorciéndose suavemente con un despliegue completo de rica hospitalidad, los ojos derritiéndose con fervor soñador, y no había nada que un caballero como él pudiera hacer con respecto a ello, sin levantar una trifulca del diablo, porque una mujer despreciada es una...

En ese momento sonó el teléfono en el *hall* de entrada.

—Pero ¿quién diablos es a esta hora de la mañana? —dijo Mrs. Angers furiosa. La campanilla sonó insistentemente y, exasperada, se levantó para contestar. Salvado por el gong del teléfono, pensó George, y mientras la observaba maldecir en el *hall* de entrada, se preguntó qué había con respecto al teléfono cuando sonaba, que era tan compulsivo. Pavloviano. No importaba lo que uno estuviera haciendo, había que contestarlo. Gracias a Dios.

Desde la entrada, ella lo miró nuevamente, sonrió y le guiñó un ojo, y dijo:

—No te sientas solo, querido. Sírvete otro *gin*. Toma uno por mí, también. — Hizo un dramático gesto con la mano derecha y casi se cae en el *hall*.

George se levantó, cruzó hasta el aparador, pasó por delante de él y llegó a la ventana. Mientras abría el pestillo, la oyó gritar:

—¡Andy! ¡Querido! Qué encantador oírte la voz... Ángel, estaba sentada aquí tranquilamente, toda sola conmigo misma, pensando en ti...

George pasó por la ventana y, sin molestarse en cerrarla, corrió al auto. Se fue rápidamente, pero cuando llegó a la ruta principal aminoró la marcha, no porque temiera que lo siguieran sino porque estaba lleno de *gin* y no quería tener problemas con la policía. Una prueba de aliento, después de Lydia Angers, sería el broche de oro de una perfecta mañana.

Albert se corrió al asiento de pasajeros de adelante y apretó el morro contra el brazo de George en una de sus raras caricias.

George gruñó:

—Por amor a Dios, no empieces tú también a ponerte cariñoso o te venderé al primer comerciante de perros que se presente.

Albert se instaló para dormir y luego levantó la cabeza de golpe mientras George repentinamente gritaba a toda voz:

—Diablos, ¡me dejé el sombrero en la maldita mesa del *hall* de entrada!

A las seis de la tarde de ese día, Bush en su cuarto con vista al St. James Park leyó el informe que había llegado a última hora sobre George Lumley. Había cincuenta más debajo de ese, esperando ser leídos. El hombre de la C.I.D. de Wiltshire, había hecho un trabajo sucinto y competente. Lumley tenía treinta y nueve años, era un poco la oveja negra de la familia, vivía de una mensualidad que se le giraba, trabajaba de tanto en tanto pero no últimamente. Cinco años antes había sido empleado por un corto período, de una fábrica de cerveza en Tiverton como representante de ventas. Un año después de eso había sido socio en un pequeño y nuevo café y bar en Crowborough, pero se había retirado o había sido echado después de seis meses. Era divorciado. Sin hijos. De tanto en tanto actuaba como agente privado de investigaciones para una médium, Madame Blanche Tyler de Salisbury. La cabaña de Lumley tenía techo de paja, estaba construida con bloques de piedra calcárea, y no tenía sótano. En el jardín había una pajarera de alambre, de treinta pies por diez, que tenía dentro cotorras, diferentes faisanes, dos patos salvajes y tres gallos de riña, dos gallinas y un gallo.

Al terminar de leerlo y marcarlo para transmitirlo a Sangwill y su computadora, Bush oyó que se abría la puerta detrás de él. Se dio vuelta para descubrir a Grandison en el cuarto.

Éste hizo un cabeceo y caminó hasta la mesa. Sin una palabra levantó el informe sobre George Lumley, lo miró por encima y luego lo dejó caer.

—Son todos así —dijo Bush.

—¿Le sorprende? Tienen que ser así. No lo vamos a recibir servido en bandeja.

—La Scotland Yard se mata de risa.

Grandison se sonrió.

—Está bien. Eso mitiga los rencores. De modo que parecemos un puñado de tontos. Pero no estamos actuando como tontos. Estamos intentando lo imposible,

puede ser. —Dejó caer su monóculo y se frotó la barba. Luego se sonrió y dijo—: ¿Ha pensado alguna vez en rezar?

—¿Rezar?

—No me haga de eco. ¿Qué hay de malo con la oración? Una buena sustanciosa oración invocando la ayuda de Dios para vencer al demonio. En este Departamento no lo tenemos muy en consideración a dios. Usted sabe a qué dios me estoy refiriendo, por supuesto ¿no?

—No me podía imaginar que fuera al Cristiano.

—Ciertamente no. Hay sólo un dios que comprende y simpatiza, a veces, con nuestro tipo de problemas. El dios del azar, el que dispone las coincidencias, el manipulador del tiempo, del lugar y de lo buscado, todo junto. Sucede algunas veces. Estadísticamente, es difícil que se muestre en el diagrama de las soluciones del crimen, pero está allí.

—Estoy de acuerdo. Pero es algo que no se puede reconocer hasta que realmente sucede.

—Es justamente eso lo importante. Hasta ahora no tenemos nada que tenga algún significado. Ahora es el momento de la oración seria, porque tengo el fuerte presentimiento de que no lograremos nada, excepto por casualidad. Entonces rece por ello. Entretanto puede revisar esto... —Dejó caer una hoja de papel delante de Bushy junto con el ministerio del Interior y los muchachos de la policía verifique los sistemas de seguridad de toda la gente de la lista. La próxima víctima puede estar en ella. Depende de que nuestro amigo tenga los ojos puestos en un millón, en medio millón, o algo un poco más modesto.

Bush recorrió la lista cuando se fue Grandison. Tenía más de treinta nombres y muchos de ellos provenían del más alto rango en el orden de precedencia de Inglaterra. La idea de que un duque real o príncipe, o alguien como el canciller mayor o el primer ministro, fuera secuestrado y que todo el asunto fuera tapado mientras el país tuviera que pagar, secretamente le quitaba por completo a Bush de la mente, todo pensamiento sobre una figura insignificante como George Lumley, hombre que vivía de una mensualidad, y socio de alguna médium de menor cuantía, llamada Madame Blanche Tyler.

Cuando Blanche llegó a Reed Court esa tarde, Miss Rainbird estaba sufriendo una fuerte migraña. Había aparecido justo después del almuerzo. Por momentos durante la tarde había contemplado la posibilidad de llamar por teléfono a Madame Blanche y cancelar la cita. Por último había decidido no hacerlo. Había sido educada estrictamente para respetar todos los compromisos, a menos que fuera imposible cumplirlos.

Blanche, había sido llamada previamente por George desde su hotel de Brighton la noche anterior, quien le había dado la información que había recogido hasta ese

momento y antes de salir de Salisbury, trató de hablar nuevamente con George, en la esperanza de que pudiera estar de vuelta y tuviera más que contarle. Pero no lo consiguió. (George había parado para almorzar en el camino de vuelta a su casa y más tarde había apartado el auto de la ruta, para dormir un par de horas. Había llegado a su cabaña diez minutos después de que llamara Blanche).

Syton le tomó el tapado en el *hall* de entrada. Era un hombre alto, de pelo blanco, cara solemne que había estado sirviendo toda su vida y podía hacer distinciones sociales muy finas, por instinto. Ya hacía rato que naturalmente había ubicado a Blanche en un orden social más bajo que el de él. Le gustaba bastante (aunque era casi de la misma edad que Miss Rainbird) ya que tenía ojo para una buena figura de mujer. También sabía perfectamente bien qué tipo de citas tenía Blanche con Miss Rainbird, no por el crudo método de escuchar por los ojos de la cerradura o fomentando los chismes de otros sirvientes de la casa. Algunas cosas las presentía, algunas las deducía, unas pocas las postulaba y con todas hacía las verificaciones que podía. La profesión de Madame Blanche no era ningún secreto para él, ya que había oído hablar abiertamente a Mrs. Cookson sobre ella, en la casa. Con bastante autenticidad, también, tenía alta consideración y afecto por Miss Rainbird.

Al tomar el tapado de Blanche, se aclaró la garganta y dijo:

—Tal vez debería mencionarle, Madame Blanche que la señorita no se siente bien hoy. Sería conveniente no cansarla.

—Muy amable de su parte el habérmelo dicho, Syton.

—Gracias, Madame.

Se alejó con el tapado, no demasiado contento de ser llamado Syton, por alguien que, estaba seguro, tenía sangre gitana en sus venas.

Aun si Syton no le hubiera dicho, pensó Blanche, ella se hubiera dado cuenta y hubiera visto que la anciana tenía un fuerte dolor de cabeza. Sin las ojeras, las leves arrugas extra en los ángulos de los ojos y por el ceño, se hubiera dado cuenta, porque los dolores de los demás le llegaban muy a menudo. Podía cruzarse por la calle con un hombre o una mujer, verles las caras y enseguida saber si tenían alguna alteración física o espiritual.

Cambió algunas palabras de saludo con Miss Rainbird y luego se le acercó y dijo:

—Recuéstese más en su sillón y nos libramos de ese dolor de cabeza antes de empezar, ¿qué le parece? —Se sonrió cálidamente al ver la sorpresa de Miss Rainbird —. El cuerpo y el espíritu humano tienen muchas voces, usted lo sabrá, para decirnos lo que sienten.

—¿Pudo darse cuenta sólo de verme? —preguntó Miss Rainbird.

Blanche se rió.

—Sí, su dolor es un halo púrpura y verde. Y de todos modos... —sabía que esto era un buen punto para su score si yo no lo pudiera decir, lo hubiera sabido, porque su mucamo, por consideración a usted, mencionó que creía que usted no estaba bien hoy. Descanse la cabeza contra el respaldo del sillón.

Miss Rainbird dejó caer la cabeza hacia atrás y Blanche se paró detrás de ella y comenzó a pasarle las yemas de los dedos lentamente por la frente. Después de cuatro o cinco pasadas, Miss Rainbird sintió que el dolor comenzaba a irse, y mientras se iba terminando, se quedó allí tendida pensando qué mujer extraordinaria era Madame Blanche. No había habido necesidad de mencionar el comentario de Syton. Seguramente, si ella hubiera sido, aun en parte, una impostora, se hubiera sentido tentada de ocultar el hecho. Y ciertamente tenía algún poder sobre ella. Era como si le estuviera quitando el dolor con las yemas de los dedos. Era una maravillosa sensación sedante.

Cuando Blanche volvió a su sillón y dijo:

—¿Nunca le hicieron ésto antes Miss Rainbird?

—No, nunca. Es un maravilloso don.

—Lo es, cuando la gente quiere que lo utilice.

—¿Por qué no querrían?

—Porque alguna gente está enamorada de sus dolores. No los dejan irse. No puedo hacer nada por ese tipo de gente. Son almas pobres, retorcidas, cuya felicidad recae en sus propias aflicciones. Lleva mucho, mucho tiempo hacer algo por ellos. —Soltó una de sus profundas risas de pecho—. Le diré algo que sería una locura que hiciera, si le cobrara cinco guineas la curación. La próxima vez que tenga una jaqueca o migraña, simplemente recuéstese hacia atrás en el sillón, cierre los ojos, e imagínese que le estoy acariciando la frente. Si se entrega a la ilusión con una fe total, se encontrará curada. Ahora... —una nota enérgica apareció en su voz— vamos a ver qué nos tienen que decir hoy, Henry y sus seres queridos desde ese lejano extremo.

Miss Rainbird observó cómo Madame Blanche entraba en su rutina. Ya le era familiar y no tenía ninguna aprensión. Podía observar sin inquietud las tensiones por las que parecía pasar el cuerpo de Madame Blanche y, tenía que admitírselo a sí misma, esperar con ansiedad la comunicación de Henry, Harriet y Sholto, sin los disolventes sobre tonos críticos y escépticos del pensamiento. La fe o el descreimiento no jugaban ningún rol ahora, lo tuvo que reconocer, en la respuesta de su intelecto a esta demostración. Aunque podía estar irritada de tanto en tanto por algunas vueltas de la sesión, por la falta de definición que se apoderaba de uno u otro de los comunicantes, sabía que había llegado a un punto en que realmente lo disfrutaba bastante. Como una niña pequeña, se dijo, que disfrutaba un secreto y placentero mundo de ensueño. Y se sabía agradecida a Madame Blanche, aunque no fuera más que por darle una nueva experiencia, a una edad en que pensaba que el mundo tenía ya poco que ofrecerle algo de nuevo, en materia de cuestiones personales.

En unos pocos minutos, Henry estuvo en comunicación. Su voz, a través de Madame Blanche, fue saltarina y llena de vigor y (Miss Rainbird se dio cuenta) alegremente libre de cualquiera de sus acostumbradas fantasías poéticas.

—Dígale a su amiga —dijo que su hermano y hermana no pueden venir justo ahora. Tal vez dentro de un ratito vendrán.

—¿Por qué no pueden venir? —preguntó Miss Rainbird. Estaba bien acostumbrada ya, y para nada nerviosa por ello, a hacerle preguntas a Henry.

—Hay una cuestión de... bueno, supongo que usted lo llamaría principio, que debe ser resuelta. Aquí arriba lo llamamos la Doble Orilla de la Bondad.

Madame Blanche dijo:

—Eso no nos dice mucho, Henry.

—Tendrán que contentarse por un ratito. La Corte De Bondad Superior decidirá enseguida. Pero su amiga no debe estar triste. Hay algunos mensajes para ella y algunas contestaciones a las preguntas que tiene ella en la cabeza, en este momento —dijo Henry.

Madame Blanche, el cuerpo flojo y relajado en el sillón, los ojos cerrados y la boca ahora caída, en su familiar casi bucólica abertura, dijo:

—¿Tiene preguntas que hacer, Miss Rainbird?

—Sí. Sabemos que ese hombre Shoebridge...

—No hable sin caridad —dijo Henry bruscamente.

—Disculpe —dijo Miss Rainbird—. Sabemos que Mr. Ronald Shoebridge adoptó al niño, y que vivió en Weston-super Mare y llegó a ser un propietario de garajes y tuvo éxito. ¿Pero dónde fue la familia desde allí?

Para sorpresa de Miss Rainbird, Henry dijo:

—A un lugar que conocí bien. Sammy y yo pasamos unas vacaciones allí una vez.

—¿Sammy? —preguntó Madame Blanche.

—Brunel. Isambard Kingdom Brunel. Yo siempre lo llamaba Sammy. Sí, fueron a Brighton. Mirando hacia atrás, a través de los velos del pasado, lo puedo ver. Primero cómo lo conocimos Sammy y yo, y luego cómo era cuando llegó la familia Shoebridge. Veo un gran edificio en la costa. Un hotel. Y en las grandes letras plateadas veo el nombre en el frente: Argenta.

—¿Está seguro? —preguntó Miss Rainbird.

Un poco rígidamente Henry dijo:

—No es cuestión de estar seguro. Lo que yo digo, es o fue. En este caso fue. El hotel ya no está más allí.

—Los Shoebridge tenían un hotel. ¿Y después qué, Henry? ¿Lo vendieron? —preguntó Blanche.

—Fue vendido y luego mucho más tarde fue demolido. Ronald Shoebridge era un buen hombre, un buen padre y un honesto cosechador en su duro trabajo en los campos del comercio.

Miss Rainbird temió que de un momento a otro comenzara la poesía. Se reprendió a sí misma por el pensamiento y dijo:

—Me gustaría saber del chico. De Edward. ¿Qué hizo en Brighton?

Henry dijo sentimentalmente:

—Fue al colegio. Se preparó para ser hombre.

—¿A qué colegio fue? —preguntó Madame Blanche—. Si lo supiéramos podríamos rastrearlo.

Henry dijo tristemente:

—Hasta que la Corte de Bondad Superior haya decidido, no hay caso de rastrearlo. Pero el nombre del colegio no está en discusión. Era el Lancing College, no lejos, yendo por la costa. Allí creció en estatura, aprendizaje y hombría.

Miss Rainbird dijo:

—¿Me podría explicar por favor lo que es la Corte De Bondad Superior y cuál es su problema particular en lo que se refiere al chico?

Henry se rió:

—La Corte de Bondad Superior está ubicada en todo corazón humano. Pero sólo después del gran cruce al otro lado, su sabiduría es totalmente operativa. La bondad en el corazón humano es una semilla que recién llega a su pleno florecimiento, después que el mundo ha sido dejado atrás.

Era una contestación típica de Henry, pensó Miss Rainbird. El pensamiento fue sin aspereza ni frustración, un comentario puramente intelectual. No por primera vez, Henry, a través de Madame Blanche, se dio cuenta de los pensamientos de ella.

—Su amiga está casada con la lógica, Blanche. Ella ve la vida como una expresión matemática. Yo también lo hice en un tiempo. Así lo hizo mi amigo Brunel. Ahora sabemos que no es así —dijo Henry.

Sorprendida de sí misma, Miss Rainbird dijo vivamente:

—¿Cómo conoció a Brunel?

Henry soltó una risita:

—Cuando tenía veinticinco años y estaba diseñando el puente colgante sobre el desfiladero de Avon en Bristol. Trabajé con él en eso por un tiempo. Era un gran hombre. Está tanto más allá de mí ahora como lo estaba entonces. Ha pasado ya al Círculo Brillante. Ah... —se interrumpió por un momento y luego dijo—: ¿La ves, Blanche?

Madame Blanche no dijo nada, pero soltó un pequeño gemido y Miss Rainbird vio que torcía un poco de costado el cuerpo como si sufriera.

—¿La ves, Blanche? —preguntó Henry nuevamente.

Madame Blanche suspiró.

—Sí... sí... la veo. Pero está rodeada de semejante luz. Me lastima la vista mirarla. ¡Ohhhh!

El sonido que emitió Madame Blanche y un sacudón convulsivo de su cuerpo, alarmó a Miss Rainbird. Esto era algo con lo que no se había visto nunca antes. Luego, superando su alarma, dejando toda inquietud por Madame Blanche, se dio cuenta de que la voz de Harriet venía de Madame Blanche.

—¿Tippy?... Tippy, ¿me oyes? Soy Flappy. Soy Flappy aquí, querida... No, no, no digas nada. Escucha solamente. Tippy, querida, sé buena con Madame Blanche...



Al final, ella te traerá la completa paz espiritual... la paz que deseas. Sé buena con Madame Blanche, Tippy, porque ella también busca la paz, busca el cumplimiento del deseo de su corazón...

La voz de Harriet se fue muriendo. Madame Blanche estuvo quieta y en silencio por algunos minutos y luego Miss Rainbird la vio moverse, su enorme cuerpo que salía gradualmente de su relajamiento, y luego la vio abrir los ojos.

Madame Blanche miró a Miss Rainbird por uno o dos segundos sin hablar y luego lentamente se sonrió y se tocó las perlas que tenía en el cuello, y dijo:

—Tengo una gran sensación de satisfacción. Estoy segura de que ha sucedido algo bueno. Cuénteme.

—¿No recuerda nada?

—Nada. Pero tengo esta maravillosa sensación de... ¿cómo le diría? De cansancio tranquilo, pacífico.

Miss Rainbird se levantó y comenzó a servir sherry para las dos. Mientras lo hacía, sin ninguna sensación personal de ninguna especie, en un destello de lucidez, se dijo a sí misma: “Realmente tendría que hacerme ver de la cabeza”. Comenzó a contarle a Blanche todo lo que se había dicho durante la sesión, todo, esto es, excepto el último pasaje entre Harriet y ella misma. Esto, presintió, era un mensaje personal que no era necesario hacer conocer a Blanche.

Miss Rainbird dijo:

—No comprendo eso de esa Corte de Bondad Superior o qué problema tiene que ser resuelto.

Blanche sorbió su sherry. Estaba un poco molesta por no poder recordar nada de la sesión por sí misma. Henry parecía dejarla afuera algunas veces, de una manera bastante arbitraria. Era molesto porque ella debía saber todo lo que sucedía. ¿Cómo podía ejercer su ministerio adecuadamente de otro modo? Miss Rainbird sin duda comprendió lo más exactamente que pudo, pero era bastante fácil que se perdiera algo importante.

—No es difícil de comprender. Se imagina, existe una gran posibilidad de que uno u otro de los Shoebridge haya muerto. Tal vez lo dos. Debemos preguntarle a Henry la próxima vez. Si fuera así, sabrán dónde está Edward Shoebridge. Conocerán sus circunstancias y sus sentimientos. Así que como verá, esto puede causar un conflicto. Su hermana quiere que se lo encuentre y quiere que usted lo vuelva a traer a la familia. Pero su madre y su padre adoptivos pueden considerar que éste sería un movimiento muy poco sabio, desde su punto de vista.

—No veo por qué.

—Porque indudablemente tiene que verlo, Miss Rainbird. Digamos que lo encontremos y que usted lo vea y le diga la verdad sobre su origen. Tal vez sea, probablemente lo es, un hombre feliz casado y con hijos. Usted llega y le dice que su vida ha estado toda basada en un engaño. No suyo, no de él. Pero engaño de todos modos. Podría encontrarse con que la rechaza en cambio de darle la bienvenida.

Usted podría, en realidad, por la revelación de la verdad, ser el motivo que desencadenara una real infelicidad en su vida. Creo que esto es lo que está considerando la Corte de Bondad Superior. El reclamo de su hermana; de que se lo entere de la verdad y posiblemente la petición de sus padres adoptivos, de que se lo deje en paz para su propio bien. Usted se da cuenta de esto ¿no?

—Sí, lo veo ahora que usted me lo explica. Pero parece muy extraño que tenga que ser un asunto que lleve tanto tiempo. Yo estoy bastante contenta de aceptar cualquiera de las dos soluciones mientras... —Estuvo por decir “mientras la haga callar a Harriet” se decida lo mejor para el... para mi sobrino...

—Esa es la actitud correcta —dijo Blanche Flappy—, y el mérito es suyo por haberla adoptado. —Privadamente presentía que nada le gustaría más a la anciana, que poder lavarse las manos de todo el asunto, mientras Harriet no la molestara más. Bueno... eso tendría que verse. Había conocido casos en que la Corte de Bondad Superior había tomado las decisiones más extrañas. La lógica humana era una cosa, la etérea, otra.

Antes de que Blanche se fuera, Miss Rainbird fue a su escritorio y volvió con un sobre y se lo entregó. Blanche, que sabía exactamente lo que había dentro, dijo con un dejo de sorpresa:

—¿Miss Rainbird?

Ésta sin turbación dijo:

—Usted me está dando mucho de su tiempo y una gran cantidad de ayuda y simpatía, Madame Blanche. Me parece sólo lo justo hacer algo por usted... bueno, algún tipo de retribución.

Blanche sacudió la cabeza.

—No es cuestión de que me pague, Miss Rainbird. No quiero dinero para mí. El servicio que yo doy es hecho gratuitamente y...

—Pero por favor, Madame Blanche. Tiene que dejarme hacer algo.

—Sólo si lo desea auténticamente. Pero no lo llamemos paga. Hay causas y deseos caros a mi corazón, que reclaman toda la caridad que le pueda dar al mundo. Veré esto como una contribución a ellos. Algún día, espero, usted me permitirá hablarle de ellos con más detalle.

Blanche se fue con el sobre sin abrir, en el bolsillo de su tapado. Era un sagaz juez de la naturaleza humana, mucho más de lo que lo era de su propia naturaleza, la que tenía amplias zonas en las que todavía vagaba en un estado de suave confusión y media comprensión. Miss Rainbird a esta altura estaba para veinticinco libras, sospechaba. Cuando abrió el sobre más tarde y descubrió que el cheque era por cincuenta libras, aunque lo vio como un buen presagio para el futuro Templo de Astrodel, se dio cuenta de que todavía tenía mucho que comprender sobre Miss Rainbird.

Este conocimiento hubiera sido mucho más fortalecido si hubiera podido ver a Miss Rainbird en su escritorio justo después que ella se fue.

Esta había escrito en una hoja de papel de anotador, algunos títulos de las cosas que quería meditar con cuidado. Decían:

1. ¿La voz de Harriet? ¿Parecido familiar? Mímica natural.
2. Brunel, conocimiento de.
3. Sobrenombres. ¿Tippy, Flappy?
4. ¿Investigación sistemática? ¿Quién? ¿Amante? Preguntar a Ida C.
5. ¿Situación financiera de Madame B.?

Mientras los volvía a leer y los pensaba, Miss Rainbird recordó repentinamente cómo Henry la había reprendido por hablar del chofer de Sholto como “ese hombre Shoebridge”. “No hable sin caridad”. ¡Qué audacia! Sería un milagro si ese leopardo hubiera cambiado sus manchas. Él y Sholto habían sido una buena pareja, y entre ellos la habían colocado a ella en esa situación y, por más que se dijera “de mortuis nil nisi bonum”<sup>[6]</sup>, si Shoebridge estuviera muerto, los dos tendrían que andar todavía un largo camino antes de alcanzar el Círculo Brillante con Brunel.

Agregó a la lista:

6. Fe curativa y telepatía. Biblioteca del distrito por libros.



## SIETE

GEORGE se dio cuenta de cuán fácilmente se podía poner de mal humor. No quería demostrarlo porque era casi la hora de irse a la cama, y Blanche había dicho que se quedaba esa noche. Había llegado repentinamente hacía una hora, llena de las alegrías de la primavera y flotando en alguna especie de nube invisible de felicidad. Después de la sesión matutina con Lydia Angers y un poco más de bebida con el almuerzo y dos horas de sueño en el auto, que no habían hecho nada por suavizar la sensación de la borrachera, George sentía que esa felicidad y exuberancia estaban fuera de lugar.

Había escrito fielmente en su anotador rojo, todo lo que podía recordar de su información de Brighton y se lo había detallado todo a Blanche, la que lo había escuchado, mientras bebía dos botellas de cerveza, y no había parecido para nada desanimada por el hecho de que él considerara que había llegado a un punto muerto en lo que se refería a Edward Shoebridge.

—Dos puntos muertos —dijo él enojado—. Uno, porque estamos realmente frente a un punto muerto. Este hombre Angers era su amigo más íntimo, y le ha perdido el rastro. Y, dos, porque ya he tenido suficiente. Esta es la verdad, amor. Te he servido, he soportado por ti, y he enfrentado el pecado mortal por ti, Dios, ¡tendrías que haber visto a esa mujer! Y ahora todo lo que quiero que hagas es que me firmes ese cheque y me lo devuelvas. Cientos de jardines sin hacer me están esperando.

—Por lo que tienes, George, no es suficiente. Tiene que haber muchos senderos que lleven a Shoebridge. Tú sólo comprobaste que el de Angers está bloqueado.

—Entonces pídele a tu maldito Henry que...

—¡George!

—Lo siento. Pero ya es suficiente. Dame simplemente el cheque, vayamos a la cama y olvidémonos de todo.

—Yo no voy a olvidar nada, George. ¿Por qué debería hacerlo, cuando todo está empezando a moverse tan bien? Miss Rainbird se está convenciendo rápidamente. Realmente está cooperando. —Blanche decidió no decir nada del cheque de cincuenta libras—. Y Henry me ha prometido más ayuda y la comunicación entre nosotros es realmente mejor de lo que la he conocido nunca anteriormente.

—Mira, nena, no me hagas tragar eso. Me gustas. Estoy un poco enamorado de ti, si quieres la verdad. Y admitiré que tienes algo que no comprendo. Pero sobre todo,

digamos la verdad, tú estás haciendo negocio. Un agradable, gentil negocio, lleno de consuelo para una cantidad de viejas chismosas. Pero eso es todo lo que es. Y yo te he ayudado hasta el límite. Y ahora necesito una ayuda, de un valor de quinientas libras viejas. Lumley's Sunshine Gardens. Quiero sentir que hago algo en el mundo, que cuenta, eso no es sólo para mí, sino para los otros. Mira, si realmente estás de acuerdo con esto, te diré qué haremos. Dame las quinientas libras viejas y te prometo que buscaré a alguien, algún discreto agente privado realmente bueno, para que te siga ayudando. Eso es lo que necesitas ahora. Alguien que sea un verdadero profesional.

—George ya te he explicado por qué no puedo hacer eso. Ese tipo de persona podría fácilmente ser indigno de confianza. Antes de darte cuenta dónde estás, te están chantajeando, o se habla de ir a la policía. No es que haya nada de malo en lo que estamos haciendo. Pero algunas personas podrían hacerlo aparecer de esa forma. ¿Y qué hay del álbum de fotos? ¿No había nada allí?

George suspiró:

—Ya te he dicho, Blanche. Era el material de siempre. Grupos de colegio. Instantáneas de la playa. De Shoebridge y Angers haciendo diferentes cosas... navegando, caminando por el campo, parados juntos, al lado de un auto, y bebiendo cerveza. La mayoría de ellas, de todos modos, eran de Mrs. Angers. Era una chica de buen aspecto de joven. No, Blanche, no hay nada. Ahora, no me tomes a mal, pero cualquier cosa que quieras ahora, tendrás que conseguirla de... bueno fuentes más altas.

—Hay un pequeño problema allí por el momento. No puedo explicarlo. Pero significa alguna demora. De todos modos, sé cómo espera Henry que trabaje yo. Sí yo hago todo lo que puedo, entonces él hace todo lo que puede también.

—Querrás decir si “yo” hago todo lo que puedo.

—Bueno, amor, ¿no somos una y la misma persona realmente? Tenemos este entendimiento amoroso.

—Entonces vayamos a la cama y tengamos un poco de entendimiento ahora y olvidémonos de Edward Shoebridge.

Nunca se sabía cómo iba a tomar Blanche una observación obscena. Algunas veces estaba de acuerdo, soltando una de sus grandes risotadas y yendo todavía más allá. Y otras veces simplemente se ofendía y ponía cara de enojo: Esta vez le sonrió gentilmente y se recostó hacia atrás, pensativa, jugando con las perlas de su collar. Después de un momento dijo:

—Eres muy vulgar a veces, George. Pero no me importa, porque hay un verdadero fondo de bondad dentro de ti. Y está allí esta noche, con gran fuerza. Tu áurea me llega en grandes ondas de colores tornasolados... todos los colores del espectro.

George se sonrió. ¡Qué chica! Así que él estaba todo iluminado como una vela romana o la rueda de St. Catherine. Y no había sido engañado. Algo le estaba

llegando.

—Vamos, Blanche.

—Haré un trato contigo —dijo Blanche—. No renuncies a lo de Shoebridge justamente ahora. Dame dos o tres días más. Repasa todo y fíjate si se te ocurre algo. Cualquier cosa que nos lleve más adelante. Honestamente, amor, tiene que haber algo que se le pueda ocurrir a un hombre inteligente como tú.

—Pero yo no quiero que se me ocurra nada ni quiero seguir adelante.

—¿No por setecientas cincuenta libras? Son tuyas, si nos puedes llevar un poco más adelante. Y lo que es más si llegas a encontrar a Edward Shoebridge, vivo o muerto, haré que sean mil. Eso te va a dar un comienzo mucho mejor para tus juegos de jardinería.

—No es ningún juego. Y, Blanche, ¿desde cuándo puedes darte el lujo de pagar mil libras por un trabajo así?

—Desde que Henry me habló del Templo de Astrodel y conocí a Miss Rainbird. Ella no va a ser mezquina con el dinero, una vez que encontremos a Edward Shoebridge. No importa en qué medida crea o no en mí, está enganchada.

—Muy bien, está enganchada. Pero todavía estoy yo. Así que te doy tres o cuatro días más. Después de ésto si no se puede descubrir nada, entonces quiero el cheque, setecientas cincuenta libras, además de los gastos.

—Los tendrás, George. ¿Te gustaría que tengamos unos momentos de oración en silencio, para pedir que, por el bien de la querida Miss Rainbird, seamos guiados a Edward Shoebridge? La oración ayuda, lo sabes.

George se levantó.

—Reza tú. Yo me voy a tomar el último trago y luego lo llevaré a Albert para que de una vuelta por el jardín, antes de acostarse. Al pasar delante de Blanche, le guiñó un ojo, metió la mano en su vestido y le dio un afectuoso apretón a uno de sus pechos. Podía ser falsa en parte, en muchos sentidos, pensó él, pero el resto de ella era material humano, bueno, honesto, generoso. Si fuera a haber un jardín alrededor del Templo de Astrodel, le gustaría que lo contrataran para hacerlo. Lo traería a colación alguna vez, pero no justamente ahora.

La pequeña máquina de escribir portátil que estaba usando Edward Shoebridge, era una máquina barata, casi una máquina de juguete. Era nueva. La había comprado en una papelería de Bristol, cuatro días antes. La hoja de papel de anotador de la máquina era blanca, de un tamaño pequeño y había sido tomada de un block borrador comprado cuatro meses antes en Londres. Había usado guantes cuando compró las dos cosas, la máquina y el block. Llevaba guantes en ese momento. Nunca había tocado la máquina ni el block con las manos desnudas. Cuando hubiera terminado de escribir sus dos cartas, llevaría la máquina, sin la cinta, desde la casa hasta Devon, en auto, y la tiraría por encima del puente, al canal Taunton-Exeter, que tenía ocho pies

de profundidad. Allí la tiraría, para que quedara bien hundida en el blando fango del fondo. Quemaría el block y la cinta antes de dejar la casa. Le gustaba hacer todo lo que podía por adelantado. Le daba tiempo para cualquier raro pensamiento rezagado que se le ocurriera, y para hacer cambios si fueran necesarios. Hasta entonces nunca había tenido que hacer cambios de planes. No había ninguna arrogancia en su interior que lo hiciera pensar que ésto tuviera necesariamente que ser así. Su primera carta, ya escrita, tenía que ir dirigida eventualmente a Grandison, al Departamento. Sustancialmente era muy parecida a las cartas que había mandado anteriormente después de los secuestros de Pakefield y Archer. La segunda carta, todavía sin terminar, sería entregada antes, cuando tuviera lugar el secuestro.

Estaba trabajando en la mesa consola de su estudio del sótano. A unos pocos pasos de donde estaba, en una pequeña percha oculta por una mampara, estaba su halcón, una hembra adulta, encapuchada y con una campanilla al cuello, las patas atadas por una extensión de correas de cinco pulgadas. Deteniendo la máquina de escribir para mirarla, recordó la ocasión en que Pakefield, estaba en el otro sótano. Las correas eran más largas entonces y al halcón le daba por volar de golpe. Él había conectado el intercomunicador para pasar un mensaje y éste batiendo las alas, había saltado unos centímetros por el aire, de tal manera, que había hecho sonar la campanilla fuertemente. Había bajado torpemente hasta la percha, errándola y quedando con las patas atravesadas por las correas. Él había desconectado enseguida el intercomunicador. Ahora lo recordaba, pensando en el ocupante del sótano, que estaba por venir. Una pequeña pluma había sido encontrada en la ropa de Archer, también, antes de ser liberado. Cuando uno hacía grandes apuestas, el éxito podía muy a menudo depender de pequeños detalles. Si el halcón hubiera lanzado su fuerte “gaay-guaey-gaay”, entonces los dos hombres podrían haber transmitido algo (pluma, chillido y campanilla) que hubiera significado mucho para un ornitólogo con experiencia.

Un sobre para la segunda carta, blanco, barato, también comprado en Londres y tocado sólo con guantes, estaba junto a la máquina ya con la dirección. La inscripción decía: Sir Charles Medham, River Park. A mano. Muy confidencial.

Shoebridge siguió escribiendo a máquina. El halcón estaba dormitando en su percha. Afuera ya era de día, una cálida mañana de marzo que se iba ya rápidamente y los cuervos en los olmos que había detrás de la casa, muy entretenidos reparando sus nidos y apareándose. Cuando la carta estuvo terminada, copiada del borrador Shoebridge la leyó sin sacarla de la máquina.

Al recibir ésta, llamará al coronel Grandison al ministerio del Interior y le hablará sólo a él. Cualquier violación de ésta o de las instrucciones siguientes, pondrán la vida de su invitado en peligro.

Sir Charles Medham era un ex diplomático. Llegar a Grandison no le sería difícil, esto lo sabía Shoebriidge. Todo plan estaba basado en el conocimiento, el éxito era una combinación de tiempo, lugar y gente, todo dispuesto para funcionar a favor del planificador.

Su distinguido invitado ha sido tomado por las mismas razones que fueron tomados el Muy Honorable Charles Archer y Richard Pakefield. M. P. y por la misma persona. Por el momento está a salvo y bien.

Usted observará, por su seguridad y reputación, las siguientes condiciones:

1. Haga saber en su casa que fue llamado urgentemente de Londres.

Sir Charles Medham no tenía esposa para enterarla.

2. Informe a Grandison que este asunto no se debe dar a publicidad de ninguna clase, y recalque que cualquier violación de esto, sea cual fuere pondrá en peligro la vida de su invitado. Informe a Grandison también que se debería publicar alguna historia en los diarios, para cubrir la ausencia de su invitado, de sus deberes oficiales.

3. Dígale a Grandison que en cuanto yo ponga un aviso en la columna personal del "Daily Telegraph", que diga "Felix. Todo bien en casa. Por favor escribe. John", se le mandará una carta dándole más instrucciones.

4. Informe a Grandison que el rescate que se pide es de 500.000 libras para ser pagadas como se instruirá más tarde. El período de tiempo es de ocho días después de haber recibido ésta. Las mismas condiciones que antes, se aplican a la devolución o eliminación de su invitado.

Bajo ningún concepto se comunicará usted con ninguna otra persona que no sea Grandison. Él apreciará esto.

Habiéndola leído, Shoebriidge la sacó de la máquina y la metió en el sobre y lo cerró mojando la goma con un pincel que había en un vaso de agua, sobre la consola. La carta no era una composición literaria y no había querido que lo fuera. Grandison conocería exactamente la forma. El único verdadero riesgo estaba en que alguna insinuación del secuestro, fuera deslizada al público. Sir Charles Medham no era el tipo de hombre que necesitara que se le recalcará demasiado este punto.

Se recostó hacia atrás en la silla, sosteniendo la carta en la enguantada mano, mirando el halcón. Progresaba rápido. Un pájaro del desierto, estaba entrenado,



empezaba a perder interés en la presa del suelo, los ratones de campo, ardillas y conejos. Había días ahora en que se quedaba esperando mientras él le limpiaba palomas, cuervos y gaviotas. Cuando todo esto hubiera terminado, habría buenos deportes para ella y para los otros... garzas, chochas y perdices, y una gran extensión de tierra y lago, y cielo para darles toda la libertad. Estaba todo allí esperando, pero aunque lo deseaba no estaba impaciente. La impaciencia podía alimentar errores. Un pequeño error, y su sueño podía hacerse trizas.

Para esa parte de Somerset que estaba en la zona marcada por Bush, los informes habían llegado bastante rápido y habían sido analizados y procesados en la computadora, por Sangwill. Entre los cientos de informes similares, el de Shoebridge, no llamaba la atención en sí mismo. “Edward Shoebridge, edad treinta y seis, medios de vida independientes, casado, un hijo, edad quince, colegio pupilo. Dirección, Highlands House, cerca de Blagdon. Casa, Ladrillo rojo, construida en 1936, posición alta, sin sótanos. Hobby de Shoebridge: amaestrar y hacer volar halcones”.

Los detalles fueron metidos en la computadora junto con cientos de otros para la zona de Somerset... gente que vivía en casas de ladrillo y de piedra en ubicaciones altas, gente que tenía patos, domésticos y ornamentales, gente que criaba aves de corral, comercialmente o para exhibirlos, criadores de faisanes, propietarios de granjas de aves, pequeños zoológicos, lugares de entretenimiento público y unos cuantos individuos cuyo interés por las aves se demostraba por tener halcones, y pajareras llenas de pájaros raros.

Las particularidades de la casa de Shoebridge no estaban precisadas. Highlands había sido construida en 1936 en el lugar de una vieja casa de piedra, con un enorme sistema de sótanos debajo. La casa había sido abandonada y fue demolida por un constructor de Bristol que había clausurado los sótanos y había construido una nueva casa de ladrillos sobre ella. Edward Shoebridge la había comprado en 1968 y un tiempo después había abierto los sótanos, pero ocultando la entrada para que su existencia no fuera evidente. Edward Shoebridge y los pocos datos sobre él y su casa, se habían convertido en una masa de información codificada.

Bush, a pesar de la advertencia de Grandison, no le elevó ninguna oración a la buena suerte. No tenía ningún optimismo de que se descubriera algo, si uno creía que sucedería. Estaba concentrado, sin éxito por el momento, en la lista de nombres del Club de Golf, sabiendo que cada día que pasaba estaba más cercano el momento del tercer golpe. En efecto, el departamento de Bush y todos los recursos de la policía a su disposición, habían caído en un punto muerto. Era una situación bastante común para la policía y estaban acostumbrados a tomarlo flemáticamente. Sin embargo, los casos eran encasillados en archivos muertos, la palabra “muertos” para la policía implicaba que en cualquier momento, el dios de la buena suerte podría resucitar el cadáver. Esta era una filosofía extraña a Bush. Para cada problema había una lógica

para resolverlo. El trabajo duro y un análisis estricto de los detalles meticulosamente recogidos, era el único método que podría llevar al éxito. La posible intervención de la suerte no tenía ningún interés para Bush. Era un hombre arrogante.

Volviéndolo a pensar, George había decidido que no tenía nada que perder contemporizando con Blanche. Recibiría sus setecientas cincuenta libras más los gastos de todos modos, y con un poco más de esfuerzo, podría recibir mil, sin interrumpir sus planes de instalar Lumley's Sunshine Gardens.

Mrs. Angers, se dio cuenta reflexionando, casi lo había echado. En cualquier otro estado de ánimo se hubiera entendido con ella. No tenía objeto decir que no lo hubiera hecho, porque lo podría haber hecho. Una bacanal menor, significaba un cambio de tanto en tanto, y ella no estaba tan arruinada. Buena figura en partes, todavía, y podrían haber tenido una alegre sesión de *gin* coronada por un halagador juego excitante. El asunto era, se dijo a sí mismo, que aun así no le sacaría nada de importancia. No sabía realmente mucho de Shoebridge, ni lo había conocido bien. Todo su material era de segunda mano, proveniente de su marido. Él era el tipo que había que tratar. Conocía el nombre de su firma en Londres. Estaba dispuesto a apostar que Mrs. Angers no había dicho nada de su visita. Probablemente al volver a su cuarto, había maldecido un poco por una oportunidad perdida, y luego se habría consolado con más *gin* y lo habría olvidado. De todos modos, si Angers estaba enterado de su existencia, él no había hecho nada de malo y presentía que podría manejar el asunto.

De modo que George decidió ir a Londres para verlo. Mientras estuviera allí podría visitar a un amigo que estaba en el negocio de autos, y buscar la forma de resolver lo de la camioneta.

Dos días después de su visita a Mrs. Angers, George fue a las once y media de la mañana a ver a Mr. Angers, a las oficinas de Worth & Freen Ltd. —Accesorios de negocios y Servicios de Hoteles que quedaban en la calle Tottenham Court.

Era un moderno edificio de oficinas, lleno de vidrio y lustrosa madera de pino. La chica del escritorio de entrada dijo que Mr. Angers estaba en su oficina, pero que si no tenía una cita, que por favor llenara una solicitud para mostrársela, estableciendo por qué asunto lo quería ver.

George consideró esto, luego escribió en el papel su propio nombre, agregando el nombre y dirección de la real firma de solicitudes de Salisbury (a menudo utilizada por él antes, aunque ellos no tenían conocimiento de la existencia de George) porque sabía que los tipos de hombres astutos, algunas veces hacían una rápida verificación en la guía comercial. Debajo de "Asunto", escribió —Asunto Legal relacionado con viejo amigo suyo Edward Shoebridge— y en beneficio de él. No tenía ningún resquemor en cuanto a esto. En cierta forma estaba tratando de arreglar un problema de herencia.

Esperó quince minutos y luego se lo introdujo al escritorio de Angers. George había imaginado a Angers de un poco más de edad que él mismo, y ciertamente mucho menos conservado. Había tenido un aspecto regordete en algunas de las fotos del álbum. Ahora era gordo, dos mentones y manos como paletas, ojos marrón oscuro, y pelo negro crespo, el que, pensó George, sería un martirio peinar.

—Muy amable de su parte, dedicarme su tiempo, Mr. Angers —dijo George.

—Tiempo le puedo dar, Mr. Lumley. Dinero es más difícil. —Soltó una risa que estiró la tela del chaleco encima del estómago—. De todos modos, cualquier cosa por un viejo amigo. ¿Cómo llegó hasta mí?

—Bueno... es una larga historia, pero eventualmente a través de su mujer. Ella fue lo suficientemente buena de darme su dirección comercial. Dijo que podría ayudarme. Es un asunto de legado. No puedo decir más que esto, usted se dará cuenta.

—Eddie no dirá que no al dinero. Eso se lo puedo decir. —Hizo una pausa, miró a George con aire burlón por un rato, y luego preguntó—: ¿Es usted el que salió por la ventana?

Momentáneamente George consideró decir una mentira, y luego desistió.

—Bueno... Sí.

Angers se rió.

—No se preocupe por eso. La buena de Lydia, me cuenta todo, y la mitad de las veces no quiero saberlo. Bebedora compulsiva, confesora compulsiva. Sólo compulsiva. Una chica encantadora cuando me casé con ella. Todavía encantadora en muchos aspectos. Pero muy generosa. Aun si yo no fuera un católico romano, no me divorciaría de ella. Siempre hay que mantener un convenio, aun cuando le vaya mal a uno. Ese soy yo. Gracias por irse por la ventana. Una cantidad de ellos no lo hacen. Bueno entonces, hablemos de Eddie Shoebridge. Pero primero tomemos un trago.

Se levantó y caminó pesadamente hacia un bar y volvió con una botella de champagne y dos vasos.

—La única bebida que anda bien por la mañana. Limpia el paladar, suave para la cabeza, y abre el apetito.

Mientras Angers empezaba a retorcer el alambre del corcho, George dijo:

—Usted estuvo en el colegio con Shoebridge.

—¿Eddie? Sí. También trabajé con él y su viejo en el Argenta. ¿Usted sabe todo eso? Debe saberlo para estar aquí. Lo perdí de vista. Lo volví a encontrar en el Sur de Francia. Luego conseguí este trabajo y compré la casa que le dejó el padre. Estuvo en el extranjero por un tiempo. Muy trabajador, astuto para el dinero. El viejo debe haber valido bastante cuando murió. —El corcho voló y golpeó contra la pared—. Bueno, ya está, la bebida que hace soltar risitas a las chicas. O solía hacerlo. En estos tiempos antes del almuerzo están dándole al *gin* y al *whisky*.

Llenó los vasos y bebieron.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —dijo George.

—Sólo Dios sabe. Hace algunos años. Aquí en Londres. Había vuelto del exterior hacía un año. No tenía trabajo por lo que pude ver. Curioso, también, no estaba tan bien equipado como solía estar... Bueno, supongo que es mejor que sea honesto. Había recibido una cantidad de dinero de su padre, pero se había empobrecido especulando en las propiedades de hoteles y edificios. La mayoría en el exterior. Mallorca. España. ¡Su sueño se fue al diablo!

—¿Sueño?

Angers se rió entredientes.

—Cosas de jóvenes. Cuando trabajábamos juntos. Iba a hacer un millón antes de cumplir treinta y cinco años y luego se retiraría. Estaba loco, se dará cuenta. Oh, agradablemente loco, pero loco. No le gusta la gente. No los individuos, sino la gente en masa. Ahora todos hablan de preservación y de contaminación del ambiente, pero él estaba en eso cuando estábamos en el colegio. ¿Lydia le mostró algunas fotos?

—Algunas.

—No se sienta molesto. El viejo álbum sobre el diván ha atrapado bastantes hombres más débiles que usted. De todos modos, ha visto una o dos de él y yo con pájaros. Con plumas por supuesto. Todo tipo de halcones, se gastaba todo el dinero en ellos y los amaestraba. Era loco por los animales y todavía más loco contra la forma en que el mundo lentamente los estaba extinguiendo.

—¿Qué hubiera hecho con su millón?

—Se hubiera retirado. Se hubiera comprado una isla, o alguna gran extensión de tierra en Irlanda, Gales o Escocia; hubiera colocado un enorme cerco alrededor y hubiera mantenido a la gente alejada de allí, excepto los pocos en los que podía confiar. Era un sueño, pero lo iba a realizar; eso demanda dinero.

—Probablemente nunca lo hizo.

—Probablemente. ¿Qué tal su pequeña gratificación?

George sacudió la cabeza.

—Cualquier hombre estaría contento de tenerla, pero no compraría un paraíso.

—Bueno, ahí está. Todos tenemos sueños. No hay nada de malo en eso. Pero sin embargo tenemos que tomar el tren de las ocho y treinta por la mañana. Se acercó y llenó hasta arriba el vaso de George.

—¿No tiene idea de cómo puedo hacer para encontrarlo?

—Ninguna.

—Estaba casado ¿no?

—Estaba. Ella murió en un accidente de auto. Lo dejó con un hijo pequeño. Podría haberse vuelto a casar, pero no me lo mencionó cuando lo vi la última vez. — Angers estuvo en silencio por un momento—. Si está en la bancarrota y anda tambaleando por allí; su pequeña porción de combustible será bienvenida. Le diré lo que voy a hacer, haré algunas averiguaciones en el ramo. Alguien puede saber algo. Me gustaría verlo al viejo Eddie nuevamente. Si consigo algo lo llamaré por teléfono a su firma.

—Sería mejor que me llamara directamente. ¿Se da cuenta? Yo sólo trabajo como una especie de agente independiente para ellos y hago la mayor parte del trabajo en casa.

—Anótelo aquí, entonces. —Angers le pasó el papel que George había llenado. Éste anotó el número telefónico. Angers, observándolo, continuó—. Debe ser interesante su trabajo. Rastrear gente. No debería ser tan difícil en estos tiempos. Todos estamos anotados en alguna parte. Pasaportes, tarjetas de seguros sociales. ¿Y qué le parece colocar un aviso en los diarios?

—Ya lo hemos hecho —mintió George—. No resultó.

—Podría revisar todas las guías telefónicas. Shoebridge no es un nombre tan común. Seguro que estará en la guía. Podría terminar con, digamos, quinientos nombres. Veamos, a un promedio de diez centavos la llamada, serían cincuenta libras. Lleva mucho tiempo por supuesto.

La idea no lo atrajo a George. Terminó su bebida y se levantó.

—Bueno, ha sido muy amable de atenderme. No le robaré más tiempo. —Angers era un punto muerto. Sin embargo había valido la pena hacer un intento.

—No hay problema. Es una mañana un poco floja. Siempre es agradable compartir un trago con alguien. Si llego a saber algo lo llamaré. Le debo decir que me gustaría volver a ver a Eddie. Dejamos escapar demasiado fácilmente a nuestros amigos. Ese es trabajo para usted. Todos buenos compañeros, enormes sonrisas y costosas cuentas de almuerzos y órdenes comerciales al contado. Todos se van como una cantidad de hormigas. Constrúyelo y demuélalo. Hazlo más grande y de diferente forma, así no puede uno reconocer más dónde está. Eddie tenía razón. Dame un millón y colocaré un sistema de calefacción y viviré en el Polo Norte.

Mientras George se iba por el pasillo, pudo oír todavía la risa de Angers. Le había gustado pero no tenía ninguna real esperanza de volver a oír de él jamás. ¡Buscar todos los Shoebridge en las guías comerciales! Bueno, la podía poner a Blanche en eso. Era cuestión de ella. Ella pagaba los gastos. Pero tendría que buscar a alguna otra persona para que le haga el trabajo. Digamos que hubiera quinientos números (y ninguno de ellos el de Shoebridge que se necesita), eso promediaría algo así como cinco minutos por llamado, dos mil quinientos minutos; eso duraría cincuenta horas. ¡Cincuenta horas en el teléfono! ¡Un hombre se podría morir de frustración y agotamiento nervioso!

El informe al Departamento sobre Edward Shoebridge no había dado ningún número telefónico. La policía lo podía haber proporcionado si se lo pidieran, aunque el número no estuviera en la guía. Era ex comercial.

Miss Rainbird sacó de la Biblioteca del Distrito tres o cuatro libros sobre espiritismo. Por un par de días se sumergió en ellos con mucho interés. ¿Qué es el espiritismo? Credulidad y la “Voluntad de creer”. Estados de trance, Hipnosis y el Poder de Sugestión. Fenómenos paranormales; Curación por el espiritismo y la fe; leyó todos las argumentaciones y teorías, siendo lo más justa posible en su juicio, y eventualmente terminó, como una cantidad de gente lo había hecho antes que ella, con la conclusión de que el conocimiento de esos temas, desde un punto de vista científico, era todavía elemental, y que no se podía pronunciar ningún veredicto positivo sobre ellos. Se compró ejemplares del “Psychic News” y de “Two Worlds” y deseó no haberlo hecho. Los encontró a todos vulgares en su tono, y demasiado comprometidos y no le gustó la lectura de artículos titulados “La supervivencia no es demasiado buena para ser verdad”, y “Su mundo podría ser el reino de los cielos”, “La tumba no es el fin”, y “Sesiones revelan un brillante plan espiritista”. Ni le importó tampoco de títulos tales como: “Visitante astral oye conciertos en el más allá”, “El mundo espiritista no tiene millonarios”, y “Yo fui convencido por el mensaje espiritual de mi madre”.

Revisando la lista de puntos y dudas que habían arrojado las sesiones de Madame Blanche, decidió que por el momento era posible explicarlos todos en términos no-espiritistas. Que Madame Blanche entraba en trance y era una mujer muy imaginativa e inteligente, lo admitía. Era posible que Madame Blanche estuviera, sin saberlo, engañándose a sí misma. Y existían todas las posibilidades de que Madame Blanche tuviera algunos poderes telepáticos. No había ninguna duda de que tenía fuentes de información terrenales. Estaba dispuesta a admitir sus poderes para curar pero aquí nuevamente la decisión era paralela a la posibilidad de que ella, ella misma, fuera sujeto de una autosugestión. Si un chico se lastima el dedo y uno le dice que le dará un beso para que se le pase, a menudo resulta. En realidad, en sus lecturas y pensamientos sobre el espiritismo descubrió muchas huellas de infantilismo. Pero entonces nuevamente, podía oírla a Blanche, o más probablemente a Henry, que contestaba a esto diciendo “A menos que todos podamos volver a la blanca pura inocencia del niño, no habrá entendimiento, no se podrá pasar por las Puertas del Entendimiento Superior”. Se rió un poco entredientes de ésto, para sí misma. Sin embargo, en cuanto a lo referente a la verdad del espiritismo, admitiría sólo que no se podía pronunciar ningún veredicto positivo.

Esto no le impidió, sin embargo, hacer su propia decisión personal en lo que se refería a las próximas sesiones con Madame Blanche. En el nivel más bajo, la mujer había sido un entretenimiento. En un grado superior, ella sin duda la había sacado de un mal terreno de insomnio y de perturbaciones de sueños sobre Harriet. El hecho que haya padecido ese período, se dijo a sí misma, debió haber respondido a una debilidad general, falta de vigor del cuerpo y de la mente, en una estación muerta del año. Ahora con la primavera en la puerta, brillante vanguardia del verano por venir (podía hacerlo tan bien con Henry, algún día) se sentía tanto mejor repentinamente,

que podría reprenderse por lo que ahora veía como una debilidad temporaria. Podía ser vieja, pero vieja crédula y dispuesta a tragarse falsos consuelos, no sería. De modo que Henry había trabajado en el puente colgante de Clifton con Brunel en mil ochocientos y lo que fuera. Bueno, estaba todo en la enciclopedia o el libro que fuera, que hubiera elegido para consultar Madame Blanche cuando decidió hacerlo a Henry ingeniero de ferrocarriles.

No, cuando Madame Blanche llegara esa tarde la dejaría hacer la sesión y luego le diría, buenamente, pero con firmeza que había decidido no tener más nada que ver con todo el asunto. No había necesidad de seguir pagándole. Las cincuenta libras que le había dado cubrían más que suficientemente todos los servicios que le había prestado. No quería que la molestaran más con Harriet, y ciertamente tampoco con Sholto. Cuanto menos pensara en él mejor. En cuanto a su propia conciencia por el hijo de Harriet... Realmente, ¿por qué se había inquietado por ello? Algo que había sucedido hacia años y que no tenía nada que ver con ella ahora. Haría una buena donación para la Fundación "Salvación de los niños" y se olvidaría de todo el asunto.

Por diferentes razones, la sesión de esa tarde puso levemente de mal humor a Miss Rainbird. Para empezar, Madame Blanche llevaba una pollera ridículamente corta para una mujer de mi edad y figura, y un suéter de seda muy ajustado que le llegaba hasta su regordete mentón, con un pequeño cuello enrollado desde el que las perlas caían hasta su falda en una larga vuelta. Estaba más maquillada que de costumbre y Miss Rainbird sospechó que había estado bebiendo. Blanche había estado bebiendo. Había dejado a George en el Grosvenor en Stockbridge y había tomado un par de *gins* con él antes de ir a Reed Court. Más tarde comerían en el Pheasant, de vuelta a su casa por la ruta Stockbridge Salisbury.

Y luego, irritantemente Henry estuvo más poético que nunca. Había descripto a Ronald Shoebridge prosperando no (como hubiera pensado Miss Rainbird) como un verde árbol de laurel, sino por su laboriosidad, inteligencia y sabiduría, y el chico empezando a echar hojas para su hombría y ocupando su lugar junto a su padre, los ojos iluminados con un fervor, para ser digno de sus padres. Harriet había mandado un segundo mensaje sobre el joven, en típicos términos suyos, tenía que admitir Miss Rainbird. "Como joven era muy buen mozo. Parecía un dios. Pelo rubio, tez oscura y fuerte, Grace. Qué lástima que ninguno de nosotros lo pudo conocer. Nos hubiera dado tanta felicidad, tanto para planear en su beneficio. Afortunadamente sacó mi parecido". Y afortunadamente un poco más tarde Henry siguió describiendo la última morada (sólo de sus cuerpos terrenales) de Ronald Shoebridge y su mujer... una pequeña tumba en la ciudad de Sussex cerca de donde las alondras cantaban un himno de alabanza a toda la creación, bajo el profundo azul celestial. (Si había una cosa que Miss Rainbird no podía soportar era la tautología en el discurso o en la escritura) y había arbustos de hojas perennes y pinos que echaban su dulce sombra sobre la pista de césped y las antiguas lápidas salpicadas de musgo. Debía estar loca, se dijo a sí misma Miss Rainbird, de haber tolerado esta tontería durante tanto

tiempo. De todos modos, era un alivio saber que los Shoebridge están muertos, esperaba que la información de Madame Blanche sobre ese punto fuera precisa. Vivos, todavía podían ser capaces de dar problemas, si les venía bien. Henry siguió con voz aflautada en su tono lírico, levemente tocado se dio cuenta Miss Rainbird, por algo del propio acento de Madame Blanche, describiendo a Edward Shoebridge, el joven, atrayendo a otros jóvenes como abejas a la libación de la flor. Miss Rainbird que, aunque una solterona, era muy consciente de las variedades de las ahora permisivas relaciones, pensó que la descripción de Henry estaba cerca de la ambigüedad, pero se olvidó de ello cuando Henry dijo que la Corte de Bondad Superior había llegado ya a una decisión. Ronald Shoebridge y su mujer había aparecido ante aquélla y habían dicho que por lo que les concernía a ellos sólo aumentaría su felicidad etérea, el hecho de que Miss Rainbird buscara a su querido Eddie y lo condujera nuevamente a su legítima herencia, al seno de su verdadera familia, para abrigar, consolar y enriquecer los años que le quedaran de vida a su querida tía. Él había viajado lejos, pero los días de su deambular estaban contados. Reed Court sonaría con el sonido de su alegre risa y jóvenes pies, porque cuando llegara, traería con él un hijo. Era una perspectiva que por el momento no le proporcionaba ningún placer a Miss Rainbird. Un chico por el lugar, trastornaría todo, huellas de barro en el piso de parquet y en la gran escalera, marcas de bicicleta por el césped, ramas quebradas en los arbustos y probablemente hablando con algún acento desastroso como lo hacían los hijos, aun de algunos de sus amigos bien conectados y pudientes, en esos días... y todos con aspecto de gitanos, aunque fueran a Malborough y Wellington, y todavía peor cuando iban a la universidad... viviendo con chicas de la misma mala reputación, tomando drogas y perdiendo la mitad de su tiempo, marchando de arriba a abajo, protestando contra esto y aquello cuando deberían estar estudiando. “Vendrán”, había terminado Henry “como las golondrinas”, nostálgicas por el sol africano, que siguen los misteriosos caminos del cielo y van hacia el Norte y hacia el hogar en primavera, para reclamar la protección y el santuario de los lugares que vieron sus nacimientos.

Madame Blanche salió del trance y dijo que no podía recordar nada. Por un momento o dos, Miss Rainbird estuvo indecisa. Sería un momento molesto cuando le dijera a la mujer que no quería que volviera. Tratado como un entretenimiento privado, tenía sus momentos refrescantes así como irritantes, pero seguir con las sesiones por tales motivos sería de un claro mal gusto. Sirvió sherry para las dos, se sentó, bebió, y luego decidió ser bien directa.

—Madame Blanche, yo creo que...

Blanche sacudió un poco la cabeza y la interrumpió rápidamente:

—No, no, no tiene que decirlo Miss Rainbird. Todo el tiempo que Henry me estuvo utilizando, lo pude sentir. Estaba alejada de mi propio cuerpo, dejando que Henry lo usara, lo podía sentir, sin oír nada de lo que estaba diciendo. Sólo estaba oyéndola a usted.



—Pero no dije nada Madame Blanche. —Miss Rainbird estaba confundida.

—Oh, sí, Miss Rainbird, usted lo hizo. Me lo dijo todo. En palabras y en sentimientos. Comenzó en el momento que entré al cuarto. —Blanche bebió su sherry y dejó el vaso sonriendo a Miss Rainbird—. Su mente es un libro abierto. Usted no quiere que venga más. No le daré las razones porque usted las sabe. —Blanche se paró—. Le he dicho ya que no puedo hacer nada por aquellos que no quieren que los ayude. Lo siento mucho, no por mí misma pero por usted y por aquéllos que le pertenecen. Me iré ahora mismo y no necesita decir nada sobre el tema.

Conmovida por el tacto de Madame Blanche, e impresionada, también, por su videncia, Miss Rainbird dijo:

—Lo siento mucho. Pero he tomado una decisión.

Blanche se levantó y dijo:

—La mente es sólo parte del espíritu, Miss Rainbird. Y nuestro espíritu es algo que sólo tenemos bajo fianza hasta el momento en que llegue la verdadera revelación. Usted ha elegido resistirse a lo desconocido. Estoy feliz por usted porque esa es la forma, la única forma en que alguna gente encuentra su consuelo. Por favor, no esté tan triste. —Blanche se rió—. Esto me ha pasado muchas veces. Yo he fallado. No usted.

Sentada en su cuarto sola, Miss Rainbird oyó el sonido del auto de Madame Blanche que se iba. Por un momento o dos sintió una profunda sensación de pérdida.

Tendida en la cama a la mañana siguiente esperando que George le llevara sus tostadas y café, Blanche consideró a Miss Rainbird. Tenía un leve dolor de cabeza que sabía que se le iría con el café. De tanto en tanto a ella y a George les gustaba comer afuera y pasarla bien. Le gustaba el viejo George. En diferentes circunstancias se hubiera casado con él hacía tiempo y luego le hubiera obligado a que hiciera algo consigo mismo. Hasta ese momento no le había dicho que Miss Rainbird había renunciado. Esto fue principalmente, porque sabía que había una gran probabilidad de que Miss Rainbird la volviera a llamar. Conocía este tipo de mujer.

Sobre la mesa, al entrar la noche anterior, había visto una pila de libros de biblioteca. (Ese tipo de ancianas pudientes nunca compraban libros, iban a las bibliotecas públicas) y el título del de arriba era “Espiritismo”: un examen crítico por Simeon Edmunds. El verlo nomás le había abierto todos los pensamientos de Miss Rainbird hacia ella. Podía casi hacer una lista de las explicaciones que ella había aceptado... telepatía mental, auto —y etero— sugestión, la discreta colección de información, presentada como revelación de la vida del más allá y así sucesivamente. Ella ya había pasado por todo eso mucho antes. Conocía sus dones y también todos los acercamientos y reacciones. Había tenido algunas Miss Rainbird en su momento. Y, para ser honesta, algunas de ellas nunca habían vuelto. Pero la mayoría lo hicieron, y sabía que Miss Rainbird volvería. Henry la había guiado hacia Miss Rainbird. Henry había colocado en su cabeza el sueño del Templo de Astrodel, Henry nunca le fallaría. Sí, Miss Rainbird volvería. Era el tipo de mujer que, enferma llamaba a

gritos al médico, y luego, bien, lo hacía esperar para cobrar la cuenta. Por el momento no tenía pesadillas, ni cargos de conciencia... pero algo ocurriría. Tarde o temprano la llamaría. Hasta entonces se contentaba con esperar. La única cosa que la haría a ella, Blanche, ir a lo de Miss Rainbird, sería que George descubriera la dirección de Edward Shoebridge y ella le diera un vistazo rápido calladamente y decidiera qué línea seguir con la anciana. Pero por el momento esto parecía cada vez más lejano. Tenía un grupo que se encontraría en su casa a las tres. Cuando todo hubiera terminado y sus clientes se hubieran ido, ella volvería sola a Henry y hablaría con él y vería qué tenía que decir sobre la situación. Sabía que él ya estaría pensando en ello. Henry era un ingeniero y un arquitecto. Le encantaba construir y ella sabía que no podía esperar más por ver el comienzo del Templo. Por supuesto, tendría algo que decir sobre su plano. Se daba cuenta que tendría que ser firme con él sobre eso. El Templo de Salomón era más el estilo de él.

George apareció en la entrada en robe de chambre y pijamas, llevando la bandeja del desayuno. Se lo veía cansado y diez años más viejo de lo que era. Al poner la bandeja al borde de la cama y quejarse del dolor de cabeza que tenía, Blanche se sonrió y dijo:

—Nunca aprendes ¿no? Siempre es ese enorme *brandy* que tomas al llegar a casa, el que te mata, Georgie, amor. Ven acá y te lo compondré. El café no le hará nada a lo que tienes.

Se sentó en la cama de espaldas a ella, y ésta comenzó a hacer correr los dedos por su frente, desde atrás. Después de uno o dos minutos, el cuerpo de él se hundió suavemente en el comienzo del alivio y dijo:

—Cualquier otra cosa podrás simular, pero realmente tienes algo en los dedos.

—Bueno, no te podemos tener abatido durante todo el día ¿no? Tienes estar en forma para empezar un día de trabajo.

—¿Qué día de trabajo es ese?

—Esos números de teléfono. Irás a Salisbury, a la Oficina General de Correos y revisarás todas las guías que encuentres...

—¡Seguramente que no lo haré!

—Seguramente que sí. Buscarás todos los E. Shoebridge que puedas, y harás una lista de ellos. Haz sólo una lista de ellos y luego me la traes. Eso es todo. Y cuando vuelvas podrás recibir tus setecientos cincuenta.

George preguntó:

—¿Lo dices seriamente?

—Te di mi palabra.

—Blanche eres una gran chica. —Se dio vuelta para darle un abrazo y la bandeja del desayuno se inclinó y cayó la cafetera, derramando café caliente por toda la cama.

George salió a las diez de la mañana y Blanche se quedó para ordenar la cabaña y lavar la colcha y las frazadas manchadas de café.

A las diez y media sonó el teléfono. Blanche contestó.

Una voz de hombre dijo:

—¿Podría hablar con Mr. Lumley, por favor?

—Lo siento, no está aquí en este momento. ¿Quiere dejar algún mensaje?

—Oh... —la voz fue vacilante y decepcionada.

Blanche dijo:

—¿Quién habla, por favor?

—Bueno, habla Angers, de Worth & Freen Ltd. Él vino...

—Oh, sí, Mr. Angers. George me contó todo. Tiene relación con lo de Mr. Shoebridge, ¿no?

—Bueno, sí —la voz de Angers se animó y continuó—. Disculpe la pregunta, pero el asunto es más bien confidencial. ¿Con quién hablo?

Blanche se rió.

—No se preocupe, Mr. Angers. Estoy enterada de todo. Habla Mrs. Lumley. Yo le hago todo el trabajo de secretariado.

—Oh, me doy cuenta. Bueno, entonces está muy bien. Disculpe que sea tan precavido, pero nunca se sabe, ¿no? Como hay un solicitante de por medio y todo eso.

Blanche corrió el riesgo, sabiendo que no arriesgaba nada.

—Bueno, si prefiere hablar con él...

—No, no. Si le pudiera pasar el mensaje. Dígale que tengo la dirección. Es Highlands House, cerca de Blagdon, Somerset.

—Espere un minuto. Tomaré nota. —Blanche anotó la dirección en la libreta de teléfonos y dijo—: Le estará muy agradecido, Mr. Angers.

—Bueno, dígale que no fue ningún problema. Simplemente lo pensé nuevamente y tuve un chispazo. Eddie y yo éramos locos por los halcones. Él todavía lo es. Repentinamente me acordé que los dos nos habíamos hecho socios del British Falconer's Club, hace años. Debo decir que yo lo abandoné, pero se me ocurrió que él podía ser socio todavía.

—Muy inteligente de su parte.

Angers se rió.

—A veces soy un chico inteligente, Mrs. Lumley. De todos modos, llamé al secretario, le dije que yo había sido miembro (estuvo precavido y lo verifiqué, le diré) y que quería rastrear a mi viejo amigo Edward Shoebridge. Me dio la dirección enseguida. Algunas de esas sociedades no son afectas a dar direcciones. Tienen mucha razón. Hay todo tipo de gente por ahí. El secretario no tenía el número telefónico. Dijo que creía que era ex comercial. Suena a Eddie; mantenía el mundo alejado de su puerta. Dígale a su marido que cuando lo vea a Eddie me mencione. Dígale que trate de encontrarse conmigo. O que me llame por teléfono. Me gustaría volver a verlo.

—Por supuesto que lo haré. Gracias, nuevamente Mr. Angers. La firma de George estará muy encantada con esto. Y así también, por supuesto, lo estará Mr. Shoebridge.

Angers se rió entredientes.

—Dígale que no se lo gaste todo en vino, mujeres y cantos. No es que sea así. Probablemente se comprará un águila dorada.

Cuando cortaron la comunicación, Blanche se fijó en la dirección. Era divertido cómo sucedían las cosas. Henry no había esperado que ella se le acercara esa tarde. Se había dado cuenta y había actuado. En cierta forma, por supuesto, había sido por la acción de George. Pero ¿quién había puesto el pensamiento del club en la cabeza de Angers? Bueno... Henry, por supuesto. Ya previendo y controlando los acontecimientos.

Mientras arrancaba la página de la libreta y la colocaba en su cartera, se le presentó otro pensamiento. Técnicamente, George podría decir que se había ganado las mil libras. Si le decía que tenía la dirección, seguramente reclamaría y haría un gran bochinche si no le pagaba. Pero el tener la dirección, no significaba necesariamente que la situación Rainbird estuviera resuelta.

Tendría que esperar y ver eso cuando lo viera a Edward Shoebridge. En esas circunstancias, sería mejor no decirle nada todavía a George. Le pagaría sus setecientas cincuenta libras, y luego, eventualmente, si las cosas salían bien, le pagaría las otras doscientas cincuenta. Pero, hasta que no hubiera visto a Shoebridge y tuviera más directivas de Henry, era mejor guardarse las cosas. Lo que George no supiera, no le molestaría. Gracias a Dios que Shoebridge no tenía número de teléfono. ¡George podría haberlo encontrado!



## OCHO

RECORDANDO lo que había pasado la primera vez que había decidido no ver más a Madame Blanche, Miss Rainbird estaba preparada para alguna nueva forma de sueños auto-inducidos sobre Harriet, y tal vez hasta para un ataque de jaqueca. Si volvían, estaba dispuesta a resistir hasta que se fueran por su propio acuerdo.

Era un alivio descubrir que después de cuatro o cinco días no había tenido ni pesadillas ni jaquecas. En realidad se sentía mucho mejor de lo que se había sentido en muchos meses. La primavera estaba por llegar y había que organizar muchos planes para el jardín, y también sentía, que era tiempo de volver a decorar el gran salón de estar y su propio pequeño cuarto. Mientras le ordenaban los cuartos, decidió que los decoraría con cortinas nuevas, Eso le proporcionaba una buena excusa para pasar una noche en Londres y hacer algunas compras en Harrods. Tal vez, después de todo, ese estúpido asunto había surgido porque se había dejado estar, había caído en un estado de reclusión y no se había interesado por las cosas exteriores. Cuando se tenía más de setenta años, había que mantener el cuerpo y la mente activos. Pero, entre andarle detrás al jardinero, y agotar la paciencia de los empleados de Harrods, y cambiar dos o tres veces de modo de pensar con el decorador sobre los bocetos de color para la nueva decoración, encontró algunos momentos para pensar en la familia Shoebridge.

Era bastante evidente que Ronald Shoebridge había resultado ser un hombre de éxito. Tal vez fuera caritativo admitir, que siempre había habido algunas buenas cualidades allí. Probablemente el hombre, mientras estuvo en Reed Court, había marchado al son de Sholto. De todos modos, estaban todos muertos ahora, Harriet, Sholto, y los dos Shoebridge. No la podían molestar más. Pero Edward Shoebridge y su hijo, y posiblemente su mujer, quedaban todavía. Hubiera sido menos que humano de su parte, el no haber sentido una curiosidad natural por ellos. Hablando estrictamente, cuando ella muriera, Edward Shoebridge, como su familiar más cercano, tendría que heredar sus bienes. Por el momento, como figuraba en su testamento, había dejado grandes donaciones a media docena de obras de caridad, pero estas no afectaban mucho al grueso de su fortuna. Al principio había estado muy preocupada con respecto a esta disposición, pero finalmente, después de consultar a su abogado, había decidido dejar todo, incluso Reed Court, al Fondo del Tesoro Nacional. La casa era muy vieja y muy hermosa y estaba llena de buenos muebles y cuadros. Era agradable pensar que todo quedaría exactamente como ella lo había

conocido. Era menos agradable pensar en las tropas de visitantes que serían admitidos en la casa y los parques. Soportar a los chicos grandes con sus vulgares padres, haciendo picnics en los jardines, moviéndose por los cuartos, y no lo dudaba, haciendo observaciones jocosas... Sin embargo, ella personalmente estaría exenta de esto. En realidad, jugaba con la idea, si ese Edward Shoebridge y su familia fueran verdaderamente, el tipo de gente bien (y enfrentémoslo, él llevaba en parte por sus venas, sangre de Harriet, y su lado irlandés, ella siempre lo comprendió así, muy bien conectado), sería mucho mejor si Reed Court pudiera seguir como una verdadera casa de familia. Los museos estaban muy bien en sus lugares, pero la continuidad de línea, el apego de una familia a una casa, era preferible... Tal vez lo que debería hacer ahora, era que su abogado contratara a un hombre consciente y de confianza, para rastrear a Edward Shoebridge y, sin que Shoebridge se enterara, que presentara un informe confidencial para que ella pudiera tomar una decisión en un sentido o en otro, sin tener que entrar en ninguna situación desagradable. Realmente, ¿porqué se tuvo que dedicar a Madame Blanche alguna vez? Debió haber estado completamente postrada. Bueno, eso se había terminado. En cuanto a hacerlo por su cuenta, por intermedio de su abogado, lo pensaría un poco. Por el momento tenía bastante entre manos. El decorador simplemente no tenía idea de cómo quería decorar los cuartos. Tendría que llamar a un buen diseñador de interiores que comprendería enseguida lo que tenía pensado...

Llegó el fin de semana, antes de que Blanche pudiera ir a Blagdon. Tenía varias citas y entrevistas que no podían ser canceladas. Se fue un sábado. No le dijo nada a George. Cuando quisiera verlo, simplemente aparecería por la cabaña, o caería por el Red Lion para encontrarlo. Y por el momento, ya que él estaba libre para siempre de sus averiguaciones sobre Shoebridge, estaba inmerso en los arreglos para la instalación de Lumley's Sunshine Gardens Ltd. Sería muy limitada, pensó Blanche, mientras manejaba los 100 kilómetros hacia el Oeste, hacia Blagdon. George generalmente arrancaba como un cohete en cualquier nuevo proyecto y luego se apagaba suavemente y caía como un palo quemado. Con las manos quemadas, también, a menudo; terminando peor de lo que había empezado. Pobre viejo George. Realmente deseaba que hiciera marchar las cosas esta vez. Tal vez. Era por lo menos una idea que prometía más que todas las otras. Estas habían sido maniobras para enriquecerse rápido, que nunca habían salido bien. Esta por lo menos significaba poner el hombro en un trabajo duro. Aunque si quería que la cabaña fuera alguna propaganda para su nueva aventura, tenía que hacer algo allí con el jardín... una locura de malezas y pasto alto, y esos preciosos pájaros que tenía todavía circulando por allí. Eran lo último que quedaba de su anterior gran proyecto. Criar pájaros para jaulas y pajareras. Se sonrió para sus adentros mientras manejaba, oyéndolo decir: "Toda casa necesita una jaula de pájaro. ¿Qué chico o chica no le insiste a su madre

para que le compre un canario o cotorra? Pondré jaulas calefaccionadas eléctricamente, criaré, importaré y venderé pájaros, por menor y al comercio. ¡Es una mina de oro!”. Con George siempre era una mina de oro. Pero al final siempre volvía a la misma cosa. Se pondría más y más viejo, más y más andrajoso y desprolijo pero lo último que cambiaría sería su optimismo. Cuando tuviera setenta años todavía seguiría teniendo ideas brillantes.

Era una linda mañana. El sol caía apaciblemente sobre el día calmo, y el cielo estaba tan azul como el huevo de un gorrión. Había un débil toque de verde en algunos lugares a lo largo de las hileras de cerros y de era una mina de oro. Pero al final, siempre volvía a la tanto en tanto en algún pueblo, el estallido rosa y blanco de las flores de los cerezos y de los almendros. A Blanche le gustaba manejar. Le gustaba viajar. Era, después de todo, hija de viajeros. Había andado mucho desde su antigua carreta y vida de ferias, pero el campo y los pueblos y ciudades que iban cambiando, todavía la atraían al pasar por ellos. Nunca se lo puede sacar uno de la sangre, pensó. Su vieja madre ahora en casa, confortablemente instalada, no lo pensaría dos veces si tuviera que volver a viajar a su edad. Rompiendo el hielo de los baldes de agua. Los chicos de la ciudad o del pueblo mirando fijo a uno, llenos de envidia, como si uno fuera de otro mundo. Perros, caballos, bronces brillantes, carro con los costados pintados y el olor del humo de leña...

Hoy en día tenían empleos de primera, carretas modernas y casas rodantes. Autos deslumbrantes, en cambio de caballos, pero la vida era la misma. Haciendo ramos de narcisos y flores silvestres para vender por las casas. Sus viejas madres, con un pañuelo fuertemente atado en la cabeza, a la moda gitana, grandes aros de oro, mirando fijo la bola de cristal o leyendo la palma de la mano. De allí le venía a ella por supuesto. Le había ido bien. Había llegado a lo que era por sus propios esfuerzos. Siempre leyendo e improvisándose. La mocosa Blanche Tyler, ahora Madame Blanche Tyler, que tendría el Templo de Astrodel y llevaría consuelo, bienestar y felicidad a cientos de personas.

Estaba sentada al volante de su pequeño auto, manejando con destreza y cuidadosamente, una enorme, bien provista mujer, que llevaba un pequeño sombrero de piel, tapado y guantes de piel de cordero, y una chaqueta y pollera roja; el collar de perlas muy ajustado alrededor del cuello de la blusa de seda verde. En el asiento de atrás había una bolsa de plástico con cierre relámpago, con su almuerzo. Una pata de pollo fría, una rebanada de pan, ensalada, un arrollado y media botella de vino rosado. Cuando salía sola, le gustaba buscar un lugar pintoresco donde estacionar y comer, sintiendo y mirando el campo a su alrededor. George se encaminaría hacia la cantina más cercana. Ella no. Así como el ojo interior descansaba y se refrescaba con la vasta perspectiva de la eternidad, así también el ojo físico se limpiaba y se despertaba con la ancha extensión de bosques y colinas.

En algún lugar, Henry la estaba observando. En algún lugar, adelantándose al destino temporal, estaba formando ya los cimientos de su templo. La gente se

congregaría allí para oír sus servicios y esperar los mensajes que llegarían a través de ella. “Usted Madame... No, la de la fila del fondo. Sí, usted. Tengo a alguien aquí... recibo el nombre Bert ¿o es Bill?... Pasó al otro mundo no hace mucho tiempo y quiere que usted sepa...”.

Bajó la colina hasta el lago de Blagdon y estacionó el auto en un pequeño atajo entre los árboles, donde podía ver a través del campo, la extensión de las aguas. Delante de ella el camino corría cruzando la represa. El pueblo se perdía más allá sobre la empinada ladera de la colina. Se colocó dos o tres servilletas sobre la falda y comenzó a almorzar, observando el agua. Era un lago de pesca de truchas, lo sabía. Todo cuidadosamente preservado. Si su padre hubiera llegado allí en los viejos tiempos, hubiera salido a pescar varias noches. Gordas truchas de desayuno. Conejos, liebres, faisanes, y perdices... se le iba el sabor a la comida cuando se la cocinaba bajo techo. Estaba totalmente feliz y relajada. Era bueno salir sola de vez en cuando, aunque tuviera que hacer un poco de trabajo. Pero eso no era problema. En el momento que averiguara algunas cosas sobre Shoebridge sabría cómo manejar a Miss Rainbird. No tendría que pasar por alto el hecho, tampoco, de que si las circunstancias se dieran, ese Edward Shoebridge, podría servir para una contribución al Templo... Después de todo, el portador de buenas nuevas era merecedor, en alguna medida, de las gracias.

Una garza batió las alas perezosamente por el lago y Blanche se sirvió un poco de vino, y observó el centelleo del sol que brillaba rosáceo a través del líquido, mientras levantaba el vaso delante de ella, en silencioso brindis por un día feliz.

Mientras Blanche almorzaba temprano, Edward Shoebridge y su mujer dejaban la casa. Viajaban juntos en una pequeña camioneta cerrada que tenían hacía un par de años. Antes de llegar a destino, pararían y le pondrían patentes falsas. Hablaban poco entre ellos. Los dos sabían exactamente lo que tenían que hacer. En el pasado, siempre habían tenido que utilizar autos robados así como la camioneta. Esta vez no había necesidad. Cuando se hubiera producido el secuestro y la carta hubiera sido entregada a Charles Medham, no se levantaría ninguna voz de alarma hasta que se le hablara a Grandison. No habría vigilancia policial, ni cordones en los caminos. Sólo se enterarían de lo que había pasado, los más altos jefes del servicio de policía. La seguridad de ellos residía, en primer lugar, en la discreción de sir Charles Medham, la que sabían que no les fallaría, y luego en la conspiración oficial para evitar toda publicidad. Esta vez la operación podía ser más simple e incluiría menos riesgo. La víctima había sido estudiada durante dos años, callada y discretamente. Tres veces al año pasaba ésta el fin de semana con su viejo amigo Sir Charles Medham, y las visitas eran casi un ritual, fijadas por el hábito y las aceptadas costumbres. Ningún cazador podía esperar tener éxito, si no conocía los movimientos y hábitos de su presa. El hábito dominaba en gran medida la vida del hombre y de la bestia, el hábito



surgido de la necesidad, del sentimiento, de la costumbre. La lechuza de granero hacía sus ataques, y el lobo trabajaba campos, colinas y montes, de noche, tomando un cercano par de ejemplos.

Le llevó algún tiempo a Blanche encontrar Highlands House. Quedaba a tres millas de Blagdon, sobre la muy ondulante meseta de los Mendigos, con vista al Norte y al Oeste, hacia el canal de Bristol y las extensas planicies anegadas debajo. Desde un pequeño sendero lateral, un precario camino con paredes de piedra de unos doscientos metros de largo, llevaba a la casa. Por dos lados estaba ésta rodeada por un angosto grupo de olmos, a través del cual pasaba el camino. Por los otros dos lados, los cuartos posteriores de la casa miraban por sobre encima de una empinada loma, hacia el Este y el Sur, y el lejano Blagdon y los lagos Chew. Era una casa de ladrillos rojos con un establo de piedra y un agregado como garaje a un lado: ésta parte de la casa más antigua que había estado allí en un tiempo. Al fondo de la casa había dos sectores de pasto, encerrados por paredes de piedra. Al frente, el camino subía entre dos largas y anchas franjas de césped, cada una con un cantero de rosas en el centro. Era una casa fea y poco acogedora, aislada, barrida por el viento, y los dos canteros de rosas eran el único intento para darle algún atractivo. Había unos cuervos ocupados en hacer sus nidos en las altas ramas de los olmos.

A kilómetros de cualquier parte, pensó Blanche. Colgada en la cima del mundo. El camino que llevaba a la casa y el pasto, bien mantenidos, y los marcos de las puertas y de las ventanas, bien conservados. Era una casa que no hubiera llamado la atención a mucha gente. Tal vez sólo a alguien que quisiera mantenerse alejado del mundo moderno.

Pasó por la puerta principal y estacionó el auto cerca del garaje. Para recoger información, algunos de los mejores cuentos de George, habían sido sugeridos por la fértil imaginación de Blanche. Estaba trabajando para una agencia de viajes de Salisbury, que estaba haciendo un registro de terratenientes que pudieran estar interesados en facilitar lugares para casas rodantes de veraneo, para una muy alta clase social de clientela. No necesitaría más de cinco o diez minutos de charla con Shoebridge para decidir qué línea seguiría con él. Pero más seguramente, no divulgaría la verdadera razón de su visita en su primer encuentro. Todo lo que necesitaba al principio, era saber con qué clase de hombre estaba tratando. Antes de llegar a cualquier parte cercana a la verdad con él, tendría que decidir cómo iba a manejar a Miss Rainbird.

La puerta principal estaba protegida por un porche de ladrillo rojo que tenía profundos huecos para sentarse a cada lado. Tocó el timbre pero no obtuvo respuesta. Esperó un rato y volvió a llamar. Sábado, pensó. No era el mejor de los días para ir de visita. Estarían probablemente de compras en algún lugar. Bueno, era el primer día que había podido ir allí. Ciertamente no volvería a Salisbury sin hablar con

Shoebridge. Tendría que volver más tarde, por la tarde. Tocó el timbre por tercera vez sin ninguna contestación. Volvió caminando al auto, pasó por delante de los establos y por un pequeño sendero a través de unos arbustos, hacia un enorme embaldosado al fondo de la casa. No había señales de vida por ninguna parte. Luego, al darse la vuelta para volver al auto, comenzó a ladrar un perro en la casa. Volvió a la puerta y tocó otra vez el timbre. No vino nadie.

Blanche se encogió de hombros. Era una tontería, pero era así. Consultó el mapa que había traído, y vio que Cheddar con su desfiladero y sus famosas cuevas, no quedaba lejos de allí. Ninguna de las atracciones estaría abierta a estas alturas del año, pero decidió manejar hasta allí sin apuro, tomar un té y luego volver otra vez. Durante el camino cambió la temperatura del día. Un frío viento llegó del Norte, el cielo se nubló rápidamente y, mientras estaba tomando el té, las primeras pesadas gotas de lluvia comenzaron a golpear contra los vidrios de las ventanas. Blanche se sirvió la tercera taza de té y una segunda tajada de torta y se resignó al hecho de tener que hacer un viaje de vuelta a su casa, con lluvia.

En las tres ocasiones anuales en que se quedaba en River Park, con su viejo amigo Sir Charles, era su costumbre, después de la siesta de la tarde, caminar los pocos cientos de metros hacia abajo, a través de los bien cuidados jardines, hacia el enorme lago que había abajo de la casa, y luego por sus orillas, a la capilla privada de la familia Medham. Era una muy agradable capillita que había sido construida durante el período de la Regencia, en una pequeña cañada de rododendros, donde empezaba el lago. Su caminata era siempre la misma. Alrededor del lago hasta la capilla, luego unos minutos de visita en ella, donde generalmente se arrodillaba en la barandilla del altar y decía una plegaria en silencio o, algunas veces, ya que sus visitas a Sir Charles eran raros oasis, dentro de una vida muy ocupada, llena de compromisos, simplemente se arrodillaba y dejaba vagar su mente, empapándose de paz, de soledad, y de silencio; su memoria a menudo volviendo atrás nostálgicamente (tenía ya sesenta años bien cumplidos) hacia los días que había pasado allí de vacaciones cuando él y Sir Charles eran jóvenes. Estaba lejos de ser una persona recluida, pero los momentos de huida del mundo, como esos, eran gratificadamente renovadores. Dejando la capilla, caminaría por alrededor del lago, sabiendo que nada lo molestaría. Sir Charles conocía su costumbre y, siendo sábado, ningún miembro del personal andaría por allí. A mitad de camino a lo largo del extremo más alejado del lago, sacaría de su bolsillo la pequeña bolsa de papel con pedazos de pan, y alimentaría los pájaros acuáticos. La bolsa de papel siempre lo estaba esperando sobre la mesa del *hall* de entrada, cuando bajaba de su descanso; sabía casi al minuto, la hora en que volvería a la casa, donde Sir Charles estaría esperando en el estudio, y tomarían el té y luego jugarían un partido de ajedrez... todo parte de un bien organizado, tranquilo fin de semana. Había pocos como ése en la vida.

Mientras bajaba a la capilla comenzó a caer la lluvia. No lo inquietó porque llevaba un sobretodo para protegerse del frío y del viento. La tarde se oscurecía rápidamente. Al entrar a la capilla, lamentó que no hubiera sol afuera. Las coloreadas ventanas de vidrio eran muy hermosas. Hoy no las vería en su mejor momento. Caminó lentamente por la nave y se arrodilló sobre la alfombra, delante de la barandilla del altar. Extrañamente, mientras se arrodillaba y antes de comenzar a rezar, recordó uno de los pocos desacuerdos que él y Sir Charles habían tenido en su larga amistad. Tres años atrás a un integrante del personal, se le había acercado un periodista de Londres, que quería material para un artículo sobre la forma en que él pasaba sus fines de semana allí. El hombre le había señalado sus rutinas. No había nada ofensivo ni desagradable en la forma en que el periodista había manejado el material. En realidad lo había hecho bien. Pero Sir Charles se había puesto furioso por la infidencia. Lo había echado. Nada de lo que pudiera hacer cambiaría la forma de pensar de Sir Charles. Bueno, bueno, ese había sido Charles... orgulloso de sí mismo, disfrutando de la amistad que tenían y siempre dispuesto a protegerlo. Se había sentido conmovido cuando el hombre que había sido despedido, le había escrito una carta disculpándose y diciéndole que Sir Charles había tenido mucha razón. Se quedó unos minutos, la cabeza entre las manos, descansando sobre la barandilla, y luego se levantó y salió de la capilla. Al entrar al porche en penumbra se sorprendió al ver a un hombre y una mujer parados allí. Estaban de espaldas a él y examinaban una placa recordatoria, de mármol, que había en la pared. Había un sendero a un costado de la capilla que llevaba por unos metros, a través de un jardín cercado por arbustos, hacia la pared de la propiedad, que bordeaba la ruta. El portón hacia ésta se mantenía generalmente cerrado con llave, a menos que hubiera algún servicio en la capilla al que estuvieran invitados los vecinos y gente del pueblo. Pasando por delante de la pareja, la que no parecía haber notado su presencia, supuso que el portón había sido inadvertidamente dejado sin llave y que habían entrado por allí. En el preciso momento en que pasaba delante de los dos, sintió que lo agarraban fuertemente de atrás. El cuello de su sobretodo tirado bruscamente hacia atrás y, ante el poder darse vuelta o protestar, sintió que algo le pinchaba a través de la camisa, en la parte superior del brazo.

El portón de madera que había en la pared y que llevaba a una pequeña senda de campo, no había sido abierto con ninguna llave. Había sido forzado.

Aunque era un hombre grande, lo llevaron fácil y rápidamente entre los dos, los pocos metros hasta la camioneta que estaba afuera. Fue colocado atrás, sobre un par de frazadas, la puerta se cerró y se fueron.

Manejaba la mujer de Shoebridge. Condujo la camioneta bajando el camino, siguiendo la línea de la pared de la propiedad, dobló a la izquierda hacia un camino más grande, esperando (las luces laterales encendidas bajo el atardecer y la lluvia) que pasara un auto, y luego siguió trescientos metros más a lo largo de la pared, hacia la entrada principal. Los altos portones de hierro estaban abiertos. A la izquierda

había una pequeña casa de vigilancia, de piedra gris. A cincuenta metros después de haber pasado el portón, la camioneta se detuvo. Shoebridge salió, se envolvió la parte inferior de la cara con un pañuelo, se levantó el cuello de su saco, y volvió rápidamente a la casa del cuidador. Con las manos enguantadas metió la carta para Sir Charles en el buzón y tocó brevemente el timbre. Una luz se encendió tras las cortinas, a la derecha de la puerta. Volvió a tocar el timbre y luego se dirigió corriendo al auto. Para cuando el cuidador salió a la puerta para recoger la carta, la camioneta estaba a bastante distancia.

Su mujer manejó sin hablar durante diez minutos. Había una comprensión silenciosa entre ellos. Habían estado bajo tensión durante mucho tiempo. Ahora por un rato, la tensión había aflojado.

Ella dijo tranquilamente; las palabras le salían como un respiro de alivio:

—Tiene un rostro muy hermoso.

Shoebridge asintió con un cabeceo.

—Este es el verdadero principio. Todo el resto fue colocar la trampa. Llevó tiempo y paciencia. No lo hubiera podido hacer sin ti.

Se sonrió. Estaba contenta. Él no sentía la necesidad de decirlo, pero le gustaba oírlo. Sus palabras de amor eran siempre disfrazadas. El niño era como él, también. Sus afectos y amores era gemas raras, duras de pulir al principio, pero ahora por la mano de ella, eran más que ningún otro tesoro que la vida le pudiera mostrar. Ella quería lo que él y el niño quisieran, lo quería no porque hubiera en ella un anhelo por ello en sí mismo, sino simplemente porque era el sueño del niño. El hombre que estaba atrás era civilizado. El hombre que tenía al lado era un salvaje. El mundo lo llamaría loco, y sin conocerlo, estaría bien, pero era una locura que descansaba en la lógica y verdadera compasión por la vida y la belleza del mundo. Este estaba sumergido en sus propios desechos y locura. Salvar una pequeña parte de sí, era un comienzo, una santidad en la que creía, y por la que, el destino decidiera en contra de él, estaría dispuesto a morir. Si él se fuera, se dijo a sí misma, entonces ella también se iría. No eran nada uno sin el otro.

Era una tarde muy oscura. Él dijo:

—Estate atenta al bosque. Ya tiene que estar cerca. Entra en él y cambiaré las chapas de las patentes.

Sentada en el auto, las luces apagadas, el motor silencioso, esperó que cambiara las chapas. Él trabajó en la penumbra silenciosamente, con rapidez y seguridad, como hacía la mayoría de las cosas, cuando el corazón, tanto como la inteligencia, estaban con él.

Tenían más de una hora de camino por delante. Ella manejó durante todo el tiempo. Sólo de tanto en tanto hablaron.

Quince minutos después de haber sido entregada la carta en la casa del cuidador, ésta fue llevada a Sir Charles por el mucamo. Cuando éste se fue, él la leyó. Había servido demasiado tiempo en el cuerpo diplomático como para dejar que su rostro denotara cualquier sorpresa, aun cuando estaba solo. Se levantó y fue al teléfono: mientras discaba, ya estaba pensando cómo ocultaría discretamente la ausencia de su huésped. Habría poco problema en casa de un soltero. Su mucamo era de confianza; había estado con él durante treinta años en el país y en el exterior.

Una hora más tarde Bush estaba sentado en su departamento, leyendo el diario de la tarde y pensando si debía juntar fuerzas para salir la noche del sábado de Londres, y comer en algún lado, o arreglarse con lo que había en el departamento. Hasta ese momento todo el duro trabajo, investigación y procesamiento, no habían producido nada. Si alguna vez la buena suerte le fuera a dar una mano, pensó decepcionado, entonces ya estaría vencido hacía rato.

En ese momento sonó el teléfono. Levantó el tubo. La voz de Grandison del otro lado de la línea dijo:

—Bush, venga enseguida. Ha sucedido... —La línea quedó silenciosa.

Eran casi las seis de la tarde al llegar la camioneta por el angosto camino que seguía la línea de, la cima de las colinas. El viento era todavía más fuerte y llevaba consigo grandes ráfagas de lluvia. A unos cincuenta metros antes del camino a Highlands House, Mrs. Shoebridge apagó los faros delanteros y siguió con las luces laterales.

Mientras la camioneta bajaba por el camino, Shoebridge se asomó hacia atrás y con una pequeña linterna verificó las condiciones de su pasajero. El hombre estaba tendido fláccidamente sobre las frazadas, respirando tranquilamente, los ojos cerrados. La camioneta anduvo a los tumbos por el largo camino que llevaba a la casa; los limpiaparabrisas en funcionamiento para protegerse de los chaparrones, y luego entró por los portones de la casa y subió entre las angostas extensiones de césped de los bordes, hacia el sector de gramilla que había delante de la casa. Al estacionar al pie de los escalones bajos que llevaban al amplio porche de la enorme puerta principal, Mrs. Shoebridge apagó las luces laterales. La casa estaba en una ubicación alta y expuesta. Ellos no querían que se advirtiera innecesariamente la hora de su llegada.

Completamente ocupados, tarea en mano, sabiendo exactamente lo que había que hacer, los Shoebridge salieron de la camioneta. Abrieron las puertas de atrás y, utilizando las dos frazadas debajo de su pasajero a modo de camilla floja, lo sacaron y lo cargaron a través de la lluvia, escalones arriba y hacia la protección del oscuro porche. Lo apoyaron en el piso. Shoebridge que estaba delante, se enderezó, sacó la llave de su bolsillo y tanteó la cerradura de la puerta. Mientras lo hacía, Mrs.

Shoebridge se estiró hacia la derecha y buscó la llave exterior de la luz del porche. Se encendió una luz tenue, de bajo voltaje.

Por un momento o dos, ninguno de los dos notó la presencia de Blanche. Estaba parada al fondo, a un lado del porche, donde había estado esperándolos, protegiéndose de la lluvia y del viento. Unos momentos antes había visto las luces laterales del auto de ellos que venía por el largo camino que llevaba a la casa, entonces salió de su auto y fue corriendo hacia el porche. Había estado esperando durante media hora en el auto estacionado junto al garaje, y casi había decidido abandonar su vigilancia y volver otro día.

Al encenderse la luz, Blanche tuvo una visión de costado, de Mrs. Shoebridge. Todo lo que pudo ver de Shoebridge fue la espalda de su impermeable. En los pocos minutos antes de hablar vio al hombre que descansaba sobre la frazada. La cara de éste estaba dada vuelta hacia ella. Sin ninguna sensación de sorpresa, por un momento todo pensamiento o emoción o especulación, suspendidos en un congelado espasmo, miró la cara del hombre y la reconoció enseguida. La había visto a menudo en los diarios, por televisión y en vivo. Tres veces en los últimos años habían ido con George a la Catedral de Salisbury para oírlo predicar.

Shoebridge abrió la puerta y la empujó, y luego se dio vuelta y vio a Blanche. Su mujer lo hizo al mismo tiempo. La impresión interior que tuvieron, hizo palidecer sus caras. Eran estatuas, el mundo que comenzaba a hacerse pedazos lentamente debajo de sus pies.

Blanche, interpretando mal la reacción de ellos, dijo:

—Lo siento. Los debo haber sobresaltado. Estaba esperando aquí a que volvieran. Casi desisto. —Luego volviendo los ojos hacia el hombre que estaba en el piso, sintiéndose preocupada, continuó—: ¿Qué le ha pasado? ¿Tuvo un accidente? Es el arzobispo, ¿no? Sí, por supuesto. Vamos, les daré una mano.

Se estaba moviendo para ayudarlos, cuando la mano de Shoebridge fue hacia el bolsillo. Era él mismo nuevamente. Pero su mundo había cambiado. Había entrado en una órbita diferente. Una órbita peligrosa, pero no desastrosa. Necesitaba un poco de tiempo, pensamiento y cuidado, volverlo a su camino.

Shoebridge, revólver en mano, dijo con voz apacible:

—Simplemente entre.

Blanche pasó la mirada del revólver a él, y su cara le dijo más que aquél. La violencia estaba encerrada en ella. Lo podía sentir, agitándose en su interior, contenida y controlada. No había ninguna áurea de maldad con respecto a él, pero pudo sentir casi físicamente una emisión de oscuras ondas palpitantes de amarga frialdad.

Mrs. Shoebridge dijo:

—Haga lo que le dice mi marido. —Por un momento la mano de ella tocó el brazo de Blanche. Sin decir una palabra, esta se acercó y entró al *hall* de entrada, iluminado sólo por la luz reflejada del porche. Con la corriente de movimiento

también le llegó una oleada de miedo. A mitad de camino yendo por el *hall*, se encendió una luz.

Shoebridge muy cerca de ella, la detuvo tocándola y luego abrió la puerta de un cuarto.

—Espere aquí. —Se volvió a su mujer y le entregó el revólver—. Quédate con ella. Yo me arreglo con todo esto. Ten cuidado de que no se saque los guantes.

Guió a las dos mujeres dentro del cuarto, cerró la puerta con llave y volvió hacia el arzobispo. Lo envolvió con las frazadas. Era un hombre grande. Shoebridge se arrodilló sobre una pierna y levantó el cuerpo colocándolo sobre sus espaldas y luego se paró lentamente y lo cargó hacia el *hall* de entrada. Cerró la puerta de una patada y apagó la luz del porche con la mano que tenía libre. Al fondo del *hall* de entrada, apretó la llave para que se abriera la puerta oculta que llevaba a los sótanos.

Grandison dijo:

—Tengo que estar en 10, Downing Street en quince minutos. Por el momento sólo lo sabe el primer ministro. He pedido que vayan, el secretario de Interior y el comisionado de la policía metropolitana. Sir Charles Medham está también en camino hacia allí. Ha prometido arreglar todo al final. Esta es una copia de la carta. —Le entregó a Bush una copia en papel carbónico. Bush sabía que la había copiado a máquina él mismo, que la primera copia estaría ya en su bolsillo. Sabía, también, que cuando tuvieran el original, no habría nada sobre él o en él que sirviera.

Bush dijo sin énfasis, ocultando el enojo y frustración que habían convivido con él durante tanto tiempo.

—Ha volado alto.

—Siempre supimos que lo haría. —Grandison se encogió de hombros y se sonrió—. Todo el asunto fue hermosamente fabricado. Tan simple. A menos que haya cometido algún error en alguna parte, no lo descubriremos, excepto alguna cerradura desde el cielo. ¿Sabe lo que significa si él sale airoso de ésto?

Bush asintió.

—Todo se volverá contra nosotros. Este Departamento desaparecerá. —No agregó, porque era innecesario, que si el Departamento desaparecía, Grandison no sufriría. Pero él sí. Quedaría marcado para el resto de su carrera.

Cuando se fue Grandison, leyó la carta. Era una cruda pieza literaria. Casi con seguridad, deliberadamente hecho. No había nada crudo con respecto a ese hombre. Al final de la carta, Grandison había agregado algunas notas que había tomado de Sir Charles. Su Gracia, un muy antiguo amigo, había estado pasando el fin de semana. Desapareció durante el paseo que daba por las tardes por el parque. Siempre visitaba la capilla de la familia en su paseo. Visitaba River Park tres veces al año, se quedaba alrededor de una semana. La regularidad de hábitos ayudó, Bush lo sabía. Casi seguramente algún artículo de divulgación de alguna revista o diario, debió haber

sido el que puso en marcha una serie de ideas en una persona como Trader. El resto fue fácil.

Llamó al Departamento de Mapas y les pidió que le mandaran las secciones en escala de seis en mil, de la zona. River Park tenía dos extensiones de caminos que corrían alrededor de parte del lugar. La capilla privada estaba marcada al Norte del lago. Estaba a unos pocos metros de un pequeño camino lateral. El instinto, respaldado por la experiencia, le dijo a Bush que tenía que haber sucedido allí. El Reverendo, Su Gracia el Arzobispo (uno de los primados de Inglaterra, York y Canterbury, con precedencia a la familia real, como el más alto Lord Canciller) atado como una bolsa de papas y arrastrado a algún auto o camioneta. Medio millón de libras de rescate. Las autoridades eclesiásticas y los comisionados de la iglesia estarían encantados con ello. Tendrían que conseguir algo. Sacó del estante un libro de referencias y verificó. De inversiones en acciones, tierras y propiedades, hipotecas y préstamos y beneficiarios, la Iglesia tenía una entrada anual de arriba de veinticuatro mil libras. Más de veinte millones de eso, era gastado en estipendio del clero y pensiones y el mantenimiento de las casas de los clérigos y otras propiedades de la Iglesia. No quedaba mucho. Una discreta palabra que se le dijera a unas pocas ancianas damas pudientes, de que el querido Arzobispo estaba en peligro, y el medio millón aparecería en una hora. Trader había elegido bien. No habría publicidad. Dios, ¡lo que fabricarían de ello los diarios! ¡Y las cabezas que rodarían! Frente a esto un embajador secuestrado no era nada... Y él, Bush tenía que estar allí sentado ¿haciendo qué? Haciendo dar vueltas los pulgares. Tal vez Grandison tuviera razón. Era el momento de rezar.

Eran las siete. Blanche estaba sentada en una silla de respaldo alto, del lado de la chimenea. Era un comedor. La mesa y las sillas eran de caoba, antiguas. Había destellos de plata y vidrio que salían del aparador que estaba debajo de las sombras teñidas de rojo de los candelabros de pared. Uno o dos óleos se escondían lóbregos en las sombras de la alejada pared. La lluvia y el viento golpeaban en violentas ráfagas contra la ventana. Mrs. Shoebridge estaba sentada cerca de la puerta. Era una mujer alta, morocha, pálida, de larga, cavilosa cara inmóvil. No mostraba ningún indicio de sus sentimientos. Shoebridge estaba sentado frente a Blanche. Tenía guantes puestos y estaba revisándole la cartera.

Le habían dado un vaso de sherry, pero no dejaban que se sacara los guantes. El contenido de su cartera estaba sobre la mesa. Shoebridge estaba hojeando meticulosamente su agenda, leyendo página por página. Blanche estaba asustada pero no sentía pánico. Era evidente que se había metido en problemas... muy grandes. Fue lo suficientemente rápida como para poder darle una explicación a muchas cosas. El hombre había sido el Arzobispo. No se había equivocado en eso. Excepto, tal vez, al



revelar que sabía quién era. No, la hubieran retenido de todos modos. Conocía los secuestros de Trader. Sospechó que Edward Shoebridge podía ser el mismo hombre.

Mrs. Shoebridge la había retenido en el cuarto, revólver en mano y observándola en silencio, cortándole rápidamente a Blanche el primer intento de conversación, con un serio gesto de la cabeza. Cuando Shoebridge había vuelto, Blanche se había enojado y se había indignado no porque lo sintiera, sino por política. Pero no la había ayudado. No sabiendo qué línea seguir, le había explicado a Shoebridge que había ido a verlo por posibles lugares para casas rodantes. Él la había escuchado sin interrumpirla, y luego había tomado su cartera y le había dicho a su mujer que le sirviera un sherry.

Estaba ahora sentado allí en silencio, la agenda a un lado, hojeando la libreta de direcciones de ella. Sacó el pedazo de papel en el que había escrito el nombre de él y la dirección, cuando la había llamado Angers. Lo dejó sobre la mesa y siguió examinando la libreta. Con aprensión y honda angustia, corriendo parejas con el miedo. Blanche lo observaba. Todos sus movimientos eran limpios y estudiados, una especie de lenta seguridad que se apoderaba de todo su cuerpo. Era de estatura mediana, flaco... esa flacura engañosa que ocultaba fortaleza. Tenía la cara tostada por el sol, endurecida por el aire. Era una cara inmóvil, inexpresiva. En un momento en que ella comenzó a decir algo para protestar, para consolarse sólo de oír el sonido de su propia voz, la había mirado y había sacudido la cabeza con expresión imperturbable. Ella se había calado, se había cortado por el frío golpe espiritual de la personalidad de él. Fue entonces cuando sintió una breve agitación de pánico. Este hombre, pensó, podía matarla fácilmente si lo sentía necesario. Luchó contra el miedo, hundiéndolo con una silenciosa corriente de descreimiento. Por amor a Dios, Blanche, se dijo a sí misma, mantén la cabeza y no actúes como una tonta.

Lentamente Shoebridge se recostó hacia atrás y la miró pensativo. Inesperadamente se sonrió de golpe, pero la sonrisa (Blanche lo sintió) no era para ella. Algo había ocurrido en su interior. Algo había cambiado repentinamente. Le llegó claramente, del mismo modo en que de tanto en tanto se adueñaba inexplicablemente de los pensamientos de otras personas. No sólo lo había resuelto, sino que estaba contento con su decisión, no estaba más preocupado por la presencia de ella allí. En cuanto a lo que se refería a él, todo el asunto estaba terminado.

—¿De modo que nos vino a ver por un asunto de casas rodantes? ¿Y como no estábamos fue a tomar el té a Cheddar y luego volvió aquí más tarde y nos esperó?

—Sí. Pero ahora debería explicarle...

La cortó en seco con ese rápido sacudón de cabeza que era casi como un golpe.

—No necesita explicarse. Usted no está interesada en casas rodantes. Eso fue simplemente para verme. Para poder entrar a la casa. Usted quería saber algo sobre nosotros primero, para poder decidir cómo manejar su verdadero asunto.

Curiosamente, a causa de su modo de hablar sensato, su tono de voz que no contenía ni enojo ni ansiedad, Blanche se sintió repentinamente reconfortada. Sería

una tonta si exagerara tanto las cosas, pensó. Tal vez estas no fueran tan malas como las había imaginado. Tal vez había imaginado todo al revés. La imaginación podía ser un mal aliado.

Con una sonrisa, una mano enguantada que subía en nervioso reflejo para tocar las perlas, Blanche dijo:

—Fue tonto de mi parte. Pero a veces es mejor saber primero cuando... bueno, cuando se trata de asuntos muy confidenciales.

Shoebridge volvió a sonreír brevemente. Dijo:

—Tiene usted una agenda muy escueta, Miss Tyler, pero es fácil leer entre líneas. ¿Es usted de Salisbury?

—Sí, y yo...

—Sólo quiero que me dé contestaciones directas. Sus emociones son de poco interés. Las puedo leer de todos modos. ¿Es médium profesional?

—Sí.

—¿Con un poco de ayuda terrestre en algunos casos?

—Hay verdades en este mundo así como en el otro. Es parte de mi ministerio revelarlas.

—Jerga profesional. —Estiró una mano y levantó la libreta de direcciones. Sin abrirla, dijo—: Usted está aquí por Miss Rainbird de Reed Court, Chilbolton, ¿no?

—Sí.

Deseaba hacer algo más que dar contestaciones directas. Tenía que haber protección en alguna parte, de algún modo, en una nube de palabras. Pero sabía que él la cortaría en seco.

—Es una lástima que mi número telefónico esté en la ex guía comercial. Podría haber llamado, y nuestro asunto se hubiera arreglado en unos minutos. Eso nos hubiera dejado a los dos en paz. ¿Cómo consiguió mi dirección? —Levantó el pedazo de papel.

—Por intermedio de un amigo suyo. Un tal Mr. Angers.

—Un amigo del pasado. ¿Cómo la sabía él y cómo lo encontró usted?

—Él recordó su interés por los halcones, y la consiguió por el British Falconer's Club. Mire... —ella hizo un rápido intento por escaparse de su control ¿por qué no vamos directamente al asunto? ¿Qué está haciendo usted con el Arz...?

—Estamos llegando directamente al asunto. —Levantó un poco la voz—. Por la ruta que conozco como directa. —Se sonrió.

Blanche se levantó. Ninguno de los dos se movió. Se esforzó por sentir rabia, para quitarse el miedo que tenía dentro y dijo:

—He tenido bastante de esto. Insisto en que me dejen ir enseguida.

Shoebridge dijo:

—Siéntese.

Blanche lo enfrentó por encima de la mesa. Él irguió un poco la cabeza para mirarla. Tranquilamente, desde el otro extremo del cuarto, Mrs. Shoebridge dijo:

—Usted no es ninguna tonta, Miss Tyler. Hemos raptado al arzobispo. Usted lo ha visto. Se dará cuenta que no es posible que se vaya... todavía.

No hubo ningún consuelo para Blanche en ese prolongado “todavía”. Lentamente se sentó. Mantén la cabeza, Blanche, se dijo a sí misma. Mantén la cabeza. Estás metida en un lío, pero tiene que haber una salida. Un compromiso. Algún arreglo ¡Dios!, tenía que haber algo.

Shoebridge dijo:

—¿Cómo lo encontró a Angers?

—A través de un amigo mío, que hace ese tipo de trabajo para mí, de vez en cuando.

Shoebridge le dio un golpecito a la agenda con un dedo.

—¿George Lumley? ¿Del que anota las expensas y pagos?

—Sí. Mire, lo que usted no entiende es...

—Yo comprendo todo, Miss Tyler.

—¡No, no comprende! ¡Y déjeme hablar! No, no se me atropellará. Escúcheme. Así que usted ha raptado al arzobispo. Obviamente por dinero. Bueno, todo lo que tiene que hacer es soltarlo... en cualquier parte. Olvidarlo. Hay suficiente dinero esperándolo. Eso es lo que usted no sabe. Y yo estoy dispuesta a ayudarlo, a olvidar cualquier cosa que haya visto aquí. Si tiene algún sentido común, eso es lo que tendría que hacer. —Shoebridge se sonrió—. ¿Realmente haría usted eso? ¿Se iría y se olvidaría de todo?

—Por supuesto que lo haría. Y está el dinero, también. Usted puede ser un hombre rico sin necesidad de esto... este asunto del arzobispo. Oh, por favor ¿no se da cuenta de esto?

Shoebridge la estudió y luego lentamente sacudió la cabeza.

—Lo siento, Miss Tyler, pero no anda. ¿Se da cuenta? Yo sé todo lo de Miss Rainbird de Reed Court. Lo sé desde que tenía diez y seis años. Sé quiénes fueron mis verdaderos padres, y no me interesa. Ellos me rechazaron y yo fui muy feliz con la gente que ocupó su lugar. Sé todo lo de Miss Grace Rainbird. Tiene dinero, pero yo no tengo interés en él. No tengo ningún deseo de ir a verla para reclamarle nada, o para ser bienvenido, porque eso aliviará su conciencia, o para poner las cosas en su lugar. Todo fue puesto en su lugar cuando Ronald Shoebridge y su mujer se convirtieron en mi madre y mi padre, hace años. Miss Rainbird probablemente valga doscientas mil libras. Podría vivir otros diez años. El tiempo es demasiado largo y el dinero no es suficiente, Miss Tyler. De modo que volvamos al verdadero problema. ¿Sabe George Lumley que usted venía a verme?

Rápidamente Blanche dijo:

—Por supuesto que sabe.

—Estoy seguro de que miente. Pero no significa ninguna diferencia. De modo que usted vino y me contó la historia de las casas rodantes. Y luego, se fue. Eso es todo lo que tengo que decirle al que me pregunte.

Levantó la agenda, la libreta de direcciones y el pedazo de papel con su nombre y dirección. Colocó la agenda y la libreta nuevamente en la cartera de ella. Miró la hoja de papel y luego la miró a Blanche. Dijo:

—Puede ser verdad que este Lumley conozca mi dirección y sepa que usted vino aquí hoy. Pero existe siempre la posibilidad de que no sea así. Usted no ha incluido mi nombre en la libreta de direcciones, y no ha escrito ninguna nota en su agenda, sobre el hecho de haberla conseguido por Angers. Yo no creo que se lo haya dicho a George Lumley. Pero, como le dije, si lo hizo no significa ninguna diferencia. — Levantó el pedazo de papel, lo arrugó en la mano y lo metió en el bolsillo.

La acción la llenó a Blanche de un pánico creciente.

Shoebridge se levantó y ordenó el resto de las cosas en la cartera. Blanche, la garganta seca, y el corazón que empezaba a latirle con fuerza, dijo en voz ronca:

—¿Qué va a hacer? Por amor a Dios ¿qué va a hacer?

Shoebridge se dio vuelta para mirar a su mujer. Mrs. Shoebridge hizo un pequeño cabeceo, como si estuviera de acuerdo con alguna cosa no pronunciada. Shoebridge se volvió a Blanche. Ésta vio que Mrs. Shoebridge se levantaba de su silla y comenzaba a moverse.

—¿Qué puedo hacer, Miss Tyler? —dijo Shoebridge—: He trabajado durante años para este día. Tengo un sueño que quiero realizar. El hecho de que se pueda saber que usted vino aquí no me coloca en ningún riesgo que no pueda afrontar con confianza. Tengo que seguir adelante, Miss Tyler. Usted se me puso en el camino.

Blanche se paró, el pánico la atravesaba, destruyendo todo menos un pensamiento.

—¡No! ¡No... Oh, no! —gritó y corrió a la puerta.

Shoebridge la agarró de un brazo. La dio vuelta y la sostuvo con las dos manos, sujetándole los hombros contra el pecho. Mientras Mrs. Shoebridge se ponía delante de ella, Blanche comenzó a dar alaridos. Ninguno de los dos Shoebridge pareció percatarse de aquéllos. Mrs. Shoebridge se acercó y tiró de la solapa del abierto tapado de piel de cordero. Desabrochó la delantera del saco colorado y deslizó una mano debajo del suelto cuello de la blusa de seda, descubriendo parte del hombro derecho, la carne rosada y suave.

Blanche volvió a gritar, muy largamente y con un miedo animal, y los Shoebridge no hicieron nada por detenerla. Mrs. Shoebridge levantó la jeringa hipodérmica. El alarido de Blanche se cortó en un largo sollozo lastimero a través del que llamó.

—¡Henry! Oh, Henry... —Mrs. Shoebridge insertó la punta con gran cuidado, la mano firme. Al entrar, Blanche volvió a gritar, y dio patadas en tal forma, que Shoebridge la tuvo que sostener. Luego lentamente se hundió en los brazos de él y este la bajó suavemente.

Dio un paso hacia atrás, miró su reloj, eran las siete y media, y luego le dijo a su mujer:

—Tenemos mucho tiempo. Lleva el auto de ella. Yo la llevaré en la camioneta. Tenemos que dejarla nuevamente en su zona. Te indicaré la ruta. Hay que hacerlo media hora antes del tiempo calculado para que reaccione. Encontraremos algún lugar. Hasta que lo hagamos, estamos en peligro, pero es inevitable. —Se quedó parado con la mirada puesta en Blanche y estiró la mano derecha y le tomó el brazo a su mujer, los dedos clavándose fuertemente en la carne.

Un poco después de las nueve de esa noche, George apagó la televisión en su cabaña y se levantó para prepararse un trago antes de irse a dormir. Estaba contento consigo mismo. El asunto de la jardinería estaba saliendo adelante. Había conseguido una camioneta de segunda mano, y había arreglado el precio para que la volvieran a pintar. La semana próxima iría a buscar el equipo y pondría un aviso para conseguir un muchacho fuerte que lo ayudara. Se estaban imprimiendo afiches. Estarían listos en pocos días. Para el fin de semana próximo estaría preparado para distribuirlos. Él y el muchacho lo podían hacer en la camioneta. Lumley's Sunshine Gardens. También sería anunciado semanalmente en el diario local. Antes de darse cuenta donde estaba, estaría expandiéndose por todo el lugar. Trabajarlo con verdadero interés y, ¿quién sabe?, terminar vendiendo la llave, y todo entero y con el dinero seguir en cosas mayores y mejores. Miró a Albert, que estaba sentado frente a la ventana. Afuera, el viento y la lluvia que barrían el valle del río, la sacudían.

Mientras George se servía *whisky* en un vaso, una ráfaga especialmente fuerte golpeó la ventana, sacudiendo el marco que estaba flojo, el martilleo de lluvia y viento, como un gran impulso de alguna fuerza elemental de afuera, asaltando la casa, determinado a entrar. Albert se levantó de un salto y, levantando la cabeza en dirección a la ventana, las cortinas que aleteaban en la corriente, comenzó a aullar, y siguió aullando hasta que George le tiró un almohadón.

En el mismo momento, también, en Reed Court, Miss Rainbird, que estaba sentada leyendo un libro bajo la solitaria luz de su lámpara de mesa, levantó la vista por casualidad y su mirada recayó en el sillón, hundido en la sombra, que Madame Blanche siempre había usado en sus sesiones. Sólo por un momento, por un truco de luz y sombra, dispuestas sobre el almohadón y el chal que Miss Rainbird había dejado sobre el respaldo al entrar, pareció que alguien estaba allí sentado. La impresión fue tan vívida cuando Miss Rainbird parpadeó para aliviarse del esfuerzo visual de la lectura, que estuvo segura de que había alguien allí. Sintió que se le paraban los pelos de la nuca. Un momento más tarde se dio cuenta de que el sillón estaba vacío y soltó un pequeño gruñido de autorepugnancia por su imaginativa tontería.

Y en ese momento en lo alto de un pequeño bosque, en las áridas tierras de la parte Oeste de la llanura de Salisbury, moría Blanche.



## NUEVE

LAS DIRECTIVAS de Grandison después de la conferencia en 10 Downing Street eran las que Bush había esperado. Debían ser satisfechos los términos del secuestrador. No se podía considerar bajo ningún concepto, ninguna clase de acción que pusiera en peligro la vida del arzobispo. El mensaje en clave saldría en el “Daily Telegraph” el lunes, y el Departamento debía esperar entonces las instrucciones, dándoles los términos y el método de liberación. No habría publicidad ni ahora, ni cuando el arzobispo fuera puesto en libertad. La falta de publicidad por el momento, era imperativa, por la seguridad de la vida del mismo. La falta de publicidad más tarde era igualmente imperativa, para proteger las reputaciones profesionales y públicas de los miembros de más alto rango del gobierno y la policía. Si en años venideros se descubriera la historia, entonces sería fácil declarar que el secreto en aquel momento, había sido la política más sabia, y para entonces no habría ninguna amenaza a la reputación de nadie.

La familia del arzobispo fue informada de la verdad y así también se enteró a unos pocos miembros de la jerarquía eclesiástica, que debían saberlo. En el diario se publicó un suelto diciendo que Su Gracia estaba padeciendo una fuerte gripe y que estaría confinado en cama durante los próximos días. Todos sus compromisos públicos fueron cancelados.

Todo el asunto, tuvo que admitir Bush, andaba como lo había planeado el secuestrador. Si por algún golpe de suerte descubriera en el par de días siguientes, quién era el secuestrador y dónde tenía escondido al arzobispo, aun entonces, no se llevaría a cabo ninguna acción hasta que se pagara el rescate y el Reverendo estuviera a salvo nuevamente en el seno de su familia.

Las instrucciones de Grandison fueron explícitas en ese punto. No se debía hacer el más mínimo movimiento que pudiera exponer, aun por unos minutos, la vida del arzobispo.

Éste había dado su paseo vespertino alrededor del lago de River Park y había sido apresado, o cuando entraba, o cuando salía de la capilla privada. La cerradura del portón que daba a la ruta, había sido forzada, y la carta para *Sir Charles Medham* dejada en la puerta de la casa del cuidador, mientras el secuestrador escapaba. Excepto el comisionado de Scotland Yard, no había ningún policía en el país que tuviera idea de que el arzobispo hubiera sido secuestrado.

Cuando Grandison había explicado su posición a Sangwill y a él mismo, Bush había dicho:

—Es tan simple que me pregunto si no habrá sido hecho antes.

Grandison sacudió la cabeza.

—No es sólo simple. Es audaz y arrogante. Otra vez estaremos sentados en ese maldito *hall* de entrada, y el hombre o la mujer vendrán y recogerán medio millón. Él o ella saldrán y ese será el fin. No nos volverán a molestar más.

—¿A menos? —Sangwill se levantó los anteojos y se frotó los ojos.

Grandison se encogió de hombros.

—Usted sabe la respuesta a eso. Usted ha recorrido todas las combinaciones de su computadora. Ha alimentado al gran cerebro con todo lo que sabe. El oráculo se niega a pronunciarse. La oración es la contestación. Ya lo he dicho eso a Bush hace años, pero se niega a ponerse de rodillas, se niega a sacrificar un par de pollos en honor a algún dios pagano. El hombre que está detrás de todo esto estará dispuesto a sacrificarse él mismo, si los dioses lo abandonan. No lo abandonarán, no, a menos que usted o alguien, los soborne con ofrendas más ricas que su propia arrogancia y audacia.

Tomando en broma el modo extravagante de Grandison, sabiendo que ocultaba una frustración mayor que la suya propia, porque Grandison nunca hubiera aceptado los términos del secuestrador, se hubiera negado y hubiera puesto al arzobispo en peligro, Bush dijo:

—¿Qué hay para ofrecerles? ¿Qué tenemos?

Grandison se sonrió.

—Siempre se puede encontrar algo que agrade a los oscuros poderes que controlan el tiempo y la suerte. Una simple pequeña dádiva que atrape su imaginación o un sincero llamado a su sentido de ironía.

Sangwill se rió.

—Realmente pienso que habla en serio.

—Por supuesto que hablo en serio. Por lo que debemos rezar es por el momento del caos, el pequeño desliz a tiempo, el millón a una chance, el cambio que significa una pavada, en la normalidad. Si no sucede, entonces no seremos más que testigos de un hombre y una mujer que recogen medio millón de libras y desaparecen para siempre en la noche.

Al día siguiente, que fue lunes, la columna personal del “Daily Telegraph” llevaba el siguiente renglón. “Felix. Todo bien en casa. Por favor escribe. John”.

Ese mismo día, a las diez de la mañana, un granjero que caminaba por un bosque, a unos kilómetros de Salisbury encontró un auto estacionado entre los árboles, a unos



cien metros del camino. Detrás del volante había una mujer muerta. Todas las ventanillas del auto estaban cerradas, excepto el ventilete triangular de la ventanilla de atrás. Una extensión de tubo de goma había sido atado con alambre al caño de escape, y entraba al auto por el ventilete.

El granjero llamó a la policía sin abrir el auto. Cuando llegó el patrullero, uno de los policías reconoció a Blanche. Estaba hundida detrás del volante, con el tapado de piel de cordero y los guantes puestos. Éstos estaban marcados con manchas de herrumbre y barro, presumiblemente adquiridas cuando había atado el tubo de goma al caño de escape.

Un par de tenazas de la caja de herramientas del auto, estaban en el suelo junto al caño de escape, con un pequeño pedazo de alambre suelto. Había llovido fuerte el sábado a la tarde y la mayor parte del domingo. Los zapatos de Blanche estaban cubiertos de barro, porque había estado parada sobre el terreno mojado, arreglando el tubo. El rubor de la cara no fue ninguna sorpresa para los dos policías. Habían visto antes otros muertos por envenenamiento de monóxido de carbono. Las marcas del auto, desde el camino hasta el bosque, y las huellas digitales en la parte de atrás del mismo, habían sido totalmente borradas por la lluvia.

Durante el fin de semana George no había extrañado a Blanche. Sus visitas a la cabaña no seguían reglas fijas. A veces lo llamaba por teléfono y le decía que iba, o simplemente aparecía. Pasar toda una semana, o más, sin verla cuando no estaba trabajando profesionalmente, no era nada inusual para George.

La madre de Blanche tampoco había notado que faltara. Había salido el sábado a la mañana diciendo que se iba de paseo en auto por el campo. Blanche nunca comentaba nada sobre sus clientes o sobre su trabajo profesional, con su madre.

Cuando no volvía, Mrs. Tyler presumía que se había quedado con George. La policía de Salisbury informó a Mrs. Tyler de la muerte de Blanche a mediodía, y ésta fue en el auto policial, a identificar el cadáver. Por la tarde se practicó una autopsia de rutina.

Esa noche el arzobispo se preparó para su tercera noche en los cuartos del sótano. Hasta entonces no había visto para nada a la gente que lo tenía cautivo. Había seguido la rutina que se le decía por el altoparlante. Sabía por qué se lo retenía, ya que se había acostumbrado a los casos de secuestro de Archer y de Pakefield. En realidad, había conocido una vez, socialmente a Pakefield, después de haber sido liberado, y le había contado una cantidad de experiencias, y se había divertido para sus adentros por el bajo precio reclamado por su liberación. Tenía un leve interés por saber la cantidad pedida por su liberación, como medida de su propia importancia, pero estaba claramente trastornado por el pensamiento de que el dinero (no importaba si fuera una suma grande o chica) podía ser sacado de los fondos de la iglesia. No estaba inquieto personalmente por su propia salvación. Estaba en manos de Dios y

ciertamente se le había dado la oportunidad de tener mucho tiempo para practicar sus devociones y encontrar consuelo y fuerza en el poder de la oración. La comida que se le dio era muy buena y el vino que se le trajo la segunda noche, fue un vino que él hubiera servido con confianza en su propia mesa. Antes de acomodarse en la cama dijo sus oraciones e incluyó en ellas a sus captores. No tenía dudas de la pluralidad. Que había sido secuestrado por el hombre y la mujer en el porche de la capilla, estaba más allá de la duda. Era un extraño y violento mundo, el mundo en que vivía. Pero entonces, por supuesto, siempre había sido un mundo violento y extraño... sin fe ni confianza, sería difícil sacarle algún sentido a todo.

Esa misma noche, Miss Rainbird durmió mal. Cuando se despertó, a las cinco de la mañana, fue para descubrir que tenía uno de sus fuertes dolores de cabeza. No podía recordar nada de sus sueños, excepto que habían sido perturbadores y que habían tenido relación con Madame Blanche. Se recostó contra los almohadones y se dijo a sí misma que iba a ser realmente demasiado para ella, tener que lidiar con Madame Blanche al mismo tiempo que con Harriet. Era suficiente para darle a cualquiera un dolor de cabeza fuerte. Y lo era, le dolía dentro del cráneo. Recordó cómo Madame Blanche la había curado una vez y le había dicho ella se podía curar sola si lo intentaba realmente.

Cerró los ojos y se quedó tendida en la oscuridad y comenzó a imaginar que Madame Blanche estaba en la cabecera de la cama detrás de ella, que las yemas de los dedos le acariciaban la frente. Se dijo a sí misma que la mujer estaba allí, el hilo de perlas balanceándose mientras movía las manos, el aire tocado por la fragancia del fuerte perfume que usaba. Podía sentir las yemas de los dedos, increíblemente livianos, que se movían por su piel. A pesar de que la mujer era evidentemente de mentalidad bastante mercenaria, había habido algo con respecto a ella, algún don, alguna cualidad, que no podía ser racionalizada. Una mujer extraordinaria.

Miss Rainbird se quedó dormida. Cuando se despertó, una hora más tarde, el dolor de cabeza había desaparecido.

Mrs. Tyler llamó a George temprano a la mañana, y le contó las noticias sobre Blanche. Cuando colgó el auricular, George se quedó mirando fijo por la ventana. Afuera, los narcisos y las azucenas estaban apareciendo entre el pasto salvaje del jardín. La primavera estaba tocando la tierra con color, y removiendo la vida salvaje. Había manchón de alas azules y amarillas de las cotorras en la pajarera. No podía ser, se dijo a sí mismo. No Blanche. Blanche era la vida. Toda vigorosa y cálida y terrenal. Estaba llena de todo eso. A pesar de su espiritismo y sus ideas etéreas, lo último que Blanche hubiera querido hacer, habría sido dejar este mundo deliberadamente, antes de su propio tiempo. Era simplemente increíble que Blanche

no fuera a entrar nunca más allí. Que él nunca más le hiciera tostadas ni le llevara el desayuno. Nunca más la vería sentada en la cama, esperándolo, una mujer magnífica, generosa, o la oiría gritar para que sacara a Albert del dormitorio. Nunca más la oiría reír tampoco ni vería ese repentino extraño alejamiento del mundo que la rodeaba, mientras se largaba a descifrar conversaciones del otro mundo... Henry y su Templo de Astrodel. Pobre Blanche... Ahora no lo lograría nunca más, no en este mundo.

Se sentó lentamente y sintió que las lágrimas comenzaban a brotar mojándole el rostro. Él era simple, un hombre sin complicaciones. No tenía ninguna sofisticación o filosofía que lo ayudara a encontrar respuesta a su pesar. Tal vez, también, él la había querido realmente. Lo de ellos no era uno de esos arreglos superficiales que tienen algunos hombres y mujeres. Tal vez también ella lo había querido. Debió haberlo reconocido, haberse hecho cargo y haberse casado con ella. Hubiera requerido un poco de esfuerzo, pero lo podía haber hecho... hacer que ella lo quisiera. Si hubieran estado casados esto no podía haber ocurrido. Y ahora había sucedido, todavía no lo podía comprender. De toda la gente que conocía, Blanche era la última persona que podía haber hecho una cosa como esa... perdiendo el tiempo con pedazos de alambre y tubos de goma, sentada allí en la llanura, con la lluvia que caía con fuerza, y esperando con calma que sucediera. ¿En nombre de Dios, por qué? ¿Por qué?

Se puso de pie, repentinamente enojado. Cómo se podía decir algo de la gente, pensó. Uno nunca sabía bien dónde estaba ubicado. Nunca se los penetraba directamente, y ellos nunca realmente llegaban a penetrarlo a uno. Extraños en parte, durante todo el tiempo. ¿Qué demonios le había entrado? ¿Había ido a ver a un médico en algún momento y le habrían dicho que tenía cáncer? No hubiera dicho nada si lo hubiera hecho. No habría querido pasar por todo eso, no cuando sabía que siempre podía pasar al otro mundo... ¿Cáncer? Por amor a Dios, eso era una tontería. Estaba tan fuerte como un caballo.

Sonó el teléfono. Era la policía de Salisbury. Se sentirían muy agradecidos si George pudiera verlos a las doce y media, esa mañana.

Antes de ir a la policía, George fue al Red Lion y bebió un par de vasos de Guinness. El primero lo bebió por Blanche, un silencioso brindis de adiós. Le hubiera encantado un vaso de Guinness.

George fue entrevistado por un sargento detective, una figura grandota, paternal. El hombre lo conocía bastante bien a George y también simpatizaba bastante con él. Pero, el hecho de simpatizar bastante con la gente, no debía permitirse que interfiriera con el deber. Le contó a George las circunstancias de la muerte de Blanche y dijo que ya que George, después de la madre de ella, era la persona más allegada, sentían que cualquier cosa que tuviera para ofrecerles podía ser de gran ayuda para ellos.

El sargento dijo:

—Hemos hecho la autopsia y, por supuesto, habrá un interrogatorio. No quiero ponerlo en dificultades, Mr. Lumley, pero debo aclararle que sabemos algo de su relación con Miss Tyler.

—Está muy bien. Una cantidad de gente lo sabía. Lo que quiero saber es ¿por qué demonios tuvo que hacer una cosa así?

—Eso es lo que el médico forense también quiere descubrir. ¿Le molesta que le haga algunas preguntas?

—Por supuesto que no. Lo que pueda hacer...

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El miércoles de la semana pasada. Estaba llena de la alegría de la primavera. Perdón, no quiero ser... Bueno, es un hecho. Ella estaba por encima del mundo.

—¿No la vio ni oyó de ella después de eso?

—No.

—¿Le dijo qué movimientos iba a hacer durante la semana?

—No, no me dijo. Pero yo le dije que estaría muy ocupado. Estoy tratando de instalar un pequeño negocio. Debo decir que todo esto me lo ha evaporado un poco ahora.

—Ella salió de la casa bastante temprano el sábado a la mañana y llevó consigo un almuerzo frugal. Cuando se la encontró había comido su almuerzo. ¿No tiene idea de adónde pudo haber ido?

—Para nada. Excepto... usted sabe que era espiritista. Profesionalmente. Algunas veces simplemente le gustaba salir. Ir al campo para estar sola. Pensar en sus cosas. Meditar, tal vez. Sé que una cantidad de gente piensa que es todo un engaño y una tontería. Pero no lo es. Ella tenía algo.

—¿Usted la ayudaba profesionalmente a veces, no?

—De tanto en tanto. No había nada de malo en ello. Ella no tenía como objetivo fraguar sesiones y todas esas vueltas. Pero de tanto en tanto yo averiguaba algunos hechos. Rastreaba a alguien. Conseguía información que le podía ayudar a resolver cosas.

—¿Le pagaba bien por eso?

—Algunas veces. Cuando se sentía generosa.

—¿Cuándo trabajó para ella por última vez?

—Terminé un trabajo para ella hace más o menos una semana. Bueno, casi lo terminé. Llegué a un punto muerto en realidad.

—¿Me puede hablar de ese trabajo?

—Si es absolutamente necesario, sí. Pero se relaciona con alguien bastante importante en esta zona. Realmente creo que debería mencionárselo a ellos primero. Para ser bien honesto, por el bien de Blanche, sería mejor que no lo hiciera. No veo que tuviera nada que ver con su suicidio. Todo lo contrario, diría yo.

—Bueno, dejémoslo por el momento. —Siguió—. ¿Tiene alguna idea de la razón por la que pudo haber hecho una cosa así?

—Ni la más remota. En realidad al contrario. Estaba lo más bien y llena de vida. Tenía proyectos y ambiciones para el futuro. Todo el asunto es un misterio para mí.

—¿Existió alguna vez entre ustedes la idea de casarse?

—Realmente no. Teníamos una buena relación. Aparte de esto, ella quería vivir por su cuenta y yo también. Se imaginará, yo he estado casado ya una vez. No resultó.

El sargento se recostó sobre el sillón, consideró a George un minuto o dos y luego dijo tranquilamente:

—¿Sabía usted que estaba embarazada?

—¿Qué?

Fue bien claro para el sargento, que la sorpresa de George era auténtica.

—La autopsia demuestra que llevaba un feto de dos meses.

—Buen Dios, ¿porqué no me lo dijo ella?

—Era una mujer grande, Mr. Lumley. Pudo no haberlo sabido ella misma. Pero si lo sabía, ¿cuál cree usted que pudo haber sido su reacción?

—Hubiera querido casarse conmigo y yo lo hubiera hecho. Y por Dios que hubiera deseado que ella supiera y hubiera sido así. Pudo haber sido un personaje extraño pero no hubiera andado en abortos. La vida era preciosa para ella. Toda la vida.

—¿Si se hubiera casado con usted, la hubiera afectado ésto profesionalmente?

—Por supuesto que no. Muchas médiums son casadas. En muchos aspectos ayuda. Pero ya me doy cuenta por qué pudo no haberlo sabido. Era una chica grande y siempre se salteaba alguna menstruación de tanto en tanto. Yo siempre hacía lo que había que hacer con ella, por supuesto. Pero solía asustarnos al principio.

—¿Asustarlos?

—Bueno, se dará cuenta de lo que quiero decir.

—Sí, creo que sí. Dígame, ¿alguna vez discutía sus problemas financieros con usted?

—¿En qué sentido?

—Bueno, cuánto dinero tenía. ¿Cómo lo tenía invertido y ese tipo de cosas?

—No, no lo hacía. Estaba bastante bien económicamente, eso yo lo sabía. Me pagó setecientas cincuenta libras por ese último trabajo, aun sin que yo lo hubiera terminado. Con franqueza, ella sabía que yo estaba clavado, y era generosa.

—Volvimos a ver esta mañana a su madre, Mr. Lumley. Miss Tyler hizo un testamento hace un año. Una copia está en lo de su abogado, y otra en la casa. Su madre estaba enterada de ese testamento. Quiero decir que ella sabía lo que decía y dónde estaba guardado. Mrs. Tyler es la principal beneficiaria. Tengo la autorización de ella y también la de su abogado para revelarles un punto del testamento.

Repentinamente George se dio cuenta del cambio de estado de ánimo del hombre. Dijo:

—Bueno, ¿a qué quiere llegar?

—Le estoy haciendo algunas preguntas, y usted está colaborando, Mr. Lumley. Eso es todo. Estamos indagando en un caso de suicidio, y queremos conocer la razón.

Cualquier ayuda que nos pueda dar será bienvenida. ¿Sabía usted que se lo menciona en el testamento de Miss Tyler?

—No lo sabía.

—Le dejó quinientas libras.

—¿Quinientas qué?...

El sargento se sonrió.

—Libras.

—No lo creo.

—Es la verdad. Le diré que no era una mujer rica, pero no tenía necesidad de dinero.

—No me importa lo que me haya dejado. Preferiría que estuviera viva. Y si quiere mi opinión, yo no creo que fuera el tipo de persona que se pueda suicidar alguna vez. Y puedo darme cuenta claramente lo que tal vez esté pensando usted, y eso es totalmente equivocado también. Que yo la maté porque el bebé sería un estorbo y yo tendría una bonificación de quinientas libras. —George se levantó, la cara tensa de rabia—. ¡Dios mío!, ¿qué clase de hombre cree usted que soy?

El sargento le hizo un ademán apaciguador con la mano.

—Nadie sugiere nada. Estamos charlando simplemente, y yo le estoy dando a usted alguna información y usted también me la está dando, con la esperanza de poder aclarar este asunto. Si quiere mi opinión personal, estoy muy seguro de que usted se hubiera casado con ella si hubiera sabido lo del bebé. E igualmente seguro de que usted no hubiera matado a nadie por quinientas libras. Usted no es ese tipo de hombre, Mr. Lumley.

—Pero lo que usted está sugiriendo es que pudo no haber sido un suicidio. ¿Que fue fraguado? ¿Que alguien pudo haberla matado?

—Usted está hablando con un policía, Mr. Lumley. Nuestro trabajo consiste en atenernos a los hechos. Miss Tyler pudo suicidarse por muchas razones buenas, desde el punto de vista de ella, las que no sabremos nunca. Por otra parte, puede no haber sido así. Lo que me gustaría que hiciera, es que cuando se vaya de aquí cuando piense en ello. No quiero que lo converse con nadie. Pero piense en ello. Si se le ocurre algo, ténganos al tanto.

George volvió al Red Lion y almorzó en el bar y bebió dos *whiskys* con soda. En la comisaría, después de haberse ido George, el sargento se reunió con el hombre de la C.I.D. que le había registrado la cabaña anteriormente y había mandado el informe a Bush, por intermedio de la Scotland Yard.

—¿Y?

El sargento sacudió la cabeza.

—Me jugaría la vida por ello. No sabe nada. No sabía que estaba embarazada y tampoco sabía que le correspondía algo por el testamento. Y no se le ocurre por qué bendita razón, salió para hacer un lindo picnic y pasar un día en el campo y luego suicidarse.

El hombre de la C.I.D. recogió del escritorio el informe de la autopsia, y le dio una mirada.

—¿Leve moretón en la parte superior del brazo izquierdo?

—Se lo puede hacer uno al entrar o salir del auto. Haberse golpeado accidentalmente. No hay duda de que murió por envenenamiento de CO. No se necesita más de unos minutos en un auto como ese, antes de que la atmósfera sea letal. Creo que ella se suicidó y nunca sabremos por qué.

—¿Qué piensa el jefe?

—Bueno, usted lo conoce a él y al suicidio. Especialmente cuando se trata de un asunto en un auto. A pesar de lo que la anciana Mrs. Tyler dijo, ha pedido un examen posterior. Sangre, órganos internos por si se encontrara alguna huella de drogas o tóxicos. No sería la primera a la que se le haya deslizado algo dentro y luego se la haya hecho aparecer como suicida, ¿no?

—Ni la última. ¿Sabe usted que pasamos el informe de ese muchacho Lumley, por la investigación de Trader?

—Sí. No creo que sea primero un secuestrador y luego un asesino; mandamos cerca de cien nombres en relación con ese asunto.

—Creo que tendríamos que enterarlos de esto. Nunca se sabe en qué línea están trabajando.

—Muy bien. Pero debería esperar a que usted tenga el segundo informe del médico. Tendría que estar aquí mañana. De todos modos, el asunto Trader es un asunto muerto. Este está ya cómodamente lejos, con su botín. Es sólo un recuerdo que será siempre como una espina para los muchachos de arriba. Si usted cree que Lumley tiene alguna conexión con esto, entonces podría pensar también que Jack el destripador está vivo, gozando de buena salud, en Blackpool.

Edward Shoebridge vio el anuncio en clave en el “Daily Telegraph” ese día. No hubo ningún alborozo en su interior. Eso vendría mucho más tarde. Por el momento el aviso no era más que lo que había esperado. Se había quedado sentado junto a la consola en su sótano, con un juego de imprenta para niños y llenó el espacio en blanco que había para la fecha, y que había dejado cuando había sido escrita a máquina la carta para Grandison, al mismo tiempo que para Sir Charles Medham. Se la dio a su mujer para que la echara al correo. Esta iba a ir en auto a Southampton para hacerlo.

Mientras estaba parado junto al auto antes de que ella se fuera, dijo:

—Mientras estés en Southampton consigue un ejemplar del diario de la tarde. Es el “Evening Echo”, creo.

—¿Miss Tyler?

—Sí. Puede haber alguna información.

—¿No estás preocupado por ello, no?

—No. Aunque descubrieran que estuvo aquí, no cambiaría las cosas. Nosotros no sabemos que se suicidó. No conocemos la verdadera razón de su visita. Vino para averiguar Sobre casas rodantes. Esa es la verdad. Nunca nos hubiera hablado sobre Miss Rainbird sino hubiera estado asustada. Sólo quería echarnos un vistazo antes de tomar una decisión. Si alguien llega a saber que estuvo aquí, entonces podríamos tener la visita de la policía pronto. Les diremos la verdad hasta cierto punto. Si están enterados de Miss Rainbird y su conexión conmigo, les diré la verdad. No me interesa Miss Rainbird. Cuando consigas el diario, simplemente verifica si hay alguna información, y luego títalo.

—Es una lástima que sucediera.

—Siempre supimos que podía existir algún elemento casual en cualquier momento. Sucedió y lo hemos resuelto. —Se sonrió en forma rara—. Conocemos las ganancias y los riesgos. Siempre supimos que no existe esa cosa conocida como infalibilidad. Los dioses nos mandaron un poco de mala suerte, eso es todo. Sólo para asegurarse que podíamos lidiar con ella. —Se agachó hacia adelante y la besó a través de la puerta del auto.

Ella dijo pensativamente:

—Tenía el aspecto de la persona que no se suicida.

Él se sonrió nuevamente. Sabía que no era debilidad de su parte. No había debilidad ni miedo en ella. Dijo:

—Muchos de ellos tampoco lo tienen. La gente dice siempre: “No lo puedo creer. Ella no era ese tipo de persona”.

Cuando se fue su mujer, fue hacia las pajareras, y sacó el halcón de su hijo. Mientras el chico estaba en el colegio, él lo ejercitaba. Subió a través de los olmos, hacia la parte de atrás de la casa. El halcón destapado, mirando y oyendo los pájaros que había en los árboles de arriba, comenzó a inquietarse, a desplegar la cola, y a dar vuelta la cabeza, mientras seguía el vuelo de los pájaros que pasaban por arriba.

Lo llevó por la zona de los olmos y caminó un kilómetro por la planicie. Más abajo de las colinas, estaban los primeros campos, ahora verdes por los retoños de maíz. Siempre había un pasaje de pájaros desde los campos a los olmos. Algunas veces se movían en compañía, pero de tanto en tanto había uno, solitario, que volvía a los árboles. Después de un rato un pájaro solo apareció aleteando por la colina. Soltó el halcón y este fue contra el viento, detrás del pájaro. Éste lo vio venir y sin árboles o protección debajo, empezó a subir en torpes círculos, cayendo hacia abajo llevado por el viento, mientras lo hacía. El halcón describía círculos detrás del pájaro. Éste era un pájaro fuerte y pasó un poco de tiempo antes que el halcón estuviera muy alto por encima de él.

Shoebridge se quedó parado observando, recordando la primera vez que su hijo hizo volar un halcón detrás de un pájaro, en la misma forma. Con las cosas verdaderamente buenas, pensó, uno siempre recuerda la primera vez, y cada vez después de esta, fue también buena, pero el pequeño halo de magia había



desaparecido. El primer faisán agarrado mientras venía a favor del viento como un cohete, la primera línea de salmón que se desenrolla completamente para quemar los dedos inexpertos... La vida estaba llena de buenas cosas. Pero en estos tiempos tantas de las buenas cosas se estaban yendo. Había un balance natural entre la vida y la muerte. Pero no había equilibrio alguno en la naturaleza, que pudiera controlar la rápida diseminación humana de mugre y contaminación. El hombre estaba convirtiendo los mares y los ríos en cloacas y la tierra misma en contaminadas montañas de basura. Nada lo podía detener. Lo único que se podía hacer era buscarse un lugar incontaminado y rodearlo de una defensa contra la lenta mácula del mundo...

El halcón persiguió al pájaro, suspendido a unos cien pies por encima de él y luego hizo dos rápidos amagos de ataque, falsas agachadas, para empujar al pájaro más abajo. Éste fue de costado a favor del viento, cayendo rápidamente para protegerse en los setos que bordeaban los campos, mucho más abajo.

El halcón dio vuelta y fue detrás del pájaro en una zambullida de alas cerradas y Shoebridge pudo oír el silbido del aire al cortarlo. Atacó al pájaro a unos treinta metros del suelo, sin pegarse a él, y hubo una explosión de plumas negras mientras el halcón lo soltaba y el pájaro caía a los tumbos. Era la muerte, pensó Shoebridge, y era hermoso.

Mientras caminaba de vuelta a su casa; pensó en el chico. El período escolar estaba terminando. Pronto volvería a casa. Tomarían el auto y saldrían, una cerrada trinidad, hacia Escocia, Suecia o Canadá. Ninguno de ellos tenía sentimientos conservadores con respecto a ese país. Todos ellos sabían lo que querían y lo reconocerían cuando lo vieran. Todo lo que él sentía, el chico lo sabía y comprendía. Su deseo no era poético ni filosófico, no querían como guías ni a Thoreau ni a Robinson Crusoe. Su deseo era físico. Querían tener un lugar con bastiones contra el mundo, donde en veinte, cien o quinientos años, ellos o sus descendientes, hubieran vivido tan cerca de la verdadera naturaleza como pudieran, y donde librarían la última pelea contra la última invasión del mundo por la contaminación del hombre. Era un proyecto del que muchos se reírían y luego lo llamarían a él loco, por tener semejante sueño, y todavía más loco por querer realizarlo. De modo que déjenlos, pero el deseo en él era tan fuerte como el hierro.

Cuando volvió su mujer, dijo que habían publicado un pequeño párrafo en el "Evening Echo" informando del descubrimiento del cadáver de Blanche Tyler. Preparó la comida del arzobispo, dándole trucha ahumada y tournedós a la Rossini con broccoli. Cuando volvió, trajo con ella un ejemplar del "Daily Telegraph", del sótano. Atravesando la parte superior de la primera página el arzobispo había escrito: Preferiría el "Times" a esto.

Shoebridge tomó el diario y lo quemó. El diario no cambiaría. Aunque trataba al arzobispo con toda consideración, el hombre no existía como una personalidad para él. Era un objeto de valor que a muy corto plazo, sería vendido.

George estaba sentado en la cocina con la madre de Blanche, tomando *whisky*. Había llevado una botella. La anciana la aceptó, aunque prefería el té. Pero una muerte en la familia hacía que las cosas fueran diferentes por un tiempo. Lo tomaron en vasos baratos. La casa era de ella ahora y había buenos vasos en el comedor, pero por el momento, el hábito la retenla, la restringía casi tan firmemente como si Blanche viviera y fuera todavía la dueña de Maidan Road.

George se estaba adecuando ya a la tragedia, estaba entrando en las normas de comportamiento y pensamiento normales, haciendo lo que hacen miles de personas cada día en algún lugar, absorbiendo el golpe y aceptando que la vida tenía que seguir.

—¿Cree usted que ella tendría idea de que estaba embarazada? —preguntó.

—No. Tenía la cabeza demasiado en las nubes para eso. Pensaba que estaba a salvo. Nunca se está a salvo. No importa lo que se haga, muchacho. La vida busca las formas de escabullirse.

—Yo me hubiera casado con ella. Enseguida. Pobre vieja querida.

—Usted no lo hubiera hecho. Ella no era el tipo para casarse. No nuestra Blanche. No quiero decir que se hubiera librado de ello. Lo hubiera tenido, hubiera hecho bien, le hubiera encontrado un hogar o lo hubiera tenido aquí. Yo nunca me hubiera casado con su padre. En nuestra vida, uno lo hacía a veces o no. La iglesia no significaba mucho. El hombre tomaba una mujer para convivir, le hacía los hijos y se quedaba con ella o no.

George sirvió más *whisky* para los dos. Había sido un día malo, pero al ir terminándose, empezaba a sentirse mejor. No lo mismo. Mejor. Era la forma en que transcurría la vida y había que congeniar con ella.

—Cuando usted me llamó esta mañana, se me abrió la tierra debajo de los pies. Era lo último que hubiera pensado de Blanche, sentada allí en el auto afuera, bajo la lluvia... haciendo eso. Todavía no puedo creer esa parte. Se ha ido, eso sí lo puedo afrontar. Pero no la forma en que lo hizo.

—Para mí no fue ninguna sorpresa.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, como lo sintió usted. Oh, sí, fue un golpe. Exactamente como hubiera sido si la hubieran atropellado. Pero no lo otro.

—No comprendo.

—¿Por qué habría de comprenderlo? Como les dije en la comisaría. Está en la familia. Nunca se lo dije a ella, se imagina. Aunque debió darse cuenta. No se les puede ocultar las cosas a los chicos. Pero el viejo Tyler fue lo mismo.

—¿Su padre se suicidó?

—Así es. Se fue una noche. Hombre fuerte. No le preocupaba nada en el mundo. Y lo encontraron en el río a la mañana siguiente. El viejo Tyler nadaba como una

anguila. Uno de sus hermanos fue peor. Tenía sólo cuarenta años. Se sentó en el terraplén del ferrocarril y esperó que pasara el tren. Colocó la cabeza en la vía cuando estaba a cincuenta metros de distancia. No le pasaba nada malo. Acababa de comprar un caballo nuevo y había repintado recién la carreta por fuera. Los dos alegres, hombres normales, diría uno.

—Buen Dios. ¿Lo hicieron simplemente? ¿Sin ninguna razón?

—Así es. Excepto que tiene que haber alguna razón en algún lugar de adentro. El viejo Tyler, usted diría que nada le preocupaba. Teníamos cuatrocientas libras en el Banco. Me dio un beso y un abrazo antes de salir y lo trajeron a la feria, a la mañana siguiente, sobre una valla. Estaba sonriendo, como si todo fuera un gran chiste. Está en la sangre. No, no fue ninguna sorpresa para mí lo que hizo Blanche. Un golpe sí y el dolor de madre. Pero ninguna sorpresa. Ella lo debe haber heredado del lado de la familia de él. ¿Qué va a hacer usted ahora sin ella?

George no contestó. Bebió su *whisky* y sacudió la cabeza.

Blanche había formado parte de su vida, en mayor medida de lo que él se había dado cuenta. ¿Qué haría sin ella? Haría lo que hacían todos los demás, suponía, cuando perdían a alguien... dejar que el tiempo y la suerte llenara los huecos, esperar que el recuerdo perdiera sus nítidos contornos, desapareciera.

—No sé. Me meteré en algo, supongo. Algo como este pequeño negocio que tengo. Lo haré marchar. Ella hubiera querido eso de mí.

—Bueno, el dinero que le dejó podrá ayudarlo. No le dejado eso si no lo hubiera querido realmente. Blanche era siempre cuidadosa con el dinero.

Por lo que le concernía a él, pensó George amargamente, el dinero podía diluirse todo, si la trajera de vuelta a Blanche. Lumley's Sunshine Gardens Ltd. ¿Cómo se podía poner el corazón en algo así ahora? Le hubiera gustado hacerlo por ella. Para mostrarle que podía hacer de algo un gran negocio, y luego ver el placer y el orgullo que tendría ella ante su éxito. Cristo Todopoderoso, las cosas que la vida le hacía a uno, y gratuitamente. Uno se levantaba sonriendo, el sol que brillaba, y, de golpe, la vida le daba a uno una gran bofetada en la cara.

Afuera, la mañana estaba dorada por la luz del sol que hacía centellear las aguas del lago, en St. James Park. Un palomo se pavoneaba de arriba abajo por el antepecho de la ventana, el buche hinchado, agresivo, llamando con arrullos a las palomas del techo.

Bush tenía la segunda carta de Trader sobre el escritorio, delante de él. Había sido echada al correo en Southampton el día anterior. Sangwill ya había recibido la carta para buscar las huellas digitales. No había ninguna. Trader había escrito que quería las mismas condiciones de la vez anterior. El rescate debía ser pagado en diamantes, y había especificado los tipos y calidades. Cuando la carta fue escrita, se habían dejado espacios en blanco para el día, la hora y el lugar de la entrega del arzobispo.

Estos habían sido llenados en desparejas letras y números rojos, de algún barato juego de imprenta para chicos. Los caracteres de máquina eran los mismos de la carta enviada a Sir Charles Medham. Bush sospechó que el hombre había escrito las dos cartas al mismo tiempo... Se lo podía imaginar escribiéndolas y luego saliendo, en el auto para abandonar la máquina en algún lugar. La seguridad y arrogancia del hombre lo irritaban más que nunca esa mañana. Su mente volvió al *hall* del comedor de oficiales del Centro de Aeronáutica, en Middle Wallop. La esbelta y delgada figura subiendo los escalones desde la oscuridad, la grotesca máscara, y el conductor del taxi sonriendo desde el auto... todo eso, pensó Bush, tendría que pasarlo nuevamente. No había forma de detenerlo. Las órdenes habían sido dadas por intermedio de Grandison. No tenía que haber ninguna estratagema, ninguna decepción, ni el más mínimo movimiento que pudiera impedir en cualquier forma, la suavidad de la entrega, o perjudicar la seguridad del arzobispo. El hombre entraría desde la oscuridad de la noche, tomaría los diamantes y se iría. Él, Bush, volvería a estar allí parado observando cómo sucedía. Y después que hubiera ocurrido, no importaba qué futuro se decidiera para el Departamento (y no había forma de escapar a las presiones que se estaban formando ya contra él) habría una marca negra contra su propio nombre, que lo seguiría en su currículum adonde fuera. Habría otros empleos para él, pero ninguno de ellos sería nunca el que anhelaba. Y este hombre Trader se lo habría hecho a él, lo habría marcado, antes de haber evolucionado y madurado como Grandison, el que ya llevaba demasiadas cicatrices de pasados fracasos y triunfos para que ninguna derrota ni ningún éxito por venir, pudieran tocarlo.

La noche anterior su mujer había vuelto inesperadamente de Norfolk. Con una calma y seguridad que no había conocido antes en ella, había dicho que volvía a Norfolk para vivir con su amante. Le había dado el nombre del hombre, agregando que tenía intención de cambiarse el nombre por acuerdo escrito firmado, y había dicho que estaba satisfecha de esperar el tiempo necesario antes del divorcio. Estaba feliz y decidida, y veía claramente el camino que tenía por delante. Su seguridad y feliz auto-confianza, le resultaban irritantes, pues cargaba con el caso Trader. Nada de lo que tenía entre manos le salía bien. Pensándolo ahora, se preguntaba si los dioses del caos no se estarían matando de risa mientras lo observaban, un hombre que quería atrapar y destruir a Trader, el actual mimado de ellos, un hombre que ni siquiera podía crear un momento de malestar a una mujer que no significaba nada para él.

Se levantó y caminó hacia la ventana. En un momento de cansancio repentinamente pensó, ¿qué demonios importaba? Que Trader tenga sus diamantes, y que su mujer tenga su divorcio. Realmente no importaba. Para el sábado a la mañana todo habría pasado, el arzobispo estaría de vuelta y Trader triunfante. Muy bien, y entonces él se iría, dejaría que su ambición muriera, se libraría legalmente de su mujer, y aceptaría lo que le ofreciera la vida. Parado allí, observando el verde de los arbustos y árboles, los olores de los narcisos y los ciclámenes en el parque, su estado de ánimo era el de un hombre verdaderamente desesperado.

Fue en ese momento que entró Sangwill. Le entregó a Bush dos hojas de papel.

—Recibimos esto de Yard hace un rato. Vino de la policía de Wiltshire. La segunda hoja está impresa por la computadora.

Bush se sentó y leyó la hoja de arriba. Era un informe de la C.I.D., desde Salisbury, sobre el suicidio de una tal Blanche Tyler. Daba todos los detalles relevantes, y un sumario de todos sus movimientos el sábado anterior al descubrimiento del suicidio en el auto. También mencionaba que había una historia de suicidios familiares. Una autopsia había revelado que estaba embarazada de dos meses, la muerte indudablemente era debida a un envenenamiento por CO, pero exámenes posteriores y test analíticos sobre los órganos internos habían revelado pequeños rastros de un compuesto de teopentona de sodio y chloropromezatina. Era posible que hubiera sido drogada primero, colocada en el auto y luego muerta por envenenamiento de monóxido de carbono, toda la acción arreglada para que pareciera como suicidio. Tenía un amante, un tal George Lumley, que pudo haber sido responsable de su embarazo y el que heredó quinientas libras por testamento. Los movimientos de Lumley durante la semana habían sido claros. La muerte de Blanche Tyler había ocurrido entre las nueve y las diez del sábado a la noche. Lumley había pasado las horas entre las ocho y las diez en el bar del Red Lion, Salisbury. Había sido entrevistado por la policía y se consideraba muy improbable que tuviera alguna conexión con la muerte. El informe fue llevado adelante como un asunto de rutina, porque Lumley ya había sido objeto de un informe enviado al Departamento, en las averiguaciones por el caso Trader. Se requerían instrucciones referentes a alguna acción ulterior con respecto a Lumley y al caso en general. La interrogación al médico forense estaba fijada para el viernes siguiente. La hoja de la computadora daba todos los detalles de Lumley ya informados, con una cruz como referencia a la teopentona de sodio y al chloropromezatina, rastros encontrados en el análisis de sangre del Muy Honorable James Archer, M.P.

Bush, la mente alerta y valorando las posibilidades; su frustración un poco más aliviada, dijo:

—Esta teopentona fue utilizada para Archer. Es muy posible que haya sido utilizada para Pakefield también. Pudo haber sido utilizada para el arzobispo el sábado. Trader la utilizaba cada vez. Ahora tenemos esta mujer para la que también fue utilizada, el mismo sábado, ¿por Trader?

—Bueno, eso es lo que la computadora no quiere que ignoremos. Enfrentémoslo, no es el tipo de sustancia que se puede comprar en una farmacia tranquilamente preparada-para ser usada. Pero podría ser preparada por alguien que tenga el conocimiento químico necesario.

—El que ciertamente no parece tener George Lumley.

—Admitiendo por el momento que ese George Lumley sea inocente de la muerte de ella, y admitiendo también que ella no tiene conexión con Trader y admitiendo también que ésta podría ser la posibilidad de un millón contra una que esperábamos,

que rogábamos para que se diera. ¿Qué tipo de conexión podría existir entre Trader y esta mujer Blanche Tyler, que lo obligara a matarla?

Bush se recostó en su sillón. En el pasado había visto que la verdad recorría extraños caminos para alcanzarlos, y él había recorrido también muchos caminos detrás de la verdad y había sido desengañado. Pero las implicancias aquí, si la verdad estaba haciendo algún leve llamado para que la reconocieran entre el montón de datos de la computadora en la que se había perdido, eran elementales.

El arzobispo fue raptado entre las cuatro y las cinco de la tarde. Cuatro o cinco horas más tarde muere Blanche Tyler. ¿Y?

Sangwill se encogió de hombros.

—Admitiendo que Trader haya utilizado la theopentona de sodio en ella, no es difícil inventar una razón. La más obvia es que ella se le haya puesto en el camino, en algún lugar de la línea del secuestro. Ella se convirtió en más que una amenaza. Era un peligro positivo y tuvo que librarse de él. O tal vez hubiera estado trabajando con él durante todo el tiempo y por alguna razón él descubrió que tenía que matarla. La descripción de ella no tiene nada que ver con la de la mujer que recogió el primer lote de diamantes. Pero no tenemos ninguna prueba de que hayan sido sólo un hombre y una mujer, los involucrados en los secuestros.

—Sólo existe una suposición a la que queremos jugar nuestro dinero. Que hay una conexión entre Trader y Blanche Tyler. Que haya sido una conexión establecida hace rato o que sea fortuita (algo que sucedió ese sábado), no interesa. Tenemos que suponer que lo que queremos que sea verdad, lo sea. ¿De modo que a dónde fue ese sábado Blanche Tyler? A donde sea que haya ido tenemos que creer que se encontró o iba a ver a Trader allí —dijo Bush.

—Nadie sabe a dónde fue. Se preparó un almuerzo frugal y salió. Su madre no lo sabe y Lumley tampoco. Todo lo que nos pueden decir es, que algunas veces salía para ponerse en contacto con la naturaleza.

Bush se levantó.

—Lo averiguaremos. Pero tendremos que ser más que discretos con respecto a ello. Grandison llegará enseguida. Hablaré con él sobre la línea a seguir. Pero le puedo decir una cosa. Aun si pudiéramos poner un dedo sobre Trader en este momento, no se nos permitiría hacer nada. El canje tiene que seguir su curso. No se debe hacer ni el más mínimo movimiento que pueda poner al arzobispo en peligro. Eso realmente podría hacer remontar el globo.

—Bueno, eso nos conviene. El arzobispo vuelve. Se recobró de una fuerte gripe y retoma sus obligaciones. Nadie se entera de nada. Y entonces nos ocuparemos tranquilamente de Trader, si todas estas suposiciones son correctas y si lo podemos rastrear. Esto último es el problema. Tenemos una médium muerta y un aventurero que vive de una suma que le envían mensualmente. Gran ayuda.

Bush sacudió la cabeza con fuerza. Esta era la primera migaja de esperanza que se le ofrecía. Ahora era el momento para un acto de fe. Ahora era el momento para que

el caos se resolviera solo, dentro de un esquema revelador. Tal vez los dioses se hubieran puesto contra Trader finalmente. Dijo:

—Adonde sea que haya ido ella, tiene que existir alguna forma de rastrear sus movimientos. Tendré que ver cómo quiere manejar esto Grandison.

Cuando lo vio, una hora más tarde, la respuesta que se le dio fue directa.

—No haga nada. El arzobispo será entregado el sábado. Hasta que suceda eso todas las averiguaciones que hagamos nosotros o la policía son tabú.

—¡Pero esta puede ser la pista que queremos!

—Espero que sea. Pero no haremos riada ahora. ¿Cómo sabe usted si Lumley o la madre de esa Blanche Tyler no están conectados de alguna manera con Trader? Esa es una suposición que no debe ser pasada por alto. —Grandison comenzó a limpiarse el monóculo con el pañuelo de seda—. Blanche Tyler pudo haber estado trabajando con Trader, también. Podría ser algo muy remoto, pero supongo que es verdad. Y entonces aparece usted, haciendo averiguaciones. Eso siempre hace que la gente se ponga inquieta, sospechosa. Hasta ahora es un simple caso de suicidio. La gente de Wiltshire tiene que mantenerlo así. El interrogatorio al médico forense debe seguir ese camino y hay que llegar al descubrimiento del suicidio. Ya hablaré con ellos y arreglaré eso. No se debe hacer nada que pueda, en la mayor extensión de la imaginación, alcanzar de vuelta a Trader y hacerlo pensar que el juego se está volviendo en contra de él. Pero una vez que el arzobispo esté de vuelta, podremos trabajar. Hasta que lo tengamos nuevamente aquí, Trader, sea quien sea y esté donde esté, tiene que tener la absoluta seguridad que no corre ningún peligro. —Grandison se sonrió—. ¿Le gustaría dar algún paso que pueda llevar a la muerte del arzobispo? Es algo que no podría mantenerse callado. ¡Los diarios explotarían! Y una cantidad de cabezas, incluso las nuestras, rodarían. No se preocupe. Tengo toda la intención de agarrarlo a Trader. Pero no hasta que el arzobispo esté a salvo otra vez en su púlpito.

—Eso puede ser demasiado tarde. Se nos puede escabullir.

Grandison sacudió la cabeza y se colocó el monóculo en su lugar.

—No lo creo. He estado rezando mucho. La oración es contestada muy a menudo. El problema es que algunas veces no nos damos cuenta. Pero esto es bastante simple. El arzobispo es secuestrado entre las cuatro y las cinco. Una mujer muere entre las ocho y las nueve el mismo día. Aparece como suicidio. La mujer embarazada y con una historia familiar de suicidios. La policía es gente ocupada. La mayoría de las fuerzas aceptarían esto. ¿Y por qué no? Pero la verdadera respuesta a la oración, es que el jefe de Salisbury simplemente no se atiende rutinariamente a los suicidios. Pide más información y ha sacado a luz este asunto de la teopentona. Si no hubiera estado en el informe de ellos, ni Sangwill ni usted hubieran estado interesados. ¿Usted no es un jugador no? No. Bueno, si lo fuera, sabría que hay unos pocos raros momentos en la vida de un puntero de fútbol en que pateas desde lejos y sabe que va a meter un gol. Este es un tiro largo y todos los nervios de mi cuerpo me dicen que se va a descubrir

todo. De modo que quedémonos sentados y esperemos hasta después del sábado. Los dioses están trabajando para nosotros. No quieren que interfiramos justo ahora.

Miss Rainbird colgó el auricular y se quedó mirando fijo por la ventana. En los jardines, algún contratista había derribado un olmo apestado y el aire estaba lleno del sonido de las sierras mecánicas, mientras lo cortaban. Odiaba ver irse a los árboles. El olmo había estado allí desde que podía recordar... había estado parado durante años y años, antes de que ella naciera. Ahora estaba muerto. Había un comienzo y un fin para todo.

Se sentía sacudida por lo que le acababa de decir Ida Cookson. Muy sacudida. Se alejó de la ventana, se sirvió un vaso de sherry y se sentó en su sillón, el sillón en el que siempre se había sentado cuando Madame Blanche había ido allí para sus sesiones. Y ahora Madame Blanche estaba muerta. Se había suicidado, así había dicho Ida. Se había envenenado con gas, en un auto. Era increíble. Una mujer grande, fuerte, capaz, inteligente; a la que sólo había que mirar, para saber que gozaba de la vida... la amaba, y tan claramente como eso, amaba lo que hacía profesionalmente. Qué extraordinario. ¿Qué demonios hacía que la gente hiciera eso? Sólo por un momento, mientras Ida seguía hablando, se había preguntado si pudo haber sido posible que tuviera que ver con su rechazo hacia la mujer; pero después de un momento de reflexión, lo había desechado. Madame Blanche había estado acostumbrada a las repulsas y los fracasos. Allí parada en ese cuarto, lo había dicho...

Y el sueño, también. Era muy extraño que justamente anoche hubiera soñado con la mujer. Gracias a Dios que Harriet no la molestaba ahora de noche. Pero Madame Blanche había estado con ella la noche anterior. Tan clara y real como si hubiera estado allí sentada ahora en el sillón de enfrente. Hasta había tenido puesto ese espantoso collar de perlas artificiales. De alguna extraña manera, Madame Blanche, en el sueño, había estado en muy diferentes términos con ella. Como si hubieran sido viejas amigas que se reunieran después de una larga separación. Es curioso cómo uno recordaba tan bien algunos sueños. El recuerdo persistía en la vigilia con apabullante claridad. Madame Blanche había tenido puesto el tapado de piel de cordero que ella había visto a menudo que Syton le tomaba, en sus visitas, y ella le había mostrado toda la casa. Estuvieron conversando y riéndose como viejas amigas. En el *hall* de arriba al pie de la gran escalera, se habían parado y habían mirado por la ventana, hacia abajo, directamente a través de los jardines, al lago, y ella recordaba que había alguien junto al mismo. Era un chico o un hombre joven. Ella no lo pudo distinguir demasiado bien porque no tenía buena vista para las distancias. Pero sabía que tenía el pelo rubio. Sabía, no sólo porque eso lo podía llegar a distinguir, sino porque conocía al joven, aunque en su sueño no tenía ni nombre ni referencia para darle. Lo conocía simplemente, lo aceptaba y lo quería. Recordaba ahora que debió quererlo,



porque en el sueño era bastante claro que estaba utilizando una caña de pescar, desde el borde del lago. En cuarenta años desde que Sholto lo había provisto de truchas nunca se había pescado allí. Las truchas eran sus mimadas; gordas y perezosas por el alimento diario, algunas de ellas de cinco o seis libras. Y en el sueño, el muchacho había pescado una. Lo pudo presentir por su postura y movimientos, la curvatura de la caña, y había visto que la suave superficie del agua se rompía por los forcejeos del pescado. Si cualquier otra persona hubiera invadido el lago, hubiera sido un sacrilegio. Ella hubiera estado furiosa y lo hubiera llamado a Syton enseguida. Pero sólo había mirado a Madame Blanche y las dos se habían sonreído, asintiendo felices una a la otra, compartiendo algún placer inefable ante la visión del muchacho pescando.

Y luego, las dos se habían apartado del rayo de sol, hacia la penumbra al pie de la escalera. No había ninguna grieta para nada, en el recuerdo que tenía del sueño. Para ella el pie de la larga escalera le traía malos recuerdos, también. Era desde allí que Sholto había bajado a la muerte... una muerte que le había traído la liberación aunque tuvo que luchar con su conciencia, contra la sensación de alivio y felicidad cuando se enteró que había muerto, que por fin era libre y estaba sola en la casa, que ya no la fastidiaría ni la atropellaría y humillaría con sus modales.

Madame Blanche deteniéndose con ella al pie de la escalera, la había mirado sonriendo y había dicho, como si toda la historia de la familia y todos sus propios pensamientos le fueran claros.

—Pobre Sholto... un hombre infeliz. No tienes necesidad de reprocharte por tus sentimientos, Grace.

Grace. Sí, la había llamado así. Y ella había respondido (qué extraordinariamente persistía en ella la claridad del sueño).

—Bebía tanto. Yo le advertí. Le pedí que tuviera cuidado. Pero debo confesar que ahora que han pasado los años fue un gran alivio para mí.

Y Madame Blanche, comenzando a bajar por la escalera, había dicho:

—Todos los males son reparados a tiempo por aquellos de arriba que controlan el equilibrio de la vida y la muerte. —Luego se había reído y había dicho con aquella fuerte, jocosa jovialidad que tenía—. Vamos, Grace. Quiero ver la nueva decoración y las cortinas nuevas que tienes.

Había seguido bajando la escalera con Madame Blanche y había salido del sueño. Y ahora, Madame Blanche, la verdadera, no la cordial del sueño, estaba muerta, y era difícil de creerlo.

Se sirvió otro sherry. Mientras lo hacía, dio cuenta que estaba bebiendo más en estos días de lo que había sido su costumbre anteriormente. Bueno, la vejez, pensó, disculpa algunas indulgencias. Se quedó allí sentada, pensando en la muerte de Madame Blanche, y luego volviendo a esos momentos en que habían mirado por la ventana al joven de pelo rubio, recordando la intensa sensación de felicidad que había tenido en esos momentos. Tenía la impresión de que algo se había convertido en un

círculo completo, que la vida había sido devuelta a su verdadero molde nuevamente. Extraordinario. Qué cosa extraordinaria eran los sueños. Bebió su sherry y llegó lentamente a la decisión de que no estaría fuera de lugar que mandara una corona para los funerales de Madame Blanche. Debía averiguar cuándo tendrían lugar. Tal vez sería mejor que no figurara su nombre. Escribir en la tarjeta simplemente de “una amiga”. Después de todo, por unos momentos en el sueño, habían sido amigas.



## DIEZ

GEORGE recogió su camioneta el miércoles a la mañana en Salisbury y la llevó de vuelta a su cabaña. La estacionó delante del cobertizo y con Albert en sus talones, caminó lentamente alrededor de ella, admirándola. Albert no había tomado demasiado bien la nueva camioneta. Claramente prefería el viejo auto que George había entregado a cambio. Todo el camino de vuelta había estado sentado tieso en el asiento de adelante y gruñía para sí mismo, hasta que George había dado vuelta la cabeza y le había dicho que se callara.

Era una hermosa camioneta, pensó George. El verde era el más brillante de los verdes brillantes, pasto de primavera lavado por la lluvia, y las amarillas cabezas de girasol a cada lado, eran como grandes carteles dorados. Exótico. Azteca. Llamativo, George lo disfrutó en silencio y dejó vagar la mirada por la inscripción comercial: Lumley's Sunshine Gardens Ltd. y debajo de esto la dirección y el número telefónico. Hermoso. Y ya tenía su primer contrato. Un hombre que había conocido en el Red Lion se había mudado a un nuevo *bungalow* y quería rehacer el jardín del frente y sembrarlo y a un cuadrado de pavimento de piedras que quedaba atrás, rodearlo de plantas y piedras. Empezaría la semana próxima. Con suerte tendría un muchacho para entonces, porque el aviso aparecía en el diario ese día.

Era una lástima, pensó, que Blanche no pudiera ver la camioneta. Realmente llamativa. Le hubiera gustado. Tal vez la pobre vieja querida la pudiera ver. La miraría desde arriba y disfrutaría con la visión. Bueno, esperaba que fuera así. Pobre vieja Blanche. Todavía le dolía fuerte por momentos. El interrogatorio del médico forense sería el viernes. Él tenía que estar allí, le habían dicho en la policía.

Albert levantó una pata contra uno de los neumáticos de atrás y lo roció. George lo maldijo. Oyó el teléfono que empezaba a sonar dentro de la casa. Algún tipo madrugador, esperaba, que hubiera leído el aviso, algún muchacho despierto, trabajador, astuto para abrirse camino en el mundo, de espaldas anchas y con un corte de pelo razonablemente corto. No tomaría ningún *hippie*, ni maricón, ni alguien que trabajara a reglamento, ni esos tipos que usan collares y que se desentendieran del asunto.

Entró, tomó el teléfono y dijo:

—Habla George Lumley.

Una voz de hombre dijo:

—¿Y cómo andan las cosas, entonces? Todo claro y brillante en el mundo legal. ¿Le llegan los honorarios y las instrucciones? ¿Testamentos para testar y traspasos para traspasar, créditos para creer y viudas con las que llorar?

George reconoció enseguida la voz como la de Mr. Angers y, como eran las doce, sospechó que ya se había abierto una botella de champagne con algún cliente.

Por un momento George se sintió perdido.

—Es Angers, ¿no?

—Así es. Pensé llamarlo para saber algo de Eddie. ¿Qué pasó cuando fue a buscarlo a Blagdon?

—¿Blagdon?

Angers se rió.

—Vamos, muchacho, anda lerdo esta mañana. ¿Letargo de trasnochada? Eddie. Eddie Shoebridge. ¿Recuerda? Yo llamé por teléfono y le di la dirección a su mujer. Estaba sentado aquí pensando en él. Me preguntaba qué habría pasado y cómo estaría el viejo amigo y luego me dijo que lo llamaría a usted y averiguaría algo.

—Oh, ese asunto de Shoebridge.

—Eso mismo. ¿Cómo lo tomó? Quiero decir, yo no desearía que rompiera usted ninguna confidencia profesional, deme sólo las novedades por encima.

La mente de George funcionó rápido. ¿Angers la había llamado a su mujer y le había dado la dirección de Shoebridge? Eso no era difícil de poner en su lugar. Dijo:

—Bueno, en realidad el asunto está todavía un poco en el aire. Usted sabe... estas cosas llevan tiempo y... —Muy bien, viejo, yo no quiero que me diga nada que no pueda. Es sólo una averiguación amistosa sobre el viejo Eddie. Pensé que podría aparecerme uno de estos días por Blagdon y verlo. Sólo quería saber cómo se iba. ¿Fue alguien a verlo o le escribió usted?

George se pudo imaginar ahora a Blanche yendo en auto ese sábado con su almuerzo, sabía exactamente a dónde había ido, y la podía ver parada junto a su teléfono en algún momento mientras él había estado afuera... Inteligente, astuta Blanche, guardándose las cosas. Aprovechando la ayuda de Angers dijo:

—Bueno; en realidad le escribimos. La firma pensó que era la mejor forma de acercarse a él. El problema es... Hasta ahora no hemos tenido respuesta.

—¿Podría estar en el extranjero? —sugirió Angers—. ¿Y por qué no? Si se tiene dinero ¿quién quiere pasar el invierno en este país?

George estaba sobre terreno fácil ahora y su mente encontró rápidamente la improvisación.

—Bueno, puede ser que esté afuera. Pero es curioso que usted haya llamado, porque la firma pensó que tal vez mi mujer había tomado mal la dirección. Yo ya iba a constatarla con usted, si no teníamos noticias en un par de días. ¿Está seguro de que es Blagdon?

—Absolutamente seguro. Highlands House, Blagdon, Somerset. Esa es la dirección que me dio el secretario del Falconer's Club.

—Highlands House, Blagdon. Sí esa es la que tenemos. Debe estar afuera. Creo que voy a tener que darme una vuelta por allí para verificarlo. Si hubiera sido una cuestión muy importante, por supuesto, lo habiéramos hecho, pero no hay ninguna urgencia por este asunto.

Angers se rió.

—Si hay dinero de por medio, es urgente, viejo. Señáleme el hombre que no crea esto, no importa cuánto tenga ya. Bueno, cuando lo vea a Eddie mándele saludos de mi parte.

—Lo haré. Y gracias por llamar.

George se sentó sobre el diván y encendió un cigarrillo. Miró fijo, hondamente preocupado, a Albert, que estaba sentado en la entrada. Esa Blanche. Era callada. Le hubiera gustado preguntarle a Angers cuándo había llamado, pero no había habido oportunidad para hacerlo. En realidad había tenido una suerte loca de haber conseguido lo que había conseguido. Había estado rápido como un rayo al decirle que había escrito una carta. Bueno, no era tan estúpido como para que se le tuvieran que descifrar las cosas más simples. Blanche había tenido la dirección, y él sabía exactamente por qué no se lo había contado. Había unas doscientas cincuenta libras extra involucradas. Si ella iba y sostenía una tranquila charla con Shoebridge sabría enseguida si éste iría a ser aceptable para Miss Rainbird. Si no resultaba así... bueno, eso sería todo y ella se habría ahorrado algo de dinero. De todos modos, eso no importaba ahora. Ella se había ido. El asunto era: ¿qué tenía que hacer él, si hacía algo, con respecto a Shoebridge? Blanche debió haber ido a Blagdon. Una vez que tuvo la dirección nada podría haberla detenido, excepto sus compromisos regulares de la semana. Pero el sábado siempre lo dejaba libre, y se había ido el sábado. Le hubiera gustado saber qué pasó en Blagdon ese día. Le podría dar alguna clave para el estado espiritual de ella. Estaba muy bien decir que el suicidio estaba en la familia, pero se necesita algo externo para encenderlo. ¿Alguna gran decepción, tal vez? Quizás Shoebridge había resultado ser una proposición inútil por lo que se refería a Miss Rainbird. Ese tuvo que haber sido un golpe para Blanche y su Templo de Astrodel. Realmente había estado decidida sobre eso.

Cuando más pensaba en ello, más sentía George que deseaba ver a Shoebridge. En cierta forma sólo para constatar, por su propia satisfacción. Eran sólo dos horas de distancia, como mucho. Podría aparecerse por allí esa tarde. Hacer tomar aire a la camioneta. Mostrar la bandera. Y tal vez recoger alguna información que le daría un poco más de sentido a la pobre Blanche, sentada allí en el bosque, terminando con todo.

Una hora más tarde George estaba en camino a Blagdon. Sólo por un momento se le había ocurrido darle esta nueva información a la policía primero, pero sabía que si lo hacía, le dirían fácilmente que no fuera, que ellos entrevistarían a Shoebridge. Sentía con todas sus fuerzas que era algo que quería hacer. Ver a Shoebridge por sí mismo, un deber para con Blanche, para estar más cerca de ella y de la forma en que

se había sentido ese sábado. Pobre querida Blanche... ¿por qué diablos lo había hecho? ¿Por qué? Dios, nunca se podía contar con las mujeres, ¿no? Simulándole a Angers que ella era Mrs. Lumley, también. Bueno, es una lástima que no lo haya sido. Tendrían que haber estado casados. Los dos estuvieron ciegos al no darse cuenta. Entonces no hubiera sucedido nada de esto.

El arzobispo estaba ya bien acostumbrado a las rutinas de su cautiverio. Estaba bastante cómodo y ciertamente bien alimentado. También disfrutaba de una concesión que no se le había hecho ni a Pakefield ni a Archer. Se le había provisto de papel para escribir y de una provisión de lápices. Por esto estaba agradecido. El prolongado tiempo para pensar y para escribir había sido bastante poco en su vida pública. Ahora, lo quisiera o no, se le daba un período de meditación y privacidad, que valoraba enormemente. Era un monje en su celda, un ermitaño en su cueva. Dios confería extraños dones y obraba extraños desvíos en el esquema de las vidas de los hombres, y tuvo conciencia de que por ciertos aspectos de su cautiverio, estaba agradecido.

El día anterior, por el sistema de parlantes, la voz del hombre, distorsionada pero comprensible, le había dicho que probablemente sería liberado en pocos días, y que el rescate que se pagaría por él, sería de medio millón de libras. El arzobispo se había angustiado por la cantidad de dinero involucrada. Podría haber sido tanto más útil para las necesidades de la Iglesia. Estaba, sin embargo contento de que se le dijera, que mientras las noticias de su secuestro no habían sido publicadas (lo que ya sabía de todos modos por el "Daily Telegraph") todos los más allegados a él, conocían la verdad sobre su desaparición. En el diario del día había una breve nota que decía que todavía estaba confinado con una fuerte gripe.

Pasando la mayor parte de su tiempo con sus oraciones y escribiendo, se encontró a sí mismo algo naturalmente interesado por las actitudes morales y prácticas que debían ser tomadas contra el mal, contra los aspectos particularmente corrientes del mal. Los aviones eran secuestrados y las vidas de los pasajeros y de los tripulantes retenidas, a cambio de diferentes demandas. Los embajadores y los hombres con altos cargos públicos eran secuestrados y se hacían demandas igualmente desaforadas, ya sea de recompensas pecuniarias o concesiones políticas siempre en todas las negociaciones, la vida humana en peligro. Si no se satisfacían las demandas, entonces hombres, mujeres o niños morirían. La vida era un don de Dios que debía ser atesorado, pero él se preguntaba ahora si no era, también, un don que hombres y mujeres debían estar dispuestos a sacrificar, a fin de combatir el mal. El más suelto de lengua, el más reservadamente irreligioso de un regimiento, aceptaba esa premisa. Cada soldado convenía en dar su vida si fuera necesario. ¿La gente de altas posiciones hacía convenios menos sólidos, subrayándolos con cláusulas salvadoras, o dejando que otros les incluyeran esos puntos salvadores, sin protestar? Por supuesto

que lo hacían. A veces, pensó, entre los hombres y mujeres de las fuerzas en lucha, había concepciones más puras del verdadero valor para colocar en la vida, y el deber de ofrecerlo en sacrificio en la lucha contra el mal. ¿Porqué tenía que valer su vida medio millón de libras que tenían que haber sido utilizadas en el trabajo urgente de Dios, no sólo para socorrer, sino en algunos casos para salvar otras vidas? Tendría que existir una valiente declaración cristiana contra el mal, sin compromiso, sin importar qué sacrificios acarrearía, y él estaba muy preocupado porque, tal vez, hasta que esta filosofía fuera aceptada, no habría ningún verdadero comienzo de la real victoria contra el mal. Este, pensó abatido, caminaba a la par de los tiempos modernos. Renovaba sus armamentos y su estrategia. La iglesia posiblemente estuviera librando una guerra medieval.

Se preguntaba cómo se sentiría si en ese momento se le pudiera ofrecer la posibilidad de elegir, la decisión colocada absolutamente en sus manos para decir o no decir, “no paguen ningún rescate, dejen que me maten”. Los santos y mártires nunca habían tenido ninguna duda. Contra el mal hay una sola respuesta verdadera. Ningún compromiso, no importaba lo que costara. El mal prosperaba en los miedos y vanidades de los hombres. Hasta que llegara el día en que se lo despojara de ese poder, la batalla no habría empezado realmente. Satanás escogía bien a su gente. Estaban todos dispuestos a sacrificarse y no le daban lugar a los compromisos. Sospechaba que ese hombre que lo retenía, si las cosas le fueran estaría dispuesto a sacrificarse o a aceptar todas las consecuencias de su acción, sin pestañear.

Si la decisión de rechazar todo compromiso, en ese momento, fuera suya, ¿qué haría? Supo la respuesta en su corazón inmediatamente.

Desde la ventana de su cuarto de estar, Shoebridge y su mujer vieron la camioneta que doblaba entrando al camino y subía hacia el espacio de pedregullo que había delante de la casa, una camioneta verde con grandes cabezas de girasoles a los costados.

—Lumley’s Sunshine Gardens —dijo Shoebridge—. George Lumley. Se sintió un poco preocupado. Cuando la ganancia era grande se esperaban momentos de tensión. Él y su mujer habían pasado por muchos momentos semejantes y con cada uno, su confianza en sus poderes había crecido.

—El hombre de Miss Tyler —dijo su mujer. Miró el reloj—. Acaban de dar las cuatro. Sé amable con él. Prepararé un poco de té. —Se dio vuelta y dejó el cuarto mientras George comenzaba a subir por los escalones del porche.

Tocó el timbre y fue atendido por Shoebridge. George dijo:

—¿Mr. Shoebridge?

—Sí.

—Mi nombre es Lumley. George Lumley. ¿Me puede dedicar un poco de tiempo? Se trata de una amiga mía, Miss Blanche Tyler, la que, creo que debe haber venido a

verlo el sábado pasado, ¿no?

Shoebridge asintió.

—Ciertamente, estuvo aquí. Entre por favor.

George fue conducido a un cuarto de estar y se le ofreció una silla. Le gustó el cuarto. Estaba cómodamente amueblado y no estaba demasiado prolijo. Shoebridge parecía muy bien. Un poco más joven que él, tal vez; de estatura mediana, flaco, fino pelo rubio, ojos azules con arrugas en los ángulos, y cara tostada por el sol, llevaba cómodos pantalones de corderoy y suéter verde. Tenía el aspecto del hombre que vive al aire libre, de buen talante pero ningún tonto.

—No sé exactamente por dónde empezar con todo esto... —dijo George. Permítame decir que la conocía a Blanche muy bien. Solía trabajar para ella de tanto en tanto y ¿usted no estará enterado, por supuesto, de lo que le sucedió, no?

—¿Lo que le sucedió? ¿Qué quiere decir?

—Está muerta.

—¿Qué? —La cara de Shoebridge registró sorpresa.

—Sí, muerta. Usted se da cuenta, es por eso que vine a verlo. Se suicidó... en su auto... Se imagina, se envenenó eón gas. En un bosque cerca de Salisbury. Sucedió el sábado pasado a la noche. No la encontraron hasta el lunes a la mañana.

—Buen Dios, ¿porqué bendita razón hizo eso?

—Sólo Dios sabe. En cierta forma, es por eso que cuando Angers me llamó por teléfono y me dio su dirección, sentí que tenía que venir a verlo y...

—¿Angers? Oh, ya recuerdo... ¿de modo que así es cómo Miss Tyler consiguió mi dirección originariamente?

—Sí. Sólo que no me dijo que la tenía. Era un poco cerrada, pobre querida, a veces. Si Angers no me hubiera llamado esta mañana, yo no hubiera tenido la menor idea de que Blanche había llegado hasta aquí. De modo que pensé que me aparecería por aquí y conversaría un poco con usted sobre ella.

—Naturalmente. Pobre Miss Tyler. ¿Por qué tendría que hacer una cosa así? Es terrible.

—Lo sé. Me preocupa. Precisamente Blanche, entre toda la gente. ¿Actuó de alguna forma rara mientras estuvo aquí?

Shoebridge se quedó callado por un momento. Era evidente que se necesitaba un reajuste de estrategia. Luego dijo:

—Usted sabe, por supuesto, para qué vino a verme, ¿no?

—Sí, claro. Trabajaba para ella. Quería rastrearlo a usted y yo hice la mayor parte del trabajo. Encontré al viejo Angers y otras cosas. Pero él llamó por teléfono a mi casa mientras yo estaba afuera y ella tomó la dirección y no me dijo nada. Él había conseguido la dirección por algún club de aficionados a los halcones. Dicho sea de paso, a él le gustaría mucho saber algo de usted. Ella fue directamente al asunto cori usted, ¿no?



—Bueno, no exactamente. Primero simuló estar buscando lugares para casas rodantes.

—Puede ser. Era uno de sus papeles, hasta que se decidía. Quería darle un vistazo a usted primero, medirlo, antes de llegar al verdadero asunto. ¿A qué hora vino?

—Cerca de las seis y media. Había venido antes, pero mi mujer y yo estábamos afuera. De modo que volví. ¿Estaban ustedes comprometidos?

—No, exactamente. Éramos buenos amigos, se imagina. Sabiendo lo que usted sabe, ¿cómo le impresionó ella?

—Bueno no como el tipo de persona que se suicidaría. A menos que estuviera más decepcionada de lo que aparentaba.

—¿Cómo?

—Usted conoce lo de Miss Rainbird y los verdaderos hechos de mi padre y de mi madre, ¿no?

—Sí. Blanche estaba muy empeñada en encontrarlo y devolverlo al seno de su familia. Sin embargo, no tome nada de esto a mal. Blanche tenía sus cositas, pero realmente creía en sí misma como médium. A veces daba todo un rodeo para conseguir lo que quería, pero nunca era deshonesto. Tenía fichada a Miss Rainbird para una buena donación, para un loco proyecto que tenía de construir un templo. Una especie de iglesia espiritista. Encontrarlo a usted la debe haber llevado a las nubes.

Shoebridge sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Usted verá, Mr. Lumley, yo he sabido durante años la verdad sobre mi nacimiento. Sabía todo lo de Miss Rainbird de Reed Court. Mis padres adoptivos me hicieron su propio hijo. Me dieron amor y una buena vida. Ellos fueron mis padres. Yo le dije todo esto a Miss Tyler. Y también le dije que no quería saber nada de Miss Rainbird. Nada de nada. No la quería ver, ni saber nada, ni aceptar nada de ella. Era una extraña para mí y yo quería mantener las cosas así. Me temo que Miss Tyler estuviera muy decepcionada por esto.

—Apuesto que sí.

—Ella trató de persuadirme para que cambiara de modo de pensar, pero sin éxito.

—Pobre Blanche. Eso debe haber sido un golpe para ella. Buen Dios, y si hubiera sabido que estaba embarazada... tal vez eso también cuenta.

—¿Estaba embarazada?

—De dos meses, por mí. La autopsia de la policía lo demostró. Nunca sabremos si ella lo sabía. Pero si fuera así, aunque sabía que yo hubiera hecho lo que correspondía, hubiera sido suficiente para hacerla partir. Está en la familia, usted sabe. Su viejo y uno de sus tíos se suicidaron.

—No estaba enterado de eso por supuesto. Pero ahora todo comienza a tener sentido, ¿no? No me había dado cuenta exactamente en qué medida debió estar decepcionada por mi actitud hacia Miss Rainbird. Debió haber sido un gran golpe.

Le debe haber quitado la confianza en sí misma. Sí, supongo que eso cuenta. Realmente calculaba con algo grande de parte de Miss Rainbird, si le devolvía el sobrino largamente perdido.

George la podía ver, sentada en el auto, con la lluvia tamborileándole encima. Se había salteado un par de menstruaciones y podía imaginar lo que había sucedido, y los cimientos del Templo de Astrodel habían sido arrancados de cuajo. Pobre vieja querida, allí sentada y luego, tal vez, recordando cómo se habían ido su padre y su tío... Todo el asunto había sido demasiado para ella.

—¿Cuándo será el interrogatorio? —dijo Shoebridge.

—El viernes. Lo siento por la molestia que le pueda traer, pero ahora que lo encontré y sé que ella estuvo aquí y lo que pasó... bueno, tengo que decírselo a la policía.

—Por supuesto que lo tiene que hacer. Si quieren que asista, o que haga alguna declaración, entonces naturalmente que la haré.

Media hora más tarde George estaba sentado todavía en la casa. Mrs. Shoebridge le había traído té y se había impresionado cuando se enteró de las noticias de Blanche. George estuvo encantado con los dos y los encontró fáciles de tratar. Habían sido las últimas personas que habían tenido contacto con Blanche y lo que le habían contado había aliviado mucho su espíritu. Ahora podía dar crédito a la acción de Blanche. Ya no era el rompecabezas que había sido. Evidentemente ella había contado con este descubrimiento de Shoebridge más de lo que había demostrado, para ayudarla a levantar su templo. Tomó dos tazas de té y una gran tajada de torta Dundee y lentamente la conversación se desvió de Blanche y se encontró hablándoles de su aventura comercial y sus esperanzas en ella. Ellos se mostraron interesados y llenos de aliento. No tenían duda que tendría éxito. Para George el entusiasmo de ellos fue alentador. Era bueno que le dijeran a uno que andaba por buen camino, que con el cuidado adecuado había un brillante futuro por delante. Sí, le habían caído bien los dos. Una agradable pareja, que actuaba con naturalidad, el tipo de pareja de la que uno se podía hacer amigo fácilmente. De una curiosa manera casi sintió que eran amigos, sintió (por sus averiguaciones para Blanche) que era como si lo hubiera conocido a Shoebridge de mucho tiempo.

Antes de irse, les dijo:

—Cuando le cuente esto a la policía, se darán cuenta que tendré que entrar en el tema de Miss Rainbird. Les harán preguntas sobre eso de todos modos, pero hay una sola cosa que me preocupa. Yo creo que debería ir a verla.

—¿Por qué? —preguntó Shoebridge.

—Bueno, tendría que saber que Blanche lo encontró a usted. Blanche hubiera ido a verla. Me gustaría hacerlo por ella. Quiero decir, a menos que usted se ponga en contacto con ella y le transmita sus sentimientos, puede ser que ella siga buscándolo y tal vez lo tenga usted todo otra vez encima algún tiempo después. Por supuesto, si usted la quiere ir a ver, entonces muy bien y me deja a mí libre.

—Me parece bien que la vea usted. No hay necesidad de ningún resentimiento por el asunto. La familia Rainbird no me quiso cuando nací. Ahora, no importa lo que Miss Rainbird pueda sentir que me puede ofrecer, yo no quiero a la familia Rainbird. —Se sonrió—. Usted dígaselo. Creo que va a descubrir que se va a sentir aliviada. Ha estado sufriendo, me imagino, un cargo de conciencia por cuenta de su hermana. Ahora tiene la absolución. No querernos nada de ella.

Volviendo en la camioneta, George sintió que aunque Miss Rainbird había obtenido la absolución de Shoebridge, él no estaba tan seguro por lo que le tocaba a él. Indirectamente, ella había sido la causa de la muerte de Blanche. Hablando con justicia, no había sido culpa de Miss Rainbird, pero quedaba el hecho de que Blanche podía haber estado todavía viva si no hubiera empezado nunca con esta locura de Shoebridge. Y de todos modos todo había sido para nada. Shoebridge no quería nada de Miss Rainbird. Y él no lo culpaba. El hombre tenía el orgullo que correspondía. Bueno, iría a ver a la anciana y pondría las cosas en claro. Luego tenía por delante el interrogatorio y el funeral, y después de eso se podría poner realmente a trabajar en su nuevo negocio. Por Dios que iba a hacer de ello un éxito. Por primera vez en su vida iba a hacer algo y haría que durara. En unos pocos años si había alguna verdad en las creencias de Blanche, entonces ella podría mirar hacia abajo y estar orgullosa de él.

Media hora después de que George dejara la casa de Shoebridge, sonó el teléfono. Era el hijo que llamaba desde el colegio. Los llamaba todos los miércoles a la tarde, y hablaba primero con la madre y después con el padre, dándoles y recibiendo noticias. El período escolar terminaba la semana próxima y estaría en su casa para las vacaciones. Mientras escuchaba a su mujer hablar con el chico por teléfono, Shoebridge se dijo a sí mismo que para cuando el chico estuviera en casa, el arzobispo habría sido devuelto. Una nueva fase de vida empezaría para ellos.

A las ocho de la noche George fue a la comisaría de Salisbury y dio un completo informe de su visita a los Shoebridge. En seguida después que George dejó la comisaría, la nueva información era pasada a Scotland Yard para ser transmitida al Departamento de Grandison. George mismo, estaba en camino para ver a Miss Rainbird. Quería terminar con todo lo antes posible. Si la anciana no estuviera en su casa, bueno, sería una mala suerte y tendría que volver al día siguiente. No le había mencionado a la policía que iría a ver a Miss Rainbird. Lo veía como un asunto personal entre él y Blanche, que tenía que ser concluido. De todos modos, la policía sabía ya todo lo referente a Miss Rainbird y la búsqueda de Shoebridge. No estaba haciendo nada que no fuera ortodoxo. Si no hubieran querido que la viera, se lo hubieran dicho. No lo hicieron, de modo que no veía ninguna buena razón para no ir. Se detuvo en Stockbridge para tomar un trago y comprar un pastel de cerdo para Albert.

A las nueve Syton entró en la sala de estar de Miss Rainbird donde ésta estaba leyendo después de la comida, y le dijo que había un tal Mr. Lumley en la puerta que

quería verla respecto a Miss Blanche Tyler. Miss Rainbird después de vacilar un momento, dijo que lo recibiría.

Después que George Lumley se hubo ido, Miss Rainbird se sirvió un gran vaso de sherry y se sentó para pensar las cosas que Lumley le había dicho. Estaba algo enterada por Ida Cookson de las relaciones que tenía con Madame Blanche. George mismo había sido bastante franco con respecto a ello. Podía decir que simpatizaba con el hombre. Tenía el aliento con olor a *gin* y un aspecto desaliñado, un poco venido abajo, respaldado por un tipo de afabilidad vulgar que ella sabía que le hubiera atraído a Sholto. En realidad era justamente el tipo de aquél. No cabía duda de su pena por la muerte de Madame Blanche. Y había sido franco en cuanto al embarazo de ella y a la responsabilidad de él. Que fuera igualmente franco al revelar su parte en el rastreo de Edward Shoebridge, no la sorprendió. Hacía tiempo que ella había sospechado que Madame Blanche (no importara qué auténticos poderes tuviera), tenía que apoyar su trabajo con algún tipo de investigación en casos como el de ella. Y ahora la policía estaba enterada de todo. El pensamiento de esto era muy irritante y sabía que fácilmente podría llegar a enojarse por ello. El próximo paso sería ponerse en contacto con ella, y sería posible que tuviera que asistir al interrogatorio, y todo el asunto se haría público.

El pensamiento de la publicidad la trastornaba. Para empezar, no quería que los asuntos familiares fueran tema de los informes de los diarios y, aún más, no le gustaba lo que pensarían sus amigas, que era una mujer estúpida, crédula, que había llegado a ser engañada por una médium. Era lo que hubiera pensado ella misma de cualquiera otra persona en circunstancias similares. Realmente, todo el asunto era demasiado. Y todo había arrancado de esos estúpidos sueños con Harriet. Toda su vida Harriet había sido una preocupación y una responsabilidad para ella... una criatura de cabeza liviana, estúpida, sin nervios, sin un carácter estable. En muchos aspectos ella y Sholto tenían mucho en común. Había sido un alivio para ella cuando finalmente se había encontrado sola y dueña de Reed Court. Años de paz y tranquilidad se habían extendido desde entonces hacia adelante. Y ahora, a causa de las apariciones quejumbrosas en sueños, de Harriet, y su propia debilidad en tenerlos en cuenta, podía fácilmente convertirse en el hazmerreír de la comarca. Mañana tendría que ir a lo de su apoderado y ver qué se podía hacer al respecto. Su apoderado era un tipo de hombre convencional, temeroso de todo, pero tendría que empujarlo e insistir para que usara sus influencias con las autoridades, para asegurarse de que no se la llamara para el interrogatorio, si fuera posible. Seguramente las autoridades comprenderían lo indeseable de semejante aparición para una mujer de su posición.

Y en cuanto a los Shoebridge, bueno, existía ya la contestación final a cualquier quejumbrosa demanda ulterior de parte de Harriet, aunque ella se sentía felizmente libre de ellas hasta el momento. Su dormir y sus sueños habían vuelto a ser suyos nuevamente. De modo que Edward Shoebridge había rechazado a los Rainbird. Había visto a Ronald Shoebridge y a su mujer, como sus verdaderos padres, aunque ya hacía

mucho conocía la verdad. Terminando su sherry y sirviéndose otro, se encontró molesta interiormente por esto. Durante todo el tiempo se había visto (si Edward Shoebridge era rastreado) como la que decidiría. Era realmente imperdonable que el hombre no hubiera ido a expresar sus sentimientos personalmente. Eso era la sangre de Harriet que le corría por las venas. Si había que hacer algo desagradable, entonces que lo hiciera otro. Bueno, si esa era su decisión, entonces la absolvía de toda preocupación posterior. Pero cualquier hombre de verdad, hubiera ido personalmente y hubiera aclarado su posición en una conversación privada. Aparte de toda esta tontería de ver a los Shoebridge como sus verdaderos parientes, el hombre debía ser un idiota de no haber tenido por lo menos la cortesía común como para ir a verla y descubrir lo que tenía que ofrecerle. Tal vez si lo hubiera hecho, hubiera cambiado de modo de pensar. Ella era Miss Rainbird de Reed Court y la última constatación de sus propiedades e inversiones había dado casi un millón de libras. Ella no lo diría, por supuesto, pero si él le hubiera caído bien, se lo hubiera insinuado. Después de todo, él tenía mujer e hijo (de unos quince años había dicho Lumley) y un padre responsable hubiera considerado el bienestar de ellos. No, todo lo que había recibido era un breve rechazo a través de un intermediario. ¡Audacia! Pura, arrogante descortesía.

Tan fuertemente le sobrevino la emoción ante el pensamiento, que le tembló la mano y derramó sherry sobre el brocato del brazo del sillón. Si lo tuviera allí al hombre, le diría exactamente lo que pensaba de su forma de comportarse. Tal vez, pensó, la correcta respuesta de parte de ella sería escribirle y decirle en francos términos lo que pensaba de su descortesía, y señalar que, si en algún momento del futuro, cambiara de forma de pensar, sería totalmente inútil tratar de acercarse en ninguna forma a ella.

No, no lo haría. No haría nada. Absolutamente nada.

Terminó su sherry y sintió que le flotaba un poco la cabeza. No mucho, pero justo en la medida que ya sabía ella que era suficiente, para mandarla a dormir en el momento que apoyara la cabeza en la almohada, dormir sin sueños. Al subir la gran escalera recordó el sueño que había tenido de Madame Blanche que la visitaba, Blanche la vieja amiga. Ridículo. ¿Y el muchacho, adolescente, joven, lo que fuera que hubiera sido visto pescando a través de la ventana? ¿Quién había sido? ¿El hijo de Shoebridge? Ciertamente que no. Su padre la había rechazado, había rechazado todo lo que tuviera que ver con ella. Y gracias a Dios por ello. Se dio vuelta y miró hacia abajo las escaleras, recordando la caída de Sholto borracho... Harriet que los había hecho caer en desgracia... molestándola, todavía fastidiándola después de su muerte... y Sholto haciéndola caer en desgracia, también, con sus mujeres y la bebida... Si no hubiera sido por ellos dos, se hubiera casado y hubiera tenido su propia familia... Bueno, no lo había hecho. Y ella no era el tipo de mujer que perdía el tiempo llorando sobre la leche derramada.

Sólo por un momento, mientras miraba hacia abajo al *hall* de entrada en penumbra, se imaginó que veía la figura contraída de Sholto, tendida al pie de la

escalera. Pobre Sholto, qué tonto había sido consigo mismo. Como Harriet, había sido un encerrado en sí mismo. De nadie de la casa ni de ninguna parte, pensó Miss Rainbird, había recibido verdadero amor y afecto.

Bush entró al cuarto de Grandison. Eran las diez de la mañana y había pasado la noche en el Departamento. A medianoche éste había recibido el informe adicional de la policía de Salisbury que contenía la información sobre la visita de Blanche Tyler a la casa de los Shoebridge. El informe había sido pasado a Grandison enseguida. La exaltación de alegría dentro de Bush, era como una lenta, suave corriente, que corría fácilmente y con una fuerza profunda. El placer que le traía ese momento había venido de lo poco que había hecho el Departamento. Su trabajo recién empezaba. El tiempo y la suerte habían corrido a favor de ellos, y existía una certeza dentro de él de que seguirían corriendo.

Se sentó enfrente a Grandison. Su jefe estaba de pesado traje de *tweed* y había un cordón de seda verde atado a su monóculo (siempre verde o rojo). Bush presentía que había algún ritmo oculto o símbolo oculto en los cambios de color. Algún día le daría forma a su pensamiento, lo correlacionaría al estado de ánimo o a las condiciones del tiempo. Se sonrió. Se sentía bien y podía hacer ahora concesiones a las fantasías secundarias.

Grandison dijo:

—Tiene usted el aspecto del gato que viene de comer crema.

Bush se encogió de hombros.

—Usted sabe que lo tenemos. No hay lugar a dudas.

—Siempre hay lugar para la duda. Pero, estoy de acuerdo, aquí hay poco. ¿Qué tiene de nuevo?

—Estuve en contacto con Salisbury y con Somerset, El único acercamiento que hará Somerset, es visitarlo a ese Shoebridge, actuando por información recibida a través de ese hombre Lumley, y tomar declaración sobre la visita de Miss Tyler. Él no tiene prontuario, pero ellos saben algo sobre él y nosotros sabemos más ahora. Su nacimiento y sus padres adoptivos y todo eso. Su segundo matrimonio. Su mujer, la segunda, es médica. Dejó la práctica cuando se casó con él.

—¿Ella se las arregló con esa substancia teopentona?

—Sí. Nunca fue detectado por la computadora, porque no había sótano en su casa. Allí cometieron un error. Es una casa construida en el lugar de otra casa antigua que tenía sótanos. Podría tenerlos todavía.

—Tiene que tenerlos si es que estamos en lo cierto.

—Apuesto que sí. Uno de sus tiros de largo alcance, que son certidumbres. Es loco por los halcones. Así es cómo ese hombre Lumley consiguió su dirección. Un viejo amigo recordó que era miembro del British Falconer's Club.

—Parecería que Lumley hubiera hecho todo el trabajo por nosotros.

—Inconscientemente. El ruido que oyó Pakefield pudo haber sido de una de las aves. Los aficionados a los halcones, los llevan con ellos casi todo el tiempo. Pudo haber estado haciendo funcionar el intercomunicador y pudo haber habido interferencias. Tienen esas pequeñas campanas en las patas. La casa está elevada. Tiene buenos desagües. Él y su mujer estaban afuera el sábado pasado, cuando Miss Tyler los fue a ver por primera vez. No volvieron hasta cerca de las seis y media.

—¿Ella entró en el peor momento? ¿Probablemente haya visto al arzobispo, no es así?

—Algo así. Tenían que terminar con ella. Deben ser tipos muy fríos. Primero reciben una visita de ella y luego una de ese hombre Lumley. Los manejan a los dos sin que se les mueva un pelo. Lumley le dijo a la policía de Salisbury que él era un muchacho agradable. Le gustaron los dos y fueron muy comedidos y estaban bastante dispuestos a asistir al interrogatorio.

—No queremos eso. Me pondré en contacto con Salisbury y lo arreglaré. El médico forense estará satisfecho con una declaración certificada de Shoebridge, a través de la gente de Salisbury. Lumley puede ser citado. A esa Miss Rainbird, creo que debería dejarla fuera de esto también. Una declaración suya bastará. Queremos que todo el asunto sea silencioso y sin obstáculos. La gente de Salisbury lo comprenderá. Les explicaré la situación. Si Shoebridge es nuestro hombre no queremos que la menor cosa lo encrespe. El interrogatorio debe hacerse suavemente. Mujer embarazada, gran decepción con respecto a ese asunto de espiritismo con Shoebridge, historia familiar de suicidios... El médico no pedirá más que esto. Y después de eso, el canje del arzobispo seguirá su curso con la misma suavidad. Nada será en ningún momento, motivo de titulares en los diarios. Sólo poca gente sabrá la verdad y se la guardará. No queremos que se constate nada, ninguna vigilancia a la pareja Shoebridge. Se los debe dejar tranquilos.

—Hasta el domingo. ¿Luego qué?

Grandison se sonrió.

—Entonces este Departamento hará algo para lo que fue creado, si los Shoebridge son la pareja que corresponde —Grandison se levantó—. No hemos tenido mérito en esto. Hemos tenido suerte, si los Shoebridge son nuestra gente. Todo lo que podemos hacer es colocar todo en su lugar al final. Quiero que vaya un hombre a Blagdon el sábado. A medianoche. Entonces ellos habrán partido para devolver al arzobispo. Nuestro hombre se quedará hasta que vuelvan y entonces se pondrá en contacto con nosotros.

—Pueden escaparse. Tendríamos que advertir a todos los puertos y aeropuertos.

—Si son ellos, volverán. No abandonarán la casa. Está llena de aves. Está el sótano. No, volverán y seguirán viviendo normalmente por un tiempo. Estoy seguro de que ni siquiera han vendido los diamantes que ya recolectaron.

—¿Qué persiguen? Dinero. ¿Buena vida?

—Si los dioses realmente van a ser bondadosos con nosotros, entonces tendremos el placer de interrogar a Shoebridge. Tengo ya alguna idea de lo que va a decir.

—¿La buena vida?

—Sí, como la ve él.

Bush se levantó.

—Sería bueno tenerlo todo resuelto.

Grandison sacudió la cabeza.

—Nada se resuelve jamás. Es un esquema sin resolver.

George fue al interrogatorio con la madre de Blanche. Ni Miss Rainbird, ni Edward Shoebridge fueron citados, pero se habían presentado declaraciones en nombre de ellos. Todo terminó muy rápidamente y el veredicto sobre el caso de Blanche fue de suicidio por alteración del equilibrio mental. Al día siguiente, sábado, fue al funeral y al crematorio con la madre de Blanche. Había unas cuantas coronas, muchas de ellas de sus clientes, incluyendo a Miss Rainbird (Miss Rainbird, como su nombre había figurado en el interrogatorio, había decidido mandar una corona anónima). La madre de Blanche lloró un poco en el camino de vuelta a casa, y se quedaron sentados en la cocina y tomaron un té tibio con *whisky*. Mrs. Tyler decidió que haría plantar un rosal en el terreno del crematorio en memoria de Blanche. Se animó un poco mientras discutieron qué tipo de rosal pondrían y George, sintiéndose ahora horticultor, dijo que le conseguiría algún catálogo de rosas para que eligiera. Personalmente, él sentía que ni el rosal ni la pequeña urna de cenizas tenían nada que ver con Blanche. Cuando el ataúd se había hundido dentro de la plataforma de mármol, desapareciendo de la vista, había sido como un leño que desaparece en el hielo que se derrite, y él había sido incapaz de conectar a Blanche con eso. Ella había pasado al otro lado, feliz con su Henry, y él esperaba sinceramente que fuera todo lo que la pobre querida Blanche había querido que fuera aquello. Lo dudaba. La decepción era el terreno de la humanidad. Cuando dejó a Mrs. Tyler, fue al Red Lion y tomó tres o cuatro *whiskys*, como despedida personal a Blanche y, no queriendo que Albert se sintiera descuidado (aunque a Blanche nunca le había gustado demasiado Albert) sacó al perro y llevó dos pasteles de carne para que tuviera de cena al llegar a casa.

Al volver estaba un poco borracho y al doblar la angosta calle de entrada a su cabaña rozó levemente el costado de su hermosa camioneta contra uno de los postes. Se puso furioso por su torpeza y decidió que Albert recibiría un solo pastel.

En la cabaña se sirvió otro *whisky* y comenzó a revisar una pequeña pila de solicitudes que había recibido para el puesto de ayudante. La ilegibilidad de la mayoría de ellas lo puso furioso, y tomó otro *whisky* para mostrar lo que pensaba de la educación moderna y de la juventud de hoy día. Puso todo el paquete de cartas en el fuego y para cuando subió para acostarse, estaba muy borracho.



Lo último que recordó fue estar parado en pijamas y dirigir la mirada hacia el cielo raso del cuarto, llamando hacia las alturas, “¡Mándame una señal! ¡Blanche mándame una señal!”, y luego haberse derrumbado atravesado sobre la cama, antes de saber si Blanche lo había complacido. A la mañana, cuando fue, con un gran malestar, hacia la camioneta para ver el daño, descubrió que había dejado los faros encendidos durante toda la noche y que se había gastado la batería. En ese momento estuvo muy cerca de abandonar su proyecto.



## ONCE

POR TERCERA vez estaban en el *hall* de entrada del comedor de oficiales del Centro de las Fuerzas Aéreas en Middle Wallop. Eran las doce y quince minutos. Afuera, estaban encendidas las luces del camino para autos y soplaban un cálido viento del Oeste. El jarrón del centro de la mesa tenía tulipanes enanos de flores carmesí. Junto a ellos estaba la bolsa de gamuza con los diamantes, un lente de joyero y una balanza. Los diamantes eran auténticos, de medio millón de libras de valor. La carta con instrucciones de Trader especificaba que tenían que ser blancos y que ninguno de ellos tenía que tener una pureza menor de “muy leves defectos” y que entre los blanco azulados (el más valioso de todos los colores) tenía que haber por lo menos un cincuenta por ciento que fueran perfectos. Si esta vez viniera el hombre en persona, pensó Bush, entonces examinaría de cerca por lo menos algunos diamantes. En este tercer ataque no se fiaría de nada.

Grandison estaba leyendo un libro de bolsillo junto a la chimenea. Sangwill estaba sentado junto al teléfono del *hall*. Aquí estaban todos como habían estado ya dos veces anteriormente. Pero esta vez las cosas eran distintas. Bush no tenía dudas de que Edward Shoebridge era Trader. Se había convertido en un artículo de fe en su interior. Que irían a tener éxito porque habían tenido suerte, sería sabido por muy poca gente. Ahora no le quedaba ya ninguna sensación de frustración. No habría ya marca en su nombre. Del Departamento iría a puestos más elevados. Bueno, en toda vida humana llegaba un momento en que la suerte acompañaba. Ahora aceptaba eso, pero todavía deseaba que su éxito hubiera llegado por sus propios esfuerzos. Esta noche tenía la suerte de su parte y contra Shoebridge. Esta noche todo estaba en contra de Shoebridge, gracias a la torpe investigación de George Lumley, un George Lumley que nunca sabría nada de la parte que había jugado, y gracias a una anciana dama impresionable, cuya conciencia finalmente la había molestado por el hijo ilegítimo de su hermana muerta.

Sonó el teléfono. Sangwill contestó, hablando brevemente. Cuando colgó el auricular dijo:

—Ya viene ella.

—¿Ella? —la voz de Bush denotó sorpresa.

Grandison metió el libro en el bolsillo y se levantó:

—Naturalmente. Archer y Pakefield, los dos eran hombres más bien chicos. Ella los podía manejar sola desde la camioneta. Pero el arzobispo es pesado. El hombre

tendrá que manejar eso esta vez.

—Es un auto. Ella viene conduciendo sola.

Grandison asintió.

—Eso concuerda. Todo el mundo sabe lo que pasó las primeras dos veces... una mujer enmascarada y luego un hombre con una máscara de carnaval. No se arriesgarían a lidiar con algún heroico conductor de taxi, de buena memoria. Será un auto robado, tomado de algún lugar de la localidad. Probablemente del hospital. Ella fue médica en un tiempo. —Señaló la puerta con un dedo para que Bush recibiera a la mujer.

Bush salió enojado consigo mismo. Era una deducción sin importancia la que Grandison se había guardado. Pero debió habérsela hecho sólo para él. (Cuatro horas más tarde se confirmó que el auto había sido robado del Andover War Memorial Hospital a unos kilómetros de allí. El hospital quedaba a cinco minutos a pie, de la estación).

Bajó los escalones mientras el auto subía por el camino. Al detenerse éste, todas las luces fueron apagadas. Bush se quedó allí parado, el cálido viento fuera de estación, lo barría, soplando fuertemente por el abierto campo de juegos donde estaba estacionado el helicóptero.

La mujer estaba vestida como la había visto antes, la cara envuelta hasta los ojos, con un pañuelo de seda negra, un impermeable bien atado a la cintura, y una boina bien metida en la cabeza, ocultando todo el pelo. Por un momento fue posible imaginarse que era un hombre con el pelo muy corto.

Cruzó desde el auto hasta los escalones, se detuvo y lo miró y luego hizo un pequeño cabeceo. Subió los escalones pasando por delante de él y abrió la puerta empujándola con la mano enguantada. Bush entró detrás de ella.

Observarla a ella y a sus movimientos fue como experimentar alguna secuencia de Sueño ya familiar. Pero no había ninguna satisfacción. Él hubiera querido que fuera el hombre. Hubiera querido tenerlo allí, quedarse parado y observarlo y saber interiormente que estaba sentenciado, que la mala suerte lo había marcado. La mujer no era nada. El hombre era la verdadera presa. Bush sintió que había sido engañado. Los dioses que habían trabajado a favor de ellos debieron haber visto que esa escena era representada con la adecuada ironía.

La mujer le dio unos golpecitos a algunas piedras salidas de la bolsa y comenzó a examinarlas con la lente. Hizo tres pequeñas pilas y luego pesó cada pila en el platillo de los quilates. Ninguno de ellos habló, examinó y pesó otra muestra de diamantes y luego puso cuidadosamente los diamantes nuevamente en la bolsa. Deslizó ésta en el bolsillo de su abrigo, le hizo un cabeceo a Grandison y luego fue hacia la puerta.

Bush la siguió. La primera vez que la había escoltado, él había abierto el camino. Ahora ella se mantenía delante de él. Bajó por el camino y dobló a la derecha por el sendero bordeado de arbustos que llevaba al campo de helicópteros. Allí estaba el mismo piloto que había volado en la misión, dos veces antes.

Unos momentos más tarde las hélices comenzaron a girar, el viento que echaron, achataron el pasto y abofetearon a Bush. Éste observó mientras la máquina subía al ventoso cielo manchado de nubes. Las luces de navegación fueron apagadas y la máquina se perdió en la noche mientras el sonido de su vuelo todavía estaba dentro de él. Ella estaría sentada anotando sus direcciones en su anotador. Habría triunfo en su interior. Que haya, pensó él. Que se llene de él. Ella y su marido casi lo habían mandado al limbo, casi habían marcado su vida. Pero los dioses habían dicho no. Habían hecho entrar en escena a Miss Rainbird, a Miss Blanche Tyler y a George Lumley y todo el esquema de la pieza se había vuelto a favor suyo y del Departamento.

Volvió al *hall* y se sirvió un *whisky*. Los otros ya estaban bebiendo. Grandison había sacado el libro. Este, él lo sabía, veía esa noche como un asunto de rutina. Grandison sería un hombre distinto mañana.

Justo una hora después volvió el helicóptero. Aterrizó en el campo de deportes. Los tres fueron a recibirlo. Con ellos estaba ahora una ambulancia con un conductor y un médico. El arzobispo estaba todavía muy fuertemente sedado. Lo levantaron para llevarlo del helicóptero a la ambulancia. El médico hizo un rápido examen, cabeceó asintiendo, y en unos minutos la ambulancia estuvo camino a Londres con Sangwill y el médico en la parte de atrás.

Bush y Grandison llevaron al piloto al *hall* del comedor y le dieron un trago. Había volado hacia el Sudoeste en una línea que lo hubiera llevado a la costa en Bournemouth. Conocía toda la zona bien. Habían aterrizado en un claro de New Forest, rodeado por árboles y que tenía un pequeño camino que corría junto a ellos. No había visto ningún auto, pero el hombre los había encandilado con la linterna. Había estado esperando con el arzobispo, envuelto en frazadas, sobre el pasto y él lo había ayudado a cargarlo a bordo mientras la mujer los cubría con un revólver. El hombre tenía un impermeable puesto, gorra de tela y guantes y la parte inferior de la cara había sido envuelta con un pañuelo. El piloto estaba seguro que había sido el mismo hombre que había visto antes, la misma estatura y el mismo cuerpo. Cuando el arzobispo estuvo a bordo, el hombre y la mujer habían desaparecido entre los árboles. El piloto no había hecho ningún intento por buscarlos desde el aire.

Cuando el piloto se fue, Bush desplegó un mapa del Sur de Inglaterra sobre la mesa. Desde el punto en New Forest hacia Blagdon, llevaría dos a dos horas y media de auto. El tiempo podía ser más largo si la pareja tomaba deliberadamente algún camino que hiciera un rodeo; lo que podrían hacer porque presumirían que una vez que el arzobispo estuviera a salvo de vuelta en su casa, se haría un llamado policial para que revisaran los autos de la zona. Si los Shoebridge fueran los secuestradores, entonces tendría que haber un llamado del hombre que estaba apostado en Blagdon, informando de la vuelta de ellos a su casa, durante las próximas tres o cuatro horas.

El llamado se produjo a las cinco menos cuarto de esa mañana. Fue hecho desde una cabina telefónica del pueblo de Blagdon. Los Shoebridge habían vuelto en una

pequeña camioneta a las cuatro y veinte.

Bush, sin ninguna duda ahora, se volvió a Grandison.

—Han vuelto hace media hora.

Grandison asintió.

—Bueno, nos iremos de aquí a las ocho. Eso nos dará dos horas de sueño y tiempo para desayunar. Las once de la mañana es una hora civilizada para hacer una visita un domingo a la mañana.

—¿Sólo usted y yo?

—Sí. Ahora le toca el turno a nuestro asunto privado. Nada de publicidad, ni de policía, sólo un simple arreglo, hacer que se encuentre la violencia con la violencia. Es la única forma hasta que los hombres se den cuenta que no se gana nada comprometiéndose con el mal, que hay veces que la vida debe ser sacrificada para salvar otras vidas. Si hubiera sido necesario, Shoebridge hubiera matado al arzobispo. Para ser capaz de matar, uno debe haber aceptado de antemano para con uno mismo, la esperada consecuencia del fracaso.

—¿Vamos en auto hasta la puerta de entrada?

—¿Porqué no? La casa está aislada. Las visitas no llegan caminando. Y no conocerán el auto. Vamos en auto hasta arriba y entramos, Bush. Es un momento que usted debe haber pensado que no llegaría nunca.

—Bueno, sí, es verdad.

Grandison se rió.

—La oración y la suerte, son dos buenos caballos para apostar. Yo recé y usted fue favorecido por la suerte. Una repartición justa. Terminaremos de esa manera, también. —Sacó una moneda del bolsillo, la hizo bailar y la atrapó en el dorso de la mano—. Cara, usted agarra a la mujer, cruz, usted agarra al hombre. ¿De acuerdo?

Bush asintió.

Grandison destapó la moneda.

—Cruz. Sigue con suerte. Usted lo quería a él, ¿no?

Bush volvió a asentir.

Domingo a la mañana, el primero del mes de abril, sexto domingo de Cuaresma, y Domingo de Ramos; hongos de nubes que subían rápidamente hacia el cielo azul, el verde que asomaba de los espinos y el viento tañendo contra las pesadas cabezas de los narcisos, y George contento silbando para sí, mientras colocaba comida y agua fresca a los pájaros en la jaula. Albert estaba afuera y lo observaba, George estaba feliz. Esa mañana temprano lo había ido a ver una madre con su hijo, un chico grande, fuerte, alegre, de diez y seis años, al que George conocía y con el que simpatizaba, un muchacho prolijo y aseado que quería trabajar para él. La rozadura de la camioneta podía ser arreglada a nuevo por un par de libras, y el lunes a la mañana él empezaba su nuevo trabajo. Todo saldría bien. Haría que fuera un éxito el

negocio. Lumley's Sunshine Gardens Ltd. Pero no limitada. Ilimitada. Iría a otros lugares. Lo podía sentir en los huesos.

Domingo a la mañana en Reed Court, el rayo de sol dando contra la ventana del comedor de diario, encendiendo fuego a la platería que estaba sobre la mesa, calentando la nieve del mantel de damasco, y Miss Rainbird de mal humor porque no había dormido bien. Las últimas dos noches no había dormido bien, a pesar del sherry. Se había dado cuenta de que había soñado, pero al despertarse no pudo recordar nada. Y habiéndose despertado temprano se había quedado tendida en cama y se había encontrado penando más y más en el extremo ultraje y descortesía de rechazo de Edward Shoebridge a la familia Rainbird. Alguien, pensó, debería enseñarle al hombre buenos modales. ¿Quién se creía que era? Ilegítimo, un producto de la estupidez de Harriet, criado por el aborrecible chofer que había sido el íntimo amigo de Sholto y que le mandaba con calma un mensaje diciendo que podía mantener su posición, su dinero, Reed Court, todo aquello por lo que había vivido la familia Rainbird durante más de cien años. No quería nada de eso. El desliz de un irlandés aventurero y de esa pusilánime hermana suya. Había sido una herida a su orgullo que no podía aceptar tan fácilmente. No aceptaría tan fácilmente. Ella no era una mujer que podía ser rechazada en semejante forma. Si alguien iba a ser perentorio, sería ella. Iría a verlo y lo pondría en su lugar, le diría que se había equivocado con Madame Blanche, que había estado actuando enteramente sin autoridad que ella, Miss Rainbird no había tenido intención de ofrecerle a él nada de nada, que ni en la más remota forma tenía que hacer ningún reclamo a la familia en lo que se refería a cuestiones pecuniarias. Lo llamó a Syton y le dijo que quería el auto para dentro de media hora. Mr. Shoebridge podría tratarla descortésmente a través de un intermediario, pero a ella no, no a Miss Rainbird. Si había que hacer algo desagradable para restablecer la paz espiritual de uno, entonces había que hacerlo por sí mismo. Eso era algo que había aprendido hacía tiempo.

Domingo a la mañana y diez minutos para llegar a la capilla, la que Martin Shoebridge pensaba perderse, sin importarle los problemas que le traería. La capilla era un aburrimiento y él iba a caminar por la granja donde guardaba sus hurones. Unos días antes le había comprado a un guardabosque una hembra de hurón, color zorrino, y quería probarla por el cerco de arbustos de la granja. Había muchos conejitos en ese momento por ahí. Sería castigado, pero el castigo no le importaba. Si se era lo suficientemente capaz de evitarlo se lo evitaba, y él era bastante experimentado en eso, pero si era inevitable, entonces simplemente lo aceptaba. En dos días más estaría en su casa para las vacaciones. Allí no había castigos, sólo comprensión y una forma de vida que le acomodaba perfectamente. Caminó, las

manos en los bolsillos, el pelo rubio, de buena figura y flaco como su padre, silbando para sí, quince años y sin perderse nada, nada, viendo el lejano movimiento de las ovejas en las colinas, el rápido coqueteo del gorrión y de los cabecitas azules en los cercos, y las torpes huellas triangulares de un conejo en el barro junto a una tranquera de campo. Mientras estuviera con sus hurones, la hija del granjero de diez y seis años, Mabel, probablemente andaría dando vueltas por allí. Bueno, no tendría suerte esa mañana. No iba a perder tiempo en el fondo del granero con ella. Un halcón vino a favor de viento, luego se quedó suspendido revoloteando en el lejano extremo del campo. Se quedó parado mirándolo. Era un macho, la cabeza baja, observando el terreno abajo. Repentinamente vio la gran bajada de las colinas de Mendip, rodar desde Highlands House... Adoraba el lugar, pero algún día habría otro lugar, mucho, mucho mejor y que sabía que querría más. Su padre se lo había prometido. Siguió caminando silbando por lo bajo. La vida estaba llena de promesas y buenas cosas. Había que saber lo que se quería, eso era todo, y luego había que tomarlo.

Domingo a la mañana y el viento venía caliente y del Oeste, desde el mar. Los Shoebridge se habían acostado tarde y Edward Shoebridge recién se había despertado. Su mujer dormía todavía. El dormitorio estaba del lado Norte de la casa y siempre dormían con las cortinas corridas. Tendido en la cama podía ver a través del aire cristalino la larga hilera de colinas y luego su suave caída hacia el llano y el mar más allá. Ya corría el mes de abril y la primavera se estaba posesionando de la tierra. El gran cardumen de la nueva cría de salmón estaría llegando del mar a los ríos. Los acantilados de Steep Holm y Flat Holm estarían llenos de pájaros de mar haciendo sus nidos. Sobre las ondulantes colinas los teros ya se habrían apareado y pudo oír cantar a una alondra. Estaba tendido, despojado de todo sentimiento excepto el contento, y se encontró pensando en los escritos del arzobispo, los que había leído antes de que el hombre se los llevara. Habían formado un examen de la ética cristiana, una crítica y una consideración, que le habían interesado de una manera tal como nunca le había interesado ningún otro trabajo teológico. Pero sospechaba que eran declaraciones personales y que no serían publicadas. En circunstancias diferentes, le hubiera gustado hablar de ellos con el hombre. No estaba en desacuerdo con nada de lo que contenían, excepto con la naturaleza del hombre. El mundo tendría que volver a rastrear sus pasos para encontrar las virtudes que el arzobispo argumentaba que debían ser apreciadas por encima de las otras. Adán y Eva habían salido del paraíso y a medio kilómetro ya habían tomado el giro que no correspondía. No había esperanzas para el género humano. Estaba comenzando a destruirse a sí mismo. Nada podía detener el avance de la lenta aniquilación. Aun el pequeño paraíso que iba a crear para sí mismo, su mujer y su hijo, eventualmente en su momento sería invadido por los hijos de los hijos de su hijo... tal vez antes, tal vez más tarde, pero vendría. No había ninguna virtud inviolable en la que quisiera crear.

Era tan personal y limitada como la ambición de otro hombre, de llegar a ser presidente de una compañía, cabeza de un colegio o iglesia, pero era lo que tenía que hacer. Si no se pudiera realizar, entonces no querría ninguna otra cosa. Era lo que los diamantes en la bolsa de gamuza sobre la cómoda, le darían. El mundo pronto llegaría a ser un vaciadero de basura poblado de buitres. Todo lo que quería era escapar durante el tiempo que le tocara vivir y llevar con él la gente que quería.

Sonó el timbre de la puerta principal. Miró el reloj de la mesa de luz. Eran las once y cuarto. Se levantó y se puso una robe de chambre. La ventana del dormitorio no le ofrecía ninguna visión del camino. Fue al comienzo de la escalera y miró por la ventana hacia el porche de entrada. Pudo ver la parte delantera de un auto. Era un viejo Ford Capri, embarrado. No tenía sospechas. Lo que había hecho había estado bien hecho. Bajó la escalera y abrió la puerta principal.

Los dos hombres entraron rápidamente y anularon su primer movimiento de reconocimiento y de reacción. Lo sostuvieron expertamente y el más grande de ellos le tapó la boca con la mano. El otro lo revisó con la mano libre para verificar si tenía armas. Cuando se sintieron satisfechos, le sacó rápidamente la mano de la boca y le apretó la garganta, estrangulándolo. El otro sacó un pañuelo del bolsillo y le hizo una mordaza alrededor de la boca. Todo el ataque fue una rápida rutina en la que estaban bien ejercitados.

Se alejaron de él retrocediendo y fue cubierto por sus dos automáticas.

El gran hombre de barba, de monóculo colgando sobre su pecho, dijo:

—Ya nos hemos conocido anteriormente, por supuesto, pero nunca nos presentaron. Yo me llamo Grandison y este es Bush. Dese vuelta y camine con normalidad hacia donde esté su mujer. Cuando llegemos allí le sacaremos la mordaza.

Por uno o dos momentos, Shoebridge se quedó parado inmóvil. No sentía pánico, ni miedo, ni amargura en su interior. A través de la abierta puerta pudo ver la ven de atrás del auto. Estaba cubierta en parte por toscas calcomanías de vacaciones, de los lugares visitados, las banderas y los carteles señalando, Weymouth, Brighton, Southend y Blackpool. Lentamente se dio vuelta y los siguió por el *hall* de entrada y subió las escaleras. En algún lugar algo había andado mal. Especular cuándo o dónde o cómo, era inútil ahora, porque sabía que se le estaba acabando el tiempo y no habría ninguna satisfacción ni consuelo con saberlo. Detrás de él estaban sus ejecutores. Para entonces ya conocía algo del Departamento y sus poderes. No habría ninguna formalidad, ningún proceso legal. Estos hombres trabajaban con y sin la ley. No tenían nada que temer.

Se detuvo junto a la puerta cerrada del dormitorio. Bush lo hizo a un lado y entró. La mujer estaba sentada en la cama. Llevaba un camisón. Tenía buen aspecto y un cuerpo firme. Por un momento se quedó mirando fijo, pasándolo por alto, hacia su marido y Grandison que estaban detrás, el brazo derecho en equilibrio, congelado en el acto de cepillarse el pelo. Lentamente el brazo bajó.



Grandison le sacó el pañuelo de la boca a Shoebridge y dijo:

—Métase en la cama con ella.

Shoebridge fue hacia la cama y se deslizó al lado de ella.

—Mantengan las manos donde las podamos ver —dijo Bush. Sus ojos recorrieron rápidamente el cuarto, catalogando, absorbiendo todo. Vio la bolsa de gamuza sobre la cómoda. Retrocedió hasta ella, la recogió y se la entregó a Grandison.

Shoebridge, la mano derecha sosteniendo una de las manos de su mujer, dijo:

—Por mí no me importa, pero no hay nada que se pueda hacer por...

—No. —Lo interrumpió su mujer bruscamente.

Grandison dijo:

—No hay nada. Cuando empezaron con todo debieron haber aceptado esto. La suerte, los dioses, se le pusieron en contra. Estuvieron en contra de usted desde el momento en que nació. No cometió usted ningún error. Estuvo preparado para usted antes de que hubiera nacido. Todos nuestros errores saltan del infinito del tiempo pasado. —Levantó la bolsa de que tenía en la mano izquierda—. ¿Qué iban a hacer con todo esto?

Shoebridge se encogió de hombros.

—Comprarnos un lugar para vivir y tiempo para estar en él.

Grandison asintió.

—Cada hombre tiene ese sueño en una forma u otra. Algunos hacen más que soñar con ello. Muy bien... tienen diez segundos.

Shoebridge soltó la mano de su mujer y la rodeó con el brazo. La mejilla apenas rozó la de ella pero no se miraron. Los ojos de Shoebridge fueron de Grandison a Bush y luego de vuelta a Grandison.

—Hagan rápido —dijo Shoebridge y apretó más a su mujer contra él.

Grandison asintió y su mano derecha se levantó. Él y Bush hicieron fuego juntos. No hubo necesidad de tirar más. Bush caminó hacia la cama y tiró de la caída colcha torpemente hacia arriba, cubriéndolos.

Grandison dijo:

—Yo miraré por aquí. Usted hágalo por la cocina.

Bush bajó dejando a Grandison en el dormitorio. En la cocina encontró la tostadora eléctrica y la encendió. Levantó un diario del sábado, de la mesa y lo colocó sobre aquella. Cuando empezó a chamuscarse raspó un fósforo y lo tiró sobre el papel marrón que se iba emulando, y lo encendió en llamas. Alimentó las llamas con otro papel y lo arrastró hasta la cortina de la cocina, sobre la pileta. La llama luchó por prenderse del material, tomó fuerzas, y comenzó a lamer hacia arriba. Bush retrocedió. Había una bandeja plegable de madera, con borde de mimbre, junto a la pileta. La arrimó a la masa de papel encendido. Trabajó rápida, eficientemente, dejando las bases para una tragedia de domingo por la mañana; el torpe marido que le preparaba el desayuno a su mujer, tirando un diario cerca de la tostadora mientras

volvía a su mujer para preguntarle algo, la puerta de la cocina abierta, causando una corriente de aire que dio vuelta una página del diario y la levantó hacia la tostadora.

Salió de la cocina retrocediendo, dejando la puerta abierta, una lenta cortina de humo lo siguió, oscureciendo la entrada. Desde atrás llegaba el fuerte sonido de madera que se quemaba y los profundos sonidos suspirantes de las llamas que tomaban incremento.

Se quedó parado al final del *hall* y observó cómo salía el fuego de la cocina, largas lenguas de fuego que se enrulaban y lamían el marco de la puerta y llegaban arriba y corrían en una corriente resuelta y encrespada por el cielo raso.

Grandison bajó la escalera. En el descanso de arriba un pequeño remolino de humo, fino y en espiral, dio vueltas como un fantasmal bailarín.

Sin hablar, los dos hombres se quedaron parados junto a la puerta principal, observando y escuchando cómo el holocausto tomaba posesión. Cuando ya no fue más seguro quedarse, salieron y cerraron la puerta.

—Hay un perro en algún lugar y sus pájaros —dijo Bush.

—Déjalos. Así es como hubiera sido. —Grandison entró al auto, Bush tomó el volante y anduvieron hasta el final del camino y doblaron por la angosta senda que llevaba al camino lateral. Estaba todo terminado. Los cuerpos serían difícilmente reconocidos como humanos. Las preguntas si llegaran oficialmente, serían contestadas oficialmente... sin causar trastornos.

En el camino lateral se detuvieron y miraron hacia atrás. La casa estaba ya fuera de la vista, detrás de los olmos. Había un leve rastro de humo sobre los árboles. La casa por dentro ya sería un horno todo encendido.

Miss Rainbird llegó al comienzo del angosto sendero, a la una. El camino estaba bloqueado por un cartel de la policía y había un patrullero estacionado al borde. Dos autobombas estaban junto a la casa, pero había habido problemas con la provisión de agua y habían podido hacer poco. Una gruesa, lenta espiral negra de humo se levantaba perezosamente por encima de los olmos.

El hombre del patrullero fue atento. Le explicó lo que había sucedido y le dijo que no la podía dejar pasar. Miss Rainbird, conteniendo la impresión, se oyó decir:

—Creo que me tiene que dejar pasar. Edward Shoebridge era mi sobrino.

—Si espera un momento, señora, hablaré con el superior. —Volvió al auto y comenzó a hablar por la radio. Unos minutos más tarde el auto de Miss Rainbird pasaba por el sendero hacia la casa. Sentada atrás, Miss Rainbird estaba ya completamente repuesta. Por Edward Shoebridge y su mujer, no sentía casi nada. Pero sabía lo que tenía que hacer sólo por el bien de Harriet.



## DOCE

DURANTE tres años Miss Rainbird había sido más feliz que nunca anteriormente. Después de las impresionantes muertes de los Shoebridge no había habido vacilaciones en su interior sobre el lugar donde residía su deber. Había llevado a Martín Shoebridge a su casa y lo había hecho suyo. Era su sobrino nieto, y todo eso era lo que quedaba de la línea masculina de los Rainbirds.

Al principio había sido cerrado y tímido, y hasta un poco difícil por momentos. Pero lentamente se lo había ganado, y al hacerlo se había encariñado con él, lo mimaba y, para su alegría, él lentamente había respondido hasta ahora, en que había una suave, dulce relación entre ellos que hacía que los últimos años de su vida fueran muy felices. Hacía tiempo que se había olvidado que lo había tomado por deber. Era ya parte de su vida, y su futuro era toda su preocupación. El compañerismo entre ellos era algo, se dio cuenta, que había deseado toda su vida. Sí, tenía defectos, y ¿qué chico no los tiene? Ya que no era más un chico sino un joven de diez y ocho años, ella los podía perdonar y tolerar. Tuvo que despedir a una o dos mucamas, porque estaba segura de que habían sido responsables de los pequeños deslices a los que él se había entregado. De todos modos, era natural para un joven de su edad estar interesado en las mujeres jóvenes. Era muy popular en el distrito y siempre solicitado. Algún día, y ella rezaba para estar con vida para verlo, se casaría con alguna chica bien relacionada y la llevaría a Reed Court como su mujer. Si Dios fuera bueno con ella podía llegar a vivir para ver sus hijos. Después de todo, todavía no tenía ochenta años y aún también tenía una buena salud, aunque debía admitir que había largos períodos en que no dormía bien de noche, atormentada y perturbada por sueños que se escapaban del recuerdo al despertarse. Y algunas veces tenía fuertes ataques de jaqueca.

Estaba en ese momento parada junto a la ventana de su dormitorio y miraba hacia el jardín. Era una hermosa tarde de junio, las sombras de los árboles se alargaban, un movimiento de patos salvajes en el pequeño lago, y la lejana pradera salpicada por el dorado de las flores silvestres. Su propia felicidad y la belleza de la tarde era una lenta, profunda riqueza en su interior. Estiró la mano para alcanzar el botellón de sherry y volver a llenar su vaso. Ahora dejaba siempre un botellón en su dormitorio. Algunas veces durante una mala noche, un par de vasos la ayudaban a olvidar los sueños. Bebía ahora por la necesidad de acentuar su alegría interior. Había veces en que era, o trataba de ser, estricta consigo misma con respecto al sherry. Martín, en

verdad no mostraba interés por la bebida, pero siempre estaba el ejemplo de Sholto en el fondo de su memoria. Gracias a Dios, sin embargo, cuando había bebido cuatro o cinco vasos, se mantenía exactamente igual. Nadie podía decirlo. Y, de todos modos, a su edad, uno necesitaba algún pequeño estimulante.

Desde el lejano extremo del lago vio salir a Martín de entre los árboles. El sol brillaba en su pelo rubio. Llevaba uno de sus halcones en la muñeca. Ella se sonrió ante la visión. Los halcones, la pesca, la caza... era loco por todas las cosas de campo. Le había permitido convertir uno de los establos en lugar para sus pájaros. Si hubiera estado casada y hubiera tenido un hijo, hubiera deseado que fuera alguien exactamente como él. Se acercó por el costado del lago con un perro junto a los talones y desapareció dentro del jardín cercado por paredes.

Miss Rainbird se alejó de la ventana. Eran las siete y sabía que él estaba por entrar para cambiarse, para comer. Terminó su sherry y luego, por capricho decidió cambiarse de vestido, y bebió otro vaso mientras lo hacía, canturreando suavemente y pensando en la comida con Martín y en oír sobre su día. En algún momento, tendría que hablar seriamente sobre el futuro. Ya tenía diez y ocho años y había alcanzado su mayoría de edad unos meses atrás. Ella había dado una comida con baile en su honor. Había sido una noche maravillosa y al final de ella, le había dicho que había cambiado su testamento a favor de él. Reed Court y todo lo que poseía serían suyos algún día. Él había estado adecuadamente impresionado y agradecido.

Salió del cuarto y bajó la escalera hacia el descanso más bajo. El sol mandaba un gran rayo de luz que lo cruzaba y repentinamente recordó el sueño que había tenido sobre Madame Blanche parada allí con ella... las dos riéndose y hablando como viejas amigas. Madame Blanche... no había pensado en ella durante largo tiempo, ni en ese hombre vulgar, ¿Lumley?... sí, Lumley, era así. Qué lejano parecía todo eso. Desvió la mirada de la ventana a la escalera y vio venir a Martín por el *hall* de entrada. El halcón y el perro habían desaparecido. Aquél levantó la vista y le sonrió, la saludó con la mano y luego comenzó a subir hacia ella, moviéndose con soltura, un joven fuerte, saludable, delgado.

La rodeó con un brazo y le dio un beso.

—¿Has tenido un buen día, querido?

—Espléndido. ¿Es tarde para la comida?

—No, hay mucho tiempo. Bajo sólo para beber un trago. Apúrate y acompáñame.

Levantó una mano y le tocó la mejilla, tostada y cálida... Él se inclinó y la besó en la frente.

Miss Rainbird sacó una mano para sostenerse de la baranda y miró las escaleras hacia abajo. Martín Shoebridge estaba parado detrás de ella, mirando la pequeña, frágil figura, el olor del sherry que ella había bebido, acre en sus narices. Miss Rainbird de Reed Court, pensó, su tía abuela, chocheando y medio tambaleante como siempre. Su cara se puso tensa de desagrado y frío odio. Con su mano derecha la empujó violentamente. Se quedó parado al comienzo de la escalera y la observó caer

por los empinados escalones. El cuerpo golpeó contra la balaustrada, dio una vuelta de costado, se estrelló contra la pared y luego rodó dos veces antes de dar abajo contra el suelo, la cabeza estrellándose contra el lustrado parquet. La observaba mientras estaba allí tendida, desparramada como una muñeca rota. Si hubiera habido signos de vida hubiera bajado y hubiera terminado con ella. Pero estaba tirada inmóvil, con la cabeza y el cuello anormalmente hacia un lado. Esperó unos momentos para asegurarse de que no se moviera o gritara.

En esos pocos momentos, Miss Rainbird, antes de morir, lo vio, el sol que le atrapaba su pelo rubio desde la ventana de atrás. Pero él no significaba nada para ella, aunque vagamente se daba cuenta con sus sentidos que se iban desvaneciendo, que la había empujado. Exactamente como años atrás, ella había empujado deliberadamente, con frío odio a un Sholto borracho, por las mismas escaleras... lo había empujado fuera de su vida para poder vivir en paz. Ella murió... oyendo la voz de Madame Blanche que decía: "Algo terrible sucedió aquí".

Martín Shoebridge subió la escalera hacia su cuarto. Syton y la cocinera estaban en la cocina. Syton la podía encontrar. Si no lo hacía, entonces ella estaría allí cuando bajara. Estaba muerta, y todos sabían que bebía mucho en su dormitorio. No habría problema. Un tropezón de ebria. Y ahora realmente se había liberado... liberado para hacer aquello por lo que su padre y su madre habían muerto, intentando hacer. Sabía exactamente el dinero que tenía su tía abuela. Estaba enterado de todo, porque cuando bebía sherry era una gran conversadora... sabía lo de los sueños con Harriet, lo de Madame Blanche y su suicidio... exactamente como había estado enterado de todos los proyectos de su padre y los secuestros de Archer, Pakefield y el arzobispo, porque su padre no había dejado de contarle nada... Y sabía, también, que no había habido ningún fuego accidental en Highlands House. Algo había andado mal, porque Madame Blanche y ese hombre Lumley habían rastreado a su padre para Miss Rainbird. Por culpa de ellos habían muerto su padre y su madrastra. Su perro y sus halcones habían sido atrapados y quemados vivos... Y ahora era libre, pero antes de irse para buscar lo que había buscado su padre siempre, había otros con los que habría que lidiar. Era una deuda que tenía con su padre. Estaba ese hombre Lumley... Un próspero contratista de jardines... Él sería el próximo en irse, y luego estarían los dos hombres de los que le habían hablado su padre y su madre... los dos que estaban siempre allí cuando se recolectaban los diamantes. Encontrarlos y lidiar con ellos iba a ser más peligroso. Pero lo haría. Era joven, tenía tiempo, tenía dinero, y le gustaba cazar.

Subió la escalera, silbando por lo bajo, viendo el esquema de la venganza en su cabeza, sabiendo que debía cumplirlo y lo cumpliría, antes de estar absolutamente libre, para dar la espalda al mundo y vivir como su padre había soñado.

## OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Stanley Ellin  
LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (Nº 273)

Gregory Knapp  
LA ESTRANGULACIÓN (Nº 274)

Robert Dennis  
EL SUDOR DEL MIEDO (Nº 275)

Dwight Steward  
ACUPUNTURA Y MUERTE (Nº 276)

Arthur Maling  
DING-DONG (Nº 277)

Stanley Ellin  
CASTILLO DE NAIPES (Nº 278)

Roger Ivnes  
EL LLANTO DE NÉMESIS (Nº 279)

Lettice Cooper  
TÉ EN DOMINGO (Nº 280)

Raymond Chandler  
ASESINO EN LA LLUVIA (Nº 281)

David Westheimer  
LA CABEZA OLMECA (Nº 282)

Víctor Canning  
CRESTA ROJA (Nº 283)

James Hadley Chase  
EL BUITRE PACIENTE (284)

Michael Collins  
EL GRITO SILENCIOSO (285)

Peter Dickinson  
EL ORÁCULO ENVENENADO (286)

James Hadley Chase  
CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (287)

John D. MacDonald  
CIELO TRÁGICO (288)

Reg Gadney  
LUCHAR POR ALGO (289)

James Hadley Chase  
HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (290)

John Bingham  
CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (291)

Cornell Woolrich  
LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (292)

John D. MacDonald  
LAMENTO TURQUESA (293)

John Godey  
LA MUERTE DEL AÑO (294)

Bill Pronzini  
PRISIONERO EN LA NIEVE (295)

Dick Francis  
GOLPE FINAL (296)

Lilian O'Donnell  
TRAFICANTES DE NIÑOS (297)

William Irish  
SERENATA DEL ESTRANGULADOR (298)

James Hadley Chase  
UN AS EN LA MANGA (299)

David Anthony  
LA DAMA DE MEDIANOCHE (300)

Walter Kempley  
CÁLCULO DE PROBABILIDADES (Nº 301)

Víctor Canning  
LA MARCA DE LOS KINGSFORD (Nº 302)

Lilian O'Donnell  
DISQUE 577 (Nº 303)

James H. Chase  
PECES SIN ESCONDITE (Nº 304)

Kyril Borfiglioli  
NO ME APUNTES CON ESO (Nº 305)

Kenneth Royce  
OPERACIÓN LEÑADOR (Nº 306)



¿QUIÉN ES EL SECUESTRAADOR QUE SE OCULTA BAJO EL sobrenombre de Trader? ¿Dónde está y cuándo dará el próximo golpe?

Bush y Grandison, del Departamento de Policía, con tenaz persistencia, lo están rastreando con la ayuda de una computadora.

Mientras tanto, ¿dónde vive Edward Shoebridge, el hijo de la hermana muerta de Miss Rainbird? Blanche Tyler, la sensual médium y George Lumley, su terrenal ayudante, lo buscan por todos los medios a su alcance. Una novela de gran suspenso, en la que Victor Canning maneja con maestría el desarrollo de una doble intriga que finaliza con una tremenda e irónica estocada.

## DE PRÓXIMA APARICIÓN

LA FORTALEZA, Stanley Ellin

EN EL HAMPA, Kenneth Royce





VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

## OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.

- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).

- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).
- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

# Notas

[1] Peón dama (Colección El Séptimo Círculo N.º 262). <<

[2] La efigie derretida (Colección El Séptimo Círculo N.º 272). <<



[3] Cresta roja (Colección El Séptimo Círculo N.º 283). <<

[4] La marca de los Kingsford (Colección El Séptimo Círculo N.º 302). <<

[5] Castillo de Blarney, Irlanda. Blarney: hablar mucho y envolventemente. <<

[6] Viejo dicho romano, que algunos atribuyen al sabio espartano Quilón. Significa “De los muertos, nada que no sea bueno”; algo que posiblemente se relaciona con el sentido de justicia de los espartanos puesto que el difunto ya no puede defenderse. *(Nota del E. D.)* <<



El séptimo círculo

# Victor Canning

El esquema Rainbird



Lectulandia

